ESTUDIO

SOBRE

LA ELOCUENCIA SAGRADA,

POR EL DOCTOR

D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,

PREDICADOR DE S. M., Y DIRECTOR DEL INSTITUTO DE JAEN.

JAEN, 1852.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE MEDINA Y COMP.

ESTUDIO

SOBRE

LA ELOCUENCIA SAGRADA.

B-885 5338

ESTUDIO

SOBRE

LA ELOCUENCIA SAGRADA,

POR EL DOCTOR

D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,

PREDICADOR DE S. M. Y DIRECTOR DEL INSTITUTO DE JAEN.

Con aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

Reg. 11.401

JAEN, 1852.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE MEDINA Y COMPAÑIA.

Propiedad del Autor.

Doy á la estampa este libro como una introduccion á los *Sermones* que publicaré dentro de poco. En nuestros dias está descuidada la literatura eclesiástica: abundan los fallos en globo sobre el espíritu de ciertas y determinadas épocas, pero no todos son justos, ni siquiera imparciales. No se pone todo el estudio que se requiere para consultar los monumentos del antiguo y moderno Apostolado, y de aquí nace que se desconozca generalmente la importancia que tuvieron las mas brillantes escuelas. El Cristianismo se propagó por la palabra, y todavía por ella se propaga y se defiende: ¡qué maravilla la de haber confiado á la palabra la custodia de una institucion que no morirá nunca! Vano será prescribir reglas fijas, leyes permanentes á la oratoria sagrada: no las tiene. El Evangelio ha sido llevado á la conquista de los espíritus por los apologistas cristianos, por los Padres de la Iglesia, por los predicadores de Cruzada, por los misioneros y por los filósofos. La fé y la sabiduría han hecho milagros. Que esta verdad sea reconocida y confesada, y se disiparán muchos errores y se olvidarán muchas fábulas, para cuya propagacion la palabra del hombre sirvioles de instrumento.

ELOCUENCIA SAGRADA.

CAPITULO I.

LA PALABRA CONSIDERADA COMO PODER.—DE DÓNDE SE DERIVA EL PODER DE LA ELOCUENCIA SAGRADA.—QUE LA PALABRA DEL HOMBRE ES IMPOTENTE CONTRA LA PALABRA DE DIOS.

No hay poder en el mundo que iguale al de la palabra: derriba y establece; se alimenta del desórden, de la rebelion, de las grandes contradicciones; triunfa y decae sino se contesta su victoria, por lo mismo que se enardece y agiganta con la lucha. De la elocuencia que derriba y arrasa se dijo en las antiguas repúblicas: *magna illa eloquentia sicut ignis materia alitur, et urendo clarescit.* Aunque la elocuencia sagrada sirva grande-

mente para derribar y con tal designio Dios hizo merced de la palabra á muchos varones apostólicos para que combatieran los vicios, desarraigaran las malas costumbres, y derribaran el hombre antiguo como derribaron los falsos Dioses y el culto de la gentilidad, la elocuencia sagrada es por esencia reparadora; y no se la impone silencio, sin que inmediatamente se resienta la vida del espíritu. La palabra de Dios arrojada en el seno de la Iglesia, que corre desde el centro á los confines del mundo, que calienta los corazones y ondea como la llama, siempre viva y siempre jóven, necesita de la persecucion: de las persecuciones y del martirio toma su vuelo sublime: es grandiosa y de una entonacion magnífica en las grandes tribulaciones; hace ruido como las batallas en las solemnidades de los pueblos; estremece todos los corazones, y hiere hasta en el fondo de las almas cuando se mezcla con los sentimientos mas elevados del hombre. Ni la misma santidad del Apostolado, ni la índole varia de una lucha que es necesario sostener sin tregua, ni los arcanos impenetrables de la naturaleza y de la gracia, ninguna cosa, en fin, puede ser parte á deslustrar las glorias de la predicacion cristiana, á la cual encomendó Jesucristo la tarea de afianzar y propagar su santa doctrina. Atrajo al seno de la Iglesia las naciones separadas por el orgullo, que es el mayor enemigo de la sumision: arrastró á la unidad de la fé el Gentilismo, que ha sido el sistema mas difícil de reducir á la unidad: incorporó al centro de la Iglesia y sujetó en una sola mano las tribus nómadas, el hombre de las selvas, y las gentes de las mas apartadas regiones: inmensa victoria, la mas grande de todas las que

alcanzó el Catolicismo, porque ha sido la victoria alcanzada sobre el espacio. La distancia viene á atajar en último término los progresos de una doctrina que todo lo vence: no siendo de Dios, llega gozosa de sus triunfos al pié de una montaña, y allí se para: no puede salvar algunos grados de latitud, y vuelve sobre sus pasos, porque no puede luchar con el enemigo de la extension. Sin Dios, el politeismo hubiera vencido; las academias de Atenas hubieran hecho callar á los pescadores de Galilea: ¿quien lo duda? Los sucesos tambien se hubieran enlazado de otro modo. Constantino no hubiera pasado los Alpes, ó hubiera sido derrotado á las puertas de Roma, en vez de entrar victorioso, precedido de un lictor que llevaba la cabeza de Magencio, entre el ruido de las trompetas y la algazara del triunfo que le siguieron hasta el Palatino. Ni estaba todo hecho con batallas de maravillosos resultados, ni á la nueva religion bastaba para su triunfo que un Emperador ilustre la protegiera con su púrpura. Y ya que nos sale al paso uno de los mas grandes acontecimientos de la historia de la Iglesia, diremos que faltaba al reinado de Constantino la fuerza política necesaria para contener todas las escisiones, la perseverancia que requieren los continuos ataques en nombre de la patria dominada por soldados galos, germanos y bretones, en nombre de la religion antigua y de la vieja sociedad que se quejaban de la ruda transformacion que el mundo sufria. El politeismo, aun como partido de oposicion, era muy fuerte; no hay mas que decir que siendo destronado, volvió al poder con Juliano el Apóstata. Faltóle tambien al Emperador la fijeza necesaria en sus convicciones religiosas; y vacilando, por

lo menos al principio, entre su deismo y las costumbres paganas, no pudo dominar de tal modo la opinion pública para dar desde luego el golpe atrevido de hacer á todos sus subditos una declaracion esplícita en favor de la Iglesia de Jesucristo, á la que convirtiéndose, dejaba establecida desde luego como la Iglesia oficial. Ah! ¿Qué se hubiera hecho por los medios humanos? La aparicion del *Labarum* no admira tanto como ese prodigio con que se mantiene, durante este periodo tan revuelto de la historia, la sociedad cristiana. A la fuerza de las revoluciones y á la palabra elocuente de los oradores gentiles, opone Dios la actividad y el estilo enérgico de San Atanasio. Fué preciso sacarle de las escuelas gentílicas, llevarle á dar serios trabajos en el Concilio de Nicea, elevarle á la silla de Alejandría, salvarle de las conmociones populares, del destierro, del desierto, y de las persecuciones, para que este santo Obispo, que era al mismo tiempo un caudillo de genio indomable, salvára la Iglesia de Jesucristo oprimida por el arrianismo, por la tiranía del imperio, y aun por esa esplendida y lujosa literatura oriental, que retenía los espíritus dándoles á gustar de tiempo en tiempo algunas gotas de aquella tan pura y dulcísima miel de la Atica. Otro tanto se puede decir del genio y la elocuencia de los Padres de la Iglesia que han continuado el ministerio apostólico, de San Ambrosio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Agustin, griegos y latinos, antiguos y modernos; porque en esta parte el Evangelio ha corrido la suerte de todas las doctrinas, y la Iglesia ha estado expuesta á los mismos azares que todas las instituciones: han sido examinadas, atacadas, defendidas, disputándoseles el espacio,

el tiempo, el espíritu que las cree, el corazon que las ama, el libro de sus preceptos y parábolas, y el área donde se levantan sus basílicas. Pero el Evangelio y la Iglesia siempre triunfan, y en esto se diferencian de todas las doctrinas y de todas las instituciones humanas, cuyo destino es la muerte, mas ó menos pronta, pero siempre inevitable.

Si se atiende solamente á la parte mas grosera del gentilismo, ni aun se concibe de qué manera pudo reinar ni un solo dia: este principio lleva en sí la disolucion. Pero ¡qué oradores tuvo! ¡qué dias alcanzó de tanto brillo para las artes! ¡cuánta gloria para sus ejércitos! No á los sentidos solamente, sino tambien al espíritu pudieron embriagar los deleites de aquel mundo que no creia en la inmortalidad del alma. Roma enviaba sus oradores á las Galias para suavizar el culto feroz de aquellos habitantes: levantaba pórticos, templos y termas, acabando por el lujo y la molicie, lo que habia empezado por los académicos ó los soldados. La civilizacion perseguía los ritos sanguinarios de los bardos y de los druidas, que se refugiaban en el fondo de los bosques: era siempre el genio de la Italia quien llevaba á todas las provincias su pomposo culto, derribando los pesados ídolos del Norte, y reemplazándolos con las estátuas elegantes de los Dioses de la Grecia. Atenas era la ciudad de los estudios y de los placeres; el altar de la Clemencia acabó con los bárbaros juegos de los gladiadores: allí se ventilaban con templanza todas las cuestiones filosóficas; y á los apóstoles de aquel politeismo, que tanto trabajaron para resistir los progresos de la nueva Iglesia, se debe la tolerancia y la dulzura

que algunas veces hallamos en sus costumbres y en sus instituciones. La misma Alejandría, rica de monumentos y placeres, de bibliotecas y escuelas, debió á los oradores que llegaban con los navegantes de la Europa ó del Asia, aquellos sistemas filosóficos y religiosos del Oriente que se acercaban á la unidad de Dios, por una metafísica ideal, llegándose hasta á formular dogmas, que parecian escapados del Cristianismo; dogmas de los que distaba menos el Apostolado de Jesus, y que por esto se cuidaba de lanzarlos en la contienda general de los espíritus para hacer mas embarazosa la discusion, y dificultar las invasiones y conquistas del Evangelio.

Relegado á la historia y muerto para siempre contemplamos el politeismo; pero al volver la vista sobre esos antiquísimos anales donde se nos representa á veces un solo hombre á cuyos talentos se encomienda la salvacion del principio religioso, acude al ánimo flaco y decaido un involuntario estremecimiento, como si temieramos que aquella esperanza de salvacion nos falte, al entrar en una lucha, que nos parece desigual, con la sabiduría humana. Propio es del hombre el apocamiento y tibieza, cuando calcula por su debilidad el porvenir de una institucion perseguida. Debieramos pensar entonces que queriendo Dios salvarla, la salvará: de los ignorantes hará sabios; de los débiles, fuertes; habrá un Demóstenes para cada siglo, si eso se necesita; y hablarán con facilidad y buen suceso hasta los hombres balbucientes. El profeta Jeremias ha retratado en un diálogo interesante y sencillo toda la humildad del hombre amado de Dios, en quien reside el don de la sabiduría y de la palabra, y el poder del Eterno que fortalece con la gracia

estos dones imperfectos de la naturaleza. «Y yo dije:= *A*, *a*, *a*,—mirad Señor que yo no sé hablar porque soy un niño.... Y el Señor llevó su mano, y tocó mi boca, y me dijo: en tu boca he puesto mis palabras: hoy te constituyo sobre las gentes y sobre los reinos, para que arranques, y destruyas, y esparzas, y disipes, y edifiques, y plantes. (1)

El Apostolado católico ha derribado el antiguo mundo, y sobre sus ruinas ha levantado la Iglesia de Jesucristo. Que es y ha sido siempre de la Iglesia aquella grande elocuencia comparada por los antiguos con el fuego que alumbra quemando, lo veremos consultando los mas ilustres monumentos de la predicacion cristiana. Gloria tuvo el Apostolado al salir de las Catacumbas; gloria en las persecuciones y en el triunfo: en los dias de mas brillo para las letras ha dejado monumentos preciosos, de una belleza eterna: es grande resistiendo: solamente en la prosperidad y en la general corrupcion de los espíritus pierde su vigor antiguo, su entonacion clásica. No es grande cuando pocas cosas lo son.

---

(1) Ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et ædifices, et plantes.—Jerem.c. I.

CAPITULO II.

PRIMEROS TIEMPOS DE LA PREDICACION CRISTIANA.—JESUCRISTO Y LOS APÓSTOLES.—INDEPENDENCIA DEL APOSTOLADO.—SUS COMBATES Y SUS TRIUNFOS.

El mismo Jesucristo que no era doctor ni rabino, comenzó á turbar aquella tranquilidad en que se mantenian los sabios y doctores de la ley, entrándose en el templo á proponerles cuestiones maravillosas, discutiendo mejor que pudiera hacerse en las escuelas de Tiberias y Jaffné. A orillas del Jordan empezó su predicacion el Bautista, y Jesucristo la continuó con asombro de los rabinos, que lo creyeron imbuido en los misterios del Egipto. En Capharnaum hablaba á la Sinagoga: con sus palabras apacigua las tempestades del lago Tiberiades, y las disputas de los filósofos. Seguido de la multitud nombra Apóstoles (enviados) para que predi-quen la doctrina nueva. Con su palabra y el milagro alimenta á los creyentes en el desierto; visita á Tyro; vuelve á Galilea; expone sus doctrinas en Jerusalen: y cuando sus enemigos se acercaban para prenderle, se detenian admirándole como al mas sabio de los rabinos.

Acabó con su vida su predicacion de tres años, y mandó á sus discípulos que predicaran el Evangelio á toda criatura.

Los Apóstoles Pedro y Juan dan principio á la enseñanza pública. Comparecen ante los doctores, y explican su doctrina. El Sanhedrin no se atreve á condenarlos; pero se les exhorta á que no corrompan las viejas doctrinas del pueblo. Los Apóstoles no obedecen:— estamos obligados á obedecer á Dios mas que á los hombres, (1)— dice San Pedro: y siguieron su predicacion por todas partes. La persecucion hubo de ahuyentarlos de Jerusalen, y se fueron, unos á Samaria, otros á Damasco, á la Fenicia, á Chipre, y aun á Antioquia. La predicacion necesitaba de un grande impulso, y esta vez le vino de un hombre extraordinario, de un sabio ó *gnostico*, como se decía entonces. Este hombre fué Saulo. Convertido á la fé, agranda el circulo del Apostolado: habla á los gentiles, griegos, judios y romanos: subyuga con las dotes de su espíritu, comunicando á la doctrina que enseña una vivísima lumbre. Le han oido hasta las piedras de Damasco y Antioquia, y se lanza entre los Arabes: le acompaña un sábio helenista en esta atrevida espedicion al Asia; y no cabiendo su espíritu en el mundo, excitado por la fiebre ardiente de sus pensamientos, se siente arrebatado hasta el tercer cielo. Debióle arrebatar su propia elocuencia y el poderío de su genio, como á los justos el extasis de sus amores celestiales.

---

(1) Act. Apost. c. IV. v. 19.

Entre tanto, San Pedro, que habia predicado en Antioquía, en el Ponto, la Galacia y la Bytinia, acometo la empresa de ir á predicar á Roma. Vá á predicar la libertad donde hay un pueblo de esclavos; la pobreza, donde está el lujo; la abnegacion de los sentidos, en medio de los teatros, de las campiñas deliciosas, de los perfumes y placeres mas esquisitos; la unidad de Dios, en la metrópoli del Politeismo; la *caridad* y la *fraternidad universal*, en la capital del mundo, centro de la depredacion, adonde fueron á parar los despojos de todos los pueblos. Funda S. Pedro la Roma subterránea, que luego habia de salir á luchar con los filósofos y los tiranos á la luz del dia.

San Pablo adelantó un siglo tal vez los triunfos de la Iglesia. Espíritu elevado, nacido de una poderosa familia de los fariseos, y educado con el brillo que requerian su posicion y sus talentos, esta era la gran inteligencia que convenía á la nueva religion. Saltaba su hermosa cabeza entre las figuras venerables de los ancianos doctores: su palabra era dulce, apropósito para hablar en las Academias. Viagero infatigable, discutía en los caminos, predicaba á los sabios; y encaminándose á Antioquia, habla, predica mas bien ante los Príncipes de la Sinagoga (1): visita el Asia menor, donde los gentiles, heridos á su vista y arrastrados por su palabra, le tienen por su Júpiter bajado del Olimpo. Otros discípulos ilustres se ván juntando con los Apóstoles Pedro y Pablo, quienes llevan principalmente el peso de la predicacion, cada uno

(1) Act. XIII. v. 13 y sig.

segun su génio y vocacion particular. San Pedro predica á los judios: rudo galileo, desafía en Roma la voluptuosidad y la fuerza del imperio. San Pablo predica á los gentiles: hombre seductor por sus talentos y sus modales distinguidos, se encamina á Atenas, ciudad rica de escuelas y bellas estatuas, habitada por filósofos apacibles, y dioses tallados en mármol. La discusion sobre sistemas filosóficos y religiosos se tenia familiarmente hasta en las calles: la discusion era general: todo era permitido: la tolerancia con las doctrinas llegó hasta el estremo. San Pablo predicaba tranquilamente á los judios en la Sinagoga y en el Partenon; y fué llamado al Aréópago para exponer sus doctrinas, lo que hizo con una habilidad suma. Pero ya no bastaba la predicacion, porque la Iglesia se estendía; San Lucas, hombre de espíritu firme, predica tambien: Tito y Timoteo llegaron á viajar mas que San Pablo: pero no siendo esto bastante para confirmar en la fé y mantener la disciplina, el Apóstol de las gentes dirigió cartas á los fieles de Galacia, de Corinto y de Roma, lo que llegó á hacerse tambien con otras Iglesias.

Pedro y Pablo van á morir á Roma. Dejan abiertamente empeñada la lucha del cristianismo con el paganismo: y aunque ya no vivía mas que Juan, de todos los discipulos que vieron á Jesus, la Iglesia se propagaba incesántemente. ¡Qué espanto y qué ruido hacian en el mundo la palabra de estos hombres inspirados! Abismada de admiracion quedó la escuela de Alejandría, donde se leia el Evangelio de S. Juan. Un doctor anciano señalaba con el dedo aquellas palabras—*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et*

Deus erat Verbum—se juntaban en grupo las cabezas de los sabios siguiendo la letra y meditando en silencio. Traia confundidos á los filósofos de Alejandría aquel cristianismo tan sublime del desterrado de Patmos.

Las persecuciones que fueron decretadas contra los cristianos no pidieron tantos esfuerzos de los varones apostólicos, como la confusion que se quería hacer de las doctrinas humanas con la revelacion divina. Los magos, platónicos y gnósticos estaban conformes en hacerse medio cristianos, con tal que los cristianos se hicieran medio gentiles. Los judios llamaban á los discípulos de Jesus los apóstatas de la Sinagoga. Causaban inquietud las nuevas doctrinas, y Plinio escribió muchas cartas á Trajano para aconsejarse de lo que se debía hacer, considerando el ascendiente que la predicacion alcanzaba sobre las masas del pueblo. A frecuentes discusiones dió lugar la estraña filosofía de Simon Mago, Basílides y Carpócrates; pero el ataque mas recio vino de la mano de Celso, espíritu atrevido, lleno de ciencia, hostíl al Mosaismo y al Cristianismo. Los gentiles creyeron que se habia burlado con mucho talento de los Apóstoles, y que la nueva religion no podría resistir los ataques de la ciencia. Pero sucede todo lo contrario. Comienza la defensa de la Religion un oscuro apologista, cuyos trabajos no llegaron á nosotros: Arístides hace una brillante apología de la nueva fé, y alcanza una celebridad inmensa la de S. Justino mártir. Tertuliano ataca con viveza, y Lactancio echa mano de la sátira contra los Emperadores, como Celso la empleó contra los Cristianos. Dulce en sus palabras, tolerante en las formas, pero lleno de ciencia, Clemente de Alejandría ataca el politeis-

mo. Otras apologías, y finalmente el libro de Orígenes contra Celso, acabaron la contienda con los primeros errores. El ascendiente que tomaron las nuevas doctrinas al discutirse con todos los sistemas filosóficos, y la conversion milagrosa de tantos hombres ilustres por su sabiduría, fueron causa de que se propagára tanto la Iglesia de Jesucristo, y en tan poco tiempo, que Tertuliano llegó á decir:—«No somos mas que de ayer, y llenamos las plazas, las ciudades, las aldeas, los templos, los palacios, el Senado y el Foro (1):» de Dios tuvo que venir aquel auxilio con que el Apostoladó de los primeros tiempos luchó con la sabiduría pagana. Los monumentos cristianos tuvieron que ser de una sencillez divina y de una belleza incomparable, para poder alternar con las bellezas literarias del siglo de Augusto. Estaba ademas tan encarnado en las escuelas el sensualismo de su religion, que no se concibe cómo pudieron interesar á los espíritus embriagados de delicias, los himnos de los mártires al lado de las amorosas elegías de Tíbulo, ó de los dulces acentos de Horacio que brinda con el vino de Falerno, querido de los amantes. Es encantadora la magestad y sencillez de las Cartas Apostólicas: pero si no hubieran tenido la sencillez y majestad de un monumento, los gentiles las hubieran creido inferiores en precio á las cartas de Ciceron á Attico, y á las de Plinio el jóven. ¡Oh y cuánto debemos admirar los primeros triunfos del Apostolado de Jesus! ¿Cómo no enmudeció ni fué vencida aquella Iglesia tan vilipendiada por Celso, «secta estraña, como él decia, á los productos del arte y á la ciencia de los Helenos?»

---

(1) Apología.

CAPITULO III.

APOLOGISTAS CRISTIANOS.—OPOSICION AL CRISTIANISMO EN NOMBRE DE LA FILOSOFÍA GRIEGA.—HEREGÍAS Y PERSECUCIONES.—S. JUSTINO MARTIR.—S. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, ORÍGINES Y TERTULIANO.

Acabamos de dar sus nombres; demos ahora noticia de sus trabajos. Las persecuciones contra los cristianos debieron producir las apologías del Cristianismo: á la heregía debió seguir la polémica, á los sistemas filosóficos del paganismo, la filosofía cristiana: y todo salió con el tiempo: nueva doctrina, nueva filosofía, la elocuencia, hasta la gerarqúía eclesiástica. Jamás hubo una discusion mas vasta, de la que se deriváran á la Iglesia mayores beneficios. Triunfó por el martirio, por la polémica, por la elocuencia y la filosofía. En los calabozos y en los circos triunfó de los verdugos: en la polémica venció á los gnósticos, valentinianos y maniqueos: con la elocuencia sojuzgó á las masas, aunque por este tiempo estaban ya en decadencia las lenguas antiguas; luchó contra Platon para triunfar de la filosofía en Oriente, y en Occidente contra Aristóteles, aunque se aceptára no poco, especialmente en cuanto á la forma, de los trabajos del filósofo estagirita.

Aunque la predicacion del Cristianismo obrára tantos prodigios, concíbese muy bien que no transformára de un golpe todos los espíritus: en algunos produjo una impresion que excitó su curiosidad, y quisieron aprovecharse de algunos principios para hacer, por la exageracion ó por el arte, un abominable compuesto del dogma cristiano y de la filosofía gentil, pero absolutamente heterodoxo, y lleno de tales extravagancias, que de entonces acá no hubo delirio ni error por grosero que fuera que no se haya derivado de las heregías de los primeros siglos. A este tiempo pertenece el Gnosticismo, y aun se cree, por unas palabras de S. Pablo (1), haberse conocido en tiempo de los Apóstoles. Se supone á Simon Mago como el principal autor de esta doctrina. Menandro, discípulo de Simon, y samaritano como su maestro, la comunicó á Saturnino y á Basílides. Que Jesucristo habia dado á los hombres lecciones de sabiduría y virtud, esto es segun S. Ireneo (L. I. c. 21) lo que confesaban los gnósticos: en cuanto á los dogmas y misterios, todo fué negado entre las muchas sectas en que vino á dividirse la primera heregía. Unos vinieron á parar al dualismo de donde resultó el maniqueismo, otros como los Valentinianos vinieron á parar á un idealismo absurdo. Creyéndose autorizados por el hecho de ser gnósticos, es decir, *iluminados*, á exponer la doctrina de Jesucristo, predicaron en Egipto, escribieron cartas, tratados, homilías, salmos, y hasta compusieron un Evangelio, que se llamó, segun S. Ireneo, el «Evangelio de la verdad.»

---

(1) Ad Timot. c. 6. v. 20.

El desprecio de los *iluminados* iba á la par con las persecuciones que sufrian los mártires, aquellos valerosos soldados de Cristo. Juvenal describe uno de los martirios mas horribles inventados por Neron con una frialdad bárbara (1): Tácito maltrata á los cristianos confundiendolos con los judios tan aborrecidos en Roma (2): Plinio los castiga sin saber en qué consiste su culpa. Plutarco los trata con desden: ni en su larga historia los mencionan Quintiliano y Dion Casio: pocas lineas les consagra la Historia Augustana hecha por tantas manos: y lo mismo hace Séneca aunque parece haber estudiado la doctrina de Jesucristo, y aun siendo probable lo que muchos críticos antiguos y modernos dicen de su correspondencia con el Apóstol S. Pablo (3). Luciano se burla de los cristianos en su diálogo de *Philopatori*; Celso los denigra; y como el sarcasmo, la heregía, las acusaciones, y todos los errores inclusos los de los valentinianos, (apesar de predicar en el Oriente), llegaban hasta Roma, las apologías se llevaron hasta los Emperadores. Así logró Serenio, Proconsul de Asia, moderar las persecuciones, y Apolinar pudo enternecer á Marco Aurelio. Nunca como entonces se necesitó un esfuerzo sobrehumano para sacudir el peso de tantas acusaciones y calumnias. Aquellos crímenes horribles que se achacaban á los

---

(1) Sat. I.
(2) Anales, XV.
(3) El Conde de Maistre ha juntado estas tradiciones, recreándose en dar alguna consistencia á estas conjeturas.—*Soirées de S. Petersbourg.*

cristianos (1), acusandoles de sacrificar á Céres y á Baco, de cometer atrocidades cuya suposicion indigna á S. Clemente de Alejandría, al historiador Eusebio, á S. Cipriano, S. Justino, Minucio Felix y á todos los apologistas, todo se inventaba contra los cristianos para redoblar las persecuciones hasta lograr, si hubiera sido posible, su esterminio y completa ruina. Que los cristianos eran enemigos de toda religion, enemigos de Roma, del género humano; que no sabian persuadir, ni predicar la doctrina, que no tenian elocuencia y que por eso se dirigian á la plebe, todo esto se decia por los judios, y principalmente por los gentiles, que se vanagloriaban de tener en su filosofía una defensa contra las invasiones de los nuevos creyentes (2).

Viniendo los primeros apologistas de la filosofía griega, cuyos sistemas conocieron antes que la doctrina de Jesucristo, no solo no pudieron ser descartados de la discusion, sino que quitaron la fuerza y prestigio de que los gnósticos hacian mucha gala, teniéndose por los únicos depositarios de la ciencia, y creyendo ejercer sin contradiccion alguna el monopolio de la palabra. Por los fragmentos de la *carta á Diogneto* de un apologista ignorado, empiezan los embates contra la idolatría. Cuadrato, Obispo de Atenas, y Meliton, Obispo de Sardica, escriben apologias que no se conservan: la discusion vino á producir las magníficas apologías de S. Justino. Aplicóse

---

(1) Orígines in Celsum.

(2) Todas estas acusaciones pueden verse en el libro *Moeurs des chretiens*, por Mr. L' Abé C. Fleury, y mas estensamente en la *Histoire des Empereurs* de Tillemont.

al estudio de la filosofía pagana; no encontrando en ella el conocimiento de lo divino, ni la vida de justicia y de piedad que pueden llevar al conocimiento de Dios; sin poder contener su asombro al contemplar el valor con que se arrojaban á la muerte todos los cristianos, se convirtió á la religion nueva. Escribe contra los paganos, judios y hereges; hace dos apologías que dedica al Emperador Antonino Pio y á Marco Aurelio, y publica un diálogo con el judio Trifon. Sobre la filosofía pagana falta de las ideas cardinales, pone S. Justino los fundamentos de la filosofía cristiana: sobre la razon humana, el espíritu divino que inspira toda razon: sobre la lengua de los estóicos que perpetúa las divisiones entre los hombres y los sistemas, la lengua de la religion que hace de todas las ciencias una doctrina, y de todos los hombres una familia, unidos por la sabiduría y la justicia en la mancomunidad de una vida religiosa. Encerrando el Cristianismo toda la verdad, afirmó S. Justino que la palabra cristiana contenia todas las condiciones necesarias para la polémica y la fuerza indispensable para el triunfo. ¿Porqué Sócrates es creido á lo mas por los filósofos y los hombres de letras, al paso que Jesucristo inspira la fé á los rústicos y á los ignorantes que desprecian la gloria, los terrores y aun la muerte? á lo que responde S. Justino—porque el Cristo no es el esclavo de una palabra humana (1).

La transformacion que iba sufriendo la sociedad humana no podia venir sino de un auxilio sobrenatural.

---

(1) Dial. c. Trifon.

«Hubo un tiempo, dice S. Justino poniendo estas palabras en boca de unos cristianos calumniados, en que amabamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza: practicábamos las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios: procurábamos adquirir los bienes agenos, ahora son comunes los nuestros; nos aborreciamos los unos á los otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos (1).» En vano se acusa á los cristianos por los crímenes que contra ellos se inventan; ni las sátiras pueden rebajar el ascendiente de aquellas patéticas y tiernas exhortaciones de que los paganos los creian incapaces. Respondiendo S. Justino á estos cargos, dice tranquilamente estas palabras con un tono entre apacible y grave: «el dia del sol, los que moran en la ciudad y en el campo, se congregan en un mismo sitio; cuando se puede, leemos los escritos de los Apóstoles y de los profetas. Acabada la lectura, el que preside pronuncia un discurso dirigido al pueblo, exhortándole á imitar ejemplos tan gloriosos, ofreciéndose luego el pan, el vino y el agua. Rinde el Prelado lo mejor que puede acciones de gracias con plegarias piadosas, y responden todos *Amen*.... Dan libremente los ricos á los otros y pagan cierta contribucion segun les place: lo que se recoje de esta manera se guarda por el Prelado para auxiliar á los huerfanos, á las viudas, á los que por enfermedades ú otras causas vinieron á ser pobres, y para socorrer á los encarcelados y á los extranjeros.»

---

(1) Obras de S. Justino reunidas por el benedictino Dom. Prudent. Marsant, 1742.

«Si nuestros usos os parecen razonables, respetadlos; si os parecen inconvenientes, miradlos con desprecio; pero no condeneis á muerte á personas que no causan ningun mal. Porque oidlo bien; no os escaparéis del juicio de Dios perseverando en semejante injusticia: y por nuestra parte os diremos únicamente: cúmplase la voluntad de Dios!» Con esta serenidad sufrió S. Justino el martirio en Roma (año 165), probablemente á consecuencia de su segunda apología en que atacó á un filósofo gentil, enemigo y calumniador de los cristianos (1).

Siguiendo las pisadas de S. Justino escribe Atenágoras. Se cuenta que leyó las Escrituras con ánimo de escribir contra la religion nueva; pero su lectura le hizo profesar el Cristianismo. En vano busca la verdad en las contradicciones de los filósofos, y vé con cuánta razon los cristianos se confian á sus profetas, ó mas bien al espíritu de Dios que segun una feliz expresion de Atenágoras, «agita los labios de los profetas en sus éxtasis, como soplaría un instrumento, una flauta (2).»

S. Ireneo arrecia en el combate contra el gnosticismo y contra todas las heregías. Conoce bien el espíritu griego, y desprecia la *gnósis*, que llama la *falsa ciencia*. Habla y predica tanto, que cuando se le arguye de poco habil en la lengua griega de que se valió para sus escritos, se escusa diciendo que para propagar la doctrina de Jesucristo tenía que estar hablando casi siempre en un

---

(1) Ritter, histoire de la philosophie chretienne, t. I.

(2) Legatio pro Christ.

idioma distinto (1). Vióse entonces el esfuerzo de los paganos por desunir el Cristianismo que era un sistema compacto, y dar unidad á la religion gentílica que no podia tenerla: en vano fué establecer una escuela que se llamó *de las palabras sagradas* (2): si á un apologista le faltaba el gusto literario, era inespugnable en la doctrina: del Africa sale un retórico, Arnobio, y de este, su famoso discípulo Lactancio, orador eminente, cuyo estilo se compara con el de Ciceron. Pero estos apologistas, como entrándose ya en la era mas brillante de la literatura eclesiástica, amaestrados en la polémica, ejercitados en la palabra, trajeron su sabiduría, las mas preciosas dotes de su genio, y hasta su fé, de otros apologistas contemporáneos de S. Justino, y no menos célebres que este insigne mártir: tales fueron entre otros, S. Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano.

Tito Flavio Clemente, griego de nacion, empezó por su *Exhortacion á los gentiles*, á traer prosélitos á la religion nueva, refutando las doctrinas del helenismo. Tributa á la filosofía espléndidas alabanzas, pero depurada de los errores paganos. Sin encontrar en ella el principio divino que nò encontraron tampoco S. Justino ni Atenágoras, observa con cierta especie de satisfaccion, que cuando los hebreos alababan á Dios en su lengua, los griegos le alababan en la suya; no pasa en silencio la exhortacion á la fé que Platon dirigió á los paganos, y esfuerza las pruebas de la revelacion cristiana por las

---

(1) Adv. haeres.
(2) Tillemont, memoires eclesiast.

profecias sibilinas, argumento que entre los modernos ha perdido casi toda su fuerza. Hace un todo armónico de la filosofía y de la revelacion, considerando la palabra divina como una luz que alumbra el mundo entero. De aquí han tomado pié algunos filósofos modernos para exponer torcidamente su doctrina, como si el apológista hubiera sentado que la verdad cristiana ha ido desarrollándose progresivamente, de modo que hasta los errores de la filosofía griega hubieran sido un grado de la verdad eterna, por donde se llegara al Cristianismo que es la verdad absoluta (1).

La palabra de San Clemente de Alejandria formó á Orígenes, así como en medio de las persecuciones que sufria la Iglesia, las lecciones de Orígenes fueron una escuela de mártires. Con su elocuencia y sus escritos convirtió á una tribu de árabes, sofocó muchos errores, retrajo á muchos hereges, y retuvo en la fé á muchos cristianos durante las persecuciones, que al mismo Orígenes alcanzaron en tiempo de Décio. Sus cartas, homilías, su *exhortacion al martirio*, y principalmente sus ocho libros contra Celso, filósofo del siglo II, lleno de odio contra la religion de Jesucristo, le conquistaron una celebridad inmensa. Un místico explica la caida de Orígenes con estas palabras: «la fama de sus escritos estendida por el mundo, la nombradía y la soberbia prepararon su caida, de la cual solo pueden preservar á los

---

(1) Véase á Ritter, Histoire de la philosophie chretienne.

hombres ilustres por los dones de la naturaleza y de la gracia, la humildad y el temor del Señor (2).»

El Cristianismo triunfaba en las academias, en los entendimientos. Todos los atavios de la filosofía griega, los sistemas mas brillantes, los oradores de mas renombre, no podian dar razon de lo divino: los apologistas cristianos, depositarios de la verdad, lo explican todo. Si no se hubieran iniciado en los misterios del helenismo, todavia se les hubiera entretenido con doctrinas incompletas, con fórmulas deslumbradoras, con un aparato seductor que habria detenido la desercion de los sabios, y sustentado el amparo y favor de la opinion pública. Pero como los apologistas bebieron la ciencia de las escuelas de Atenas y de Alejandría, y hablaron en aquella lengua, y adoptaron sus fórmulas y estilo, como maestros y doctores esperimentados hallaron el vacío, apreciaron el valor insuficiente de la ciencia para explicar lo que tan grandemente explicaba la nueva religion, y vencieron en la polémica. El despecho aumentaba las heregias; y como cada vez se aumentaban los absurdos, los entendimientos se reformaban; preparándose, aunque lentamente, para una revolucion universal, que sería el mas señalado triunfo de la religion de Jesucristo. Entre tanto, todo estaba sostenido por el *poder:* el *poder* perseguia, el *poder* mataba: ceremonias, sacrificios, magistrados, ley, todo se mantenia con el apoyo de la religion oficial. Pero contra el poder que oprimia, se levantaron ardientes abogados como Minucio Felix: iba pasando la

---

(2) Véase á Tillemont. Mem.

cuestion del terreno de la ciencia al terreno del derecho; y al decir Tertuliano que «nació la verdad entre las mantillas del ódio (1),» ya se adivinaba que el orador africano, asido á las tribunas, retaría á los Emperadores y magistrados hasta recabar declaraciones favorables al ejercicio de la religion, arrollando la última de las resistencias en que buscaban abrigo los oradores gentiles que comenzaban á enmudecer, los instigadores y la gente desenfrenada que no podia tampoco conciliar con aquella religion de pureza sus desarregladas costumbres.

Q. Septimio Florente Tertuliano fué el principal de estos famosos apologistas, que sale á combatir, no contra las ideas, sino contra la fuerza: no discute las doctrinas del Oriente, sino que descarga sus golpes contra Roma; hiere al gentilismo en el corazon de su Pontificado. ¿Qué enemigos tiene delante? «Soldados enfurecidos y esclavos de condicion alevosa (2).» ¿Se acusa á los cristianos de imperitos, ignorantes é iliteratos? se les acusa de sacrificar un niño en la celebracion de sus misterios. «¿Quién nos cerró las bocas ensangrentadas, dice Tertuliano, para que no vea el Juez entre los dientes la sangre?... en Africa se sacrificaban á Saturno.» Alaba la piedad de los antiguos romanos, para ponerles delante los vicios presentes: ensalza á Marco Aurelio, para deprimir mas á su sabor la raza de los Nerones: escarnece los Dioses en que ya no creen los gentiles, y las nobles matronas que se prostituyeron en la corrupcion de todas

---

(1) Apología.
(2) Apología.

las cosas. Y porque la corrupcion de las costumbres lleva siempre su corrupcion á la ley, pide la abrogacion de aquellas leyes inicuas, injustas, que llevan los cristianos á la muerte. «Si quitan á los cristianos la defensa, dice, son absurdas: si les impiden replicar, son inicuas: si las clasifican y definen, son tiranas..... Y nó se pueden enmendar siquiera las leyes que hicieron los hombres?.... los lacedemonios ¿nó hallaron qué corregir en las leyes de Licurgo?» Tertuliano hace notar que al tiempo que se persigue á los cristianos porque adoran al unico Dios criador de cielos y tierra, los filósofos y poetas paganos hacen burla de sus ídolos, y celebran en los teatros los chistes donosos de Lentulo y Hostilio, que á porfía hacen mofa de los Dioses. Tertuliano emplea de este modo sus brillantes antítesis como otras tantas saetas contra el *poder*, y exorta á los mártires con patéticas arengas llenas de dulzura: pide la abolicion ó reforma de tan duras leyes, mientras se junta en coro con los cristianos para pedir por sus bárbaros sacrificadores. Con unas pocas palabras, pero de un vigor irresistible, acaba Tertuliano su apología. Lástima grande que nó se despidiera para la muerte sino para el Montanismo, el elocuente sacerdote que levantó un rico monumento con esta fiera provocacion á los tiranos: «fatigadnos, dice, atormentadnos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia..... Segando, nos sembrais: que la sangre de los cristianos es semilla.... En el mismo tribunal os damos las gracias por la sentencia de muerte que recibimos. Están en competencia vuestra crueldad y la piedad divina: el Juez con toda su ira nos condena; Dios con toda su misericordia nos absuelve.»

CAPITULO IV.

El Paganismo y los Emperadores.—La reaccion filosófica, medio inútil para atajar los progresos del Cristianismo.—Proyecto de restauracion con Juliano el Apóstata.—Ultimo acento de los oradores paganos.

En los reinados de los Emperadores adviértese una contradiccion estraña, entre la rabia de las persecuciones y la revocacion de sus bárbaros edictos. Domiciano hereda de Neron su ódio contra la Iglesia; pero Juvenal observa (1) que vivió en tranquilidad mientras derramó la sangre de las personas ilustres, y que le ahogó la proscripcion de los miserables cristianos. Antes de morir, dice Tertuliano, hizo cesar las persecuciones y abrió á los desterrados las puertas de la patria. Lo mejor que podia discurrirse para sostener las persecuciones, era prohibir á los cristianos que hablaran, negarles el derecho de defensa, y segun Tertuliano, esto fué lo que se hizo en tiempo de Trajano. La discusion estaba prohibida;

(1) Sat. IV.

los gentiles no leian, no oian á los discípulos de Jesus: y al acusarlos de tantos crímenes, el pueblo pedia sus cabezas que rodaban en la arena entre la algazara de los espectadores. Por una ley antigua estaba prohibido reconocer mas Dioses que los que aprobara el Senado. Tiberio se presenta un dia á la puerta del Senado reclamando para Jesus un lugar en el Panteon de los Dioses; no se atendió á esta demanda, porque era abrir el campo de la discusion para venir á parar á la unidad de Dios: estremecióse el viejo Olimpo cuando pronunció Tiberio el nombre de Jesus. El Emperador Trajano es provocado á explicaciones por la famosa carta de Plinio: ¿qué dice el Emperador? manda castigar lo que se llama el crímen de profesar una religion nueva, y prohibe que se hagan pesquisas contra los cristianos. Esto desespera á Tertuliano: «Ordenanza imperial, exclama, ¿porqué te contradices? si mandas que se castigue el crímen ¿porqué vedas que se averigüe? y si prohibes que se indague ¿porqué no absuelves?» El Imperio se detiene ante las apologías que S. Cuadrato y S. Arístides presentan á Adriano; llenas, dice Tillemont, «de pasages de los filósofos (1)» no solo por escrito defendieron la divinidad del Verbo, sino que pronunció Cuadrato en presencia de Adriano un discurso brillante: *luculentisimé peroravit*. Adriano vacila, retrocede de la política de los Emperadores; borra sus edictos; escribe cartas á Minucio, Proconsul de Asia, y á otros Gobernadores, y cesa la persecucion. Durante la paz que disfrutaron los cristianos por

---

(1) Histoire des Empereurs, t. II.

virtud de estas famosas arengas de los mártires y santos apologistas, «la doctrina de la verdad, dice Eusebio, resplandeció á los ojos de todos los hombres (1).» De este modo, dice Tillemont, «los mas grandes enemigos de Jesucristo venian á ser sus testigos y sus predicadores (2).» Los cristianos aprovechaban los momentos de paz acosando á los filósofos, de tal modo que algunas persecuciones fueron mas crueles por esta causa. Para que se pueda formar una idea aproximada de estos trabajos, baste decir que Orígenes mismo, incansable apologista, versado como el que mas en los estudios sagrados y profanos, se confiesa, en una carta, rendido por los trabajos de S. Ambrosio. «Me aventaja tanto, dice, en el ardor que tiene por la palabra de Dios, que yo sucumbo al estudio que me impone. No se empieza la comida sin que proponga alguna cuestion. Despues de comer no me deja pasear ni descansar un poco: es preciso siempre consultar algun libro, examinar algun punto, revisar ó corregir algun ejemplar. Ni siquiera me deja las noches libres para dormir; solemos pasar mucha parte de ellas en la discusion, tratando algunas dificultades. No digo nada del tiempo de la mañana á las tres ó las cuatro de la tarde, que suelen emplear todos en la lectura y meditacion de los divinos oráculos (3).»

---

(1) Preparatio Evangélica, t. IV. c. 17.
(2) Histoire etc. t. III.
(3) S. Gerónimo cita una carta de S. Ambrosio (es autentica) en que habla de la vida que hacía en compañía de Orígenes. Con esto demuestran los historiadores la autenticidad de la de Orígenes. Se sabe ademas que

Décio vino á turbar los trabajos de los apologistas con una ruda persecucion. Viólo venir S. Cipriano (1) «con la cabeza apoyada sobre una mano, con aire triste, inquieto, y con el rostro sombreado por la indignacion y el dolor.» La Iglesia sufrió desmayos: el hierro y el fuego, destruyendo la obra de la palabra, desgarró las entrañas de los buenos cristianos. ¿Qué podían los hombres para remediar los desastres de la Iglesia de Africa y del Oriente, habiéndose corrompido muchos cristianos por la larga prosperidad que disfrutaron durante el reinado de algunos Emperadores, tan tolerantes como Alejandro? muy poco; pero Dios se interpone entre los paganos y la Iglesia, y el apóstata que sube al Capitolio para hablar contra Jesucristo, de repente queda mudo. Nicómaco se desgarra la lengua. El poder de Dios viene de todas partes para ayudar á los hombres. La fuerza puede repetir sus ensayos, redoblar los golpes; pero las viejas doctrinas no adelantan un palmo de terreno. Ni la persecucion puede ser larga: Décio tiene que acudir á la Iliria y á la Tracia, porque á la voz de Dios se levantan los bárbaros por una parte, y los usurpadores por otra: quédale tiempo á S. Cipriano para predicar y reunir concilios, y los cristianos vuelven á presentar la batalla al gentilismo en el terreno de las doctrinas, despues de

---

Orígenes escribió, á ruegos de S. Ambrosio, sus ocho libros contra Celso. *Hoc diebus egisse, & noctibus, ut lectio orationem exciperet, & oratio lectionem.*» Esto dice S. Gerónimo de los trabajos de S. Ambrosio, en la carta á Marcela. *Divi Hieronimi Epistolæ selectæ.*

(1) Epist. 52.

haber enriquecido el martirológio con la preciosa sangre de muchos valerosos creyentes. Un rayo detiene el brazo de Aureliano cuando iba á firmar una persecucion contra la Iglesia. Se turban las prosperidades del Imperio, bien largas en tiempo de Diocleciano por la paz en el interior, por las guerras y conquistas en el exterior, cuando el Emperador ataca la Iglesia. Se abrasa su palacio de Nicomedia, y huye: el rayo cae, y la demencia le sigue: el espanto se apodera de su ánimo, y cree siempre que el rayo brilla y que amenaza desprenderse del cielo. El Oriente se turba y la Siria se subleva. S. Gerónimo habla de un horrible temblor de tierra que siguió á su triunfo: Tiro y Sidon cayeron á pedazos sobre sus habitantes: muere el vencedor entre la desesperacion y la locura, mientras los cristianos, que persiguiendo al paganismo en todos sus puntos no cejaban en el combate, acusan á los arrianos por boca de S. Atanasio de atribuir á los mortales tan miserables como Diocleciano, la divinidad que negaban al hijo de Dios; y gimen como S. Gregorio Nacianceno por las fastuosas ceremonias con que honraban á las imágenes de los Emperadores, viciando de este modo á la Iglesia con una especie de idolatría. ¿Quién dará vida á la fuerza, y levantará de su postracion la idea pagana? ¿de qué sirven las matanzas y las proscripciones, si los oradores enmudecen, si los escritores callan, si las calumnias se agotan, si las guerras y el desasosiego favorecen aquí y allá el espíritu público que se declara por la religion del Evangelio? ¿Qué Emperadores levantarán el Paganismo? ¿Cómo el Paganismo levantará á los Emperadores? Se ha olvidado á Celso; ¿quién se levantará en favor de la reli-

gion antigua? ¿Quién volverá por el esplendor de los Dioses, escarnecidos ú olvidados?

Aparece Porfirio. El historiador Eusebio le celebra; S. Cirilo de Alejandría reconoce su mérito; S. Agustin confiesa que era un genio no mediano, y el mas hábil de los filósofos. Tantas alabanzas nos hacen creer que no fué inferior á Celso. Sin embargo, escogió mal camino en sus escritos contra la Iglesia. Acusaciones, declamaciones vanas que no podian levantar en aquel tiempo el brazo ya cansado de los verdugos ni reanimar el espíritu gentil, esto hizo principalmente. Buscó contradicciones en la Escritura, quiso falsificar algunas profecías; pero contra sus quince libros, escribió treinta, llenos de erudicion, Eusebio de Cesarea; y Apolinar cerca de sesenta segun los historiadores (1). Los cristianos morían por la espada de Diocleciano, pero manejaban la elocuencia contra sus apologistas: muchas veces no eran fuertes contra el poder, pero contra la vieja doctrina, lo fueron siempre: los Emperadores alcanzaron algunas victorias; los oradores y los filósofos, ninguna. La grande obra de Eusebio (2) es una soberbia refutacion de los escritos de Porfirio: S. Cirilo de Alejandría y Teodoreto la combaten: S. Gerónimo escribe contra su libro sobre Daniel (3), y por último muere su doctrina enteramente á manos de S. Agustin (4). La doctrina de Porfirio quedó

---

(1) Todos se han perdido así como los de Porfirio.
(2) Preparatio evang.
(3) Es el doce.
(4) De la Ciudad de Dios.

abandonada; no tuvo discípulos ni comentadores (si se esceptua á Juliano el Apóstata) al paso que sus impugnadores se fueron sucediendo. Hubiera sido defendida por la fuerza? pero si la fuerza necesitaba del amparo de una doctrina ¿qué podía esperar el Paganismo, del Imperio que no tenía la verdad, ni de la filosofía combatida en nombre de la ciencia?

¿Dónde estaban las legiones de los cristianos, sus Magistrados, sus leyes, su poder? nada de esto tenían: y contra las legiones, contra los Magistrados y las leyes eran bastante poderosos para esparcir la alarma y el terror, para apagar el entusiasmo y brio de los oradores paganos, cuyas arengas, de dia en dia menos apasionadas, tegidas de malas razones, respirando un dolor poético que no interesa mucho, expresan harto bien el claro presentimiento que se tuvo del fin del Paganismo. Uno á uno, los Emperadores bajan al sepulcro para siempre. Roma se disolvía para ser la *Ciudad Eterna.* No parece sino que la persecucion habia derramado por la tierra los gérmenes de una nueva vida; el Imperio y el Paganismo estaban muertos en realidad apesar de su fausto, de sus pomposas ceremonias y de sus sacrificios; al paso que del fondo de los sepulcros de los mártires, parecía escaparse el aliento de una nueva y muy gloriosa existencia. Como en el campo del Profeta, *saltan los huesos de alegria;* renace el Cristianismo, como el Fenix, de sus cenizas. ¿Quién no espera y cree en la inmortalidad leyendo el epitafio de uno de los mártires de tantas persecciones? «Alejandro no ha muerto, sino que vive sobre los astros: su cuerpo descansa en esta tumba. Acabó sus dias bajo Antonino, á quien había colmado de beneficios.

Le aborreció, porque Alejandro quiso sacrificar al Dios verdadero. ¡Oh tiempos lamentables en que nos vemos obligados á ocultar en nuestras cavernas las cosas sagradas! Tan infortunados en la vida como en la muerte, no es permitido á nuestros amigos ni á nuestros deudos que nos den sepultura. Entretanto, Alejandro brilla en el cielo, y su cuerpo descansa en paz.» No se pueden leer estas inscripciones funerarias sin conmoverse vivamente al grito doloroso de una sociedad secreta y perseguida, que muere por la confesion de la verdad, brilla en los cielos por su gloria, y en la tierra por la sangre que le costaron sus sufrimientos y penosas angustias. No, las persecuciones no son la muerte: nadie dirá, me parece á mí, en los cementerios de S. Calisto y de S. Sebastian que puede acabarse con una religion de verdad y una sociedad de hermanos, levantando cadalsos y cebando con carne humana los tigres, leopardos y leones de la Numidia. Es preciso llorar en esas interminables galerías de muertos, repasando las inscripciones funerarias en que están retratados el carácter del Gentilismo, la venganza de los Emperadores, el sentimiento vivo de los padres y de los hermanos, la alegría de los fieles. Las ampolluelas llenas de sangre, los vasos lacrimatorios, las palmas y las coronas, y tantos otros místicos emblemas para representar el dolor, la esperanza y la alegría, afligen y conmueven; pero tambien ensanchan el ánimo, en uno y otro caso poseido de un respeto religioso, siempre agoviado de recuerdos, herido por una melancolía dulce, desapropiado por una alegría indefinible, que tampoco se aviene mal con las lágrimas.

A la exaltacion del sentimiento cristiano, correspon-

día el abatimiento del Gentilismo. Hacía mucho tiempo que no se sabía qué oponer á los progresos del Cristianismo, y esto traia los ánimos preocupados. Se buscaba una filosofía, y ninguna se hallaba apropósito. El Aristotelismo no servía para esto; á los cínicos les faltaba un cuerpo de doctrina; la escuela pitagórica era entonces lo que fué desde el principio, mas bien matemática que filosófica; el estoicismo había pasado, y no era fácil reproducir una secta fuerte y austera en la corrupcion general de las costumbres: nada se esperaba del sensualismo sino que agravára los males, y por esto no se intentó resucitar la doctrina de Epicuro: y como á despecho de todas las resistencias, el Cristianismo había comunicado al espíritu pagano alguna vida, aunque no sirviera mas que para dar á conocer y sentir las aspiraciones religiosas del alma, que segun Tertuliano es *naturalmente cristiana*, de aquí vino la idea de escoger el Platonismo, en cuyos principios exaltados, en cuyo espiritualismo oriental ponian toda su confianza los gentiles, para atajar los progresos de la religion nueva. Ahora viene bien el decir que Porfirio fué el instrumento empleado para evitar la revolucion moral que los sábios gentiles se temieron, y podemos añadir que de nada sirvieron sus trabajos ni los de su maestro Plotino, tambien muy celebrado. En vano decía «no sois vosotros los únicos que teneis las sublimes ideas sobre la unidad de Dios.... antes que vosotros, Platon las había enseñado.» Se cansa inutilmente con estudiar las doctrinas de Alejandría para intentar una fusion absurda, y nadie hizo caso de sus arranques místicos é idealistas: no tuvo Porfirio ni la gloria de ocasionar un cisma; y por mas

que se diga que algunas damas romanas dejaron su condicion y fortuna para vivir en la contemplacion de las palabras de Plotino, no se puede señalar una creacion á esta doctrina, siquiera sea insignificante. En cuanto á dar un sentido racional al Politeismo, divorciarlo del sensualismo, de la fuerza, esto era imposible: discutió mientras pudo; luego que no pudo, empezó á perseguir; y siendo insuficientes las persecuciones, inútiles, contrarias á los designios de los perseguidores, las instituciones estaban muertas, y consumada la revolucion del Evangelio. El pueblo podía creer todavía en las estátuas de oro y de marfil; podía tener su fé en el Olimpo; pero las clases inteligentes, los filósofos, apreciaban damasiado el valor que tenía la doctrina cristiana manejada por hombres tan hábiles como Tertuliano, Lactancio y Minucio Felix: el Paganismo estaba moralmente muerto. «Hace dos siglos, decía Arnobio con una valiente claridad, que acabó vuestro Paganismo: ha sido juzgado aun por los espíritus serios de vuestra antigua creencia.... hoy, este culto está representado por histriones en la escena, y vuestras divisiones se convierten en personages de comedia.... Todos vuestros sabios atacan vuestro Olimpo, sin escluir á Séneca.... Vuestras mujeres y vuestras hijas asisten á las castas iniciaciones de Ceres, y ya sabeis lo que sobre esto han pensado vuestros poetas. Decís que son alegorías: cubrís con un velo inmodesto vuestras costumbres tan puras! singular método para enseñarlas: y ¿á qué fin tampoco?» (1) Lactancio, que había

(1) Apología.

estado en silencio durante la persecucion decretada por Diocleciano, presintiendo que se estaba en una crísis suprema, adivinando, por una intuicion clarísima, que importaba forzar el camino para obtener en breve la refutacion del Paganismo en aquellos dias en que la Religion de Jesucristo había de pasar de las Catacumbas al trono, expuso en un trabajo importantísimo un paralelo entre el Paganismo y el Cristianismo. «Tú, panteista, dice, no sabes lo que es amar al prógimo.... nosotros consideramos la humanidad como la virtud inherente á nuestra fé, y tú no conoces esta palabra. Vuestro culto no corresponde por ninguna parte al amor del hombre, mientras el Cristianismo se le adhiere por todos sus principios; y por eso, el mundo es suyo (1).» Lactancio, en fin, con la expresion de su fé enteramente divina, con el acento exaltado y terrible de la victoria, escribe su libro *de Mortibus persecutorum*, llegando de este modo entre invectivas, arengas y paralelos famosos por su sabidu-

---

(1) Divinarum institutionum, lib. VII. Unas palabras de Lactancio revelan toda la importancia de sus escritos. »No quiero solamente, dice, escribir contra los enemigos de la verdad: voy á confundirlos. Muchos, así entre los griegos, como entre los latinos, han levantado monumentos con sus errores: yo no puedo responder á cada uno en particular; pero voy á refutar los escritos de todos, y á quitar á los que les sucedan hasta la facultad de responder.» Este solo arranque basta para infundir el deseo de leer sus *Institutiones*. Despues de leerlas, es muy conveniente ver los comentarios que hace Beugnot en el tomo I de su obra titulada:—Histoire de la destruction du Paganisme en Occident.

ría, hasta que su palabra se junta con las alabanzas del pueblo cristiano, que saluda el dia de su libertad cuando el gran Constantino, aclamado Emperador, proclama la Religion de Jesucristo y la protege con el manto de los Césares.

Destronado el Paganismo, no le quedaba otro recurso que la reaccion. No podía decirse que el espíritu pagano estaba muerto; pero ¿podrían revivir las ideas y los sistemas caidos? El antiguo dogma había sido destruido por la palabra, y la fuerza no había conseguido otra cosa que hacer mas glorioso el periodo de gestacion y desarrollo de la nueva doctrina y de la sociedad cristiana. La sociedad antigua murió en el paso del politeismo al culto cristiano: detrás de esto no podía venir sino una utopia, y Juliano se encargó de realizarla; queriendo tomar del Cristianismo para combatirlo, las formas exteriores, á egemplo de lo que intentó el filósofo Porfirio cuando quiso matar la religion nueva por una exposicion idealista de la filosofía platónica. Fanático del pasado, escritor, adivino, Emperador y caudillo, sacrificador y sofista, con esta multiplicidad de su carácter, el apóstata quiere realizar un imposible. Pocos podían seguirle en los desvaríos y supersticiones de su genio, tan en desacuerdo con el espíritu y tendencias de la nueva sociedad; se gastaba en esfuerzos inútiles para vivir fuera de su tiempo; en vano quiere representarse una civilizacion que ya no existe: apesar de las alabanzas de Gibbon (1) resulta ser un verdadero romántico. Su insensa-

(1) Historia de la decadencia del Imperio Romano.

ta tentativa no sirvió mas que para acelerar la muerte de su soñada restauracion, y dispersar mas aun las antiguas opiniones.

Vióse esto claramente en los esfuerzos de algunos oradores, de los cuales el mas célebre fué Simmaco. Revivir las perdidas ilusiones, traer á la memoria las pasadas glorias, recoger las fábulas, infundir en las almas ardientes aquellos sentimientos que cultivaba con su espíritu amigo de la virtud y de las letras, esta fué la empresa de Simmaco: pero sus esfuerzos le debilitaron; sobre la esfera de su actividad pesaba un nuevo mundo, y tenía que morir sofocado como un producto tardío en una estacion avanzada. «¿Cómo quieres que hable, escribía á un amigo, cuando callan los oráculos de otro tiempo? ya no se leen las respuestas escritas en el antro de la Sibila de Cumas; no hablan ya los bosques de Dódona, ni brotan poemas de los suspiros de Delfos (1).» Cuando pide el restablecimiento del altar de la Victoria, su elocuencia decae; ¿qué caso podía hacer aquella vigorosa generacion cristiana, de estos suspiros de la antigua Roma? «Príncipe, padre de la Patria, respeta la vejez á que he venido bajo esta sagrada ley: déjame mis solemnidades antiguas.... con ellas fué rechazado Aníbal de nuestros muros, y los Galos del Capitolio....» Esta elocuencia pomposa está yerta enmedio de las muchas bellezas de sentimiento que encierra. El abogado de los antiguos privilegios pide por los sacerdotes de los misterios y por las vestales; se queja de la tiranía, de la usur-

(1) Epist. lib. IV, epist. 33.

pacion de tantos derechos y del despojo, con una debilidad que pasma. Su estilo filosófico y grave lleva un golpe de muerte con la elocuencia vigorosa de S. Ambrosio. «Se quejan, dice el Santo, de la pérdida de algunos bienes los que no han economizado nuestra sangre: piden privilegios cuando por las leyes de Juliano se nos prohibió el hablar y el cultivar las ciencias.» Sigue refutando á Simmaco que se había hecho intérprete de los clamores del pueblo romano: «Roma no habla así, le dice: ¿porqué me ensangrentais, dice llorando esta ciudad soberbia, con el estéril sacrificio de tantas víctimas?..... ¿Porqué me poneis delante el ejemplo de nuestros antepasados? yo aborrezco el culto de los Nerones....»

Así murió el Paganismo con el último acento de una voz elocuente. Las persecuciones fueron inútiles; las discusiones le desconcertaron; las reacciones filosóficas de Plotino y de Porfirio dejaron intacta la nueva doctrina; las empresas de Juliano aceleraron la ruina de las caducas instituciones, y los Emperadores y Retóricos desaparecieron dejando consignado en monumentos irrecusables, cuán poco sirvió para detener los progresos de la Religion Santa de Jesucristo, así la sangrienta persecucion de los primeros, como la elocuencia y sabiduría de los segundos.

CAPITULO V.

ELOCUENCIA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA DEL SIGLO IV.—SUS COMBATES CONTRA LA HEREGÍA, CONTRA EL GENTILISMO Y EL IMPERIO.—SUS ESFUERZOS PARA CONSTITUIR LA UNIDAD.—ESCUELAS DE ATENAS Y DE ALEJANDRÍA.

Los Padres de la Iglesia se retiran de la sociedad pagana para fundar una sociedad cristiana: en cuanto no es preciso para la discusion militante, se retiran de la literatura del Paganismo para enseñar á los fieles la buena doctrina, con la palabra y el ejemplo de una vida piadosa: huyen de las ciudades como no sea que intereses muy sagrados reclamen su presencia, y á veces su sacrificio. Enseñan á los fieles; disputan con los filósofos y hereges; y en las relaciones de la Iglesia con el Poder, continuan la obra de los primeros apologistas; ya provocando á los tiranos, ya encomiando las glorias de algunos Emperadores tolerantes ó benignos. El dogma cristiano, la heregía y la filosofía del Oriente estaban por necesidad confundidos en una sociedad que había de tardar mucho en hacer una filosofía católica, que trabaja-

ba por uniformar la doctrina en la unidad del símbolo, y que pugnaba por derrocar la soberanía del imperio gentil, la preponderancia de las costumbres, de las artes y de la literatura pagana. Si esta ha sido la obra de los Padres de la Iglesia, ¿porqué les negarán los filósofos modernos (1) la libertad del golpe de vista sobre el conjunto de las cosas, la estension de horizonte y la elevacion de su soberbio sistema? Para su mayor gloria, habian perdido su brillo los idiomas de los antiguos pueblos; y no obstante, la palabra, único camino para llegar al triunfo de la doctrina católica y á la conquista de los espíritus, ostentó no solamente una fuerza poderosa, sino que pudo cautivar por la sensibilidad y frescura que se traslucen en muchas apasionadas arengas.

Con la materia, la muerte, y la negacion de la Divinidad ó la divinizacion del hombre, que todo es uno, la filosofía pagana tenía poco que resolver en la metafísica y en la Teodicéa; con la esclavitud y el sacrificio, tenía poco que resolver en la política y en la religion; sin la libertad, sin la igualdad, sin la fraternidad, sin la caridad y sin tantas nociones esenciales sobre lo bueno y lo malo, ¿qué tenía que hacer en la moral y en la religion? pero como al aparecer el Cristianismo aparecieron tantos problemas sobre los cuales la filosofía pagana no tenía doctrinas aplicables, no se pudo impedir la revolucion filosófica como medio expositivo de la Teología, del misterio, del dogma, de la moral, en que estaba la solu-

---

(1) Es lo que hace Ritter en su Histoire de la philosophie chretienne, tom. I.

cion de los problemas mas interesantes, en que se encerraba una nueva vida por completo. La razon sirvió á la fé, la exposicion al misterio; los Padres de la Iglesia señalaron el dominio de la filosofía y los puntos de enlace ó de contacto con la doctrina teológica; explicaron aquellas leyes mas dulces, mas suaves enmedio de una restriccion absoluta, que sujetaban el corazon humano en esas hermosas y consoladoras aspiraciones que la religion aviva; y porque las pasiones tienden á realizar lo irrealizable, la santidad y felicidad prometidas, saboreadas en la tierra á despecho de todas las negaciones de la filosofía pagana, no pueden alcanzarse plenamente: la suprema felicidad en esta vida consiste en cultivar, fomentar y sostener por el amor y la paciencia, el gérmen poco menos que invisible de esa glorificacion á que constantemente se aspira, pero que el porvenir tan solo puede realizar.

Estos principios, que empezaron á reinar en el segundo siglo, aumentaron su influencia en el siglo IV, por el sostenido combate de los Padres de la Iglesia contra los Montanistas y Novacianos: su triunfo fué completo viniendo á ser el Cristianismo la religion dominante. El pensamiento constante de sostener en la unidad de la Iglesia Católica á la humanidad entera, uniformaba los espíritus; impedía el retroceso de la filosofía; cortaba para siempre con tanto provecho para todos, cualesquiera escisiones que se quisieran imaginar. ¿Se comprenderá ahora la obstínacion de San Atanasio por defender el símbolo de Nicéa? ¿Nó sería mas que el hombre de partido que defiende su causa? ¡Cuántas cosas buenas defendía con aquella elocuencia fervorosa y enérgica; con

su apego inflexible á la unidad y al dogmatismo! Y al paso que trabajaban estos hombres eminentes por reducir á la práctica de la vida cristiana un vasto sistema, no se crea que se hizo fácil su tarea como si hubieran mirado las cosas desde un solo punto de vista, haciendo confluir todas las doctrinas sin exámen en una fusion forzada, lo que equivale á decir, imposible. Estudiaron la antigüedad, la literatura pagana, ya bastante descuidada por unos, por otros mirada con horror: algunas predicaciones trabajadas con arte arrebataron en la córte Imperial y merecieron del pueblo estrepitosos aplausos: esos monges fanáticos, esos solitarios del yermo conocen á los poetas y escritores gentiles: para hablar de lo que ellos no hablaron, echan mano de su estilo; su ciencia es otra, pero hablan á los filósofos en su misma lengua; se les prohibe que enseñen las ciencias paganas, y no iban errados los que ejercieron semejante violencia, pretendiendo quitar sus vestidos de lujo á la sabiduría, por sí sola bastante fuerte contra la Gnósis. ¿Pudieron pensar los Padres de la Iglesia que el Oriente y el Occidente se dividirían un dia? es difícil que alcanzára su prevision á tanto: pero ello es que en tan opuestos confines resplandece la sabiduría de los Padres; se comunican entre sí; se corresponden; cultivan con ardor el griego y el latin para encarnar en estas dos lenguas la ciencia de la religion, como si temieran que el espíritu de nacionalidad, que la diferencia de idiomas y otras causas imprevistas favorecieran un dia, como sucedió en efecto, la separacion por el cisma del Oriente, de una Iglesia tan ilustre en aquel tiempo por sus mártires y por tantas gloriosas tradiciones. ¡Que no tuvieron ele-

vacion de miras los que con la filosofía oriental y las lenguas occidentales confundieron á griegos y á romanos, y se hacían entender de los ignorantes, amar de los pueblos, respetar de los gentiles! Desde Platon y Aristóteles, la filosofía no había hecho mas que caer; pero los Padres de la Iglesia se ampararon de aquellas fórmulas científicas que se conservaron despues en la Iglesia por muchos siglos, no solo para seguir impugnando los errores contra el dogma, sino para estenderlo y hacerlo popular en todas las Naciones. El pueblo judío quédase mudo al caer esta fórmula que lo dispersa; se rompen las barreras de tantas nacionalidades en que estaba partido el mundo; y comprendiendo mejor que todos los sistemas y doctrinas hasta entonces inventadas la importancia de reunir al género humano bajo una sola cabeza, establecen la gerarquía y comunidad eclesiástica, dentro de la que caben los griegos, romanos y bárbaros, y todos aquellos pueblos aislados, sin verdadera nacionalidad, sin vida y sin historia. Esta revolucion intelectual debió tener la significacion mas alta: la constitucion de la Iglesia preparó la formacion de los nuevos Estados, y las promesas de la Religion fundadas en el sentimiento de la espiritualidad é inmortalidad del alma, sustituyeron con mucha ventaja al patriotismo, que fué la mas elevada aspiracion de los pueblos de la antigüedad. Y no se diga que los Padres hicieron con su elocuencia y sus escritos una filosofía al servicio de la Iglesia: esto envuelve una contradiccion en los términos; si la ciencia progresa, poco importa la aplicacion que se le dé; prescindiendo de que la aplicacion que se le dió, fué en estremo saludable y fecunda. Si las escuelas iban empo-

breciendo, si las lenguas antiguas estaban en decadencia, si las mismas heregías habian descubierto el flanco mas débil de los sistemas filosóficos, si S. Ambrosio convierte á S. Agustin y por todas partes la doctrina del Evangelio, perseguida y condenada, camina alcanzando victorias, natural era que los Padres de la Iglesia y que despues los escolásticos pusieran la ciencia que ellos levantaban del cáos de las contradicciones, al servicio de la Religion. ¿Porqué no reflejarian casi toda su luz sobre la vida del espíritu, aunque no repartieran mas que alguna claridad sobre las demas cosas? ademas, era todo posible? En mucho tiempo no hubo tampoco el reposo indispensable para los trabajos científicos; y sin embargo, en la soledad, donde podian contemplarse juntas las grandezas de Dios y las maravillas de la naturaleza, la religion inspiró las mas sentidas imágenes que los sabios naturalistas de estos tiempos han recogido de los labios de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo (1). Pinta el primero la dulzura de las noches eternas del Asia menor, donde los astros, «flores inmortales del cielo, elevan el espíritu del hombre de lo visible á lo invisible (2).» La melancolía de S. Gregorio Niceno marcha de acuerdo con la naturaleza; se le representa la Divinidad en la vida que llega á su incremento, y llora contemplando los lirios á quienes dió la naturaleza colores y perfumes; se encorva en la vejez, contempla con tristeza los frutos y las hojas que desaparacen con el otoño; y herido vi-

---

(1) Cosmos de Humboldt, tomo II.
(2) Basilii Homiliæ in Hexaemeron, hom. VI.

vamente por la fuerza de estas misteriosas transformaciones que la naturaleza sufre, se asombra y anonada contemplando la pequeñez del hombre y la grandeza del universo. «Ves tú un magnífico monumento? decía S. Crisóstomo: mira la bóveda del cielo ó los libres campos donde los ganados pastan á orillas del mar (1).» No parece, dice Humboldt, sino que la elocuencia, subiendo á las fuentes de la naturaleza hubiera encontrado su elemento, la libertad, en los bosques y montañas de la Siria y del Asia menor.» Se dirá que era fácil con semejante espectáculo levantar el vuelo de la imaginacion y de la poesía; y sin embargo, se ha observado que los antiguos no nos dejaron ninguna descripcion de las nieves eternas que coronan los Alpes, cuando son iluminadas por los rayos del sol en el ocaso. La Helvecia era atravesada por los Procónsules y Gobernadores que iban acompañados por gente de letras, pero nada les decía el aspecto imponente de la Suiza; sufrían las penalidades del viaje sin distraerse con las variedades de las montañas, del cielo y de los torrentes; y aun nos cuenta Suetonio que Julio César, mientras pasaba los Alpes, lejos de dar rienda suelta á la fantasía, iba componiendo un tratado de Gramática (2).

Todo se explica bien considerando las diferencias profundas que había entre el paganismo y el Cristianismo: se habian despertado sentimientos nuevos y mas dulces, que tenían que desarrollarse tan estensamente como los

---

(1) Opera omnia, t. IX.
(2) Vida de Julio César.

principios metafísicos y morales. Pedir mas á los Padres de la Iglesia, es no conocer absolutamente con qué lentitud y con qué trabajo tuvieron que estender la provechosa influencia del Cristianismo, donde se encerraban los gérmenes de todo lo bueno. Y porque se supone que circunscribieron su horizonte, que crearon una filosofía nada mas que en provecho de la Iglesia, que retuvieron el entendimiento con fórmulas y que sujetaron el género humano á la unidad de una constitucion divina, en cuya unidad encuentran las Naciones su salvacion una vez por lo menos en cada siglo, por esto hemos querido hacer sensible la influencia de la religion, de la elocuencia, de la literatura, aun en el terreno de las ciencias naturales, favorecidas por el espíritu de contemplacion. «El Cristianismo dispuso los espíritus á buscar en el órden del mundo y en la belleza de la naturaleza, el testimonio de la grandeza y de la excelencia del Criador (1).»

Hemos dicho poco sobre el atrevido proyecto de salvar la sociedad humana asentando el principio fijo de la unidad. ¿Quién levantará este nuevo edificio sin otros recursos que la palabra, toda vez que esta obra era imposible de llevar á cabo por medio de la fuerza? Los Padres de la Iglesia.

El establecimiento del poderío de Roma fué á semejanza del de todos los pueblos conquistadores. La pobreza, la frugalidad y el valor, lo fundan casi siempre; se mantiene por la severidad de las costumbres, por un patriotismo fiero; se fortalece con la abnegacion y el desar-

---

(1) Humboldt, ibid.

rollo del espíritu de nacionalidad. Mas tarde, cuando se debilitan aquellos nobles sentimientos con que se iba marchando á la dominacion universal, al extinguirse ó desnaturalizarse el valor de los ciudadanos, los altos poderes dominadores comienzan á enervarse y á desfallecer en el campo demasiado vasto de sus conquistas, muriendo como los círculos trazados en el agua, que

Se agrandan, se dilatan, crecen,
Y en su misma extension se desvanecen.

Tal era la situacion del Imperio Romano, cuando los Padres de la Iglesia, continuando los trabajos de los Apologistas seguian combatiendo para fundar la unidad, para dar un centro comun á una tan vasta corporacion de Estados. En esto ya se había pensado antes, pero no se hallaba medio: hacía falta una palabra, una doctrina; pero ¿quién la daba? Plinio buscaba una palabra, para «hacer á los hombres mas humanos, para darles una patria comun (1).» Pero solo el Cristianismo podía realizar tan grande maravilla; porque solo el Cristianismo tenía en sí el sentimiento de la unidad de la raza, hecho primordial que caminaba á su aplicacion en la constitucion de la Iglesia, con toda la fuerza de esas verdades que han pasado al corazon despues de estar bien

---

(1) Plinio ha escrito estas palabras en elogio de la Italia: «Omnium terrarum alumna eadem et parens, numine Deum electa, quæ sparsa congregaret imperia ritusque molliret et tot populorum discordes ferasque linguas sermonis comercio contraheret, colloquia et humanitatem homini daret, breviterque una cunctarum gentium in toto orbe patria fieret.»

aseguradas en el entendimiento por las convicciones religiosas. De esta manera la unidad, idea absoluta, creó el poder; salvó la sociedad; dió un orígen comun á las familias que partiendo de un mismo tronco se establecieron en diversas nacionalidades; la unidad creó y sostuvo el símbolo en que se encerraba la doctrina de la Iglesia; las heregías se estrellaron en este invencible muro; y los sistemas filosóficos, incompletos, impotentes para la explicacion de los problemas que explicaba el Cristianismo, fuéronse retirando al aparecer los albores de la ciencia, de la filosofía cristiana, que ha dado todo lo que prometía al renovar las ideas, las instituciones y los principios.

En una larga série de siglos, esta fué la obra de los Padres de la Iglesia; pero los mas preciosos monumentos de su elocuencia pertenecen al siglo IV. Verdaderamente fué este siglo la edad de oro para la literatura eclesiástica. La Iglesia era ya un poder que habia pasado desde las catacumbas al trono. Las persecuciones habian aumentado los cristianos. Las estátuas del Gentilismo caian y se levantaban los templos. Habia cesado la polémica con los Gentiles, y una controversia mas acalorada con la heregía, era el nuevo campo en donde se ejercitaba la elocuencia apostólica. Sin embargo, mas ó menos fuertes, todas las sectas se mantenian en pié; y los Padres de la Iglesia salieron de aquellas mismas escuelas de donde salieron los errores de su tiempo, las últimas persecuciones del Imperio, y los sostenedores mas firmes de la fé Nicena. Los modelos de la elocuencia que nos legaron estos sapientísimos varones, dificilmente han podido ser imitados alguna vez por el sacerdocio católico; sobrepujados, nunca.

Alejandría, ciudad tumultuosa donde se albergan los hombres de todas las profesiones, receptáculo de todas las sectas, célebre por su comercio y la inmensa biblioteca de los Ptoloméos, dá á S. Atanasio la ciencia de sus escuelas. S. Gregorio Nacianceno y S. Basilio salen de las escuelas de Atenas, que es siempre la ciudad de las letras, frecuentada por la juventud estudiosa de Europa y del Asia. S. Juan Crisóstomo sale de la pacífica ciudad de Antioquía, con un gusto finísimo y una elocuencia fácil, respirando la dulzura de sus academias para brillar en Constantinopla; allí donde los grandes oradores hacían magnífico contraste con el lujo de la Córte Imperial, las sutilezas de una filosofía importada de la Grecia, y el caprichoso despotismo de sus príncipes. La Iglesia de Occidente brilló con la elocuencia de S. Gerónimo, S. Hilario, S. Agustin, S. Ambrosio y otros varones eminentes, que reportaron la grandeza oriental en sus viages, y consumieron una larga vida en el estudio y la penitencia, entre las delicias de Roma y los desiertos del Asia.

CAPITULO VI.

Continuacion del mismo asunto.—S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo, S. Ambrosio y S. Agustin.—Irrupcion de los pueblos del Norte.—Caida del Imperio Romano.—Triunfos del Apostolado Católico.

S. Atanasio. No se puede negar á S. Atanasio el valor y la santidad para sufrir el martirio; pero se dice que este Santo tuvo mas bien la vocacion del triunfo. Por esto se conocerá el carácter distintivo de su elocuencia. Lucha con la idolatría, con la filosofía, con los Emperadores y con Arrio. Tuvo mucha parte en la redaccion de las actas del Concilio de Nicea, cuyo símbolo defiende letra por letra. Fortalecido con el estudio es un Padre de la Iglesia, un hombre de gobierno. Tal hombre se necesitaba en la crisis suprema que sufría la Iglesia con la apostasía de Juliano. Él fué quien puso concierto en aquella sociedad jóven y briosa que amaba el Cristianismo. Las persecuciones pasaban sobre la cabeza de S. Atanasio y su Iglesia de Alejandría, y el Santo Patriarca decía á su

consternada grey: «las persecuciones pasan como las nubes.» El pueblo tenía confianza en aquel hombre que fué cinco veces arrojado de su silla, que pasó de una vez seis años errante por el desierto, y en todo veinte años fuera de Alejandría. Se cruzan las espadas en su misma Iglesia, y retiene á los fieles cantando salmos. Volvía del alto Egipto para luchar contra la idolatría; erraba entre la Tebaida y las ciudades populosas; por su palabra era el caudillo intrépido que luchaba con los filósofos, con el Imperio, el Arrianismo y los Gobernadores romanos. Su discurso contra los Griegos es celebrado como una de las mas brillantes apologías del Cristianismo. Hizo por la Iglesia con su palabra, mas que Constantino renunciando al Paganismo. Defendió la unidad de la fé nicéna con un ardor que no tiene ejemplo. Sin su carácter inflexible, el Arrianismo hubiera empeñado tal vez al Emperador en una reforma del Símbolo: claramente parecía inclinado desde luego, por transijir la lucha, que le incomodaba, entre católicos y arrianos.

Aquella elocuencia militante no podía dejar rastro. No hay sermones suyos, y eso que predicó tantos. En los escritos que se conservan trata de la controversia y de la ciencia con preferencia á la moral. Esto era propio de su carácter y de la lucha en que estaba empeñado. Su hablar repentino, su estilo nervioso, se acomodaban bien con la invectiva y el anatema. Es dulce y al mismo tiempo severo al pintar la vida de los solitarios de la Tebaida.

Lo que S. Atanasio tenía de impetuoso y ardiente, tuvo S. Gregorio Nacianceno de suave y de dulce.

S. Gregorio Nacianceno. «Yo os abandono todo lo demas, decia S. Gregorio á los gentiles; las riquezas, el nacimiento, la gloria, la autoridad y todos los bienes de la tierra cuyo encanto se desvanece como un sueño: solo os disputo la elocuencia; y yo no escuso los trabajos, los viages por mar y tierra que he emprendido para conquistarla (1).» Este ilustre padre de la Iglesia, aventajó á casi todos en el gusto literario. Su elocuencia es griega, pero de una belleza primitiva. Amaba la imitacion de estos sublimes modelos, y los cristianos de entonces fueron arrastrados por la palabra entusiasta de un sábio, que hablaba de la religion en la lengua de Lysias. Decía S. Gerónimo que la Iglesia no se habia formado de la Academia ni del Lyceo: y ciertamente, la Siria no fué conquistada sino por la sencillez de los Apóstoles: pero ganó tantos pueblos cultos y tantos hombres de letras aquella religion ataviada con los adornos profanos de la filosofía ateniense, que Juliano el apóstata llegó á prohibir entre los cristianos la enseñanza de la literatura griega. ¿Cómo recibió S. Gregorio este edicto del Emperador?

Llevado de su amor á la ciencia fué á las escuelas de Atenas, á la sazon medio gentílicas medio cristianas. Allí conoció á Juliano. A los treinta años enseñaba filosofía, y á lo largo de los pórticos, y en los campos, le seguía la multitud ansiosa de recoger alguna de sus palabras. Ama la soledad: hace muchos viages, y en ellos escribe sus homilías llenas de dulzura, y algunas poesías de una suavidad clásica. La apostasía de Juliano á

(1) Sanct. Gregor. Nacianz. Oper. t. I.

quien había conocido de simple estudiante en las escuelas de Atenas, y á quien despues contemplaba lanzando desde el Imperio bárbaros edictos contra los estudios griegos, que S. Gregorio amaba tanto, inspiró al santo prelado arengas tan atrevidas, que bien pudiera compararse con las filípicas de Demóstenes. En una de ellas dice. «Este discurso será como una columna de infamia, donde leerá la posteridad el oprobio de Juliano!.... Él hubiera querido que los paganos solos pudieran hablar la lengua profana, para quedar únicamente dueño de la enseñanza.... Sus filósofos, sus amigos le precipitaban con ardor para que nos aborreciera mas; quisieron para el Emperador una gloria inmortal, (alude á la expedicion de Persia) á fin de que lleno de fuerzas y energía pudiera levantar su espada contra el Cristianismo. Por esto multiplicaba los sacrificios á los Dioses: inmolaba millares de víctimas, rodeado de pontífices y filósofos fanáticos. ¡Oh decepcion del mundo! murió el fiero Julianiano, y de su numerosa cohorte no le quedó mas que una turba de comediantes, que cantaba en términos bufones su apostasía y su trágica muerte.»

No disimulaba S. Gregorio Nacianceno la alegría que le causaba el ver malogradas las intenciones de Juliano. El Santo arrecia en las invectivas cuando el Emperador soñaba con el destino de Enéas ó de Rómulo: qué vehemencia! se parece en esto solo á la de S. Atanasio, que anticipaba los funerales del Apóstata. Tristes augurios de las víctimas se mezclaban en la cabeza del Emperador con sus sueños de gloria. De repente le cubre una nube de dardos y de flechas, porque habian de acertar los oráculos siniestros consultados en los bosques de mirtos y de cipreses, y ante los muros de Ctesiphon.

Muerto el Apóstata, pareció concluida la mision de S. Gregorio. Apenas se ocupa del arrianismo; no es el caudillo que vive entre el tumulto de las agitaciones populares, sino el orador de grandes pasiones, que no puede dejar de concluir su tema, y que siguiendo á Juliano en todos sus planes, bendijo al Señor cuando libró á la Iglesia de Jesucristo de tan fiero enemigo. En una homilía expuso la doctrina cristiana sobre la limosna: el objeto de sus sermones solía ser el exhortar á las obras de caridad: otras veces se ocupó de cuestiones de doctrina. Curiosos detalles, que han omitido las historias, se encuentran en el libro que escribió el Santo titulado *de vita sua*. Hasta el fin fué partidario de la filosofía griega, como se vé por este fragmento de un panegírico en la muerte de Heron. «Nada tiene la filosofía que no sea conforme con la religion, cuando no se confunde con la heregía, como en el Egipto y en la Siria.»

Del revuelto oleage de la elocuencia, sale S. Basilio, apacible figura de la contemplacion divina y de la caridad cristiana.

S. Basilio. «El que aspire á ser un orador cumplido, ha dicho un crítico, no necesita de Platon ni de Demóstenes: que tome á S. Basilio por modelo. «Fué compañero de S. Gregorio Nacianceno, y recibió con él la misma educacion en las escuelas de Atenas. Se recreaba su espíritu en las mas altas contemplaciones; dotado de una imaginacion brillante, y su cuerpo de una complexion delicada, parecía agitado constantemente por un fuego sagrado. Explica los seis dias de la creacion en su *Hexameron*, especie de poema en que comete los yerros que era indispensable cometer en aquella época. Los mas altos pen-

samientos, sus alabanzas á Dios, sus correcciones, sus tratados de moral, sus homilias, en todo procura tomar algo de la naturaleza, del sol, de las flores y de todas las maravillas de la creacion. Nunca deja de ser dulce en sus palabras: ama á Juliano apesar de su apostasía, porque le conoció cuando era jóven y cristiano: sigue correspondencia con su maestro y amigo, aunque pagano, el célebre Libanio, que está prendado de la santidad de su discípulo y tiene la delicadeza de no hablarle de los Dioses. Han hecho mucho ruido la abnegacion del Santo, su amor á la pobreza, sus acusaciones contra los ricos, por haberse hecho exclusivos propietarios de los bienes de la tierra (1), y Libanio le escribía diciendo. «¿Decís que os he olvidado? oh no! yo os amaba desde vuestra mas tierna edad, cuando disputabais con los sábios en la ciudad, centro de los placeres. Cuando volvísteis á vuestra patria, decía yo: ¿qué hará entretanto Basilio?.... He oido que no pensais sino en agradar á Dios y despreciar las riquezas.» S. Basilio le contestaba: «los que aman las rosas no se irritan contra las espinas que las defienden. No me incomodan vuestras quejas; por el contrario, me gustan. Escribidme siempre así.» Escribía á Juliano lamentando su apostasía con palabras de amistad y de un amor sincero, y el Emperador le contestaba lleno de admiracion y respeto. No se engrie con aquellos cumplidos del Emperador que le llamaba el *Sol de Capadocia*, y embelesado con la soledad, las brisas, sus preces en el desierto, su pobreza y la paz de su es-

(1) Basil. Lib. VIII.

píritu acompaña con poéticas descripciones su predicacion constante. Hablando de la Thebaída, dice: «¿Qué diré yó de los dulces vapores de la tierra y de la frescura que se levanta del rio? otro admiraría la variedad de las flores y el canto de los pájaros.... Pero lo que hay de mas precio en este sitio, es, que con la abundancia de todas las cosas, me dá la tranquilidad que es para mí el mas dulce de todos los bienes.»

Jóven aun, pero gastado por el trabajo y la predicacion, murió S. Basilio, á quien se ha llamado el predicador de la limosna. Escribió muchas homilías contra la avaricia, la envidia y el abuso de las riquezas: arrastró al desierto á muchos hombres de espíritu, y al mismo tiempo apasionado por la poesía y la elocuencia antigua, escribió un tratado para hacer provechosa la lectura de los libros profanos. Se ha dicho de este Santo, que mas bien quería consolar que convertir: esta exageracion supone la dulzura y suavísima caridad, con que se aplicó al alivio de todos los dolores el ilustre Arzobispo de Cesarea.

La tranquila vida de S. Basilio forma contraste con la agitada existencia de S. Juan Chrysostomo.

S. Juan Chrysostomo.

«La multitud corría á recoger sus palabras, dice S. Gerónimo, como las abejas á un campo sembrado de flores.» Se le llamó Chrysostomo, que quiere decir *Boca de Oro*. Salido de las escuelas gentílicas, se retiró al desierto donde por espacio de dos años estuvo en el fondo de una caverna ejercitándose en el arte de la palabra. Entonces escribió su *tratado sobre el Sacerdocio*. En Antioquia empieza su predicacion: consagra desde luego veintidos homilías á la enseñanza del pueblo. Predica an-

te todas las sectas: el asunto de sus sermones es la caridad. En una ciudad de lujo y estrema miseria, trabaja para los pobres. Se presenta como el primer ciudadano: es un patriota ardiente: defiende la Iglesia, como en Constantinopla ataca el lujo de la Córte. Los habitantes de Antioquia han ultrajado la estátua del Emperador: se aguarda la venganza de Teodosio: la ciudad está desolada: muchos huyen al desierto; pero S. Juan Chrysostomo consuela al pueblo y alcanza el perdon de Teodosio. Qué manera de serenar las tempestades y volver la tranquilidad á la muchedumbre contristada! «Esta ciudad, dice el Santo, está despoblada por el terror..... Nuestros ciudadanos huyen del lugar de su nacimiento, como se huye de un suplicio: se vuelven como de un abismo: se escapan como de un incendio.... se tiene como una fortuna el sobrevivir á esta catástrofe: y entretanto, ni aun puede justificarse esta retirada con la presencia del enemigo. Esta cautividad no es el resultado de un combate: sin haber visto al enemigo, ya somos fugitivos ó prisioneros (1).»

Qué elocuencia para un pueblo perezoso, donde produce una consternacion el que se mande cerrar los baños públicos! El sacerdote tenía que contener los aplausos de la multitud, no tan excitada por la piedad, cuanto por su gusto delicado y sensible á las bellezas del estilo. Salian del templo á los espectáculos, y no creian sino que habian mudado de personages y de escena. «Nosotros debemos salir de aquí, decía S. Juan Chrysostomo

---

(1) Sanct. Chrysost. Oper. t. II, homilía II.

para reprenderlos, como de un santuario de iniciados: mejores, mas filósofos y corregidos en todas nuestras acciones y palabras.» Su celo santísimo se rebela contra todos los escándalos: describe con un dolor piadoso la opulencia de estos sibaritas cristianos; sus palacios para todas las estaciones; los pórticos, las estátuas, los parques y los muros incrustrados de mosaico; la profusion de sus mesas, y el lujo de sus camas de plata maciza con adornos y labores de oro. El Santo rodeado de cien mil personas suelta su voz á la muchedumbre mas encantada que corregida, y presenta un cuadro espantoso de la miseria pública, con tal naturalidad que aflige. El colorido y la verdad son de todos los tiempos. El orador empieza y acaba con una sencillez que embelesa, y mueve á compasion hácia los pobres de todo el mundo. «Hoy vengo en medio de vosotros, dice, para cumplir una obligacion sagrada. Yo no soy delegado sino de los pobres de Antioquia: no vengo aquí por los votos, ni por decretos populares, ni por la deliberacion del Senado: aquí me trae el espectáculo de los mas crueles sufrimientos. Cuando yo atravesaba la plaza pública, he visto tantos desgraciados, unos mutilados, otros ciegos, otros cubiertos de llagas, y me parecía inhumano el no hablaros de la miseria, cuando tantos motivos y la época en que estamos lo reclaman imperiosamente. Conviene siempre recomendar la limosna.... pero sobre todo cuando el frio es tan rigoroso. En el estío, la dulzura de la estacion es un consuelo para los pobres: pueden salir casi desnudos; el calor del sol hace las veces del vestido; pueden acostarse sobre las piedras y pasar las noches al aire libre. Entonces no tienen necesidad de vino ni de

alimentos delicados; les basta el agua fresca de las fuentes y unas pocas legumbres: la naturaleza les brinda con una mesa fácil. Hay ademas otra ventaja: tienen asegurado el trabajo. Los que construyen casas, los que tienen campo, los que navegan, necesitan entonces de los brazos del pobre. Verdaderamente, el cuerpo del pobre es para él mismo lo que son para los ricos sus campos, sus casas, y sus otras propiedades: este es todo su capital: no puede sacar provecho de otra parte. Así el estío trae algun alivio á la indigencia; pero el invierno le hace una guerra cruda: por adentro le ataca con el hambre, y por defuera con el frio que deja la carne como muerta. Entonces se necesita mejor alimento, lecho, vestido y cama, y le falta el trabajo. Cuando el pobre tiene mas necesidades, y necesidades indispensables, nadie le socorre ni le dá trabajo: pongámonos hombres misericordiosos en el lugar de los limosneros, y asociémonos con S. Pablo, que fué siempre el amigo y el protector de los pobres (1).»

La nueva metrópoli del imperio requería, siquiera como ornamento, tener el mas grande orador del Cristianismo: S. Juan Chrysostomo fué elegido Patriarca de Constantinopla. Aquí fué donde la libertad de su palabra le acarreó poderosos enemigos. La Emperatriz Eudoxia intenta perder á S, Juan Chrysostomo; el Patriarca clama contra el lujo de una córte corrompida, y desafía el Poder con el fuego de su elocuencia. El pueblo al lado de su pastor, los príncipes en contra, conmocio-

---

(1) S. Chrysost. Oper. t. III.

nes populares, arengas, terremotos y siniestras señales en los cielos, nada falta para hacer terrible la persecucion del santo Sacerdote. Prevee las iras de Eudoxia, de esta muger inmunda que era su mayor enemiga, y recordando nombres y sucesos parecidos, exclama: «Herodiades está siempre furiosa; Herodiades danza; ella pedirá pronto la cabeza de Juan.» Fué desterrado, y en el destierro escribió muchas cartas y dejó numerosas obras.

Orador, filósofo, escritor incansable, moralista, hombre de gobierno con el talento necesario para apaciguar las masas de un pueblo como Antioquia, todo esto era S. Juan Chrysóstomo. Era ademas el hombre de la elocuencia en un pueblo impresionable, que le vé mezclarse con un celo patriótico ó religioso en todos los sucesos que se refieren á la república ó á la Iglesia (1).

Sin una transicion terrible, no pudiéramos, despues de conocer á S. Juan Chrysostomo, contemplar la original grandeza de S. Gerónimo, figura colosal del Cristianismo.

S. Gerónimo. Entre lagos inmensos, bosques sombríos, montañas y pueblos salvages, nació S. Gerónimo; espíritu dulce y amante de la vida social, aunque sofocado por los pueblos salvages que rodeaban el lugar de su nacimiento, en los confines de la Dalmacia. Aprendió en Roma las bellas letras, y se entregó á todos los goces que ofrecía una

---

(1) Libanio escribía á S. Chrysostomo: «Orationem tuam prolixan & pulchran accepi, & viris qui & ipsi orationes scribunt, legi. Nullus in eis fuit, qui non exiluerit, & vociferatus sit, eaque omnia fecerit, quæ per stuporem consternati solent.» Del Prefacio á las Obras del Santo, edicion de Paris de 1664.

ciudad pagana todavía por las fiestas, la liviandad de las costumbres y la pompa del culto gentil. La juventud de Gerónimo fué ardiente: su corazon necesitaba de esa estraña ceguedad con que los pueblos que decaen se precipitan en los deleites, para no ver su propia degradacion. En la sociedad de entonces no había forma con la que no se acomodára el carácter dulce de este jóven, ya intimamente relacionado con las mujeres mas notables de la nobleza romana. La luz viva del dia no agradaba tanto en las ciudades deliciosas de Tívoli y de Albano, como el ver á Gerónimo, que parecía revestir á la naturaleza que le rodeaba, de un esplendor vivísimo. Era mas armoniosa su palabra que el ruido de las cascadas, y el vino de Falerno no inspiraba tanto rebosando en las copas, como la palabra de Gerónimo y la increible osadía de su espíritu.

El espanto y el duelo que causaron en la Roma pagana la muerte de Juliano y los estragos del mundo gentil; las lecciones de sus maestros cristianos, y las meditaciones sublimes y sombrías á que naturalmente se entregaba su alma, le hicieron amar los viages, y sobre todo, el desierto: vió las Catacumbas, y exclamaba con Virgilio, lleno de un religioso temor:

Luctus ubique, pavor et plurima mortis imago.

Aprendió la lengua céltica, apasionado por la ciencia de la Religion y las letras paganas. Trabajó en la interpretacion de las Santas Escrituras: y se dió á la penitencia para borrar las memorias de su juventud. Esta fué su lucha constantemente: siempre le pareció encantadora su vida de Roma, y su aficion á las letras paganas. En el desierto le perseguian estas memorias: dejaba la Biblia

para leer á Ciceron ó á Virgilio: afligido, dejaba á los profanos para leer la vida de un anacoreta. Frecuentemente se creia trasportado á las delicias de Roma, y se castigaba por medio del trabajo y la penitencia, entre las peñas del desierto y las arenas abrasadas por el sol, en los confines de la Siria y de la Arabia. Arrebatado por la fiebre, sus sueños y la fuerza delirante de sus meditaciones, se transportaba su espíritu al tribunal de Dios. «Quién eres? S. Gerónimo responde al Eterno en quien no se atrevía á fijar los ojos: «yo soy cristiano.» «Mientes: tú eres un ciceroniano; no un cristiano. Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.» Se desquitaba de sus dolorosos recuerdos aprendiendo el hebréo y el caldéo, comentando y traduciendo libros, leyendo y refutando desde su soledad todos los errores, contradiciendo con su doctrina los deplorables sucesos que llevaban consigo la caida del Imperio romano y la invasion de los bárbaros. Se deleitaba contemplando los triunfos del Evangelio, y á este propósito decía: «Hoy, ¿quién lee á Aristóteles? ¿cuántos conocen los escritos ni el nombre de Platon? algun viejo, puede ser: pero nuestros Apóstoles groseros, nuestros pescadores son conocidos y citados en todo el mundo.»

Bajo la direccion de un Papa español, S. Dámaso, se dieron trabajos importantes á las ciencias sagradas; y S. Gerónimo vino á Roma, considerado como uno de los hombres mas notables de su tiempo. Él solo hizo mas que todos los espíritus de su siglo para atraer á la Religion, á la penitencia y al desierto, á tantos sacerdotes corrompidos por la decadencia general de la disciplina; á tantas mujeres ilustres cuya piedad y santa abnegacion

no se habrán imitado nunca. En Roma siguió trabajando mucho en el estudio de la lengua hebrea. Retirado otra vez al desierto en una celdilla de Belen, recitaba los cantos del Salmista. Tradujo del griego las homilías de Orígenes y los tratados de Dydimo; corregía la version de los Setenta, y continuaba la traduccion latina de la Biblia entera, mezclando comentarios y explicaciones con una erudicion asombrosa. Los sábios de España, Italia y Africa le consultaban en puntos difíciles; y arreglaba la vida devota de aquellas piadosas mujeres, Santa Paula, Prisca, Marcela, y otras mas que de todas partes venían al desierto.

Ceden las puertas de Roma, asaltada por los soldados de Alarico. Los bárbaros se extienden por todas partes y llegan á la Palestina. S. Gerónimo se salva por un milagro. Terribles golpes sufrió el corazon de este grande hombre con las violentas agitaciones de un mundo que se caia. Lleno de años sostenía una activa correspondencia con S. Agustin, á quien admiraba: y sus cartas, que han venido á estar en las manos de todos, sobre revelar los grandes misterios del corazon humano, son uno de los mejores documentos que se pueden consultar para formarse idea del período de decadencia á que había llegado el Occidente, oprimido por los bárbaros, despedazado por el cisma y la heregía, y por los restos del paganismo, que principalmente en Roma, habian contribuido á relajar la severa disciplina de la Iglesia. Los últimos escritos de S. Gerónimo tienen esa marca de tristeza profunda, de melancolía, que enjendran los acontecimientos desastrosos. Son como los males que pinta, como los dolores que siente. ¿Qué importancia tan grande debió tener en

la regeneracion de las ciencias sagradas, en la elocuencia, en las letras, y en la elevacion del espíritu, este gran Santo que fué al mismo tiempo uno de los mas grandes hombres por su sabiduría? De S. Gerónimo se ha dicho que había leido casi todos los libros: *Pené omnes libros legerat*. Sin duda tomó para sí el consejo que daba en una de sus cartas á un amigo suyo: «no esteis jamás, le decía, sin un libro en la mano; estad ocupado siempre con alguna obra, para que el demonio no os encuentre ocioso (1).»

En esta grande esfera de la actividad humana, si bien rodeado de ocupaciones de otro género, pasó su vida S. Ambrosio.

S. Ambrosio. Hombre del foro, magistrado y Gobernador de la Liguria, el pueblo de Milan le aclamó por su Obispo, encomendándose al único hombre que pudiera apaciguar las disensiones entre católicos y arrianos. S. Ambrosio reinó soberanamente en la Italia. A él acudian el Emperador, los Obispos, las Vírgenes y los hombres de estudio; S. Basilio le escribe desde el desierto. Theodosio acaba de derrotar á Máximo: el arrianismo parece debilitarse y aun extinguirse en la Lombardía: tan prósperos sucesos se deben á Theodosio, firme protector de la Iglesia: S. Ambrosio entonces compone el *Te Deum*, cantar de hermosa riqueza con que el Santo Obispo de Milan acompaña la entrada triunfante del Emperador. Pero la fuerza de S. Ambrosio era tanta, que ejecutándose en Tesalónica una matanza cruel por órden del Emperador,

(1) Epist. 17.

el Santo le detuvo en las puertas del templo y no le permitió entrar. «¿Cómo podrías recibir dignamente el cuerpo de Nuestro Señor, le dice el Santo, con las manos manchadas de sangre y la boca espumando de cólera?»

Poco había escrito S. Ambrosio en los primeros años de su apostolado. Escribió un tratado de *Officiis*, y dedicó á su hermana Marcela otro sobre la *Virginidad*. El papel que desempeñaba S. Ambrosio era el de un hombre político en gran escala: cuestiones de pueblos, cuestiones económicas, como alguna de las que pusieron á prueba en Antioquia las dotes poco comunes de S. Juan Chrysóstomo, cuestiones eminentemente sociales, disputas y polémicas activas sobre altas doctrinas, deslindes de jurisdiccion entre la Iglesia y el Estado, en esto se ejercitaba la poderosa inteligencia del Obispo de Milan. Se había propuesto imitar á S. Pablo en la virtud organizadora que prestó á su mision, y es de ver cómo se remontó á la altura del Apóstol en el gobierno de la Iglésia, ganando en la influencia moral que ejerció sábiamente apesar de todas las contradicciones, en los destinos de la Italia. Lo mas maravilloso de sus escritos es la correspondencia que sigue con el Emperador, con los Obispos y personas del estado religioso. ¡Cuánto dolor y qué energía hay en la carta que dirigió al Emperador despues de la matanza de Tesalónica! «Se ha cometido, decía el Santo, en la ciudad de Tesalónica, un atentado sin ejemplo en la historia. Yo no puedo desfigurar el suceso; antes bien he dicho cuán horrible me parecía. Tù mismo te habías juzgado, haciendo tardíos esfuerzos para revocar las primeras órdenes. Apenas se ha sabido la ma-

tanza de Tesalónica, los Obispos se juntaron en concilio. Todos han llorado; pero en la comunion de Ambrosio, tu poder no ha encontrado á nadie que te absuelva..... Yo no tengo hácia tí ningun ódio, pero me inspiras un temor: yo no me atrevería á ofrecer el divino sacrificio, si quisieras asistir á él. Me lo prohibiría la sangre de un solo hombre injustamente derramada: ¿cómo no me lo impedirá la sangre de tantas víctimas inocentes? Yo te escribo por mi mano estas palabras que leerás tú solo (1).»

Acabó S. Ambrosio la gloriosa carrera de su predicacion haciendo el elogio fúnebre del Emperador. Theodosio había reunido las dos mitades del Imperio; venció á los bárbaros, y salvó la Italia: dió la paz á los Romanos, y acabó la obra de Constantino. Poco despues murió el Santo Obispo. Se le venera en la Basílica de Milan; y por la devocion de un pueblo entero, se conserva un monumento frágil, la urna de cristal en que se guardan sus cenizas. Cosas grandes hace la devocion. El tiempo y las revoluciones han derribado los monumentos romanos, las columnas de los templos y las tradiciones mas antiguas, y una urna de cristal se conserva intacta despues de tantos siglos.

Ni las agitaciones de S. Gerónimo ni las de S. Ambrosio se parecen á las de S. Agustin.

S. Agustin. En el suelo abrasador de la Numidia, y en medio de la Iglesia floreciente del Africa, nació Agustin para entregarse en cuerpo y alma á los placeres y al Maniqueismo. Dotado de una imaginacion ardiente y de un talento

(1) Sanct. Ambroni. Oper. t. II.

inmenso, amaba la poesía de Virgilio como las mujeres, y el vino de Chipre, las artes y la literatura como las mas altas especulaciones de la inteligencia. Un libro de Ciceron le hizo despreciar las esperanzas del mundo, y desde entonces su pasion dominante fué el amor á la verdad. Buscando la celebridad vino á Cartágo, donde daba lecciones de Retórica. A los veinte años habia comprendido á Platon y á Aristóteles, y ya se sintió con necesidad de hacer el viage á Roma. Hízolo en efecto; y Symmaco, uno de los hombres mas grandes que tuvo el paganismo, confió al jóven africano el honroso y difícil encargo de abrir en Milan, á instancias de la córte imperial que habia fijado allí su residencia, un curso público de elocuencia. A juzgar por el inmenso talento de Agustin, era de creer que propagára el Maniqueismo, ó que estendiera un escepticismo desesperado la palabra ardiente de un hombre que no descansaba en ningun sistema, pórque estaba disgustado de todos. Bien se podia temer que infundiera con la magia de su talento funestas simpatías en la juventud, siempre deseosa de imitar la desventura y el porte melancólico de los hombres grandes, cuando aparecen como señaladas víctimas de las pasiones mundanas. ¿Quién no diría á lo menos que la Academia de Agustin apartaría la gente de la Basilica de Ambrosio, porque su elocuencia era mas robusta, y pudiera entrar en la discusion teológica con mas lectura y una elevacion de pensamiento á que tal vez no llegaría el Obispo de Milan? Pero Dios en sus inescrutables designios, tenia dispuestas las cosas de otro modo. Agustin, como por una curiosidad de literato iba á oir á S. Ambrosio: le gustaba mucho, y le comparaba con Fausto, aunque fuera mas sencillo toda-

via. De aquí no pasaba: pero á las memorias de su juventud, al disgusto que le acarreaban los sistemas filosóficos, y á aquella sed de contemplacion que no le satisfacian los libros de Platon, ni la reflexiva gravedad de los moralistas paganos, vino á juntarse la predicacion de S. Ambrosio: por fin le rindieron sus homilias y las lágrimas de su madre (1). Cuando leyó aquellas palabras de S. Pablo: «no vivais en los festines, en la embriaguez, en las disputas, ni en los placeres y deshonestidades: revestíos de Jesucristo;» ya no quiso leer mas. Había resuelto la batalla interior entre su espíritu y sus pasiones. Escribió para destruir lo que habia escrito, y edificar sobre ruinas. En sus *Confesiones* nos revela su trágica existencia de pecador, incrédulo, filósofo, sensualista y herege. Rebatió su propio escepticismo escribiendo un libro contra los Académicos. Suspirando por la felicidad que buscaba su corazon y que no pudo separar nunca de la eternidad, que era su idea fija, escribió sobre el *amor de Dios*. Sus *Soliloquios* y el tratado sobre el *libre albedrío* se consideran como trabajos preliminares á una de sus mejores producciones, el libro sobre el *Orden*, en que examina las leyes eternas de la providencia; viniendo á confundir el fatalismo de los dos principios, que en sus recreaciones filosóficas de Cartágo le habia parecido el secreto mas precioso de la filosofía.

---

(1) Por ser largo, no insertamos un hermoso pasage en que S. Agustin hace tiernas protestas de su veneracion hácia S. Ambrosio que le había convertido. Es del libro I contra Juliano (pelagiano) que los compiladores han puesto al frente del tomo IV de las obras de S. Ambrosio, donde puede verse.

Elegido Obispo de Hipona, empieza su apostolado. La juventud africana le rodea al pié de su cátedra. Predica incesantemente y tiene que hablar en latin ó en la lengua púnica, que era la que entendia el pueblo. La guerra que hacian los donatistas, no le distrae de aquella polémica activa que personifica á S. Agustin; polémica en que explica los misterios altísimos de la naturaleza y de la gracia. Como habitualmente se ocupaba de tan altos misterios, dióle el pensamiento sus alas y la fantasía su mas rico ropage, y entonces escribió la *Ciudad de Dios*; libro admirado siempre, hoy mas citado que leido por nuestros hombres de letras. Platón inventó su República, y la contrapuso como una bella mentira á los males de la patria. Aristóteles hizo una cosa parecida: otros inventan un pueblo sin estension geográfica, sin atmósfera, sin límites ni fronteras. Se inventa un mundo mejor en las épocas de decadencia; los devotos separan una porcion de la tierra que pisan, corrompida y mala, para hacer un desierto, una isla en que se pueda llegar á la perfeccion deseada tan ardientemente. Así S. Agustin escribió su grande libro de la *Ciudad de Dios*: solo que su pensamiento lejos de ser una utopia, es la misma idea de la perfeccion cristiana á la que se deben tantos beneficios dispensados por la nueva Iglesia, á la causa de la civilizacion y de la humanidad.

Entre las obras de S. Agustin, que son muchas, tenemos mas de cuatrocientas homilías. Fuera de esto, todos sus escritos, sin escluir el libro de la *Ciudad de Dios*, están cargados de una erudicion riquísima. Tuvo correspondencia puramente científica con S. Gerónimo y el sabio Obispo español S. Orosio, á quien (cosa notable)

encontró en el mejor camino de los estudios filosóficos.

A los padres de la Iglesia griega y latina, pertenecen tambien S. Gregorio de Niza, S. Ephren, S. Epifanio, S. Hilario y S. Paulino. Lidiaron con su palabra y sus virtudes, como atletas valerosos de la Religion. Santos Obispos esparcidos en las tres partes del mundo, dirigieron sus Iglesias de Europa, Asia y Africa: gefés de la nueva civilizacion, hartaron la sed de sangre de los perseguidores de la Iglesia, haciendo el sacrificio de sus vidas; suavizando con el heróico ejemplo de sus virtudes la dura condicion de la humanidad oprimida por la tiranía, y afrentada, si el cinismo no habia estinguido el pudor enteramente, por la licencia y absoluto abandono de las costumbres. La existencia de la Iglesia en este tiempo es el triunfo de la virtud, de la filosofía, de la política, y de la civilizacion, por medio de la elocuencia: la palabra triunfa de los retóricos y oradores: las homilías rinden el corazon y entendimiento de los sábios; la sabiduría humana parece una locura á los Apóstoles: va muriendo la discusion y depurándose poco á poco la verdad, cayendo el prestijio de las academias, en donde penetran nuestros rudos evangelizadores dejando á los gnósticos asombrados. ¿Qué se hizo de la elocuencia de aquellos sábios gentiles, de quienes decía un poeta

Os dignum æterno cinctum quod fulgeat auro. (1)

Libanio se queja de la violencia que se hace al Paganismo. Mal modo es este de disimular los progresos de la religion nueva. Difícil es que una conjuracion sin puñales

---

(1) Prudent. libro I.

triunfe de una sociedad opresora; como quiera que sea, es cierto que la discusion, nó la fuerza, fué lo que decidió de la victoria. Doloroso es tener que combatir en estos dias los mismos errores que cometió Libanio, habiendo entre los filósofos alemanes algunos como Herder, pacífico, pero tenaz sustentador de algunas tesis antiguas contra la obra de los padres de la Iglesia. «Los que predicaban la tolerancia, dice, (como si hablára el mismo Libanio) largo tiempo mortificados por la opresion, vinieron ellos mismos á ser intolerantes (1).» Es de advertir que el mismo Herder vindica á los defensores del Cristianismo de la acusacion general que fulmina contra ellos. ¿Quiénes son los intolerantes? Herder reconoce muchos hombres «verdaderamente divinos, Patriarcas, Obispos, Sacerdotes, de aspiraciones elevadas.» ¿A quiénes hablaban? «predicaban el reino del cielo, las santas máximas de un justo, á una multitud estúpida, degradada, desenfrenada.» El filósolo aleman aprueba tambien la predicacion contra «las cabalas de los hereges, contra el espectáculo grosero de los teatros, contra los juegos, las fiestas y el lujo de las mujeres,» en lo cual la tolerancia hubiera sido un mal considerable, porque no hubieran sido estirpados los vicios del Paganismo ni las deformidades de la heregía. La generalidad de la acusacion no cae sobre los oradores, filósofos y Padres de la Iglesia, que eran los que podian dar carácter y color á una de las mas gloriosas épocas del Cristianismo; y como si su conciencia de

---

(1) Idées sur la Philosophie de l' histoire de l' humanité. t. III.

crítico pidiera algun desagravio, exclama involuntariamente: «Oh cómo me aflijo, noble Chrysostomo, el de la boca de oro, porque tus rios de elocuencia no hayan caido en mejores tiempos!» En todo esto no habia violencia, como no sea la que ejercen los hombres elocuentes; no habia intolerancia, sino la que es inseparable de la verdad, en su acepcion absoluta. Así en Oriente como en Occidente, se llega á la victoria por los mismos caminos. Aquí tienen mucho poder las ceremonias, los sacramentos, las basílicas, las exortaciones y patéticas arengas; y «tales fueron las armas que conquistaron el universo..... ante ellas se humillaron los pueblos que no intimidó la espada.» Semejante acusacion ¿á qué viene á reducirse? á nada. Herder, contradiciéndose, ha demostrado que Libanio tampoco tenia razon.

Si se dijera que es inexplicable por los medios humanos la formacion y sostenimiento de la sociedad cristiana en una duracion de mas de cuatro siglos, se diría una verdad maravillosa. De una parte estaban el hierro y el fuego, el furor de los Emperadores y la invasion de los bárbaros; de otra, una conspiracion ardiente, sí; pero de mártires, de oradores fogosos, perseguidos, mutilados, pero jamás vencidos. El poder obra, y S. Cipriano por ejemplo, (por no referirme á los Padres de la Iglesia ya mencionados), se multiplica para contrarestar la fuerza de un gobierno constituido, cuyas órdenes se obedecen en tan dilatadas regiones. Anima á los débiles, sostiene á los fuertes, no tiene legiones, pero se hace obedecer por sus consejos, por sus cartas y por sus anatemas: envía sus mensageros á Roma, predica en Cartágo, manda letras á España, y se corresponde aun con los cristianos

que se abrigan en el palacio de los Emperadores. Por todas partes la fuerza moral acosa á la fuerza bruta. La organizacion romana no tenía mas fuerza que la exterior, y esa, debilitada por la corrupcion y los vicios de la córte, del pueblo, de las instituciones. Los cristianos sabian combatir, perseverar, creer y morir, porque la vida moral reflejaba en sus costumbres: tenían, pues, que triunfar del paganismo execrado por Séneca, escarnecido por Juvenal, impotente para rehacerse aun bajo la mano de Juliano el Apóstata. El mundo tenía que pertenecer á los descendientes de S. Cipriano, S. Gerónimo, S. Agustin y tantos ilustres Padres de la Iglesia.

Apesar de lo mucho que rebaja Ritter la elevacion de pensamiento de los Padres de la Iglesia, la unidad á que consagraron todos sus esfuerzos, la unidad salvadora del poder de la Europa, estuvo sometida á una prueba durísima con la invasion de los bárbaros. Pero si la sociedad cristiana no resiste ¿quién habría resistido? ¿Cómo sin incorporar este nuevo elemento al gremio de la Iglesia, se puede amansar la ferocidad y dureza de esas nuevas naciones? Que los godos, hérulos, suevos, vándalos y aun los lombardos, no pasen de la barbárie al arrianismo y de aquí á recibir la fé de Nicéa; (del IV al VII siglo): que los borgoñones, los francos, los anglo-sajones y diversos pueblos de la Germania no sigan el mismo camino; (del V al VI siglo): que S. Patrick y otros celosos misioneros no lleven su predicacion á la Irlanda y á las riberas del Rhin; (en el mismo tiempo): que un monje, S. Agustin, no bautice á Ethelbert y no eche en Cantorbery los cimientos de la antigua Iglesia de Inglaterra; (VI siglo): que Willebrord no predique, y que no le suce-

da S. Bonifacio, el gran apóstol de los alemanes, (siglo VIII); y la irrupcion de los pueblos del Norte llevará consigo irremediablemente la destruccion completa de la sociedad. Heregías que los modernos dicen *filosóficas*, como las de los gnósticos y maniqueos; heregías de *controversia* como el pelagianismo; heregías de *formas*, como la de los iconoclastas; y tantas otras tan formidables como el Arrianismo, sin contar con el Paganismo que moría y el Mahometismo que avanzaba, hubieran agotado la virtud de toda otra doctrina que no fuera el Cristianismo; habrían confundido á fuerza de contradicciones cualquier otro sistema que fuera menos completo; habrían, en fin, apurado la raza de otros propagandistas que no hubieran sido los discípulos de Jesus.

Si la Iglesia no civiliza y amansa, ¿qué diques se opondrían á los torrentes devastadores que el Septentrion arrojaba desde el corazon de sus montañas? Desde el fondo de la Bohemia se adelantan los Hunos; ah! salid vosotros, poetas, filósofos, paganos corrompidos, salid á detenerlos; teneis sistemas; llevad delante la estátua de la Victoria; vosotros sois los espíritus fuertes de la antigüedad; teneis una civilizacion que oponer á ese diluvio de bárbaros que no se pueden atajar por la fuerza; suavizadlos; ellos son, como dicen los historiadores, «una raza terrible de alma y de cuerpo; son pequeños, tienen la cabeza redonda, la frente estrecha, y por ojos, dos cavernas (1).» Visten de pieles, comen ensangrentada la carne, y sujetan su armadura con los nervios de

---

(1) Gens animis membrisque minax: ita vultibus ipsis

los animales feroces. ¿Es posible que no se adormezca la fiereza de Atila al respirar el aire de vuestra civilizacion tan blanda? ¡Ah! Descorredle el velo de vuestro Panteon, y ante vuestros Dioses, el bárbaro inclinará su frente. Pero nó, vosotros no podeis aplacar esa sed insaciable de los Hunos que les obliga á abrasar á Roma. «¿Qué vemos en el mundo? decía S. Gerónimo en el desierto, la muerte de nuestros amigos, el suplicio de los ciudadanos, el incendio de las ciudades y casas de campo, la ruina de las provincias, el fiero aspecto de nuestros enemigos: naufragio universal que no nos ofrece mas que un punto de apoyo; la fé.» Pero no era la fé pagana: la indiferencia de los romanos en este cataclismo estaba pintada en esta picante diatriba: *el pueblo muere y se rie.* Necesitábase de la fé de la Iglesia, y S. Leon, anciano Pontífice, venerable figura del Cristianismo, en ademan suplicante se adelanta al Gefe de los Hunos y le pide la salvacion de Roma. Atila entonces, bárbaro vencedor de los bárbaros, que amenaza arrasar la civilizacion del Occidente, aquel á quien se le llamó por la muchedumbre el *Azote de Dios*, torció la brida á su caballo y deshízo el camino por donde se habia adelantado para sojuzgar la capital del mundo. El Papa que detuvo al bárbaro Atila, salió otra vez de Roma á los reales de Genserico, para oponer á su fiereza la poderosa uncion de su palabra (1).

Infantum suus horror inest. Consurgit in arctum
Massa rotunda caput; geminis sub fronte cavernis.
Sidonio Apolinar. Carm. II.

(1) De S. Leon se conservan trescientas setenta y tres

Entretanto, el Cristianismo estendia su saludable y benéfica influencia sobre los varios elementos de que la sociedad se componia, y asi la salvaba. El pagano era el hombre de lo pasado, con algun amor, pero sin ninguna fé en su antiguo culto; un ciudadano sin patria, de la que ya no conserva sino un melancólico recuerdo, constantemente excitado por los vestigios de su perdido esplendor. El bárbaro, tal como M. Guizot lo pinta (1), vive de su individualidad, de su amor á la independencia; tiene el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad, enmedio de los azares del mundo; ama los goces de una actividad sin trabajo; quiere su vida aventurera y llena de peligros. El cristiano es la representacion de la sociedad nueva, capaz de atraer por su doctrina á todos los entendimientos, por su voluntad á todos los corazones, y de vencer por su palabra la fiereza de los bárbaros, de conquistar por su heroismo y sus virtudes la admiracion de los gentiles. Ninguna otra institucion hubiera podido ni desterrar las depravadas costumbres de aquella civilizacion gastada, ni suavizar la rudeza de los bárbaros del Norte, el impetu devastador de aquellas huestes feroces salidas de la Germania. Era necesario corregir á los unos, enseñar á los otros: los goces de la sensualidad debieron ser desterrados por el espiritualismo de la Religion; solo la fraternidad universal podia ser contrapuesta con alguna

---

cartas y noventa y seis sermones. Estos pueden verse en la Bibliotheca concionatoria Patruum. Los protestantes reconocen en este Pontifice un varon esclarecido. Se forma idea de este periodo de la Europa, leyendo la *Historia Gotthorum, Vandalorum & Longobardorum*, de Hugo Grocio.

(1) Historia de la civilizacion europea.

ventaja á la espoliacion y al instinto de rapiña, que formaba el caracter de los pueblos invasores. Y ya que no fuera posible iluminar su inteligencia desplegando ante su torva mirada el admirable cuadro de la doctrina divina, era necesario al menos salvar de este naufragio la literatura, los libros: sepultáronse en los claustros, y el tiempo nos restituyó mas tarde lo que la ignorancia habia olvidado, lo que la barbárie habría destruido. Por de pronto, el trabajo de organizar una sociedad compuesta de elementos tan heterogéneos era imposible; ¿rebajará esto en nada el proyecto atrevido de los Padres de la Iglesia? en nada. De repente no podia darse una constitucion, unas leyes, unas mismas costumbres á estos tres elementos revueltos en la sociedad en constante pugna; pero de la unidad religiosa se marchaba á la unidad en todos sentidos; sujetáranse todos como en estrecha lazada á la religion de Jesucristo, que de aquí habría de salir la constitucion de las naciones, como sucedió en efecto. Por esto decia con mucho conocimiento un obispo á otro: «Poco nos importa que una provincia esté políticamente fraccionada, si estuviera religiosamen-unida.» El Cristianismo aparece, y es perseguido: en tiempo de los Antoninos iguala sus fuerzas con la religion pagána: en el reinado de Constantíno prepondera y domína: el culto antiguo, no ya la fé, renace con Juliano, y el Cristianismo resiste: sofoca la reaccion intentada, en tiempo de Teodosio; con Justiniano se borran los últimos indicios de la antigua creencia; la reaccion era ya imposible. ¿Nó era esta la obra de los Padres de la Iglesia? El Cristianismo vá asimilando la fuerza salvage de los pueblos invasores, incorporándolos, aunque lenta-

mente á su propia vida, y haciendoles participar de su savia. El Imperio romano se va debilitando en la misma proporcion, y descollando la soberanía del Pontificado para ser la base angular del Occidente y del mundo todo. Sobre los escombros de Roma se había de fundar el trono de Cristo; algunas misteriosas palabras del Apocalípsis parecian coincidir con el naufragio del Imperio: el *Dies iræ* estaba señalado por las profecias de David y los oráculos de la Sibila (1): todo lo que tiene la fé de mas vivo, y el terror de mas amenazante, se juntaba para adivinar en tan extraordinarios acontecimientos, cuáles eran los supremos designios de Dios.

Graciano no quiere ya usar de las insignias del Soberano poder, y ordena que se haga pedazos la estátua de la Victoria. Simmáco, en representacion del Senado, acude al Emperador, aflijido, y todavía elocuente. El Emperador lo despide con la mayor frialdad. Ya no había mas que hacer. Simmáco se retira con la última invocacion á los Dioses, y S. Ambrosio alaba al Señor. «El Todopoderoso, como había dicho uno de esos poetas sin nombre, en parte inspirados de la revelacion, en parte de los oráculos, subió sobre su trono; se oyeron hon-

---

(1) El libro VIII de los oráculos sibilinos que empieza: *Terribiles toti mundo divinitus iras*, es el anuncio de la caida del último Imperio romano. Sin duda por la correspondencia con otros mas solemnes vaticinios, los conserva la Iglesia. Pueden verse en el tomo XIV de la *Biblioteca de los Padres* en latin y en griego, mezclados con himnos, centones homéricos, Evangelios y cantos. Edicion de Paris, 1664.

dos gemidos, las ciudades quedaron enterradas en sus propias ruinas, y en largo rumor se estremecieron los abismos de la tierra.»

Acaba la barbárie. Con la edad media principia una nueva era.

CAPITULO VII.

EDAD MEDIA.—ESPÍRITU RELIGIOSO Y GUERRERO DE LOS PUEBLOS OCCIDENTALES.—PODER DE LA IGLESIA.—LAS CRUZADAS.—PEDRO EL HERMITAÑO, S. BERNARDO, GUILLERMO, ARZOBISPO DE TIRO, Y FOULQUES.

La edad media ha sido llamada por unos edad de *tinieblas sin nombre*, así como otros creen que debe llamarse la *antigüedad poética de la moderna Europa*. Si no ha de considerarse como una laguna en la historia del espíritu humano, como una estéril barbárie; si la época de las cruzadas no ha de considerarse tampoco en la nueva vida de la sociedad moderna como la primavera general en todas las naciones del Occidente, preciso es reconocer al menos que ni había perecido enteramente lo que constituye la base esencial de la civilizacion, y que un aumento de espíritu y de fuerza, un estraño vigor, una idea atrevida, una política firme y elevada, un espíritu religioso y caballeresco llevaban á la constitucion de la Europa, á la independencia de la Iglesia, al esclarecimiento y nuevo rumbo de la ciencia, y á la exaltacion del Catolicismo, por el camino de las empresas mas atrevidas y peligrosas que se pudieran imaginar. No es

estraño que mucho de lo bello y grande que se ha producido en tiempos mas cercanos á nosotros, haya tenido su origen en los siglos medios, que fueron un periodo de creencias y de unidad.

Con el acento de los últimos oradores sagrados y los trabajos filosóficos de los Padres de la Iglesia, no solo se interrumpe en la edad media la elocuencia verdaderamente apostólica, sino que se extingue el brillo de la literatura. Con S. Leon y algunos mas se acabaron los triunfos de la palabra; la elocuencia y la filosofía cristiana dejaron de resplandecer con Boecio, Casiodoro, y Beda (1). Los pueblos habian olvidado su lenguage nacional; lo desdeñaban; en el siglo VI habia desaparecido casi por completo el espíritu de las escuelas; el imperio romano y la Iglesia estaban invadidos por los bárbaros; la dominacion y las escisiones intestinas paralizaron el movimiento científico, en Africa, por la compresion de los Vándalos; en España, Francia é Italia, por la invasion de hordas estrangeras. Esta declinacion de las letras, el fraccionamiento de los diversos Estados, su falta de cohesion, la barbárie y el feudalismo, pedian una regeneracion que no podia venir sino de la Iglesia, que es el punto de donde parten siempre las indicaciones salvadoras. Rotos estaban los vinculos sociales y degenerados los buenos principios, cuando un hombre lleno de

---

(1) Los historiadores católicos y los filósofos protestantes estan acordes en este punto, salvas las difusas apreciaciones de los últimos por el empeño de acusar á la teología de la decadencia de los estudios científicos.

fuerza, Hildebrando, (Gregorio VII) se atrevió á emprender la reforma del mundo. Cuando los Principes habian perdido su poder, cuando los grandes y Señores aspiraban á su independencia, y el resto de la sociedad era esclava, Gregorio VII pensó en levantar la soberanía del Papado, para salvar la sociedad por la Iglesia. Conocia el siglo y los negocios: era un hombre destinado para tál época y para tál obra. El alma de este sistema consistia en la unidad religiosa, siendo el sentimiento cristiano el que despertára á los pueblos haciéndoles marchar bajo una bandera, á las órdenes de los sacerdotes, de Principes y Capitanes, á la voz de la autoridad, representada en todos sentidos por unos mismos principios, sometida al Poder, á Roma, á la Iglesia, al Dogma, á la gran Monarquía del Occidente. Ocurrióle al Santo Padre el pensamiento colosal de las *Cruzadas*, produciendo en los ánimos de la multitud una gran fermentacion la idea de rescatar el Santo Sepulcro. A la verdad, tampoco habia cosa que se acomodara mejor con los habitos y necesidades de tal sociedad y de tal siglo, que el emprender una expedicion á lejanas tierras, en que los soldados y peregrinos, investidos de privilegios, bulas y amplias exenciones, combatieran por la religion y por la patria, como cristianos y como caballeros. El Emperador de Alemania fué convocado á la guerra por el Pontífice; pensaba volver al Emperador de Oriente las Provincias del Asia que habia perdido, con la esperanza de obligarle á someter la Iglesia griega á la latina: de este modo creia ensanchar los límites del mundo cristiano, é incorporarlo á un solo centro, á una sola gerarquía. Gregorio VII murió sin ver marchar las legiones de cruzados, pero pudo alcanzar

con su prevision los resultados que darian en el porvenir.

Cuando no se conocen á fondo las verdaderas necesidades del hombre y de la sociedad, no se puede contar ni con los pueblos ni con los individuos para ninguna revolucion que produzca considerables mudanzas. Lejos de tender Gregorio VII, como se supone, á un órden de cosas inmutable, trató de dar un impulso al sentimiento religioso, precursor de muchas glorias para la Iglesia, de innumerables ventajas y triunfos sobre el Mahometismo, de novedades felices en la constitucion del poder y de la nacionalidad europea. Si en el pueblo habia ó no el sentimiento religioso en su mayor exaltacion, júzguese por el caracter de universalidad que llevó el movimiento de las primeras cruzadas: el gran paso hacia la unidad, fué sin duda alguna el movimiento de la Europa que inspirado por la religion, la encaminaba mas allá de la estrecha esfera en que se encerraban sus destinos. Gregorio VII no fué tan habil promovedor de este cambio, sino porque interpretó con la mayor fidelidad las verdaderas necesidades de la sociedad de aquel tiempo. El pueblo produjo sus misioneros y sus caudillos; les prestaba sus imágenes, sus leyendas, su fiero entusiasmo y el caracter heróico de sus costumbres. Sus cronistas, como Alberto de Aix, respiran odio y encono contra los infieles; cuentan maravillas de los cristianos, y hablan de aquellos con el mayor desprecio, y algunas veces, hasta con poco conocimiento. A todo esto no puede menos de dársele mucha importancia; porque cuando la crónica no es imparcial, sino apasionada y violenta, cuando abandona el tono acompasado de la narracion y se lanza en

la invectiva, señal es cierta de que la atmósfera que por todas partes se respira, provoca al entusiasmo, y fascina los espíritus. Ardientes y rudos predicadores como Pedro el Hermitaño arrastraron á los pueblos; y estos, precipitándose en las cruzadas, vasto teatro de extraordinarios sucesos, esperanza de una nueva existencia, arrastraron á los Reyes, Principes y Señores, comunicandoles su ardor y heróico delirio.

Sin ocuparnos del nuevo orden de cosas que siguió al movimiento general de las Cruzadas, vamos á señalar el vario impulso que recibieron las aspiraciones de los pueblos de Europa en su tendencia á la unidad, pasando del feudalismo á una nueva constitucion, en que se les prometía mejor vida y una existencia mas feliz y mas larga.

Las Cruzadas son la dispersion de los pueblos. Estan quietos en su localidad, aislados, débiles, cercados por todas partes de poderes enemigos: son tributarios, y están para ellos cerradas las fuentes de la prosperidad y riqueza públicas; son ignorantes, y á su derredor, la civilizacion está casi estinguida; la de afuera, no la conocen. Parecíales una quimera la idea de encontrar un nuevo mundo, porque no conocian el suyo: eran pequeños sin embargo, pero con sangre y fuerzas para crecer; pobres y rudos, pero con espíritu para dominar, y descubrir cosas ocultas, y fundar y establecer cosas grandes. Sus soldados podrían ser navegantes; sus peregrinos, ricos señores; sus pueblos, nacionalidades fuertes; los aventureros, comerciantes opulentos; sus monjes, diplomáticos y Obispos; sus predicadores, Doctores, escritores y consejeros; la Europa regenerada, una

sociedad nueva; y la Iglesia oprimida por la barbárie, por el Mahometismo y por el cisma, un poder salvador. Lo único bueno que tenía la sociedad era el sentimiento religioso; no había mas que dilatarlo, y abrirle de par en par las puertas de comunicacion con el mundo de afuera, con otra civilizacion y con diversas costumbres, hasta ponerle mas desembarazado y llano el camino del cielo promoviendo las guerras de religion, fomentar bajo todos aspectos la vida del espíritu, ensanchando de esta manera los conocimientos, las aspiraciones, el poder y la fuerza que habían de desenvolverse con semejantes revoluciones. Y esto fué lo que se hizo: los pueblos se dispersaron, y en la dispersion se hicieron conquistadores, navegantes, sábios, misioneros, diplomáticos, caballeros y héroes.

Luego que las Cruzadas produjeron todos estos resultados, cuando desarrollaron las fuerzas del hombre, naturalmente se sintieron los pueblos impulsados por un movimiento contrario. Antes se dispersaron, y despues se concentran: van á constituirse; pueden constituirse, y replegan su vida al interior. ¿Se dirá que las Cruzadas fueron una revolucion estéril? los acontecimientos y hechos materiales que estaban mas cerca de la idea religiosa y caballeresca de los pueblos de Europa, en gran parte fueron frustrados: pero la nueva vida y constitucion de la sociedad, la absorcion, en una existencia mas amplia, de tantas existencias pequeñas y de tantos poderes locales, el desarrollo de los conocimientos humanos, la elevacion del espíritu religioso, el cultivo y propagacion de las ciencias, todo esto había de asegurarse, como efectivamente se aseguró con la ruina del feudalismo, y con

él establecimiento de la monarquía: y no solo porque fuera una forma de gobierno estable, duradera, á prueba de mudanzas, flexible á ulteriores modificaciones, áncora de salvacion en aquellos tiempos y principio fijo al que de vez en cuando se pudiera volver á tomar descanso despues largas revoluciones, en aquel tiempo imprevistas; sino porque el poder, la soberanía de derecho, se unió á la institucion de la Monarquía. Cuando las sociedades aspiran á constituirse, necesitan de un hombre que lo haga: cuando comienzan á disolverse, necesitan de otro que las contenga: para nacer y formarse necesitan de un árbitro; para retardar su muerte necesitan de un dictador. La Iglesia consagraba el *Poder* y lo robustecía; el *Poder* dirigía y gobernaba á los pueblos; el concurso de las voluntades individuales sancionaba con la obediencia el derecho protector del soberano, y la proteccion salvadora de la Iglesia. De aquí resultó el engrandecimiento de la Europa: la Europa fué grande por la elevacion del Pontificado. Sería menester olvidarse de que por las Cruzadas se salvó la Europa de la invasion de los turcos, y de que por este medio creció considerablemente el poder de los Papas. Los Patriarcados de Jerusalen y de Antioquia quedaron sometidos á su autoridad: fueron los Papas mediadores en las querellas de los Príncipes; y puestos á la cabeza de la confederacion cristiana, creció á la sombra de su grandeza y poderío, el de muchas instituciones viejas y muchos nacientes Principados. ¿Cómo se introdujeron en la Europa cristiana aquellas órdenes de Caballería? ¿De dónde traen las clases nobiliarias sus títulos y los nombres de una preclara extirpe? ¿qué recuerdan los pueblos de su emancipacion

y de su libertad que no tenga su origen en el movimiento salvador y regenerador que presidió la Iglesia? Venecia, Génova, Pisa, Marsella y Barcelona, ¿qué no deben á las Cruzadas por el comercio que se estableció con el Oriente? ¡cómo absorvieron el numerario de Europa tantas ciudades marítimas! ¡qué fuertes y poderosas vinieron á ser algunas Repúblicas! La ilustracion se fué tambien generalizando. Los sucesos eran apropósito para ofrecer al génio poético un manantial de inspiraciones sublimes: no sería la época y sazon de las letras, la estacion de los frutos, pero la Europa comenzaba á salir del caos, y al paso que fundaba imperios, fundaba las ciencias y se ocupaba en componer las lenguas vulgares. Oh, la Europa fué grande, volvemos á decir, por la elevacion del Pontificado. Todo lo bueno resultó de aquí, y felizmente, no hay quien lo contradiga.

Así como Robertson ha querido rebajar el pensamiento de las Cruzadas llamándolo *espléndido monumento de la locura humana* (1), así Heeren pretende acortar la prevision de los Papas en esta gigantesca empresa (2). Todo lo bueno que ha resultado ha sido por casualidad. Los Papas no vieron lo que ganaban las ciencias, ni lo que perdía el feudalismo, ni la abolicion de la servidumbre, ni la libertad de los pueblos, ni la nueva constitucion de la Europa. Pedro el Hermitaño, Urbano II y S. Bernardo, es decir, los principales instigadores de este gran movimiento, no comprendieron adónde se iba á pa-

---

(1) Historia del Emperador Carlos V.
(2) Essai sur l' influence des Croisades.

rar. Pero está consignado en monumentos que datan de esa época, que si bien hubo acontecimientos imprevistos, semejante revolucion llevaba un objeto grande, complicado, y esto no se separó nunca del ánimo de los principales instigadores. Por un sermon de Urbáno II se conoce que este Papa discurrió apaciguar por las Cruzadas las guerras particulares que desolaban la Europa. Y como se trataba de infiltrar en el pueblo un sentimiento ardientemente cristiano, era necesario acudir á sus predicadores para que les tradujeran en su lengua lo que oyeron de boca de sus caudillos, de sus Príncipes y Señores: el pueblo se quedaba con la idea de rescatar el Santo Sepulcro y salvar á sus hermanos cautivos en la Siria; él se movía, el sentimiento le arrastraba: otros calculaban el movimiento de las Naciones impelidas hácia el Oriente, como el huracan lleva las nubes. Abrir las comunicaciones con el Oriente, recoger en sus brazos á la Iglesia griega, huir de la civilizacion árabe que avanzaba hasta el corazon de la Europa impidiendo el desarrollo de la civilizacion cristiana, quebrantar aquella informe organizacion de los Estados y purgar la Iglesia de muchos males propios de tal tiempo, de la ignorancia, de la opresion, de la pobreza, y de la decadencia general de las costumbres, esto, por mas que se diga, fué lo que pensaron los ilustres Pontífices y los ardientes predicadores de las Cruzadas.

Era la segunda de las grandes evoluciones que proyectaba Roma para sujetar á su dominacion el mayor número posible de Naciones y de Imperios: en el Paganismo, para traerlos á la esclavitud; en el Cristianismo, para darles la libertad: antes era solo por la fuerza; aho-

ra la fé, la esperanza y la caridad se dan á los pueblos como una promesa y un signo de su esperada regeneracion. «Predica el Cristianismo una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumision razonable, de mutuo afecto: una benéfica autoridad protege al débil contra los escesos del poderoso. Esparcido el clero enmedio de todos, aleja poco á poco las divisiones nacidas de la diferéncia de origen, hace amar á una patria comun recordando la fraternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, regenera la barbárie, se coloca al lado del baron para señalarle el camino de la civilizacion, conserva los autores clásicos, y reforma las legislaciones.... La Iglesia, arco de salvacion, enlaza á los germanos al territorio, y llama á toda la Europa para rechazar el Oriente. Cuando los Mongoles amenazan de nuevo la civilizacion naciente, acude á detenerlos con las armas y las predicaciones; impide á los turcos anonadar las instituciones europeas, empresa que en otros tiempos no hizo mas que despertar la simpatía ó la ambicion de algunos (1).»

A la guerra y á la paz era llevada la muchedumbre por la palabra de los predicadores. No todos eran elocuentes, ¿cómo habian de serlo? hombres incultos, al nivel del pueblo, sin genio ni sabiduría, prevenidos de sutilezas escolásticas, improvisaban en un latin corrompido y tosco bárbaras arengas que la multitud no oia siquiera, porque la devocion se adelantaba á las peroraciones, y el corazon se rendía muchas veces antes que se inten-

---

(1) César Cantú, Histoire universelle, t. XI.

tára interesarlo por la elocuencia. En estos tiempos, el encontrarse con S. Bernardo no parece cosa natural, sino mas bien un milagro de la gracia.

Pedro el Hermitaño

Un hombre flaco y de mala traza como lo pinta Guillermo de Tiro, descalzo, cubierto malamente con una ropa burda, desnuda la cabeza, se atrevió montado en una mula á recorrer la Italia y la Francia, y aun dió la vuelta á Europa, predicando una cruzada contra los turcos, dueños de Jerusalen. Este hombre era *Pedro el Hermitaño.* Una mirada penetrante, una palabra fácil, hé aquí la palanca con que estremecerá el mundo. Con esta increpacion ardiente—Guerreros del demonio, haceos soldados de Cristo,— era menester rescatar la Siria y la Armenia; la Bitinia, la Frigia, la Galacia, la Lidia, la Capadocia, la Pamfilia, la Isauria, la Licaonia, la Cilicia, toda el Asia menor; y mas que todos los paises, el sepulcro del Salvador y aquellos Santos lugares donde se obraron tantos prodigios y misterios (1). Cuando se pregunta por aquellos seis millones de europeos que segun se dice, habían tomado la Cruz, un historiador responde: «sus osamentas cubrían el camino que conduce á Jerusalen desde las estremidades de Europa (2).» Pero á un movimiento del Occidente siguieron sucesivas convulsiones; nuevas y mas disciplinadas legiones ocuparon aquel campo en que segun la leyenda, llegaba la sangre hasta el tobillo; á Tancredo y á Godofredo de Bouillon siguieron otros capitanes, como á *Pedro el Hermitaño* si-

---

(1) De la alocucion de Urbano II.
(2) César Cantú, Histoire universelle, tom. XV.

S. Bernardo. guió un predicador ardiente, el grande S. Bernardo. De esbelto talle y hermosa figura cuanto desapacible y fea era la del *Hermitaño*, con un ingenio vasto y un saber profundo, la predicacion de este ilustre sacerdote, rico ornamento de la edad media, debió arrastrar pueblos y naciones enteras en pos de su doctrina. S. Bernardo quiso llevar los espíritus á la religion, á la contemplacion, á la soledad donde leía las escrituras y los Padres de la Iglesia; donde imitaba á S. Agustin (1) amando su teología y la filosofía de los griegos; y tantos le siguieron al triste valle de Absinto (que así se llamó la angostura de su monasterio de Clairvaux), que las madres y esposas suplicaban á sus hijos y á sus maridos que no fueran á oir la irresistible voz de aquel predicador tan ardiente. Dice un cronista de este tiempo (siglo XI) que hablaba á los campesinos como si siempre hubiera vivido en el campo; y á las demas clases como si hubiera consumido su vida en estudiar sus costumbres..... Dios lo habia dotado admirablemente para calmar, persuadir..... La miel y la leche manaban de su lengua, y sin embargo la ley de fuego estaba en su boca. Asi que, cuando hablaba á los alemanes, aunque no entendiesen su lengua, quedaban mas conmovidos del sonido de sus palabras, que si les hubiesen explicado su sentido los mas habiles interpretes; y manifestaban su emocion dandose golpes de pecho y derramando lágrimas.»

El mismo espíritu con que arrancaba del mundo las almas para llevarlas á Dios, le movió á arrancar los pue-

---

(1) Escribió un tratado sobre la gracia y el libre albedrío.

blos de la Europa para precipitarlos sobre el Oriente. Era preciso continuar la obra de Urbano II y de Pedro el Hermitaño; seguir las pisadas de Tancredo, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandía, y del gran Godofredo: imitar el noble ejemplo de tantos Obispos, Reyes y Señores; seguir á esa inmensa muchedumbre que abandona sus hogares entonando el *Vexila Regis*, y que al morir junto á los muros de Jerusalen pronuncia un *Dios lo quiere!* última respiracion del heroismo cristiano. S. Bernardo, que así trabajaba en refutar la teología de Abelardo como en reprender los desmanes de Luis VII que á la sazon ocupaba el trono de Francia, es encargado de predicar la segunda cruzada para la cual se habian concedido las mismas indulgencias por la Santidad de Eugenio III, que las que dispensó á la primera su ilustre predecesor Urbano II. En 31 de Marzo de 1146 se congregan en la Borgoña el Rey, varios Obispos y Señores y proclaman la cruzada. S. Bernardo hace una reseña de los males que sufrian los cristianos en la Palestina, y para avivar el ardor de la muchedumbre exclama: «Dios mismo lo ha dicho: los que quieran seguirme han de tomar mi cruz.» Al oir su predicacion fervorosa, no habiendo cruces para tantos, de sus mismos vestidos las hizo S. Bernardo. Repite su predicacion en Spira y lleva tras de sí los mas ilustres caballeros y soldados de Alemania y de Italia, de Flandes y de Inglaterra. Cuando se echó en cara á S. Bernardo el haber llevado al Oriente doscientos mil hombres para que murieran, el Santo se defendió publicando su *Apologia*. No la necesitaba habiendo un testigo ocular, Guillermo Abad de S. Thierri, que juzgando á S. Bernardo dice así: «¿Se ha encontra-

do un hombre á cuya voluntad las mas altas potestades de la tierra, ya del siglo ya de la Iglesia, hayan deferido con tanta sumision, y cuyos consejos hayan seguido con tanta docilidad? Los Reyes, los Principes, los tiranos mas orgullosos, los guerreros, los mas violentos usurpadores le temian y de tál manera le respetaban, que en cierto modo se verificó en él aquella palabra del Salvador á sus dicipulos: «Poder os he dado para aplastar con vuestras plantas las serpientes, los escorpiones y toda potestad del enemigo sin recibir el menor daño.»

S. Bernardo, que escribió una coleccion de *sermones ó discursos*, varios tratados de Teología dogmática y moral, los cinco libros de la *consideracion*, y de quien se conservan mas de cuatrocientas cartas, fué singular en la predicacion; y tanto es que no pudo imitarse su vehemente y fervoroso estilo, la magia de aquella elocuencia que dejaba desiertas las ciudades para poblar el yermo, cuanto que ya en la tercera cruzada se distinguió solamente, y no mucho, Guillermo, Arzobispo de Tiro. Ya no hubo un sacerdote elocuente que sostuviera en sus buenos propósitos á Enrique IV; y cuando Inocencio III, que mandó fundir su bajilla de oro y plata consagrandolo todo al socorro de los cristianos en Oriente, volvió la cabeza como para buscar sacerdotes que pregonaran la cruzada y movieran el espíritu decaido y relajado de los creyentes, solo pudo encontrar á Foulques, que prestó muy buenos servicios llevando la cruz roja á los Barones y Prelados y tirando su bordon á la multitud indisciplinada, pero que distaba mucho, no diré solo del Abad de Clairvaux, sino de la ruda y estraña elocuencia de *Pedro el Hermitaño*.

CAPITULO VIII.

ORDENES RELIGIOSAS.—S. FRANCISCO DE ASIS, SANTO DOMINGO DE GUZMAN Y S. IGNACIO DE LOYOLA.—MISIONES ESTRANGERAS.—EL PROTESTANTISMO Y EL APOSTOLADO CATÓLICO.

San Pablo el hermitaño fué el primer anacoreta. S. Antonio dió una regla uniforme á los solitarios de la Tebaida: de aquí pasó á la Siria, y despues con S. Basilio se estendió por las soledades del Ponto. Entre tanto S. Martin fundaba en la Gaula una comunidad de cenobitas. S. Honorato y S. Casiano trajeron á la Provenza la disciplina de los monjes egipcios, y fundaron en Lerins y en Marsella dos monasterios, de donde salió S. Patrick, para llevar estas fundaciones á la Irlanda. Produjeron desde el principio muchos Apóstoles de la fé cristiana: bajo diversas reglas y constituciones aparecieron en el Occidente, hasta que la regla de S. Benito uniformó todos los monasterios á una disciplina. Ninguna regla fué mas completa: ninguna se estendió tanto en la Iglesia latina: en los siglos sexto y sétimo produjo beneficios inmensos. Fué, sin duda alguna, gloriosa para la religion, provechosa á la humanidad, necesaria para las letras. Sus

predicadores llevaron la fé á los bárbaros, y conservaron y transcribieron las obras clásicas de la antigüedad griega y romana: los fieles veneraron á los monges, y nada menos que esto merecian, los que aparecen en estos siglos de oscuridad y de barbárie, como centinelas avanzados de la civilizacion.

En el siglo XII de la era Cristiana, no se encuentra la unidad política, y la gerarquía social es viva imágen del caos en que quedaron sumidos así los pueblos del Oriente como el Occidente de Europa. La idea religiosa, á cuyos triunfos ayudó la espada de los caballeros y el ardor de los predicadores, amparóse, como en inespugnable alcazar, de la gran personificacion del Catolicismo, del Vicario de Jesucristo, que era por estos tiempos tambien el Vicario de la humanidad, y la única tabla de salvacion en tan profundas y largas revoluciones. Jerusalen, la ciudad bíblica, alegróse de ver el estandarte de la Cruz haciendo sombra al sepulcro del Salvador; las victorias de los Cruzados pudieron ser una hermosa esperanza de reconciliacion entre la Iglesia griega y la latina: ah! ¿por qué los cismáticos no bajaron de sus montañas á comer el pan ácimo en el Cenáculo, y á cerrar el abismo de sus escisiones abrazándose con los sacerdotes y soldados de Jesus al pié del Santo sepulcro? El Islamismo era vencido en España, ahuyentado de la Italia: se estaba en la era de las batallas fabulosas, y acercábanse los dias en que el *Triunfo de la Santa Cruz* sería el único acento que consagrado por la religion, sobreviviera al sangriento combate de las Navas de Tolosa. Pero la caballería cristiana, á quien tanto se debe, no pudo mantener y asegurar todas sus conquistas. No tardó en verse plega-

do y abatido el estandarte de la Cruz sobre los muros de Jerusalen; nuestros caballeros fueron vencidos por Saladino, y perdieron sus dominios en la Syria; el cisma griego tendía sus redes, y pueblos como la Rusia se enlazaban con sus destinos que le separaban del Occidente, siempre amenazado desde las primeras invasiones. La caida de Constantinopla, las agresiones de los Turcos, la dura esclavitud impuesta á millones de cristianos, todo esto venía conspirando contra la obra de tantos Pontifices, Príncipes y Caballeros, y aun bastó á desconcertar en mucha parte los planes de Gregorio VII y sus ilustres sucesores. La Iglesia llegó á ofrecer un espectáculo triste. Pedro de Blois se quejaba de la vanagloria, de las ambiciones ciegas que la corroian: S. Bernardo deploraba estos males á que era difícil hallar remedio. Mucho hacía la Iglesia con discutir doctrinas y condenar errores; con excomulgar á los disidentes; con reparar sus males interiores, con oponer á la corrupcion general en poco mas de medio siglo tres Concilios ecuménicos. Ayudáronle en esta obra de reparacion las órdenes religiosas de S. Bruno y de S. Benito; aparecieron algunas nuevas y se reformaron las antiguas; pero esto no era bastante. S. Bernardo, que escribía diez líneas al Rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monje, pareció adivinar todo lo bueno que podía esperarse de las órdenes religiosas; y eso que no vió los males de la Iglesia servir de pretesto á nuevas heregías, ni levantarse del seno de la Iglesia á los inmortales fundadores de las órdenes monásticas, á Santo Domingo de Guzman, á S. Francisco de Asís, y mas tarde á S. Ignacio de Loyola, quienes agotaron, puede decirse así, todas las combinaciones que pueden

recibir los institutos religiosos, cuando á la oracion y á la pobreza se añadió la penosa tarea de predicar el Evangelio.

Fuerza es confesar que la aparicion de estas órdenes monásticas satisfizo oportunamente una de las mayores necesidades que la Iglesia tuvo. Los albigenses, los discípulos de Pedro de Bruis, de Arnaldo de Brescia, los Valdenses y otros, siguieron el ejemplo de Pedro Valdo que se dió á dogmatizar ciegamente, profesando la pobreza, y queriendo resucitar la Iglesia, muerta, segun decía, á manos de Constantino. S. Francisco de Asis, *imbécil* como Moshein le llama, pero dotado de una caridad ardiente cual se necesitaba para ayudar con acierto y eficacia al plan de regeneracion en que se ocuparon tantos ilustres Pontífices, despues de adquirir algunos prosélitos, presentase á Inocencio III á pedir la confirmacion de su órden, fundada sobre un solo derecho, el de predicar; y sobre un penoso deber, el de no poseer nada. Cuéntase que el Santo Padre tuvo una vision espantosa: parecióle que se venía á tierra la Basílica de S. Juan de Letran, y que dos hombres la sostenían: estos dos hombres eran S. Francísco de Asis y Santo Domingo: aprobó la órden de S. Francisco; y el *seráfico* padre, nombre con el que fué conocido, con la predicacion y la pobreza dió fuertes ataques á la heregía. «Yo soy el heraldo que proclama al gran Rey,» dice; y suelta su voz en el campo y en las ciudades, y pide á los hombres y á las aves y á la naturaleza toda, cantares y alabanzas para bendecir á Dios.

Los hermanos menores de S. Francisco se unieron á los de Santo Domingo de Guzman, gloria de España, que

se llamaron *del órden de Predicadores*. La historia ha contado sus trabajos. «Todas las riberas han guardado la huella de su sangre, y todos los ecos, el sonido de su voz. El indio.... el japonés y el chino separados del resto de la tierra por las costumbres y el orgullo mas que por el camino, se han detenido para oir á estos maravillosos estrangeros: el Ganges les ha visto comunicar á los párias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les dieron una piedra para reposar su cabeza, y pensar un momento, enjugándose la frente, en los dias antiguos. ¿Qué arenas ó qué florestas no les vieron? ¿qué lengua no hablaron? ¿en qué llagas del alma ó del cuerpo no pusieron la mano? Y mientras daban una y otra vez la vuelta al mundo, sus hermanos llevaban la palabra en los Concilios y en las plazas públicas de Europa; escribian de Dios, mezclando el genio de los Padres de la Iglesia al de Aristóteles y Platon, el pincel á la pluma, el cincel del escultor al compás del arquitecto, levantando bajo todas las formas estas famosas *sumas teológicas*, diversas por los materiales, únicas por el pensamiento, que nuestro siglo vuelve á leer y está cerca de amar (1).»

Los hermanos predicadores atraviesan las fronteras de los Arabes, hablan á los griegos, llegan hasta las riberas del mar Negro y del Danubio. Establecen sus misiones en la Irlanda y en la Escocia, en Dinamarca y en las regiones septentrionales: y tanto y en tan poco tiempo se estendieron por diversas partes del mundo,

---

(1) Lacordaire, Memoire pour le retablissement en France de l' ordre des fréres prêcheurs, Chapitre II.

que á mediados del siglo decimo tercio, escribiendoles el Papa Inocencio IV, decía así: «A nuestros queridos hijos los hermanos predicadores que predican en las tierras de los Sarracenos, de los Griegos, de los Bulgaros, de los Cumanos, de los Etiopes, de los Sirios, de los Godos, de los Jacobitas, de los Armenios, de los Judios, de los Tartaros, de los Hungaros y de otras naciones infieles del Oriente, salud y bendicion apostólica, &c.» Puede ser que estas legiones de predicadores no conocieran los sistemas filosóficos de la Grecia; no tendrian acaso la ciencia de nuestros apologistas, las reglas de los retóricos, el gusto de los poetas; pero se concibe que se lanzaran á la conquista del mundo por medio de la palabra, aunque no leyeran nunca el *Sublime* de Longino. ¿Qué mas necesitaban para ser elocuentes que renunciar á los goces de la vida, amar la verdad, negarse á sí mismos para darse á sus hermanos, volver al cielo la frente esperando un rayo de Dios que los hiciera valerosos y apasionados, para emprender en un siglo de corrupcion la obra del apostolado antiguo? y fueron tantos los que daban sus vidas por salvar á los infieles, que fué necesario restringir la libertad de las misiones, no fuera que en el seno de la Iglesia se interrumpiera la predicacion, que tanto bien hacía: y apesar de las restricciones, cuando los superiores tenían que elegir misioneros que fueran al otro lado de los mares, los jóvenes y los ancianos caian al suelo de rodillas exclamando.=Enviadme, Padre mio.=Ni se crea por esto que escasearon los hombres instruidos; antes hubo muchos que dirigieron con un talento tan admirable como su fé la empresa de convertir los hereges, edificar los cristianos, civilizar los salváges.

S. Raimundo de Peñafort establece dos colegios para la enseñanza de las lenguas orientales; uno aprende las costumbres, ciencias y doctrinas de los árabes para combatirlas: otro religioso estudia el Koran para refutarlo. Irrita la elocuencia irresistible y seductora de Suso, y se pone su cabeza á precio: por otra parte S. Jacinto, realizando lo que la fabula cuenta de Orfeo y de Anfion, iba como sembrando conventos por el camino arrojando al aire su palabra. La ciudad de Colonia se vuelve un dia para escuchar á Juan Taulero, cuya voz elocuente no habia resonado mucho tiempo hacía en la Cátedra sagrada: nada dice; quiere hablar, pero no puede: llora en fin:..... qué elocuencia la de las lágrimas! el pueblo se conmueve, y en los altos designios de la Providencia se contaba con la palabra y el llanto de este sacerdote, para fundar una escuela que la Alemania católica difundiría por el mundo. Mudo en el claustro, como Taulero lo fué un dia en el púlpito de Colonia, apareció Santo Tomás de Aquino, á quien llamaron *el gran buey mudo de la Sicilia*; pero había de llegar un dia en que «los mugidos de su doctrina se estenderían por el mundo,» cumpliéndose á la letra con general asombro de los doctores esta profecía de su maestro Alberto el *Grande* (1).

Por la historia de las órdenes religiosas se vé que el

---

(1) Aunque hemos tenido á la mano los datos mas completos y consultado las mejores fuentes acerca de los trabajos de los *hermanos predicadores*, los cuadros y ex-

fraile de Santo Domingo nunca soltó el baston que le dió S. Pedro, ni el libro que le dió S. Pablo, cuando se le aparecieron en una vision y le dijeron:—vé y predica, ese es tu destino—(1). Pasan los siglos, y de los hermanos predicadores sale S. Vicente Ferrer que predica en España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Irlanda, y Escocia: la Italia tuvo á Savonarola. Descubierto el nuevo Mundo, van á la conquista de los espíritus como los soldados y navegantes á la conquista de una nueva patria. En menos de medio siglo hicieron millares de cristianos, construyeron centenares de Basílicas, se establecieron en Méjico, en el Perú, se extendieron por la nueva España, fueron unos á las Indias Orientales, á poco tiempo se atreven otros á poner el pié en la China;

---

tractos tienen que resultar diminutos, aunque se escojan para decorarlos, algunas de las figuras que mas resaltan en la historia. El Dominicano Razzi escribió una *Istoria de gli huomini illustri cosi nelle prelature come nelle dottrine del sano ordine de gli Predicatori.*—Este trabajo, que fué mas interesante á la Italia que á otras naciones, se publicó en 1594; y acaso se dieron otros trabajos parciales, cuando en 1721 se publicó en Paris una edicion lujosa de la difícil obra que comenzó el P. Jacobo Quietif y concluyó el P. Jacobo Echard, que consta de dos tomos en fólio de mil páginas cada uno, y se titula:—*Scriptores ordinis Prædicatorum recensiti*, &c. Aunque se encuentran muchos nombres desconocidos, de esos que no se salvan en la formacion de los cuadros generales de una época, semejante crónica, obra de inmenso trabajo y de buena crítica, demuestra la multitud de esclarecidos varones que produjo la órden de Santo Domingo.

(1) Humbert, Vie de Saint Dominique.

en la mitad del siglo XVI fundan una Universidad en Lima, y medio siglo despues fundaron otra en Manila. Se dirá que á los misioneros les abrian camino los bajeles cargados de aventureros y soldados; pero no fué la conquista de los hombres y de la tierra el mas precioso fruto del descubrimiento y dominacion de la América (1). Minas de oro y de hombres; la expoliacion, la servidumbre, esto es lo que quisieron hacer del nuevo y rico continente los conquistadores: á voluntad se ocupaba la tierra; se apelaba á la fuerza para legitimar la usurpacion, y con la fuerza se gobernaba á los indios como á rebaños de bestias. Pero los misioneros defendieron con valentía la causa de la religion y de la humanidad, venciendo con su palabra y doctrina, á la fuerza de los conquistadores. Obraron como ministros de Dios, y enviados

---

(1) Willian H. Prescott, dice en su Historia de los Reyes Católicos: «No daríamos idea suficiente de los grandes objetos que se proponian los Reyes de España, si dejáramos de presentar uno que, para la Reina por lo menos, tenía mayor importancia que todos los otros: la propagacion del Cristianismo entre los gentiles.... No perdonó sacrificio para promover tan santa obra por medio de los misioneros.»

Sobre esta materia, acerca de la civilizacion por los misioneros, por los Reyes y conquistadores, se puede consultar al mismo autor, que ha escrito la *Conquista de Méjico*, y la del *Perú*. Aunque no siempre es imparcial, preferimos sus ágrias recriminaciones, á los desaciertos del Abate Nuix, cuyas *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los Españoles en las Indias*, tradujo del Itáliano D. Pedro Varela y Ulloa, y publicó en 1782. Buena voluntad, pero mala defensa.

de Príncipes católicos: dieron con sus trabajos gloria á la Religion, prez y lustre á la Monarquía Española. Clamaron contra el despotismo, pidieron la libertad, la propiedad, la personalidad, aquellos mas sagrados derechos sin cuyo reconocimiento tanto se rebaja y envilece la condicion humana: logrando de esta manera formar entre los indígenas una grande idea del Cristianismo cuyos arcanos divulgaban con las primeras nociones del derecho natural, alcanzando interesar en Europa el espíritu público, y recabar del sumo Pontífice declaraciones favorables á esta generosa demanda.

No podemos detenernos en estas consideraciones sin traer á la memoria el nombre de Fr. Bartolomé de las Casas, que lloró con los esclavos, clamó contra los opresores, atravesó ocho veces el Océano yendo y viniendo de la América á la Córte de España, y cuyo memorial á la Magestad de Felipe II contra los opresores de los mejicános, se cita como un modelo de la elocuencia patética, al lado de la arenga del Obispo Flaviano al Emperador Theodosio en favor de los habitantes de Antioquía, y de la exortacion de Cheminais en defensa de unos prisioneros. Y si como dice Ciceron, «no hay cosa que se seque mas pronto que las lágrimas,» ¿quién puede considerar lo que valía aquella palabra ardiente y facil del generoso apostol, que apesar de tantas exortaciones fervorosas, poseido de una indignacion santa se atreve á presentar á Carlos V una memoria terrible sobre la *Destruccion de las Indias por los Españoles*? Véase, pues, cómo en la causa de la conquista y civilizacion de los pueblos del nuevo continente, los misioneros hicieron con la palabra mas que los soldados por medio de la fuerza; lo cual hoy

menos que nunca se puede poner en duda, cuando los españoles para defender sus Colonias conservan los Colegios de misioneros de quienes esperan sin duda mas servicios, que cuantos pueden hacerles las plazas fuertes, la marina y las guarniciones militares. Esta tierra bendita paga con eterna gratitud la caridad de los predicadores; se acuerda de Fr. Bartolomé de las Casas, y quiere ser evangelizada por sus hermanos: asi es que al estallar la persecucion contra los institutos religiosos en la mayor parte de los Estados de Europa, las Repúblicas del Nuevo Mundo clavan su bandera de enganche en todos los puertos, pagan el *pasage* á los misioneros, les ofrecen honores y riquezas en la América, gloria, persecuciones y la palma del martirio en las misiones activas del Asia.

Ya se habia falseado un tanto el espíritu religioso, cuando se contribuyó por todos los medios de la política y de la ciencia del Gobierno al establecimiento de las misiones de Jesuitas en América y en el Asia (1). Pero ¿sería menos ilustre la memoria de S. Francisco Javier, el Apostol de las Indias, porque el ascendiente de su predicacion y sus relaciones con los nuevos cristianos fueran con el tiempo tan provechosas á las ciencias naturales, á las artes, á la náutica y al comercio? Aunque faltára al gran Colbert el celo de un apóstol, hizo muy bien en reunir á los Jesuitas y á los académicos de la Francia, para que conferenciasen so-

---

(1) Vease la carta de Fr. Diego Clavin traductor de las *Cartas edificantes*, *Le Genie du Christianisme* de Chateaubriand, y la obra de Voltaire *Essai sur les misions chretiennes*.

bre puntos de Astronomía, sobre ciencias y costumbres de lejanas regiones. Los doctores de Paris aprendieron de los viageros de la China, de los apóstoles de Siam. Aun en los tiempos en que se ostentaba mas viva la fé religiosa, como en el siglo de las Cruzadas, no faltaron algunos sabios que sin tener la devocion de los sacerdotes ó del pueblo, ayudasen á esta empresa atrevida por motivos puramente humanos, aunque no censurables, como, por ejemplo, para resucitar el comercio de la Europa por el del Asia, y hacer penetrar en las naciones Occidentales algunos rayos de esa hermosa luz que despedia la antigua sabiduría del Oriente. Así, lo que tanto se ha reprobado en los Jesuitas, á saber, su participacion en los negocios temporales, sus relaciones con los poderes públicos, se debilita en gran manera consultando los documentos y piezas originales que demuestran el interes que tuvieron los hombres de Estado por estrechar estas relaciones, de que las ciencias, la civilizacion y en general la causa de la humanidad sacaron tantas ventajas. Antes de partir á las Indias, manda Luis XIV que los religiosos Fontenay, Tachard, Bouvet, matemáticos distinguidos, hicieran su recepcion en la Academia de ciencias. El noble Marqués de Torcy, Ministro de Estado, dirige un interrogatorio á la mision de la Crimea, con la esperanza de que el P. Du Ban le ilustrára sobre muchos puntos pertenecientes á la situacion, historia, creencias y gobierno de los tártaros (1). Ya se miren los intereses de la religion solamente, ya se junte la importancia del Apos-

(1) Cartas edificantes, t. II.

tolado con las intenciones y planes de los Gobiernos, los misioneros Jesuitas debieron ser los predicadores que conquistaran mas espíritus á la comunion de la Iglesia, y los viageros que sacaran mas rico tesoro de sus estudios sobre estos remotos paises. Para evangelizar en la Siria, en la Persia, en el Egipto, era menester que supieran el griego, el árabe y el turco, y conocer la Medicina: los naturalistas iban á la América; los astrónomos y matemáticos, á la India y á la China. ¿Cuándo se organizó por las Academias de los sábios una espedicion científica que contára tantos hombres ilustres, que costára tan poco, que fuera tan útil? los Jesuitas no iban á las misiones abandonados á su celo: conocian el pais antes de llegar á él. Al poner el pié en la tierra, estendian sus mapas; hablaban fácilmente desde el primer dia en la lengua de cada uno; armaban su telescópio; podian herborizar como en tierra conocida; suavemente, pero con sumo acierto, maniobraban para romper las trabas de la servidumbre, que es siempre un obstáculo para la propagacion del Evangelio: los Sultanes y soberanos no podian ser siempre de aspero trato con aquellos hombres de condicion dulce y maneras insinuantes: catequizaban á la juventud, que luego venía á ser la preceptora de la ancianidad (1), y hacian amar la religion dandola á conocer por el exámen, á admirar por la pompa del culto, logrando ademas que hasta los neofitos la quisieran y defendieran, por los beneficios que producía. En sociedad con los ni-

---

(1) Cartas edificantes t. II.

ños, con los tiranos, con los esclavos, con los hereges; rodeados de peligros en sus viages, en lucha con la constitucion civil y hasta con la naturaleza; poniendo su ingenio á prueba, y no teniendo para tantas contrariedades otra fuerza que oponer sino su palabra y su confianza en Dios, estos hombres hallaban ocasion de escribir á sus superiores, á las Embajadas y á las Secretarías de Estado, ya disertaciones morales ó científicas, estudios físicos y geográficos, observaciones interesantes acompañadas de planos, cartas y diseños, para enriquecer los archivos y aumentar las glorias del Apostolado católico. Por una carta del P. Calmete se sabe los trabajos de los misioneros para buscar los libros Sagrados de la India, y facilitar el conocimiento de los misterios de la religion (1). Un Emperador de la China prohibe el ejercicio del culto; los misioneros ruegan, y se suaviza el decreto; el P. Parannin insta, y el poder se ablanda; nuevas súplicas de los misioneros con alabanzas al Emperador, y se manda publicar la revocacion del decreto (2). La misma palabra que triunfa de la fuerza es la que disipa los errores sobre la aplicacion de las ciencias; la que compara los geroglíficos con las lenguas, es la misma que sujeta la estadística y funda la cronología de los Chinos; así, cuando describian la extension y hermosura de los rios y de las montañas, el lujo de la palabra y el brillante colorido de que la imaginacion se servía, acaloraban su espíritu y fortificaban en el corazon sus sentimientos religiosos. Si los

---

(1) Cartas edificantes, t. XIV.
(2) Cartas id., t. XIV.

salvages se quedaban admirando la elocuencia del misionero, bien pronto los despegaba de esta veneracion el humilde religioso y les decia: «las palabras que acabo de explicaros no son palabras humanas; son palabras del gran Génio: no están escritas en un collar, á lo que se dá la significacion que se quiere; sino en el libro del gran Génio, donde no puede tener entrada la mentira (1).» Y si en defensa de esta palabra era preciso morir, ahl entonces el misionero muere como Lizardi atravesado de flechas sobre una roca, con el breviario al lado; ó como Baraza, cubierto de saetas y de injurias y rematado con el hacha (2).

Pero si debe la religion mucho á los misioneros Jesuitas que llevaron el Evangelio á las tres provincias del Brasil, de la Etiopia y de las Indias, no menos se necesitaba de ellos en las naciones de Europa, donde se constituyeron, especialmente en Alemania, en los aciagos tiempos de la reforma. La heregía de Lutero en lo que respecta al dogma y á la Iglesia, comprometió á los Principes y á los pueblos en una actividad desesperada, como que atacaba las doctrinas y la gerarquía, removia todos los intereses materiales y morales, combatiendo los principios y las instituciones, todo lo que hay de inmutable y de transitorio en las cosas humanas. Favorecida con escisiones y conflictos se propaga la heregía, preponderando en Alemania. Con el socorro de la imprenta se produjo una fermentacion de ideas, hasta en-

---

(1) Cartas edificantes, t. XIII.
(2) Id. t. VII.

tonces sin ejemplo; y con las guerras y confederaciones, los protestantes se apoyan en la predicacion para propagar sus doctrinas. «No se puede negar, dice un protestante, que la reforma ha sido para la Alemania un principio de discordia (1):» y á esto debió contribuir sin duda la investidura de la predicacion de que se apoderaron los heresiarcas, como si no fueran bastantes á introducir el desconcierto y confusion en las naciones, las cuestiones políticas, las guerras y conflictos que estallaron con los errores primeros. Atribuyéronse predicando la autoridad que negaban (2); y como la inconsecuencia de sus doctrinas es entre otras cosas lo que está matando todos los símbolos, indirectamente, la predicacion con la que ganaron al principio algunos prosélitos, puesta en sus manos, es un arma suicida: es la que prepara tantas *confesiones de fé* en las que no cree ninguno mas que el tiempo preciso para redactar otro símbolo. Pero en tanto que se dejaba oir la guerra de las palabras, el error iba causando estragos, corrrompiendo los entendimientos, desmembrando Estados de la Iglesia, cubriendo de horrores y miserias aquellos pueblos que afeaban con su separacion los gloriosos fastos de su historia. La Inglaterra se separó de la Santa Sede con Enrique VIII; y esta separacion era precedida de otras muchas, del impío apostolado de la Suiza, de las defecciones de los Duca-

---

(1) Heeren, Manuel historique du systeme politique des Etats de l' Europe et de leurs colonies, t. I.

(2) Balmes, El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion Europea. t. II.

dos y Estados pequeños del Norte, y de las turbaciones mas cercanas de Escocia.

La reforma vino á decidir de la direccion que el Instituto de los Jesuitas hubo de emprender en Europa. Luchó con el Protestantismo y se adhirió estrechamente con el Papa. No sé qué se diga contra los Jesuitas por su apostolado en las misiones extrangeras (1): por aquí se les acusa de haber perdido en Inglaterra, á los Reyes; en España, al pueblo. Sin embargo, Bacon, protestante, dice de los Jesuitas: «siendo lo que son, ojalá que fueran nuestros.» Sin duda alguna el cisma de Enrique VIII tuvo otras causas (2), y la unidad del Catolicismo no se ha quebrantado en la nacion española. No cuestionemos sobre los medios; pero alabemos á la Providencia á quien somos deudores de tan señalado beneficio.

Razon tuvieron los inmortales fundadores de las órdenes religiosas, para confiar al apostolado la árdua mision de regenerar la Iglesia, de salvar la sociedad. En la edad media no podía salvarse la Europa con el trabajo y austeridad de los monjes: la vida contemplativa ó laboriosa de los Benedictinos no alcanzaba para satisfacer las exigencias de los tiempos tan calamitosos en que las heregías aparecían de nuevo, reclamando discusion y polémica activa: ya no servían aquellos predicadores de la Cruzada, aquella elocuencia entre religiosa y guerrera de los monjes de Clairvaux. Importaba, sí, unir la Igle-

---

(1) Ni las cartas Provinciales dicen una palabra sobre este punto.

(2) Bossuet, Histoire des variations etc.

sia; uniformar la doctrina; predicar otra nueva Cruzada, pero no ya para reunir á los hombres en la Jerusalen de la Judea, sino en la Jerusalen de la caridad, de la union, de la obediencia, de la fé. Más se alejaba el mundo de la Iglesia, que la Palestina de la Europa; los hereges predicaban sus doctrinas, y la Iglesia tenía que buscar el mundo, como el pastor la oveja perdida, yéndose á él para recitarle el Evangelio de la verdad. Si despues de esto se preguntára ¿qué monumentos nos han legado los predicadores franciscanos, domínicos y jesuitas? qué hicieron en la elocuencia sagrada los Institutos religiosos? La obra no se ha concluido, responderíamos nosotros: hace mas de seiscientos años que empezaron la discusion y la propaganda, y continuan hasta el presente; la historia de las heregías, de los Concilios, de las conquistas y persecuciones, son su misma historia. Tres siglos hace que los misioneros están derramando su sangre, y no cesan los buques de llevar á bordo la juventud de los Colegios de Europa, donde otros quedan aprendiendo el Itinerario de Fray Bartolomé de las Casas ó de S. Francisco Javier. Denostarán á los regiosos, que fundaron un mundo con su elocuencia, los opresores de la Irlanda: los que protegieron á los indios contra la servidumbre serán perseguidos por las sociedades bíblicas de la Inglaterra, que proclama solemnemente la abolicion de la *trata*, y oprime con sus factorías estendidas por todas partes: cruel y tiránica se dirá que ha sido la firme defensa que se ha hecho de la religion contra la heregía protestante, cuando la Holanda calvinista, sin perjuicio de su libertad de conciencia, ha combatido á los belgas católicos. Sin llamar la atencion

sobre otras contradicciones, queremos preguntar al fin: ¿Qué es hoy el error y cuál ha sido su historia? se devora á sí mismo y su historia es un puro desastre. ¿Qué es la verdad, y cuál la historia de su apostolado? hoy brilla como una esperanza hermosa y una doctrina eterna; muda de anales á grandes épocas del tiempo: empezó con los *Hechos Apostólicos*, siguió con las Crónicas, con las Encíclicas, Bulas y Pastorales, despues con las *Cartas edificantes*; al presente, con los *Anales de la Propagacion de la fé*; y en el porvenir tendrá tambien su libro aparte el triunfo definitivo de la doctrina católica, en el que todos los errores vendrán en confirmacion de la verdad eterna.

CAPITULO IX.

La Religion y la Filosofía.—Necesidad de que se aclaren fundamentalmente las relaciones entre la una y la otra.—Aristoteles, Platon y los Escolásticos.—La filosofía Cristiana, principio del renacimiento.—Desarrollo simultáneo de dos fuerzas contrarias.

A escepcion del Cristianismo, todas las religiones antiguas no fueron otra cosa que la adoracion de la materia. El Panteismo oriental, el Politeismo griego, el Paganismo romano, envolvieron bajo sensibles especies el dogma religioso, si así podía llamárse, que partiendo de la materia, iba por todos los caminos á perderse en las representaciones materiales. Cuando el pensamiento ha querido, para buscar el alma de algun Dios abrir las entrañas de un ídolo, no ha encontrado nada; registrando la cabeza de un filósofo pagano en busca de la imágen espiritual de un Dios, solo se hubiera encontrado la figura de un ídolo. El Oriente junta todas las leyes y fenómenos naturales, aspira la vida entera de los cuerpos, recoje los efectos y las causas que puede, y crea un ser absoluto, crea el Brahma, que es la vida de todas las co-

sas, que todo lo absorve y todo lo representa: pero en esta religion, cuyo culto no puede consistir sino en las sensaciones, la divinidad es materia, y lo material se diviniza. Así vienen á confundirse dos nociones esenciales de dos cosas distintas, que sin hacerles desaparecer, solo puede mezclarlas una religion espiritual. De este escollo se apartó la Grecia creando el Politeismo; pero como de la multiplicidad de seres y de fuerzas vino á parar á la multiplicidad de Dioses, de rechazo fué á perderse en la materia aquella creacion de los poetas que levantando el Olimpo y abriendo sus escuelas filosóficas, parecia ya pronta á esclarecer las primeras y mas esenciales nociones del espíritu. Las abstracciones del politeismo romano no pudieron romper con las tradiciones de la religion griega: las fuerzas de la naturaleza eran siempre los Dioses: si alguna vez el espíritu se encaminaba hacia una creacion mas pura, la supersticion le retenía; la idea se retiraba ante los altares y las estátuas de la Grecia artística, que tanto embelleció la forma, sin poder revestir el pensamiento con las mismas gracias.

La sensacion ha divinizado la materia; la imaginacion ha creado una mitología extravagante: solo la revelacion ha favorecido el vuelo del espíritu, y de la elevacion del espíritu ha resultado la filosofía. Vamos á demostrarlo.

Porque la religion es un sentimiento, por esto la encontramos en todos los pueblos de la tierra; en todos los lugares del espacio, en todos los instantes del tiempo. Porque el sentimiento es comun á todos, innato, necesario, por eso tambien la Religion se traduce en un hecho universal, correspondiente á este sentimiento comun. La

forma varía; no es uno mismo el culto; cambian las aplicaciones de la moral; la investigacion y la ciencia se le refieren ya de un modo, ya de otro. En todos los casos, el sentimiento precede à la reflexion, ó lo que es lo mismo, la religion precede á la ciencia, el dogma religioso precede á la filosofía. Tan pronto como se tiene la idea de la Divinidad, nace en la criatura una aspiracion que le arrastra á la Divinidad misma. Si la Divinidad creada ó sentida mas bien; no se concibe fuera de las nociones de la sustancia material, la aspiracion de la criatura no queda satisfecha con la muerte: si no es mas que una bella imágen, la aspiracion del hombre no tiene mas término que una quimera: la multiplicidad del Dios confunde y borra la idea de la Divinidad, y no deja que el hombre se levante para encaminarse á un alto destino, acosado por contrarias fuerzas, extraviado por el fatalismo, sufriendo la tiranía de tantas nociones incompletas, de las que no puede libertarse sino alzándose en rebelion contra los Dioses. En todos y en cualquiera de estos casos, es vana la aspiracion del hombre; no tiene medios de llegar hasta Dios; se pone en contacto, es verdad, con algo que es superior á él, pero para ser sacrificado por una fuerza mas grande que la suya; es víctima de las leyes de la naturaleza; mártir de una supersticion; juguete del destino; lo cual dista infinitamente de la altísima aspiracion á que es llevado el hombre en alas del sentimiento religioso. Y como la muerte es la promesa de una transformacion grande, el paso á otro estado mejor, por esto los deseos del hombre propenden á lo infinito; sus miradas se dirijen hacia un progreso sin término; y los suspiros de su corazon, los primeros acentos que á

Dios consagra, revelan, aunque confusamente, esa espontaneidad del sentimiento que brota en su alma, y como una saeta, va á parar á Dios. En vano buscará en el materialismo la solucion de tantos problemas como sucesivamente aparecen; y como no puede explicar su destino ulterior, no puede fundar la filosofía. En el mundo visible hay fenómenos y leyes; sobre estos fenómenos y sobre estas leyes, está la ciencia; la ciencia que termina aquí, arranca de Dios que es la verdad y la fuente de las verdades. Yo no sé que valdrá la nocion de la inteligencia humana sin la nocion de la inteligencia y de la verdad infinita; ni qué valdrá sin la inmensidad de la vida la aspiracion del hombre hacia lo indefinido y lo eterno; ni qué será sin el sentimiento religioso, la ciencia del hombre que es una reflexion sobre sus sentimientos y la razon que los explica. La religion, la filosofía, estas ideas puras estan en Dios; de aquí se derivan: la doctrina revelada podia tan solo descubrir estas relaciones de la criatura con el Ser Supremo: sin la revelacion, el sentimiento religioso dejaba sin satisfacer las aspiraciones del hombre: dejábale en sus manos la materia para petrificar su corazon, y reducir su inteligencia á un estrecho círculo, en donde no se encontraba la razon de las cosas. A lo mas, se podrá decir que el politeismo griego fué la religion de lo bello; pero Hegel dice que la religion revelada fué la religion de lo sublime, y nosotros podemos añadir que fué tambien la religion de lo verdadero.

De aquí se desprende una consideracion importante; y es, que la religion y la filosofía se juntan en Dios, objeto de la una y de la otra. Podrá distinguir el hombre

diversas especies de verdades; unas incomprensibles, otras conocidas; separará los arcános y misterios de los fenómenos sencillos; de lo metafísico y de lo moral compondrá reinos aislados; pero estas distinciones son únicamente de parte del espíritu que por su limitacion las discurre: considerado en sí, todo es uno: el misterio que cree, pero que no conoce la razon humana, cae bajo el dominio de la inteligencia infinita como una verdad evidente; del mismo modo que no es distinto el Dios que se revela á los hombres por la palabra, del que se comunica á su inteligencia y habla á sus sentidos, aunque se diferencien entre sí las nociones que de la Divinidad tengamos por medio de la revelacion, del sentido comun y de la razon humana.

La religion y la ciencia que son en Dios una misma cosa, pudieran serlo tambien en el alma del hombre. Haciendo un esfuerzo, como el que aguza la vista para alcanzar un punto lejáno, puede entreverse el punto de conjuncion en que vienen á concurrir. Pero el hombre, mitad inmortal, mitad perecedero, las separa en su doble destino; acude á la ciencia para razonar, y á la religion para sentir: en una buena proporcion y medida, las fuerzas de la razon y de la fé crecen; los encantos de la piedad, las dulzuras del sentimiento religioso, aumentan el vigor de sus facultades naturales; y como se perfeciona su inteligencia con el ejercicio, así en la contemplacion que abarca los atributos de Dios y las armonías del mundo, se duplican las fuerzas del corazon hasta amar ardientemeute la religion ya conocida, que antes se amaba por la sola fuerza del sentimiento religioso.

Pero el sentimiento es de todos, y la filosofía perte-

nece á un corto número: ¿cómo se hará que el espíritu participe del conjunto de esas verdades necesarias que son la vida de la inteligencia? Increible parece que el sentimiento religioso pueda servir de intérprete á la ciencia, cuyos arcános apenas pueden sondeár los entendimientos de privilegio. Pero ello es cierto que la enseñanza de muchas nociones absolutas no pudiera comunicarse á todos sino por este medio. Si se dejára á la razon pura enteramente libre el campo de las investigaciones, hoy se ignoraría todavia una buena parte de la metafísica. El Paganismo sabía que los mas altos problemas filosóficos eran interesantes al género humano; pero ni la ciencia podia levantarse tanto para venir en su conocimiento, ni el género humano podia entender las doctrinas de la Academia ó del Pórtico. Faltaba á su ciencia la luz divina, y á su religion, el lenguage. Su ciencia era incompleta, y por esto el Paganismo no podia tener apóstoles. La revelacion ensanchó el horizonte de la ciencia, y hablando un lenguage popular divulgó los misterios de lo sobrenatural y las mas altas verdades, que no podian propagarse por el ministerio de la razon pura. Cuando la ciencia habla por sí sola, no puede librarse de las formulas y del tecnicismo; no conoce otro estilo ni otra escuela. Por el contrario, la religion habla en todos los tonos; tiene el lenguage árido y expositivo del dogma; nada mas seductor, mas interesante que su ternura para pintár los afectos; lanza patéticas increpaciones comparadas al rayo de Dios; y el estilo florido con que viste sus gracias, y el suave aliento del amor que infunde en el corazon del hombre, ¿qué tienen de comun con las voces entrecortadas de suspiros que parecen salir de un antro de

muerte y van á perderse en el polvo de los sepulcros? Pero cuando la revelacion anuncia la caida del hombre, entonces y solo entonces puede la filosofía descubrir en la frente de los mortales la sombra del pecado y los vestigios de su pasada grandeza. El Verbo eterno, dice la religion, se hizo carne para habitar entre nosotros; y el filósofo concluye naturalmente que la humana naturaleza ha sido realzada, y el conocimiento de este misterio altísimo, crea una esperanza hermosa; es una promesa de la resurreccion de la carne. ¿Quién no vé claramente que el pecado es un gran mal, si el hombre Dios ha muerto en una Cruz para redimir el mundo? Ahora bien, estas verdades fundamentales, ¿quién puede descubrirlas? y descubiertas, ¿quién podrá propagarlas? y propagadas, ¿cómo serán acogidas por la muchedumbre que es estraña á la ciencia, que es inaccesible á la reflexion filosófica? La razon inquiere, examina; tiene fuerzas para esto; comprende un sistema de verdades; hace sus conquistas en el espacio, en los cuerpos, en el alma tambien; se eleva mas todavía; con ayuda del sentimiento religioso, siquiera sea vago, siquiera depravado, oscurecido por una aligacion materialista que se interpone entre el cielo y la tierra, puede entrever, sospechar al menos una region superior, un órden de impenetrables verdades, causa sublime de todos los efectos, raron suprema de todas las razones intermediarias con que los fenómenos y leyes del mundo patentemente se explican. Mas ¿por qué no descubre á Dios Todopoderoso? ¿cómo no penetra en la religion? Los que se obstinan en confirmar el divorcio entre la razon y la fé, entre la ciencia y el sentimiento religioso, dicen que estas verdades funda-

mentales son del orden espiritual: ah! con que el órden espiritual está fuera de la ciencia? pobre filosofía la que prescinde del espíritu! ¿qué es entónces, ni para qué vale? Convenimos en que estas verdades son del órden espiritual, y en que por esto no puede alcanzarlas la razon: el hombre carnal, dice S. Pablo, no conoce las cosas que pertenecen al espíritu de Dios: y por esto la filosofía, cuando prescinde del órden espiritual, es una doctrina tan incompleta, que no puede asociarse al hombre sin debilitar su sentimiento religioso, sin deprimir sus aspiraciones, sin tirar de los ojos y del espíritu vueltos al cielo, es decir, sin limitar para la criatura el horizonte de su destino. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre; nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquellos á quienes este quisiere revelarselo.» Esta es la gran barrera de la filosofía; no pudiendose venir á parar al conocimiento del verdadero Dios y de lo sobrenatural por medio de un silogísmo, los progresos de la ciencia estan contados: (2) el

---

(2) Es conocido el sencillo razonamiento empleado por S. Anselmo para venir á la nocion de Dios. Buscando en un silogísmo el algo de mas excelencias que necesariamente ha de concebirse y que no puede no existir, viene á parar á esta conclusion: *et hoc es tu, Domine Deus noster*.—Pero Santo Tomás de Aquino, haciendose cargo de este argumento, que encarece sobremanera, dice sin embargo. «Aunque concedieramos que cualquiera entendiese por el nombre *Dios* lo que se expresa, á saber, lo mas perfecto que se puede pensar, no se sigue de esto que entienda que lo que se significa por el nombre, exista realmente ó no sea mas que una aprehension del entendimiento.»

(I P. Q. 2, art. I ad 2.)

espíritu le pide mucho, y la ciencia no puede darle sino muy poco; todos los mas interesantes problemas quedan insolubles, como quedaron en el Paganísmo. sus grandes lumbreras no pudieron conocer la *causa de las causas*; porque ni la carne ni la sangre pudieron revelar á los sabios lo que á los ignorantes les descubre la revelacion divina (1). Al lado de esto, un hombre sencillo, rudo, se prosterna ante la revelacion; siente el resplandor de una luz celestial, que inunda su razon y le arrebata entre sus corrientes luminosas. Este hombre es un soldado de Cristo; uno de sus primeros martires: Yo os doy gracias, dice Simon hijo de Juan, ó Padre mio, Señor de cielos y tierra, porque habeis ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeños.» Cómo? la inteligencia de Dios ha caido sobre la inteligencia del hombre; levantó de su abatimiento la naturaleza humana, y redimió nuestra razon alzándola adonde por sí sola no habia podido llegar. Su impotencia era natural: ahora su eficacia sobrehumana nace de que Dios se le ha dado todo entero. Estaba abatida, y se eleva por el comercio con Dios; no de otra manera que nos elevamos por el contacto con el génio, ó como la santidad nos edifica, ó como el amor de las criaturas ablanda nuestro corazon insensible ó duro. Y como no tengamos resorte que la religion no gobierne, ni punto en nuestro ser sobre el cual no caiga á plomo, por esto ha sido tan asombrosa la transformacion del género humano. Era menes-

---

(1) Math. C. XVI, V. 17.

ter que la religion no fuera mas que una teoría, para suponerla estéril ó insuficiente. Pero no; la religion no es una teoría, porque entonces sería un producto de la razon y ya estuviera abandonada; se la hubiera dejado mucho tiempo ha, sin que tuvieramos que lamentar el vacío doloroso de nuestro pensamiento; porque otras teorías habrian venido á llenarlo. Lejos de esto, considerada la religion como un hecho, es el mas grande de la historia; considerada como una doctrina, es la mas excelente de todas las doctrinas; como institucion, es la mas arraigada de las instituciones; como poder, es el mas robusto de los poderes. Al nacer nos inspira su aliento de vida; está siempre á nuestro lado; reluce en la verdad, y se la distingue en el error: no se aparta de nuestra conciencia; en la naturaleza tiene sus colores, su variedad, su luz, su ruido; en la ciencia es el primer principio; en la cabeza del hombre es la primer idea; en su razon es luz; en su corazon es fuego.

De la súbita y radical transformacion que el hombre ha esperimentado por esta iluminacion divina, se deduce la impotencia de las doctrinas humanas para alcanzar el conocimiento de las primeras verdades. Porque si el paganismo dejó á la humanidad como estaba, ¿dónde está la sublimidad de los dogmas que descubre? Si la razon se levanta por su propia virtud á lo suprasensible, ¿porqué se estrella en el escollo de las supersticiones? qué santuario es ese, en donde para inspirarse entra el hombre con los ojos vendados, y sale predicando la religion de las supersticiones, de la duda, de la negacion ó de la incredulidad? ¿qué religion es esa, que cuando no deja al hombre en el estado de la naturaleza como al primer

salvége, lo incorpora á la sociedad para que sea un esclavo, lo agrega á una escuela para que sea una utópia, ó lo consagra para hacer de él un personage ridículo, ó lo deprime y envilece para hacer de él una bestia de carga? Imposible parece que despues de esto se diga «El concepto de Dios y aun la persuasion de su existencia no puede encontrarse sino en la razon: no puede ser ni el fruto de una inspiracion, ni el de una enseñanza, cualquiera que sea su autoridad (1).» Y entiendase que ni los mismos filosofos pagános estaban tan satisfechos de su ciencia como lo suponen los comentadores modernos, y como estos lo estan de la suya: no; sentian el vacío de su doctrina; suspiraban por esa iluminacion divina de que los racionalistas no hacen caso, y veian con desagrado que sus discursos no se elevaban fuera de la esfera del razonamiento. Platon sentía vacilar su mano al escribir el nombre de Dios, y condena el dicho de un poeta:

Scribere cur metuam, quum scribo de Jove supremo?

No le engreía sino que le humillaba la ciencia, cuando llevado del sentimiento y de la lógica se acercaba á lo divino. «Pedir á los Dioses la ciencia y darla á los Dioses;» oh, Platon sospechaba dónde estaba el manantial, y esperaba el rocío! sin la iluminacion no concebía la ciencia, y sin referirla á los Dioses no concebía la santidad (2). Esta fué la razon porqué la filosofía griega no pudo contener los progresos del Cristianismo; ante la re-

---

(1) Kant, Appendices au la Logique.
(2) Platon, Dialog.

velacion era estéril; no daba razon de lo divino, y esto, como hemos dicho en otro lugar, fué la causa de que los apologistas cristianos conculcaran á su sabor las doctrinas de las escuelas de Atenas y de Alejandría. La razon había seguido su camino, pero la verdad religiosa no estaba ni al principio ni al fin, y por esto no podía ser ni la primera ni la última de sus conquistas. Pudo fundar un imperio, y perseguir con la fuerza; pero siempre que discutía, había sinrazon; y no podía contraponer al Cristianismo ni una trama de verdades que empezaran en lo sensible y se perdieran en lo espiritual, ni un foco de luz que partiera de la razon y reflejára sobre los misterios, ni una suma de esperanzas que formasen el fondo de la vida, y cuya completa satisfaccion pudiera encontrar el hombre en una existencia inmortal. «Hablémos con verdad, decía Ciceron estudiando el Paganismo; la supersticion estendida en todos los pueblos ha oprimido casi todas las almas (2).»

Esto que decía Ciceron, llegó á ser un sentimiento comun; y de la suma de tantas aspiraciones frustradas, vínose á formar el primer grupo de cristianos, de escritores, de evangelizadores, de sacerdotes y de mártires, cuya fé ardiente, cuyo ímpetu religioso, no podía ser contenido por una filosofía que no conocía á Dios, ni daba un destino al alma, ni una mano creadora al mundo, ni un Salvador á los hombres. La razon había creado las supersticiones y el escepticismo; de la idea religiosa había derivado una constitucion social cuya base era la es-

---

(2) De natura Deorum.

clavitud: ¿cómo se tardaría en preferir la fé al exámen, la revelacion que descubría lo sobrenatural y elevaba el espíritu, á la filosofía que no explicaba nada de esto, á la supersticion que como Ciceron decía *había oprimido casi todas las almas?* Así es que el juicio de algunos oradores filósofos á quienes acompañaba el prestigio de su nombre y la popularidad de su elocuencia, se apresuró á derribar la estimacion que entre la multitud se profesaba al Paganismo. ¿Quiénes fueron los primeros que rechazaron la mitología, sus falsas tradiciones, sus alegorías absurdas? ¿quiénes se rieron de las fábulas, de los símbolos, de las predicciones, de las supercherías y de la credulidad humana? el sistema religioso que como conveniente á la república es defendido por un magistrado, y al mismo tiempo es atacado por el magistrado mismo en los libros, entregado al ludibrio del público y al desprecio de los filósofos, es un sistema muerto: y esto fué lo que Ciceron hizo en su libro de la *Divinacion*. Diríase que la razon se había espantado de sus delirios y que volvía sobre sus pasos, á no haber incurrido en mayores extravagancias. Varron reducía el número de los Dioses; Suetonio los aumentaba; unos propendian al Panteismo, otros á la apoteosis de los vicios; todos á la voluptuosidad, todos á la esclavitud y á la licencia, á la ruina de las antiguas virtudes, á los himnos sagrados en que nadie tenía fé, á los epígramas de los poetas que todos en su escepticismo y corrupcion furiosamente aplaudían. La razon destruia lo que por sí misma había edificado; el sentimiento caía en las supersticiones, y la razon en la incredulidad: de donde se infiere que ni el sentimiento había dado satisfaccion á las aspiraciones del

hombre, ni la razon estaba satisfecha de su obra. «El Cristianismo, dice Schlegel, es la base de la filosofía; y si esta rehusa admitirle, no se comprende jamás á sí misma: se encierra en un escepticismo vacío ó en una incredulidad tan vacía como insuficiente, y ademas en un caos de disputas sin número y sin fin.» (1) Por esto deciamos que ni el sentimiento había dado satisfaccion á las aspiraciones del hombre, ni la razon estaba satisfecha de su obra. Los apologistas cristianos y los Padres de la Iglesia entraron, pues, en la discusion con la fuerza que tiene una doctrina completa; con la fé que faltaba á los filósofos; con la austeridad que no tenían ya aquellos flojos ciudadanos de las Repúblicas; con la esperanza de una vida inmortal que los gentiles no conocieron, y los terrores de un infierno, que en el Paganismo había producido una famosa burla de los Poetas (2).

La revelacion hirió de un golpe las escuelas de la Grecia y los templos de Roma; los libros y el culto; la filosofía y la religion. *Los Dioses se van!* se oia decir como en otro tiempo; y los nuevos creyentes avanzaban presurosos por la via ática. Viólos llegar Roma, que allí tenía sus ídolos, sus sacerdotes, sus Césares y sus soldados, sus libros, sus escuelas, su culto, sus oradores, sus adivinos y sus poetas: tenía el poder, la ciencia, la supersticion y el sarcasmo dentro de sus muros. Todos los Dioses estaban congregados en un templo; todos los de-

---

(1) Histoire de le litterature ancienne et moderne, t. II.

(2) Eneida, canto sexto.

lirios de la razon humana estaban vaciados en un mármol. «Aquí, en Roma, dice S. Leon, con notable fuerza y energía, habían de ser conculcadas las opiniones de los filósofos; aquí habian de quedar disueltas las vanidades de la terrenal sabiduría: aquí había de destruirse la impiedad de todos los sacrilegios; en Roma se hallaban reunidos con supersticiosa diligencia, todos los vanos errores que se habían forjado; y todo debía desaparecer (1).» Almas grandes abrasadas con el fuego de la fé y de la iluminacion divina, recojiendo á pedazos el corazon y la inteligencia de la humanidad agoviada de desvaríos y decepciones, rompiendo los límites del pensamiento y ensanchando el horizonte de la esperanza; frentes doctas encorvadas sobre los textos sagrados, espíritus vueltos al cielo de donde les venía la luz para esclarecer las tinieblas insondables al sentido; genios creadores que á través de las edades, de las persecuciones y del calor de la contienda trasmiten de siglo en siglo el entusiasmo de las creencias religiosas, la letra y la palabra de la tradicion divina y las luchas de la predicacion y de la enseñanza, tales son los apologistas, los Padres de la Iglesia y los filósofos cristianos que suceden á los escritores y filósofos del Paganismo: la razon había hecho burla de sí misma; pero no podía hundir la religion por la misma mano con que sacrificaba á Mercurio, y saludaba á los Dioses. Habían de suceder á los primeros Doctores, otros muy dignos de continuar la obra de S. Justino y de S. Clemente de Alejandría, y de refutar los er-

(1) Sermo I de Sanctis Apostolis Petro et Paulo.

rores de tanta mala doctrina. Es en valde que la filosofía racionalista se ensañe contra los místicos, los anacoretas y los iluminados; ha sido la discusion, nó la hoguera, la que ha consumido las doctrinas del Oriente y Occidente; nó quedó desierta la tribuna, ni proscrita la ciencia, ni mudo el orador, ni encadenado el pensamiento por el fanatismo cristiano; acúsese cuanto se quiera la ignorancia, el fanatismo de la edad media por ejemplo, que subordina la razon al sentimiento religioso y crea la filosofía católica; pero ello es cierto que hasta los racionalistas se ven obligados á tributar alabanzas á aquellos filósofos ardientes en la polémica, que elevaron la razon humana mas alto de lo que se podía pensar. Con el nombre de *Sumas* fabricaron monumentos asombrosos por la universalidad y profundidad de su ciencia; nó se arredraron por las cuestiones mas difíciles; hicieron un estudio minucioso del Aristotelismo y Platonismo para tomar métodos y refutar doctrinas; apesar de las imitaciones de la antigüedad, puede decirse que fundaron en filosofía, y que razonaron la exposicion teológica: finalmente, haciéndose objeciones y respuestas, nó quedaba un reino extraño á sus investigaciones; nó temieron ninguna oscuridad; fueron fuertes en toda controversia.

Una vez que por el testimonio de los protestantes, y mas aun, de los racionalistas filósofos de Alemania, haya de considerarse el Cristianismo como la base de la filosofía, detengámonos un poco en los siglos medios para investigar por qué caminos llegó á verificarse el amigable consorcio de la religion y la ciencia, adonde la antigüedad no pudo llegar porque estaba fuera de la revelacion, y de donde por la libertad de exámen se han separado algunos pueblos modernos.

Las escuelas de Carlo-Magno reanimaron el amor á las investigaciones científicas, que largos tiempos de rudeza habian dejado en el mayor atraso. Por medio de la dialectica y de la metafisica, se trató de fortificar la alianza de la fé y de la razon obrada por el Cristianismo, sostenida por el sentimiento religioso. De edad en edad habianse hallado algunos filósofos como S. Agustin empeñados en esta tarea: ahora, fundando escuelas y Universidades, vastos seminarios del sacerdocio católico, ocurrió la idea de hacer en gran escala y por una clase numerosa, lo que se proyectára anteriormente en los esfuerzos aislados, pero importantísimos, de algunos filósofos cristianos. Como la filosofía griega del gentilísmo partía de la razon á la verdad eterna, del individuo á la Divinidad, así por una evolucion contraria, en el movimiento científico de la Europa cristiana, el punto de partida fué la Teología. Desde aquí se podia bajar; desde allí no se podia subir. Nadie dirá que los dogmas eran una mala base; si la razon ha de establecer principios, es menester que parta de algunos. La disputa sobre los principios es lo que ha llevado al escepticismo en filosofía: y por una razon de perfecta analogía, cuando la revelacion no se tiene por base, al instante brota el escepticismo religioso, como un producto espontáneo. Ejercitar el espíritu, aguzar el pensamiento, agrandar el campo de la metafísica, buscar en él la esplicacion de aquellas verdades que se hallaban en la esposicion del dogma, extender sobre los cielos y la tierra, sobre la naturaleza, y cuanto podia ser el objeto del conocimiento humano la saludable influencia del principio religioso, cuya virtud alcanzaba á dar unidad á todos los sistemas, armonía á

todas las partes, verdad á las especulaciones, regimen y concierto á los esfuerzos del espíritu humano, este fué el pensamiento, esta la obra de los filósofos cristianos de la edad media.

A pocos se concede tanta importancia como á S. Anselmo en este género de investigaciones. Los títulos de sus obras bastan para significar esa claridad de intencion con que guiaba su pluma. No era S. Anselmo un escritor que improvisa: trazaba su plan; llevaba un pensamiento, y ademas lo desempeñaba con admirable sabiduría. Se le compara á S. Agustin, y se le atribuye el plan de una filosofía religiosa, por su *Monologium sive exemplum meditandi de ratione fidei.* Antes de comenzar sus estudios en busca de las relaciones entre la ciencia de las cosas divinas y los principios racionales, parecia tener fijos los ojos en Dios y en la creacion, en el misterio y en la razon humana con una percepcion viva, con una meditacion profunda: la inmensidad y el espacio parecia abarcarlos en aquella doble iluminacion de su santidad y sabiduría. Su *Proslogium, sive fides quærens intellectum* era el punto de confluencia para estas dos miradas que se cruzaban encaminandose á su término, arrancando la una de lo contingente, y la otra de lo suprasensible. En su método expositivo pudo ensayarse Pedro Lombardo para dictar sus *Sentencias*; y se infiere de la manera arbitraria con que ordenó la doctrina teológica, de la amplitud que dejó á las soluciones (y no habrá teólogo que no conozca esto perfectamente) que era ya una práctica generalizada el aplicar la razon á los principios fundamentales de la Teología.

Faltaba una fórmula á la ciencia, y esta fórmula fué el Aristotelismo. Veamos cómo. Las doctrinas de Aristóteles habian sido combatidas por la Iglesia. La moral de los griegos no podia coexistir con la moral de Jesucristo: el alma general del mundo en contraposicion al Dios uno y trino tenía que ser rechazada universalmente; no hay para qué decir que los católicos rereprobarian el supuesto de la mortalidad de las almas; y todo esto constituia el fondo de la doctrina de Aristóteles. Pero las doctrinas del filósofo estagirita eran hasta amadas en este tiempo por la generalidad de los hombres doctos; estendíanse las traducciones; convertíase la atencion á las ciencias naturales, y de camino, á la civilizacion árabe, en la que Avicena y Averroes figuraban como los mas célebres comentadores de Aristóteles; y como se viera cuán difícil sería torcer la direccion de los espíritus, preocupados con esta filosofía, algunos cristianos trataron de apoderarse de Aristóteles para mejor conservar la verdad religiosa, y evitar un desbordamiento de la opinion, ya en un sentido, ya en otro. Sin que chocára su discordancia con la doctrina católica, en las escuelas se manejaba su dialectica, lo cual traía muchas ventajas al ejercicio del pensamiento. Alberto el Grande fué quien, lleno de erudicion, versado en la lectura de los comentadores, favoreció abiertamente la tendencia al Aristotelísmo. Siguióle S. Buenaventura, quien estableció un sistéma completo de filosofía; y á este, Santo Tomás de Aquino, espíritu filosófico, de un saber profundo, de una vasta lectura y de una celebridad inmensa. Fué uno de los trescientos y tantos comentadores de Aristóteles; y como los estudios teológicos fueron los

que llamaron su atencion mas particularmente, trató de hacer aplicacion á la Teología de las fórmulas científicas, hacia las que profesaba una predileccion singular. Frecuentemente, lo que se llaman distinciones teológicas, es la separacion de conceptos altamente metafísicos, abstrusos, imposibles de falsificar por el análisis, y entre los cuales no cabe un tercer concepto.

Es admirable considerar de qué modo encarnó Santo Tomás la doctrina teológica en la filosofía peripatética, haciendo de una formula antígua y una idea moderna, la filosofía católica. Aristóteles y Platon habian sido aceptados y combatidos en todo tiempo, pero las escuelas no podian libertarse de alguno de los dos. Ellos abrieron á las investigaciones del espíritu humano dos caminos maestros, y ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos, es fácil retirarse del uno sin acercarse al otro. Platon, por su elevacion idealista, porque ponía el conocimiento de lo divino en un órden sobrenatural, era aceptado como semi-cristiano: y sin el método de Aristóteles, no se podía construir la ciencia. El Aristotelísmo tenía la ventaja de ser muy conocido; los Padres de la Iglesia lo habian aceptado, y florecía en las escuelas. La Iglesia aceptaba su método y condenaba los errores del filósofo: del Aristotelismo se hacia el fundamento de la ciencia, y la contemplacion platónica, que era del gusto de algunos filósofos cristianos, no podía contrariar, si es que nó favoreció el caracter místico de aquellos escritores y predicadores, que florecieron en el tiempo de los teólogos y escolásticos de la edad media. Sin embargo, tantos escollos y dificultades habian producido su efecto: las sutilezas y el espíritu de disputa iban

extraviando los entendimientos; de aquí habian procedido los errores de Roscelin y de Abelardo, y aun se ha querido suponer en estos tiempos, que el espíritu de exámen de los siglos medios echó los cimientos del Protestantismo. «Santo Tomás de Aquino ha sido el primer protestante» dicen los filósofos modernos; sin ponerse de acuerdo con los antiguos, que decian como Bucero: «*Tolle Thomam, & dissipabo Ecclesiam.*» Este Santo Doctor vino á poner remedio á los males del Escolasticismo. Por una parte supo dominar la anarquía que reinaba en las escuelas, y por otra, pudo armonizar con los dogmas, las doctrinas de Aristóteles. No hay mas que ver las discusiones con que empieza su *Suma Teológica*, para conocer que nó se determinaba á fundar sino procediendo elementalmente. Ha de tenerse en cuenta que Mr. Cousin, en alabanza de la *Suma* ha escrito estas palabras: «Es uno de los mas grandes monumentos del espíritu humano en la edad media: comprende una metafísica elevada, un sistema completo de moral, y hasta de política (1).»

No bien el Angel de las Escuelas había cerrado este brillante periodo de la filosofia hermanada con el Catolicismo, cuando comenzó la reaccion antiescolástica. ¿Será preciso dar á conocer sistemas y libros como si tratáramos de hacer una historia de la filosofía? no ciertamente. Pero es bueno notar que la razon humana, que antes porfiaba por elevarse á lo sobrenatural, cuando lo sobrenatural se le daba, torció el camino guiada de su

(1) Histoire de la philosophie, t. I.

espíritu de independencia y exámen para acometer grandes empresas, alcanzar preciosos triunfos, que hubieran sido doblemente preciosos á no haber hecho un abuso de sus especulaciones. Entre tanto, se rebeló contra las definiciones y los principios; contra el Aristotelismo; los fugitivos de Constantinopla traen las doctrinas de Platon; son estudiados en sus primitivas fuentes los escritos de la antigüedad: las Cruzadas, que fueron el primer acontecimiento europeo, empezaron á dar vida á la organizacion de la sociedad; las nuevas instituciones se robustecen, se afirman; aparece la Imprenta, y se descubre un *Nuevo Mundo*. La escolástica no tenía ni el atractivo de una elocuencia fuerte, ni había favorecido el desarrollo de las ciencias naturales: la frivolidad de las disputas no hizo mas que enardecer á los nuevos filósofos, arrastrados por el gusto de las letras, por su aficion á las ciencias naturales y exactas, y deseosos de agrandar el campo de las investigaciones científicas. Los nombres de Bacon, Descartes, Gasendo, Hobbes, Spinosa, Malebranche, Locke, Leibnitz, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, se presentan con otros más confusamente á mi memoria; ideólogos, psicólogos, materialistas, panteistas, idealistas, racionalistas, que en nombre de la filosofía alcanzaron inestimables conquistas materiales; que en el órden social adelantaron poco, y amontonaron escombros y ruinas cuando con sola la luz de la razon pretendieron esclarecer y aun fundar en la Religion y en la moral. «Despreciarémos por esto la filosofía? nó ciertamente.... El desprecio de la filosofía es una especie de insulto á la razon. ¿Y sabéis en que suele parar ese insulto? en apoteósis: la víctima se convierte en ídolo, y el agresor en

su gran sacerdote (1).» Antes hemos examinado la marcha de la razon humana que no puede levantarse á lo sobrenatural y que no tiene el lenguaje de la religion: la hemos visto encontrarse con el dogma que se le dá, crecer, elevarse con su contacto, y despues, en la exaltacion de su poder, la veremos apartarse por un camino distinto, tomando en nuestros tiempos una tendencia exclusiva, un caracter racionalista puramente, y sublevándose contra la religion.

Dejamos este estudio en el punto en que de la tendencia espiritualista de la filosofía católica, se forma una escuela fecunda que reproduce el santo fervor del antiguo apostolado. El misticismo cristiano precede gloriosamente á las heregías del libre exámen. Digno era de la filosofía católica y de la elocuencia sagrada inaugurar bajo sus auspicios la era del renacimiento.

---

(1) Balmes, Curso de filosofía elemental.

CAPITULO X.

El Misticismo Católico.—Cómo se dió á la Filosofía una tendencia espiritualísta.—La Imitacion de Cristo de Kempis.—Formacion de las Actas de los Santos, de donde resultó el panegírico.—Carácter vigoroso de la prediccion al formarse las lenguas modernas.

Aun cuando el misticismo no hubiera creado monumentos inmortales, la elocuencia sagrada le debería la exaltacion de todas las virtudes cristianas. Varios agentes poderosos influyeron en la creacion de esta escuela, ya muy gloriosa á mediados del siglo XVI: una revolucion filosófica, la vida monástica, y los trabajos de los enciclopedistas cristianos. La revolucion filosófica apartó los entendimientos de las vanas cuestiones, elevando el espíritu; los monasterios produjeron un libro; la crítica, un monumento colosal. De la filosofía escolástica se pasa al espiritualismo; de la concentracion religiosa de los siglos medios sale la *Imitacion de Cristo* de Tomás de Kempis; de los análes incompletos, de los Santorales no bien comprobados, de las historias inverosímiles y de las

absurdas leyendas, se pasa á la formacion de las *Actas de los Santos.*

Fatigadas las escuelas con las disputas escolásticas, sintióse la necesidad de consolidar la ciencia; tomando unos el camino de la observacion y del análisis que dió nuevo rumbo á los estudios metafísicos y creó las ciencias naturales, prefiriendo otros, á la dialéctica esteril y á las fórmulas, la divina sabiduría que en vano se buscará, si nó se recurre á Dios, en las fuentes inficionadas, corrompidas, de la sabiduría humana. Fué tanto el hastío que causaron las discusiones, tan viva la sed de contemplacion, que en el siglo XVI, muchos de los que cultivaron las ciencias naturales fueron subyugados por la influencia, entonces irrecusable, de la filosofía espiritualísta: de aquí se dió el paso fácil al misticísmo. Van-Helmont, que aplicaba el misticísmo á las ciencias de la naturaleza, con la lectura de Taulero, vino á ser un médico entusiasta: compuso una psicología espiritualísta, á tiempo que en Inglaterra, otro médico ilustre, Roberto Fludd, combinaba la ideas exaltadas del misticísmo, las ciencias naturales y la historia de la creacion, siguiendo los libros de Moises. El *Sínopsis phisices ad lumen divinum reformata*, de un filósofo aleman, reune los trabajos y largas investigaciones de muchos naturalistas (1). Estos ejemplos demuestran la teoría que ya tenemos sentada. Nos abstenemos de citar otros; porque á tanto se estendió la influencia mística, que dió alcance aun á los filósofos que apartandose del Catolicísmo,

---

(1) Tennemann, histoire de la philosophie traduite de l' allemand par V. Cousin.

cayeron en el error. Testigo Jacobo Boehm, por citar el mas célebre de todos.

Producto del desapego á la vana filosofía, á la vana gloria, á la vana ciencia, á las vanas riquezas, del menosprecio á todas las cosas de la tierra, fué la *Imitacion de Cristo*. El inspirado asceta Tomás de Kempis, todo lo encuentra vacio sin Dios: la santidad de la vida religiosa es la única cosa que puede consolar de todas las vanidades del mundo; y por esto presenta el gran modelo de los santos, que acercándose mas á Cristo, son un ejemplar bien acabado de vida cristiana, devota, penitente. Fueron, es verdad, pobres de los bienes de la tierra, pero ricos en gracias y virtudes. Estaban lejos del mundo, pero Dios estaba cerca de ellos y los trataba como amigos íntimos. Se tenian por despreciables para el mundo, pero eran preciosos á los ojos de Dios: obedientes, sufridos, misericordiosos, adelantaban en la vida espiritual, y Dios los llenaba de gracia. Nos dieron el ejemplo de la humildad, que consiste en amar la vida oscura, y aun abyecta; huir de las alabanzas, y mirar el desprecio como cosa merecida por nuestros pecados. Así debemos ser buenos sin quererlo parecer, y obrar bien, nó para ser vistos de los hombres, sino para agradar á Dios. Debemos ceder á las personas airadas, por el bien de la paz; y no hablar bien de sí, ni mal de los otros. La libertad del espíritu con todas las precauciones que pudo dictar el conocimiento mas profundo del corazon humano; la vanidad de la ciencia que no sabe que *el reino de Dios consiste en la virtud, nó en las palabras* (1); y que despues de muchas elucu-

(1) I ad Corint. c. IV.

braciones y juegos del discurso es menester venir á parar á un solo principio, á Dios, *que da la ciencia á los hombres y concede á los pequeñuelos una inteligencia mas clara que la que los hombres puedan comunicarse* (1), todo se nos manda, se nos advierte ó se nos aconseja en ese libro. El amor de Dios, nó para nuestro deleite, la alegría en los trabajos, la caridad, la limosna, la moderacion de las pasiones, el desprecio de las riquezas, las ocupaciones de la vida contemplativa ó los quehaceres y particulares obligaciones de la vida pública; hasta las reglas de prudencia, de sagacidad, las maneras urbanas, corteses, la compostura dulce, amable, honesta y recogida, nada se ha olvidado en la *Imitacion de Cristo*. De esta manera el ascetismo ha llevado la moderacion á los poderes públicos, la templanza á las pasiones desarregladas, la humildad al orgullo del sábio, del poderoso, del avariento; la obediencia á los súbditos; el silencio, que todo lo manda, á los claustros del cenobita: quiere para todos, porque es bueno, una guarda en la boca y una puerta de prudencia en los labios; condena la negligencia en los mundanos, y destierra la tristeza en los solitarios del yermo; porque la tristeza, cuando nó es el tedio en las cosas divinas, es una rebelion horrible, aunque muda, contra Dios. Tiene para los criminales la medicina cruel de los remordimientos; y para los insensatos, la imagen de la muerte; espantosa realidad puesta en el término de todas las ilusiones de la vida, adonde nos acercamos perdiendo el uso de los sentidos, con la razon turbada, y

(1) Salm. XCIII, CXVIII y CXXX.

acosados de fantasmas medrosos que esparcen el terror por nuestros miembros, y llenan de amargura nuestro corazon y nuestra alma. Este es el Kempis, con la mejor doctrina de las escuelas místicas de la vieja Holanda, que antes de este ilustre religioso habia animado mucho la ardiente predicacion de Juan Taulero.

¿Cómo sería posible que la mística de Kempis no influyera principalmente en la vida del espíritu, en la reforma de las órdenes religiosas, que así en Holanda como en España y otras naciones volvian en el siglo XVI á la severidad de su primitiva regla, en la elocuencia mística, y en todas las obras de edificacion cristiana? Su libro de la *Imitacion de Cristo*, es el mas bello, dice Fontenelle, que ha salido de las manos del hombre; *el segundo Evangelio* como le llama Chateaubriand; en cuya traduccion ha buscado Corneille un título mas á los aplausos y á la gloria que conquistára de la Francia y del mundo este poeta insigne; este libro clásico, brillante absurdo que aparece envuelto en las tinieblas de la edad media; escrito para todos los tiempos, pueblos, edades y personas, así para los sábios como para la gente sencilla; el libro de los Papas, de los sacerdotes, de los hermitaños, de las vírgenes y del pueblo; tantas veces alabado por Leibnitz con la misma pasion con que pudiera hacerlo un católico; cuyos versos recitaba en los campos de batalla el Mariscal de Turenna como los musulmanes hacian en otro tiempo en sus tiendas con los versos del Coran; este libro, traducido en todas las lenguas, que no se conoce si es antiguo ó moderno; que lo que dijo cuatrocientos años há está tan bien dicho como en el dia presente; que se acomoda lo mismo á esta sociedad ó á la antigua

que á la que se levante de las generaciones que estan por venir, y cuyo aliento retendrá Dios por muchos siglos tal vez antes de depositarlo con su mano en el seno de la madre tierra; este libro en fin, que nace con el descubrimiento de la imprenta, como si Dios mismo hubiera querido darle en el momento de su aparicion esta garantía de inmortalidad, ¿nó dejaría rastro alguno? ¿nó avivaría las tradiciones religiosas? ¿nó serviría de núcleo poderoso á la formacion de la escuela mística, de la elocuencia, fuerte inclinacion y viva necesidad de los espíritus?

Por señalarle un origen misterioso, se ha supuesto que este libro no pertenece á un pueblo, á un hombre, ni á un siglo siquiera: y leyendo la *Imitacion de Cristo*, es facil sentirse inclinados á conformarse con esta estraña opinion. Por otra parte, como el momento de su aparicion en el mundo aparece rodeado de cierta oscuridad, naturalmente se ocurren estas dudas: ¿cómo sería obra de un solo hombre, ni de muchos hombres contemporáneos, ni de un siglo? ¿quién pudo escribir esto? sería menester para dar á luz este trabajo tan completo, que lentamente, en el trascurso de algunos siglos, muchos hombres eminentes fueron poniendo cada uno su letra en este monumento anónimo, arrimando su piedra hasta levantar este soberbio templo donde se recoge el espíritu para orar á Dios. A decir verdad, nosotros sentíamos cierto placer en deferir á los literatos antes de consultar los viageros. Un monje benedictino acaba de recorrer los archivos de la Holanda, persiguiendo, con el celo de un religioso y la paciente laboriosidad de un hombre de estudio, la sombra de Tomás de Kempis. En

Devanter ha creido escuchar los sollozos de su infancia, y en Zwolle se ha detenido á pedir una reliquia: ha ojeado libros y manuscritos en los Seminarios de Haren y de Warmond, y tomado alguna parte en estas investigaciones. Prescindiendo de la frialdad de los críticos, que en estas cuestiones suelen decidirse por lo mas singular aunque no sea lo mas devoto ó lo mas antiguo, este relijioso ha tratado con el Rector del Seminario de Warmond, quien en 1847 creia tener traducciones parciales de la *Imitacion* anteriores á Kempis. Un bibliotecario de la Haya, Mr. Holtropp, ha tomado el partido de quitar en cuanto ha podido á fuerza de discusiones esta ilustre gloria de su pais; y Mr. Kemper, traductor de unos opúsculos de Kempis, ha dicho que si la *Imitacion* fuera suya, los opúsculos no lo serian. Por último, el Obispo de Brujas contradice á los hábiles pero escepticos holandeses, y el monje benedictino cita una sabia disertacion de este Prelado, con lo que habrá bastante por lo menos para reanimar esta tradicion antígua, ligeramente perseguida por algunos críticos (1).

La escuela mística que representa Kempis fué de una aplicacion soberbia en el terreno de la moral; y porque no se encerró en el estrecho círculo de una teoría, nació de la predicacion y produjo un nuevo Apostolado. Un sistéma filosófico construido expresamente para hacer una religion ideal y vaga, no hubiera producido el misticísmo católico, no hubiera creado la *Imita-*

---

(1) V. la Hollanda catholique par le R. P. dom. Pitra.

cion de Cristo; hubiera creado solamente un misticísmo indiano, un panteísmo, que hace desaparecer las estrellas y los cielos, la luz y la bruma de los mares lejanos, todas las realidades de la vida, á reserva del dolor, pero un dolor sin nombre que lo infiníto exala, perdiendose en el abismo de la muerte ó en la inmovilidad del silencio.

Bien conocieron los fundadores de la escuela mística que la doctrina cristiana consistia principalmente en la práctica de la vida religiosa, y á esto se dirigieron todos sus esfuerzos. Como secretamente advertido por la gracia de Dios, el pueblo sigue á Juan Taulero; que á no haber sido mas que un forjador de palabras, otra hubiera sido su fortuna; pero como hablaba para edificar, le rodeaban los cristianos en el templo. Un dia, en vez de hablar, llora: ¿se dirá que el orador ha fracasado? sinó; la ciudad de Colonia se conmueve; el pueblo le sigue, y quiere recoger sus últimas palabras en Strasburgo, donde este grande agitador acaba sus dias. El mismo espíritu de una moral práctica fué el caracter de los predicadores y escritores de ese tiempo; yá hemos visto el ascendiente que iba adquiriendo la nueva doctrina sobre los espíritus, y cómo de esta escuela de doctores que por una flaqueza y mal gusto de la época iban tomando los sobrenombres de *Doctor eximius, rubtilis; Lux mundi et magister contradictionum* como se llamó á Juan Wesel; *Magister sententiarum* como se llamó á Pedro Lombardo; *Doctor planus et perspicuus* y otros huecos dictados por el estilo, vino á salir el mas ilustre de los Doctores, Tomás de Kempis; el mas sublime, y al mismo tiempo el mas práctico de los

moralistas; que muere en la segunda mitad del siglo XV legando á la posteridad un monumento eterno, sin que los contemporaneos, acaso para su mayor gloria, se hubieran atrevido á ponerle sobrenombre alguno.

La *Imitacion de Cristo*, que es el mas alto grado de la perfeccion cristiana, sirvió de ejemplar modelo á las virtudes de los Santos; por esto la elocuencia sagrada, que había tomado del misticísmo su caracter práctico, aspiraba desde luego á ofrecer para imitacion de los fieles, el sublime tipo de los héroes de la religion cristiana. De aquí la necesidad de fundar el panegírico. Entiendase bien que en esto se arriesgaba mucho: de nó conocerse las vidas de los Santos se podia caer en el escollo de las suposiciones y conjeturas, en el terreno de la invencion, forjando para el Cristianismo una mitología, á estílo de las fábulas sagradas que la antigüedad tuvo. Para el pueblo siempre servirian las leyendas piadosas, como poco mas ó menos siempre sirven los romances de caballeria; pudiera abusarse de su credulidad con una superchería inocente: pero ni era honroso para el ministerio apostólico admitir sin examen las tradiciones religiosas, ni dejaba de ser expuesto el conformarse con las leyendas, para que en una edad menos poética, menos devota, en la edad de la crítica, leyendas y tradiciones fueran desbaratadas con escándalo de los fieles, y menoscábo de la doctrina. Hé aquí por dónde se vino á la formacion de las Actas de los Santos, extraordinario monumento digno de la grandeza del siglo XVI.

En una larga série de siglos, apenas se encuentra otra cosa que el plan de un obituario de martires. Acá

y allá esparcidas en algunas bibliotecas se conocian unas cuantas colecciones: manuscritos armenios, siriacos y coptos se conservaban en el Oriente; desde muy antiguo se sabía la vida de muchos solitarios de la Tebaida; la Grecia conservaba la de muchos padres de la Iglesia. Se supone que el historiador Eusebio y el Emperador Constantino pensaron reunir estos fastos heróicos de la Iglesia, y que el Papa S. Silvestre, hizo comparecer ante el Emperador y una asamblea de Prelados, á diez y siete notarios encargados de recoger las actas de los mártires. Pero antes de esto se había cuidado el Paganísmo de destruir los anales de las persecuciones; y en la última, se suprimieron muchas ó todas las formalidades de los procedimientos, por lo que hubo de emplearse mucho tiempo y no menos trabajo en comprobar gran parte de estas gloriosas tradiciones. Los trabajos siguieron sin interrupcion; sin embargo, por mas colecciones que se hacian, por mas Iglesias que se consagraban, aunque se aumentaban los dias solemnes y los aniversarios, las tradiciones abultaban el número de los mártires sobre lo que resultaba de los catástros y de los archivos; y calculándose que en Roma, donde se había fundado un cementerio cristiano, debió haber veinte hermandades de sepultureros que en el espacio de dos siglos abrieron mil doscientos kilómetros de galerías subterráneas y seis millones de sepulcros, ¿cuántos mártires pudiera haber en tantas persecuciones como sufrió la Iglesia en las diversas naciones del mundo, y cuánto mas habría que descubrir en las vidas de los confesores y de las vírgenes, cuyos sepulcros fueron á escondidas visitados un dia por los cristianos que sirvieron al siguiente

en los calabozos y en los circos, de pasto á las fieras, de espectáculo al pueblo gentíl? El ejemplo de la Iglesia de Roma fué imitado en todo el Occidente y en el Africa; se fué estendiendo por todas partes, de donde se enviaban á Roma copias de las leyendas y martirologios. Cuando en virtud de decretos pontificáles se autorizó la lectura pública de algunos martirológios, se pudo conocer cuánto interesaba para mantener el fervor del espíritu religioso, traer á la memoria de los fieles aquella terrible historia de las actas que destilaban sangre. Reunidos los fieles bajo las bovedas de una gran basilíca, el Pontífice, sentado en su cátedra, recitaba el martirológio de un santo. Allí estaban los parientes de los mártires; algunos sacerdotes atestiguaban con los estigmas de su sangre impresos en la carne ó en los vestidos el relato bárbaro de todas las persecuciones: y de aquel inmenso coro, de aquella milicia de ancianos, se desprendía un cantar hermoso y sencillo en que á las voces serenas de las vírgenes se juntaba el pujante y rudo acento de los Confesores, entonando estas antífonas, cuya música suave y melodiosa se mezclaba con el transporte de una poesía enteramente sublime.

«Tus santos, Señor, florecerán como el lirio. Alleluia.
»Y como el olor del bálsamo se exhalarán ante ti. Alleluia.
»Alegría sempiterna sobre sus cabezas.
»Preciosa es á los ojos del Señor la muerte de sus Santos.
«Hijas de Jerusalen, venid y ved á los Mártires con las coronas.

»que Dios les puso en el dia de la alegría. Alleluia (1).»

Con menos celó por las glorias de la religion, nó hubiera sido posible vencer tantas dificultades como se originaron de la dispersion de los archivos: la empresa de publicar unas *Actas* presentaba obstáculos al parecer insuperables. Los textos estaban tan viciados y tan desfigurados los hechos, que Baronio no se satisfizo con repasar nueve veces los diez y seis siglos de la Iglesia. La biografía eclesiástica estaba atrasada, cuando daba en rostro la exactitud con que Diógenes Laercio había escrito las vidas de los filósofos. ¿Dónde estaban aquellos hombres á quienes mil años antes saludaba S. Basilio cuando decía: «levantaos, pintores ilustres de nuestros vencedores atletas?» En el siglo XVI aparece Rosweyde, y anuncia la publicacion de las Actas en diez y siete tomos en fólio: todo el mundo se felicita por la difícil empresa que acomete el célebre jesuita. «¿Qué necesidad habrá, decía, así que se publiquen *las vidas de los Padres del desierto*, de andar errantes por el Egipto, la Palestina, la Siria, para buscar á Pablo, Antonio, Epifanio, Efren y todos los anacoretas?» El pensamiento de las Actas era bien acogido por todos; por los hombres de letras, como una tarea de gran precio; para la Iglesia era una necesidad; para la elocuencia sagrada se presentaba como un rico minero; los hombres religiosos lo acojieron con delirio. El pueblo católico ha sido siempre muy amante de esta piadosa leyenda; había gustado mucho de esas

(1) Brev. rom. in communi mm. temp. paschali.

flores de los Santos que entre nosotros Rivadeneira y en otras partes varios escritores místicos habian preparado para su espiritual entretenimiento; por entonces, una pobre biblioteca de libros viejos, componía el tesoro de las familias; y lejos de mover á risa su devota estimacion por estos libros populares, el *Año Cristiano* ha venido á llamarse *Leyenda de oro*: ¿habrá subido del corazon de la plebe á la cabeza de los sábios la inspiracion de este hermoso nombre?

Mal que les pese á los filósofos, hemos de acusar á la filosofía, ya que quisieran verla siempre junta con todas las obras de irreligion, de complicidad en la formacion de las *Actas de los Santos*. Como entonces no había inconveniente en que los hombres fueran filósofos, religiosos y literatos, fueron capaces de producir el asombro de esta vasta enciclopedia. Era época de ardimiento, de empresas atrevidas, de conquistas, de grandeza. Se cuenta que cuando Belarmino supo que Rosweyde había tirado el prospecto de las *Actas*, preguntó: «¿cuántos años tiene?» y como le dijesen que tenía cuarenta, replicó: «piensa vivir doscientos años?» Aunque la observacion de Belarmino nos parece vulgar y un tanto floja, ¿lo diremos de una vez? un tanto indigna de un sabio á quien no faltó el aliento para escribir su grande obra de las *Controversias*, lo cierto es que nó echó mal el cálculo del tiempo que para este trabajo se necesitaría: es decir, que hubo un hombre que consintió en sacrificarse toda su vida para emprender una obra, en la seguridad de que habían de faltarle para concluirla mas de ciento y cincuenta años. Cuando iban publicados treinta y dos volúmenes, escribía Gravesson: «esta obra colosal... de un

trabajo desconocido y de una ciencia rara, yo lo confieso, me parece haber tomado exageradas proporciones;» (1) ahora que van publicados cincuenta y cuatro tomos, puede suscribirse á ciegas á estas palabras de M. de Reiffenberg: «sea cualquiera la opinion que se profese, la Iglesia que se elija y la filosofía que se adopte, escepticos ó creyentes, indiferentes ó religiosos, católicos ó discípulos de Lutero y de Calvino, siempre que todos tengan verdadero amor por las letras y con tal que no renieguen del pasado, todos venerarán las *Actas de los Santos* como uno de los monumentos mas grandes de la ciencia (2).»

Pero las grandes obras del siglo XVI, el nuevo rumbo que se dió á las ciencias, los estudios históricos, la mística, que dió al espíritu tan alto vuelo, no hubieran podido ser de tan extraordinaria importancia sino se hubiera avivado el fuego de la elocuencia sagrada, impulsando la formacion de las lenguas modernas, creando para cada pueblo una literatura nacional, asimilando á su espíritu los elementos de una vida propia. Por el latin, la edad media estaba en relacion con la antigüedad; si nó se conocieran las causas que empobrecieron la oratoria sagrada, ¿qué hubiera podido ser de la elocuencia teniendo por preceptores á Ciceron y á Quintiliano? antes de la formacion de las lenguas nacionales, se necesitó de una lengua universal; pero cuando el pueblo de cada nacion echó los

---

(1) Hist. eccles. t. VIII.

(2) El R. P. dom. Pitra en sus Estudios sobre los trabajos de los Bolandos para la formacion de las *Actas*, cita estas palabras de una coleccion de crónicas inéditas.

fundamentos de un idioma vulgar, corrompióse el latin, dejó de ser la lengua viva, aunque se conservara todavía por bastante tiempo entre los sabios y en los claustros. Sucedió en esta universal revolucion de los pueblos de Europa, que las lenguas que menos se apartaban de su origen latino como la italiana y la española, llegaron mas pronto á su perfeccion que la lengua francesa por ejemplo, que tanto dista de las lenguas romanas, ó que la lengua inglesa, la mas moderna de todas, no porque distara demasiado del latin, sino por la mezcla del elemento germánico y romano que pugnan entre sí, y de cuya confusion, difícilmente podia desprenderse con el tiempo un carácter exclusivo y peculiar. Así, este nuevo espíritu de vida religiosa que el estudio, los descubrimientos, las conquistas, la filosofía, el misticismo y los trabajos históricos infundieron en la vieja sociedad que comenzaba á regenerarse, manifestóse de diferente manera segun la varia indole de los pueblos, segun la docilidad ó resistencia de las lenguas modernas; en cuyo desarrollo, ya prematuro, ya lento, se daba á conocer el carácter diverso de cada una de las Naciones. En Alemania el misticismo propendia á las abstracciones como la metafísica; la elocuencia sagrada entre los Ingleses tomó el giro áspero del dogmatismo; pero en ninguna parte como en España, acaso por su separacion del resto de Europa, por los rasgos de originalidad impresos en su civilizacion y en sus costumbres, tomó la lengua nacional un desarrollo mas rápido, llegando en poco tiempo á un alto grado de perfeccion y de fuerza. No era la lengua de los sábios solamente, sino la del pueblo: no era solo destinada á los usos comunes de la vida, sino que se aplicó á la legisla-

cion del pais: los oradores sagrados, sin tardar mas tiempo que el necesario para vencer algunas preocupaciones que merecen disculpa, se apoderaron del idioma comun; tomaron del pueblo las imágenes fuertes, el animado colorido de su lenguaje; lo enriquecieron, y con notable facilidad estendieron un espíritu ardientemente religioso, encarnando en la oratoria los trabajos de la mística, que tan bien sentaba así á los pueblos del Norte por las abstracciones á que encaminaba, como á los del Mediodia por la uncion fervorosa y la vivisima lumbre de sus remontados conceptos.

Aunque al tratar de las *Ordenes religiosas* hayamos dado á conocer á nuestros misioneros, la escuela mística española, la mas rica de todas las escuelas, merece un estudio separado por haber recogido la píngüe herencia de las pasadas edades; representándo además y muy dignamente la obra de regeneracion en los tiempos modernos, por la exaltacion de la fé y el cultivo de las letras. Con ligeras alteraciones, aplicamos á nuestra escuela mística estas palabras de F. Schlegel sobre la literatura y la poesía española. «Todo respira en ella el sentimiento mas noble; todo es severo, moral y profundamente religioso..... nada se vé en la misma capaz de estraviar el sentimiento, de cambiar las ideas, de hacer desaparecr el modo de pensar; por todas partes se descubre el mismo espíritu de moral severa y de fé sólida. (1).»

---

(1) Histoire de la Litterature ancienne et moderne, t. II.

CAPITULO XI.

ESCUELA MÍSTICA ESPAÑOLA.—VENEGAS, AVILA, GRANADA, SANTA TERESA DE JESUS, S. JUAN DE LA CRUZ, FRAY LUIS DE LEON, MALON DE CHAIDE, Y OTROS PREDICADORES Y ESCRITORES MÍSTICOS.—RIQUEZA DE NUESTRA LENGUA VULGAR, Y ENGRANDECIMIENTO DE LA ELOCUENCIA SAGRADA.

El Maestro Alejo Venegas. (1).

Empezamos á contar los místicos españoles del siglo XVI por este escritor *diserto y de ningun otro aventajado en la elegancia del decir*, como le llama D. Nicolás Antonio. (2) Tan buen teólogo como hombre docto y hablista puro, fué uno de los hombres que mas debieron contribuir á la formacion de aquella larga cadena de oradores místicos, para quienes las severas meditaciones sobre la muerte, la eternidad de las penas y la fealdad del pecado fueron el principal y poco menos que el exclusivo asunto de sus patéticas exortaciones. Escribió varias obras; pero la mejor fué la *Agonía del tránsito de*

---

(1) Nació en Toledo hácia el año1500. En su Universidad leyó Teología por los años de 1545. Su libro de la *Agonía* se imprimió en Alcalá de Henares en 1568.

(2) Elegantia postponendus nemini. Bibliotheca nova.

la muerte, dividida en seis libros ó *puntos*. «Como las estrellas que dende oriente proceden al occidente, segun diversos círculos, unas tarde, otras temprano, mas en fin, todas se ponen,» así vendrá la muerte para todos, dice Venegas (3). Pensar que el autor habia de olvidar los menores accidentes, nó digo de este terrible trance, sino de las obligaciones y deberes de conciencia que tienen los sacerdotes que ayudan á bien morir, los medicos que asisten, los testamentarios y amigos que acompañan hasta la última hora, es negocio escusado. Y para todos hay bien sabrosa leccion, porque en este escrito son acometidas todas las clases y censurados sus vicios. Pregunta á los letrados: «qué cuenta darán de su vida pues toda la vida emplearon en vidas agenas» acusa á los médicos de «tantear vados cuando no conocian la enfermedad, y nó menos á costa de vidas y dineros agenos.» Esos holgazanes mendigos, que dejan á sus mujeres y á sus hijos, con achaque de votos piadosos y abandono de las cosas del mundo, tan hermosamente pintados por Venegas cuando dice que van con aire de compungidos y tristes por esas tierras con importunas demandas y *sus voces desquiciadas del natural,* son perseguidos, castigados y afrentados porque «en son de romería son solapadas espías que vienen á coger las hablas y las opiniones y respetos de los pueblos.» De modo que nó puede haber nadie á quien no aflija poniéndole delante sus imperfecciones, unas veces con la severidad del moralista, otras

---

(3) Agonia del Transito de la muerte, punto II, cap. III.

con la llaneza y donoso estilo de quien á las suegras agravia por los desabrimientos que es sementera de discordia en las familias, y á las nueras arguye de «las repuntas que tuvieron contra sus suegras debiéndoles reverencia.»

El Maestro Venegas escoge perfectamente el mejor camino para evitar el pecado, que consiste en inspirar mucho horror á las tentaciones. Con todas ellas lleva cuenta menuda; y como si movieran á chanza y á risa por sus ardides no limpios las sujestiones del diablo por la estafa, sisa y granjeria de los oficios mecánicos, entra de esta manera á hablar del quinto género de tentaciones. «Es tan grande la envidia, dice, que tiene el diablo de la felicidad de los hombres, que nó deja piedra que nó tiente para hacerles portillos y muescas por donde él tenga entrada y salida.»

El estilo de Venegas sirvió para hacer popular la moral cristiana. A veces los vicios censurados por el predicador nó dan en rostro ni levantan el remordimiento en la conciencia del hombre, escapándose cada uno mañosamente de las acusaciones en masa. Por esto hace una gran brecha el escritor que se entra en las casas, y en tono familiar habla de las flaquezas del individuo. Nó hay lugar entonces á esconderse en las acusaciones hechas á bulto, ni es cosa de dejar pasar los fuegos por alto.

El Venerable Maestro Juan de Avila. (1).

Cuando se anunciaba en un pueblo la llegada de este ilustre misionero, las gentes quedaban como absortas. Se suponian cartas y mediaciones y ruegos de los sa-

---

(1) Nació en Almodovar del Campo (Toledo) á prin-

cerdotes, autoridades ó personas timoratas; moviánse los pecadores á penitencia, comenzaban las restituciones, y se buscaban artes para aminorar el escándalo de amancebamientos, tapar hechicerias y otros enredos. Acudía la gente de los pueblos vecinos, y crecía el trabajo de los Confesores, y había lágrimas y penitencias públicas: todo lo que era consternacion de los pecadores endurecidos, gozo y consuelo de los fieles. Con esto se exaltaba el celo de Avila en tal grado, que nunca miró á su salud, ni temió incurrir por su ligereza en la censura de los críticos, predicando sin permitirse descanso. Ni los ayunos, ni el insomnio, ni las muchas tareas, todas útiles, que le rodeaban, eran pretexto para suspender su predicacion. Muchas veces subía al púlpito con el pecho hundido y la voz apagada, pues con el ejercicio se iban gastando sus fuerzas. De ordinario no trabajaba los sermones: se le avisaba la noche antes, y luego predicaba dos horas, y alguna vez mas. Su imaginacion se exaltaba, se encendia, y luego venian en su ayuda las senten-

---

cipios del siglo XVI. Estudió el derecho en Salamanca, y sin acabar la carrera, por su inclinacion á las divinas letras, fué á estudiar á Alcalá. Ordenado sacerdote, empezó la predicacion. A los veintinueve años predicó en Sevilla su primer sermon: nueve años estuvo predicando en aquel Arzobispado. Luego predicó en Córdoba, y despues en Granada; desde aquí pasó á Baeza, y luego á Montilla. Vuelto á Córdoba, pasó algun tiempo en Zafra, y el resto de su vida en Priego y Montilla, donde murió en 1569, acabado de enfermedades largas y de muchos trabajos que le buscaron los hombres. Mereció el sobrenombre de *Apóstol del Andalucía*.

cias, conceptos y hermosas imágenes que se le habian aparecido en su larga lectura de Santos Padres y de los sagrados libros. A través de la incorreccion y descuidos, que si los tiene en sus escritos aun mas debería tenerlos en sus improvisaciones, el espíritu ardiente de Avila produjo bellezas de primer órden: y no debió en sus tareas apostólicas escasear aquellos periodos dulcísimos que le fueron tan familiares, y que se entran tan bien desde los oidos á el alma. Desgraciadamente no se conserva sino muy poco de estos trabajos, lo que nos impide alabar con mas conocimiento á este predicador ilustre. Solamente la admiracion de sus contemporáneos y los efectos maravillosos de su palabra, nos dan á entender lo que alcanzaría con su predicacion el venerable Avila.

La mística le debe trabajos importantes, y el mas celebrado de todos es el tratado del Salmo *Audi, filia, & vide*, &c. Escribió muchos tratados sobre misterios y festividades, dos pláticas á los Sacerdotes, su *Reformacion del estado eclesiástico*, y unas *Anotaciones al Concilio de Trento*. Pero cuantos busquen las bellezas, suavidad y galas del estílo, la energía y riqueza de la diccion mas pura, han de recurrir á sus *Cartas espirituales*. Entre las palabras *triste acabamiento, celestial dulcedumbre, entenebrecido entendimiento, lumbre divina,* con que hermoseó y dió número y riqueza á la lengua castellana, este dulcísimo escritor rasgó sin piedad el velo que tapa todas las ilusiones y engaños de la vida. «Olvidad pues agora de gana, dice en una de sus cartas, lo que presto habeis de dejar por pura fuerza: ganad honra con este mundo que á tantos engaña: dejadlo porque os deje: morid á todo lo que pasa, y pasaos á vivir á lo

que siempre ha de durar..... Nó penseis que perdeis algo con perder este mundo, que lo mas lucido de él es escuro, y lo mas alto es de poco valor..... Ponéos al fin de vuestra vida, y vereis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre mas que correo. ¿Qué desatino mayor que yendo como todos vamos de camino para la muerte, pararnos á reir y jugar como si fueramos á la vida?»

En su epistolário hay abundante doctrina y dulces consuelos. El interés que tenía por el púlpito se manifiesta en varias cartas á predicadores. Escribió algunas á S. Juan de Dios y á personas del estado religioso. Las que escribió á las mujeres tienen un bellísimo estilo: tal vez contribuyó mucho con este esmero á la conversion de D.ª Sancha Carrillo, á quien dedicó el tratado *Audi filia* &c. (1) Y no se puede pasar por alto el celo que mostró Avila en este y otros escritos por mantener la pureza de la fé, exponiendo muy sábia y católica doctrina para refutar la heregía luterana, que era por estos tiempos el escándalo y gran tribulacion de la Iglesia. La vida y elogio del Apostol de Andalucía fué escrita por su amigo y compañero, Fr. Luis de Granada.

El Venerable Fr. Luis de Granada. (2).

Aunque no se publicaron todos los sermones que predicó este venerable sacerdote, los que se conocen, justifican el alto concepto que mereció este orador insigne, especial maestro en la ciencia del espíritu. Con la forma

---

(1) Tot ignes, tot fulmina, quot verba, Nicolás Antonio, Bibliotheca nova.

(2) Nació en Granada en 1504. Entró en la órden de

de *Consideraciones* publicó trece sermones sobre las festividades de Jesucristo y su Santísima Madre, en cuyos escritos relucen con el fervor de un alma santa, el gusto mas delicado, la elegancia y hermosura de la lengua castellana. Todo fué bueno sin duda; pero lo que aventajó á todos sus escritos fué la *Guia de pecadores*: para que se dude acerca de la mayor excelencia de este libro, acaso el mas popular de todos los de Granada, es menester leer sus *Meditaciones*. Escritor incansable, dotado, como tantos otros para el mal, de una vida igualmente larga que consagró toda al servicio de Dios, empieza dando á luz los *Libros de Oracion y Meditacion*, y acaba publicando en una edad avanzada el *Memorial de la vida cristiana*, y el *Símbolo de la fé*. Aunque no se encuentren en sus escritos citas profanas ni vestigios de los oradores antiguos á que fué muy aficionado, lo mismo que al estudio de los Santos Padres, pagó su tributo á la lengua de Ciceron publicando en latin, ya en los últimos años de su vida, seis tomos de sermones en que hay materia abundante para los predicadores que quieran ahorrarse el trabajo de inventar, ó necesiten echar mano de aquello que ni buena ni malamente pudieran discurrir. Tan consumado maestro en el arte de la predicacion, ya que habia enseñado con el ejemplo, debió para mejor enseñan-

---

Sto. Domingo, y pasó al Colegio de Valladolid. Fué lector de filosofía y teología, y predicó mucho. Estuvo en Córdoba restaurando el Convento de *Escala Cœli*, y escribiendo; despues, en Badajoz y en Lisboa. Como Avila, sufrió persecuciones y trabajos de los rivales y envidiosos de su doctrina, y murió en fin del año 1588.

za y servir de guia á los que le siguieran en la carrera del púlpito, trazar aquellas reglas y preceptos que hubiera hallado en sus sabias investigaciones y en su glorioso Apostolado. Y con efecto, con mucha erudicion y no menos gusto, escribió la *Retórica eclesiástica*, llena de consejos y sábias advertencias.

Así como hay escritos en los que la sublimidad ó vileza del concepto depende poco de las formas, en los de Fray Luis de Granada una y otra cosa se dan tan estrechamente la mano, que la majestad y armonía de los periodos, ayudan á trasportar el alma á las altísimas regiones donde campea libre y exaltado su pensamiento. «¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los Reyes y Señor de los Señores! dice abatiendo los títulos de toda humana grandeza. ¡Oh eterna sabiduría del Padre, que asentado sobre Serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda á vuestros ojos! Vos, Señor, tan sábio, tan poderoso, tan piadoso, y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redemistes, al cual hicisteis Señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oidos para oir los clamores de este pobre y vilísimo pecador (1).»

A semejanza de gritos agudos, son aquellas clausulas entrecortadas de su dolor cuando exclama: «¡Oh ánima mia! qué haces? ¡Oh corazon mio! qué piensas? ¡Oh lengua mia! cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo

---

(1) Simbolo de la fé.

tan doloroso que se pone delante, el corazon se me parte de dolor! Cielos, cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados; oh tierra, de tanta variedad y hermosura vestida!..... si vosotros que erades insensibles, sentísteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre (1)?»

Si Fray Luis de Granada aviva el sentimiento con las exclamaciones patéticas de su dolor, tambien embelesa haciéndonos encantadora la virtud, á quien rodea de todos sus atractivos, y alaba menudamente con un tono acompasado y dulce, y repeticiones de buen efecto. «Porque si por honestidad vá, dice, ¿qué cosa mas honesta que la virtud?... si por honra vá, ¿á quien se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermosura vá, ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud?... Si por utilidad vá, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien?... Pues si desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y como el humo desaparecerá (2).

De Fray Luis de Granada son aquellas breves y hermosas antitesis: ¡Oh invisible y que todo lo vé, inmuta-

---

(1) Meditacion de la Pasion del Salvador.
(2) Exhortacion á la virtud.

ble y que todo lo muda!—y aquellas grandes ideas sobre la inmensidad de Dios—á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan (1)—¡Qué ricas promesas hace al Eterno Padre este sacerdote humilde, cuando clavando sus ojos en el Oriente en busca de la estrella que guió á los magos, se apresura á ofrecerle—el oro de su amor, el incienso de sus oraciones, y la mirra de su corazon amargo! (2).

Fray Luis de Granada interrumpe el hilo de sus poéticas y amorosas divagaciones, ó de sus pensamientos profundos, viniendo á parar á la realidad de la muerte, blanco de todos los místicos. «Levántase el pecho, dice, enronquécese la voz, muérense los pies, húndense los ojos (3): y la nada de las tumbas, la podredumbre de los muertos, pensamientos comunes á todos los místicos, se encuentran revestidos con fúnebres imágenes y diversos colores á cual mas tétricos, así en Venegas como en Avila, y con sobrado largas y espantosas enumeraciones en Juan Eusebio Nieremberg.

Santa Teresa de Jesus (4).

Separandose de la intencion que ha movido á los escritores místicos, todos llenos de celo por el bien de las

---

(1) Memorial del Cristiano.
(2) Sermon del Niño perdido.
(3) Meditacion tercera.
(4) Nació el año de 1515 en Avila. Llevó á cabo la reforma del órden religioso de carmelítas, y escribió muchas obras, todas por mandato de sus confesores. Murió á fines del año 1582, á los sesenta y siete años y seis meses de su vida. En los Sermones donde vá el panegí-

almas, á formar esta escuela de las virtudes cristianas que han hecho tan grande, no se ha perdonado á unos la incorreccion de las formas, á otros el demasiado afeite, á unos la laxitud, á otros la extremada rigidez de las doctrinas. Solo á Santa Teresa de Jesus se le rinde un homenáge entero. Nadie ha leido sus escritos sin admirarlos. Si llevados de la curiosidad acuden á sus obras los hombres de letras, aunque sean gastados enciclopedístas, hombres de autoridad que van á dar su voto sobre todas las cosas, indistintamente, con la mayor frialdad, como acostumbrados que estan á juzgar del mérito artístico de lo bueno y de lo malo sin que de ello se les pegue cosa alguna, luego al punto se encuentran humillados por el fondo y la forma de una doctrina tan hermosa y tan santa, que dá al traste con su afamado magistério y con todas sus letras. El pensamiento y la forma, que son el alma y el cuerpo de la elocuencia, tomaron de Santa Teresa toda la elevacion de su espíritu, toda la elegancia de su estílo y lenguage. Si por ignorancia se alteran las copias de sus libros, Fray Luis de Leon las restituye á su primitiva pureza; «porque hacer mudanza, dice, en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribir, fué atrevimiento grandísimo, y error muy féo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien el castellano, vieran que el de la Santa es la misma elegancia (1).»

---

rico de la Santa, se hallarán todas las noticias y detalles que se conocen, por ser lugar mas propio, y donde mas interesan.

(1) Carta dirijida á las Carmelitas descalzas de Ma-

Ni tiene por faltas las incorrecciones, en que se mezclan y entrecortan los periódos, porque los injiere tan discretamente «y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refran (1).» Seriamente no se ha podido acusar á Santa Teresa de llevar al quietísmo espiritual, que desmiente con toda su vida, que contradice en sus escritos, principalmente en el *Camino de perfeccion*, y para nó dejar dudas sobre este punto, en las *Moradas sextas*. (Cap. IV.) Y á todos puede dar lecciones en la oracion y ciencia del espíritu, cuando el humilde Prelado don Alonso Velazquez Obispo de Osma pide luces á la Santa para su propia enseñanza. Ella esparce su doctrina en cartas, libros y muchas conferencias; mas pareciendole esto poco y que lo mas del fruto hay que sacarlo de la prédicacion, pide á sus hijas que oren por «los capitanes deste castillo ó ciudad, que son los predicadores y teólogos, para que sean muy aventajados en el camino del Señor (2).»

En otro lugar del mismo libro, (cap. V.) dice; «son gran cosa letras para dar en todo luz.» Tanto le llevó su afecto por aquellos esclarecidos y sabios sacerdotes que en este siglo hacian florecer la elocuencia sagrada con tanta gloria para la religion, que así escribe al venerable Maestro Fray Luis de Granada: «de las muchas personas

---

drid, inserta en la vida de la Santa que escribió el Padre Yepes.

(1) Id.

(2) Camino de Perfeccion, Cap. III.

que aman en el Señor á V. P. por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su majestad por haberle dado á V. P. para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningun trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oir sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado y ser mujer.»

Con la doctrina de Santa Teresa se formaron muchos Prelados, hábiles y fervorosos predicadores, teólogos disertos, puros hablistas, poetas elegantes. Ejerció sobre la oratoria sagrada, sobre la mística y las letras una influencia tan saludable, que apenas el espíritu de los pueblos se inclina del lado de la religion, cuando sus escritos comienzan á recobrar todo el ascendiente que se necesita para ser como regenerados en la fé. Como el pecador siempre está enfermo, la Iglesia nuestra madre, llena de amor por sus hijos nos ofrece este maná Santo, y expresamente quiere que nos alimentemos con la celestial doctrina de Santa Teresa de Jesus.

El nombre de Santa Teresa siempre vá junto con el de S. Juan de la Cruz.

S. Juan de la Cruz (1). El *doctor estático* se ha mostrado al descubierto en dos de sus *Sentencias espirituales*. «Mas vale, dice, un

---

(1) Juan de Yepes y Alvarez, despues S. Juan de la Cruz, nació el año de 1542 en la villa de Ontiveros, (Castilla la vieja). De trece años entró á servir en las enfermerías del Hospital de Toledo; tomó el hábito de Carmelita en 1563; estudió Teología en Salamanca, y se dió á la penitencia y contemplacion. Fué compañero de Santa Teresa en la reforma. En 1579 fué elegido primer

solo pensamiento del hombre, que todo el mundo; y por eso solo Dios es digno dél, y á él se le debe, mereciendo título de hurto y robo cualquiera consideracion y pensamiento que fuera de Dios tiene el hombre (1).» «El espíritu..... puesto en soledad y apartamiento de todas las formas criadas, con una suavidad y sosiego á que nada puede compararse, trata con su Dios (2).» La elevacion del espíritu á las altas y sublimes verdades, á la contemplacion de los misterios y verdades eternas, vagando por entre las especulaciones del entendimiento que el vulgo de los mortales no comprende, era para S. Juan de la Cruz el digno y exclusivo objeto á que el hombre debiera por siempre consagrarse: porque á Dios solo se debe el pensamiento del hombre, que vale mas que el mundo. Y porque una vez apartado el pensamiento de las formas, ha de verse el alma en espantosa y amarga soledad, guiala con tiernos amores para que «acierte á ir á Dios, y juntarse con él, teniendo la boca de la voluntad abierta solamente al mismo Dios, y desapropiada de todo bocado de apetíto, para que Dios la hincha y llene de su amor y dulzura, y estarse con esa hambre y sed de solo Dios, sin quererse satisfacer de

---

rector del Colegio de Baeza: en 1581 fué Prior del convento de Granada. En 1585 obtuvo el cargo de Vicario general de Andalucía. Padeció mucho con las querellas suscitadas por los *mitigados*, muriendo en Ubeda á 14 de Diciembre de 1591. En su panegírico se hallarán mas amplias noticias. Las que aquí se dan están tomadas de la *Crónica de los Carmelítas Descalzos* que escribió el P. Fray Francisco Santa María, tom. II.

(1) *Sentencias espirituales*. 29.

(2) Id. 28.

otra cosa.... (1).» Ya con acento severo como en las *Sentencias espirituales*, ya con la dulce familiaridad de las cartas, S. Juan de la Cruz, más que otros místicos, quiso levantar el alma, desentendiendose de las *formas criadas*, olvidandose del mundo enteramente. «El Señor nos dice que ni de comida, ni de vestido, ni del dia de mañana nos acordemos (2).» Con esto remontaba su alma, no entendiendose ni de sus conceptos ni de sus deleites cosa que pudiera ilustrar claramente sobre estos enigmas. Sin asentar su planta en la tierra, baja de los cielos donde se queda cimbrando y despidiendo sonidos dulcísimos su dulce lira, y pelea por acercarse á nosotros y darnos la explicacion de lo que ha dicho, la clave de su cantar incomprensible. ¡O llama de amor viva! ¡ó regalada llaga! ¡ó lamparas de fuego que alumbran las profundas cavernas del sentido! vale acaso tanto el sentir este delirio divino, como el entender la glosa que había de ser por fuerza sobradamente oscura. La suavidad y la incorreccion van creciendo juntamente á medida que el alma sube, que el angel vuela, que el santo se pierde en el seno de Dios. Aquella *Subida al monte Carmelo* en una noche oscura, en que el alma inflamada de amores, sin luz ni guia, reposa en el seno de su amado, y se duerme regalandole perfumadas brisas el *ventalle* de los cedros, encierra para el espíritu un mundo de deleites en que no se atina con la salida

---

(1) Carta que el Santo escribe desde Segovia á un religioso, su hijo espiritual.

(2) Carta á la Madre María de Jesus, Priora de Córdoba, escrita en Madrid el 20 de Junio de 1590.

ni la entrada. El delirio final del amor ya satisfecho, la eterna felicidad en que se acaban las ansias del alma, púsolas S. Juan de la Cruz en un tierno coloquio entre *El alma y Cristo su esposo*. *La música callada*, la soledad sonora, el lecho florido enlazado de cuevas de leones, teñido de púrpura, coronado de escudos de oro; ruido de silvos y miedos de la noche, emisiones de balsamo divino y canto de sirenas, liras y perfumes en huertos y campiñas, tal y tanta es la riqueza de imágenes y esplendidas decoraciones con que ha pintado S. Juan de la Cruz la union intima del alma con su Dios. Pero desposandola y cantando con el arrebato de una santa locura en la noche de este celestial festin, él mismo, enamorado, se escapa de la tierra, dejando al pasar como la huella de una carroza de fuego, que pasa de volada; y el rastro solo quema, sin que los ojos puedan alcanzar lo que va delante.

Sin ser menos grande, difiere mucho de esta sublimidad, la del Maestro Fr. Luis de Leon.

Fray Luis de Leon. (1).

Búsquese un hombre á quien ni la prosperidad levante ni las desgracias depriman; en el saber, sábio; en

---

(1) Nació el año de 1527 en la villa de Belmonte, aunque se le supone natural de Granada. Que nació en Belmonte, queda probado por una declaracion suya que hay en el proceso; y traslado del original se puede ver en la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, tom. X pag. 182. La reciente publicacion de este documento (1847) debe servir para rectificar todas las equivocaciones cometidas, y satisfacer todas las dudas. Se equivocaron Pedraza en sus *An-*

el obrar, severo; en el emprender, atrevido; dulcísimo para embelesar, tierno para sentir, con todas las dotes de un hombre grande por el espíritu, de corazon fuerte, que no ha pensado para que se le imite por haber cosas tan hondas que no se imitan; que ha escrito para admiracion de todos ya que no para formar escuela; y producido tan grandes obras cuyas bellezas apenas alcanzará el mejor ingénio, y se tendrá una idea de Fray Luis de Leon; teólogo eminente, esclarecido literato, poeta insigne, y el primer escritor vulgar que dió á nuestro romance la entonacion, número y hermosura de una lengua tan rica.

¿Qué hubiera sido de la elocuencia sagrada, á no haberse perdido *El perfecto Predicador* de Fray Luis de

---

tigüedades de Granada, Luis Muñoz en su *Vida de Fray Luis de Granada,* Herrera en su *Historia del Convento de S. Aqustin de Salamanca,* y Capmany en su *Teatro histórico-crítico.* Nicolás Antonio dudó entre Belmonte y Madrid, y D. Tomás Tamayo no titubeó en afirmar que Belmonte fué la patria de Fray Luis de Leon. Es punto sobre el cual no puede haber masdisputas.

Fray Luis de Leon fué religioso agustino, y murió en Madrigal á los sesenta y cuatro años. Sus principales obras son: *Los Nombres de Cristo, La perfecta casada,* y varias explicaciones y exposiciones sobre libros sagrados. Tiene una multitud de ricas poesias, escribió algunos tratados en latin, y de referencia se sabe que escribió una obra con el título de *El perfecto Predicador,* que se ha perdido, aunque Nicolás Antonio no hace de ella mencion. El Maestro Valdivieso lo afirma en la aprobacion que dió á sus obras poéticas.

Leon? Si este libro hubiera sido, como el título promete, una enseñanza de preceptos, desde luego puede asegurarse que no hubiera sido inferior á la *Retórica* de Granada ni al *Cristiano instruido* de Segnerí, quien en la pureza del lenguaje toscano hizo cosas grandes, como nuestro Fray Luis en el habla castellana, y contribuyó más con este libro á las glorias del apostolado en Italia, que con cuánto pudo hacer por sus propios sermones. Aun con la pérdida de este libro alabado por Valdivieso, no puede apreciarse debidamente lo que el Maestro Fray Luis de Leon hizo en sus demas escritos por la oratoria sagrada. Con el conocimiento del latin, del griego y del hebréo, engolfóse en la lectura de los libros santos y de los clásicos escritores de la antigüedad; sostenía una polémimica activa por escrito y de palabra; explicaba teologia; y todo esto le obligaba gustosamente á estudios concienzudos, en un tiempo en que por la mayor rigidez y celo para conservar las doctrinas religiosas en toda su pureza, no se podía exponerlas lijeramente sin correr graves peligros. Dióle mucho tormento el ver la facilidad con que se ponian malos libros en manos de todos; que nó sabemos adónde llegaría su afliccion en estos tiempos en que estamos todos plagados por la influencia de una literatura detestable, que nos hace el mal mas temprano que antes se hacía, por cuya influencia nosotros le hacemos antes que tal cosa se espere de nosotros, necesitando los más abjurar de cuanto escribieron, pensaron, y quisieron, aunque nada fuera contra la Religion, como á la gente de nuestra edad está pasando. Entonces escribió Fray Luis de Leon muchas cosas buenas para impedir *las malas conversaciones*, que como dice S. Pablo, *corrompen*

las buenas costumbres (1); y todo con tal ardimiento, pues él decia que no hallaba razones que debieran *alanzar de las manos la pluma*. Y pensando siempre en esto, á sí mismo se acusaba de su pereza y se disponia á escribir los *Nombres de Cristo*. «Mas ya que la vida pasada, dice, ocupada y trabajosa me fué estorbo, para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecucion, no me parece que debo perder la ocasion deste ocio en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto (2).» Tales fueron las mas sentidas quejas que se escaparon de sus labios cuando mas arreciaban sus persecuciones; y en su abatimiento, nunca tuvo mas tristeza que pidiendo una medicina á cierta religiosa de Madrigal, porque de ella, dice, *nunca tuve mas necesidad que agora, para mis melancolías y pasiones de corazon* (3). Así, todo lo que escribió este varon insigne lleva el sello de su elevacion, no habiendo cosa que por el contrario perjudique tanto á la doctrina evanjélica, como la abyeccion y debilidad de quien sin arraigadas convicciones, sin verdadera fé, intente exponerla y propagarla. De una y otra cosa dió largas muestras el Maestro Fray Luis en el discurso de su vida, quedándonos además de ello bien claro testimonio en su protestacion de fé que escribió en estos terminos: «á cuya santa doctrina (de la Iglesia católica, apostólica y romana) como á doctrina verdadera y enseñada por el Espíritu Santo, subjeto todo

---

(1) I ad Corinth. Cap. XV. V. 33.
(2) Nombres de Cristo.
(3) Proceso original de Fray Luis de Leon.

mi seso y entendimiento, con ánimo cierto y deseoso de morir por la confesion y defension della todas las veces que se ofreciere ocasion (1).» Los predicadores de aquel tiempo, aunque fueran tan célebres como el P. Malon de Chaide, no perdian ocasion de alabarle aprovechándose de su doctrina; pues el mismo religioso que hemos citado, en su prólogo al Tratado de la Magdalena, hablando de los *Nombres de Cristo* celebra la «gran riqueza y copia y mineros que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos en el decir.» Posteriormente no hay mas que una voz para repetir y añadir algo á los elogios que de sus escritos hicieron D. Francisco de Quevedo en varios lugares, Nicolás Antonio en su Biblioteca, y el erudito Mayans y Siscar. Y porque no se entienda por las palabras y autoridades que se citan que no pudo alabarse en sus escritos otra cosa que la gallardía y vivos colores de su estilo, bastará recordar que en la exposicion del libro de Job la palabra y el pensamiento iban á porfía, el uno por hondo y la otra por bien acondicionada; á la moral tan pura y tan sencilla de *La perfecta casada* conviene bien esa diccion siempre natural y rica; y al entusiasmo que le inspiraba Santa Teresa, á quien nunca *conoció ni vió* (1), hubiera correspondido la historia de su vida que

---

(1) Protestacion de Fray Luis sobre si le tomase la muerte súbitamente. Proceso original.

(2) Así lo declara en una carta que escribió á la Priora y Carmelitas descalzas del Convento de Madrid, dedicándole las obras de la Santa, cuya impresion había dirijido.

le encargó la Emperatriz, hermana de Felipe II, si al empezarla no le hubiera tomado la muerte.

No caeremos en la obstinacion de presentar al Maestro Fray Luis como el mejor colaborador en esta materia de la prosa castellana, por cuyo medio se remontó á tanta altura la elocuencia del púlpito; porque el paralelo entre Leon y Granada ha fatigado mucho á los críticos, sin que la cuestion haya sido definitivamente resuelta: pero en lo que no tuvo iguales ni competidores tal vez el célebre agustino, fué en la poesía religiosa: su entonacion no es menos vigorosa que la de Herrera: su estro poético tiene las luces del sol; nada mas lúgubre que su alma cuando anochece en la tristeza; el amor y la esperanza que en el cielo pone, tiran del hombre como si en la eternidad hubiera un punto de atraccion; de sus labios destila miel, de sus ojos amargo llanto; levanta las manos al cielo, sin que sus fuerzas se agoten en una y otra ardiente plegaria. En el campo, entre las flores, lejos del ruido del siglo y del trato con las gentes, oyendo el murmurar de los arroyos y el cantar de las parleras aves, dá su cantar tranquilo, grave, tierno, religioso: sus odas *Al apartamiento*, á *La vida del campo*, *Noche serena*, *Morada del cielo*, son el fruto de estas largas meditaciones, sonidos entrecortados de una lira inspirada. ¿Puede haber mas grandeza que en sus cantares á la Vírgen, ni mas dolor que en su Elegia de las *Esperanzas burladas*, ni mas humildad que en el *Conocimiento de sí mismo*, ni mas ternura que en la *Ascension*, contrapuesta á la espantosa soledad del hombre sobre la tierra, mas fuego, mas uncion en fin que en las diversas *Liras* que consagró á la *Magdalena*, á *La vida religiosa* y á otros varios asuntos? Aquí nos separamos del méri-

to de sus composiciones, para ofrecer una consideracion mas interesante; y es que las obras poéticas del Maestro Fray Luis de Leon revolvieron el gusto clásico de la poesia antigua, despojandola de su forma pagana que había conservado hasta esos tiempos. A los adornos mitológicos, á las pueriles invenciones de la fábula, les sustituyó la eterna belleza de la religion: por el hebréo, que es la lengua de Dios, se puso en comunicacion con las inspiraciones divinas en sus primitivas fuentes; tradujo libros sagrados, dió á sus versos la imitacion de los salmos; y cuando esto hizo Fray Luis de Leon, aquellas musas pagánas se huyeron ó transformaron, resultando de esta mudanza la poesía de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz, los romances espirituales de Fray Paulino de la Estrella, los autos sacramentales y hermosísimos soliloquios de Lope de Vega, y toda aquella asimilacion del elemento literario confundido en el misticísmo, porque el misticismo interesó desde luego á la imaginacion herida y bien preparada de los espíritus religiosos. De entonces mas, ¿qué asuntos se propondria la oratoria sagrada en que el persuadir costára trabajo? ¿qué le quedaba al espíritu de suyo habiendo perdido hasta la forma pagana? ¿porqué no arrancaría lágrimas la muerte del pecador si ya no se podia llorar las desgracias de las Musas?

De la escuela de Fray Luis de Leon salió Malon de Chaide.

El P. Malon de Chaide. (1).

Este religioso agustino, de quien no se conoce mas que el *Tratado de la Magdalena*, «fué uno de aquellos

(1) Pedro Malon de Chaide nació en la villa de Cas-

oradores y teólogos esclarecidos que llevaron al púlpito, á la cátedra y á los papeles que escribieron el nuevo estilo de Fray Luis de Leon, en cuanto se podia tomar algo de la sublimidad de escritor tan aventajado. En los *Nombres de Critso*, hablando del empeño que ponía el Maestro Fray Luis en levantar de su postracion la lengua castellana, dice: «Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantandola del descaecimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presumpcion que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas; sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua, como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas.» Pues á semejanza de Fray Luis de Leon, el P. Malon de Chaide, en su Introduccion al *Tratado de la Magdalena*, intenta seguir un nuevo rumbo ayudando á los adelantos de la elocuencia sagrada, como se vé por estas palabras: «Que pues la Magdalena fué santa tan sin guardar Dios el órden y regla ordinaria que acostumbra en las conversiones de los demas santos, no será mucho que tampoco yo siga el estílo comun que suelo en predicar de los santos ordinarios. Y así pretendo despedirme en

---

cante, (Navarra) por los años de 1530. Fué religioso agustino en el Convento de Salamanca; logró el título de Maestro en Sagrada Teología y la enseñó en la Universidad de Zaragoza. Escribió libros, sermones y tratados, de que se conserva muy poco, y fué uno de los mejores predicadores de su tiempo.

este mi sermon de las leyes y preceptos que dan los mas acertados predicadores, y gozar de la libertad de ingenio en este proceder.»

Se vé que este trastorno con que iba mejorando la lengua castellana sentaba muy bien á los místicos; todo iba resultando mas encendido, mas apropósito para la predicacion y la escritura. Y aunque algunos críticos siempre hallaban que morder, sobre todo cuando no se trataban en latin asuntos sagrados ó morales, los predicadores sabian prevenirse contra sus juicios tan sesudamente como lo hizo Fray Fernando de Zárate en sus *Discursos de la Paciencia cristiana*. El pueblo, que es siempre el alma y el corazon de la humanidad, la gran entraña por donde se vive y se muere, acogió la mística, como que siempre tiende á ella, y se hizo vehementemente religioso, con el auxilio de fervorosos oradores que le entendian y estudiaron el genio y todas las riquezas que encierra su lengua vulgar. Así, todo lo que se trabajára en esto, era ayudado por el voto de las muchedumbres, para quienes se ha hecho la elocuencia; y con tal inteligencia y tino se iba socavando la rancia opinion de los doctos en esto de enseñar y mover al pueblo, opinion que ya se conocerá no fué atendida aunque no expresamente combatida por Avila ni Granada, que el P. Fray Juan Marquez, á quien se puso en su epitafio el sobrenombre de *eloquentiæ flumen et fulmen*, despues de predicar mucho, con elegancia y sabiduría, escribió un tratado del *Modo de predicar á los Principes*, con visible intencion de que no hubiera gerarquía que se desviara del conocimiento de la religion.

Malon de Chaide, Zárate, Marquez, y otros muchos

predicadores místicos como Estella, Yepes, Roa, Nieremberg, y escritores mas ó menos conocidos, pero muchos seguramente, fueron sin duda «aquellos montes y collados de la tierra visitados del sol, de las nubes y del rocío con que se alegran y fertilizan los valles,» de que nos habla el P. Calatayud en su *Juicio de los Sacerdotes*. ¿A quién agradarán las sombras de los montes de Gelboé, sus collados ariscos y sus estériles cumbres?

CAPITULO XII.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI SOBRE LAS LITERATURAS ESTRANGERAS.—PODEROSO ASCENDIENTE DE NUESTRA ESCUELA MÍSTICA.—NUEVAS GLORIAS DE NUESTRA ELOCUENCIA SAGRADA.

Hay corrientes invisibles por donde las ideas se ponen en contacto; y de este modo, la literatura de un pais se refleja en una literatura estraña, la modifica, le imprime su carácter, toda vez que á fuerza de grandeza, de originalidad sobre todo, tenga el poder de sellarla con los principales rasgos que la caracterizan. ¿Ha ejercido la literatura española sobre la literatura francesa y la italiana semejante ascendiente? y si por lo que llevamos dicho, es precisa condicion para ejercer tal influencia que una literatura tenga originalidad, vida propia, ¿ha sido verdaderamente original nuestra literatura? ¿fué imitador, ó creador nuestro siglo XVI?

Hasta poco tiempo hace, nuestra literatura ha sido mal apreciada. Esto explica las acusaciones con que hemos sido injustamente deprimidos. Por el contrario ahora se estudia con afan; y por algunos con tan admirable resultado, que no será mucho que los estrangeros

revelen á los españoles algunos secretos, que con mas industria y laboriosidad por nuestra parte, pudieran sernos conocidos. Dejando para mas adelante las acusaciones de que seguimos siendo su blanco, el carácter de originalidad de nuestra literatura está generalmente reconocido. Nuestra elocuencia se desarrolló muy pronto, porque como dice Schlegel, «no existe en nuestros escritores mas que un modo de pensar; el modo español. Este gran mérito de originalidad debe ser tomado en consideracion; pues á menudo ha sido juzgada esta literatura segun el arte de los antiguos ó de los italianos, y aun tan solo segun las exigencias del gusto francés. Mirada por el lado de la originalidad, la literatura española ocupa el lugar primero, y la inglesa, tal vez el segundo (1)». No se conforman los escritores franceses de primer órden con las alabanzas que arrancó el reconocimiento, de la patria del Dante y de Ariosto; ni con las señales de admiracion que debemos á los escritores ingleses y alemanes. Quién dice que Schlegel estuvo exagerado al escribir su *Curso de poesia dramática*, quién acusa á Lord Holland por sus desmedidos encomios, ó á Sismondi por la parcialidad en favor de la España, en su *Historia literaria de la Europa meridional:* no faltando tampoco quien sin la intencion de favorecernos, crea que el mismo Sismondi estuvo duro y lleno de ira contra nuestra literatura (2). Sea de esto lo que fuese, la originalidad de nuestra literatura ha sido reconocida y con-

---

(1) Histoire de la litterature ancienne et moderne, t. II.

(2) M. Villemain, escritor elegante, en una memo-

fesada; y en los reparos é inconvenientes que señalan algunos, vienen, sin querer acaso, á confesar que fué mucho mas grande todavia. Porque en efecto, decir por ejemplo que la desgracia del genio español ha consistido en ser demasiado espontáneo, demasiado grande; en fiarse de sus recursos, de su fecundidad; armonizar la vida del Catolicismo con su genio profundo, su *razon exaltada* y la viveza y calor de sus sentimientos; mezclar en una fusion soberbia la poesía ó la comedia con la literatura sagrada, y hacer burla de la Alemania porque en este siglo se declara partidaria de la poesía católica de los españoles; porque publica en Viena y en Leipsick las obras de Calderon, y un buen retrato del poeta delante del cual se dicen todos los chistes que puede inspirar una musa ligera y juguetona, esto es, me parece á mí, hacer una completa apologia de la originalidad y fuerza de nuestra literatura. Sin embargo, como en desquite de los chistes ligeros y de tantas invectivas apasionadas, la Academia francesa propuso recientemente la discusion del siguiente tema: «cuál ha sido la influen-

---

ria que cita Adolfo Puibusque, ataca la parcialidad de Sismondi; y M. Philarete Chasles, en sus *Estudios sobre la España*, ataca á Sismondi con esa frivolidad graciosa que tiene de costumbre, por el estremo contrario. El sesudo Tiknor, hablando de los trabajos sobre la literatura española que dió Bouterwek, y despues de este, Sismondi, dice que anduvo el segundo mas escaso de recursos materiales que el primero, «lo cual disminuye hasta cierto punto la autoridad de una obra que será siempre leida.» Apéndice al capítulo II de la Historia de la literatura española.

cia de la literatura española sobre la literatura francesa en el principio del siglo XVII.» ¿Significa esta discusion la vuelta del espíritu literario al exámen concienzudo, imparcial de nuestros inmortales monumentos? Si tales investigaciones piden un estudio de nuestra historia social, un exámen comparativo de las dos lenguas; si se tiene en cuenta el caracter religioso de nuestras costumbres, si se busca el rico minero de tantas hermosas tradiciones, toda vez que no falte gusto, crítica juiciosa, viva sensibilidad para que pueda ser impresionada por las creaciones del genio, en Francia se juzgará lo mismo que en Alemania, acerca de la importancia incomparable de nuestro siglo XVI. Y así ha de suceder. Se siente en el pais vecino un ardor extraordinario por este estudio. En el dia, cualquiera teme juzgar por comentarios, por traducciones ni copias: es preciso acudir á los modelos; hacerse de los originales: la antigüedad no sería hoy conocida sin el estudio de las lenguas, y este estudio vuelve á ser clásico. Despues de todo, la cuestion es interesante: á un siglo de tanta gloria para nosotros, sucede otro siglo de mucha gloria para los franceses; á Cárlos V sucede Luis XIV; á Calderon, Racine; á Fray Luis de Granada, Massillon y Bossuet. Esta estrecha relacion de la gloria, del genio y de la elocuencia, tiene mucho de seductor para el espíritu. ¡Qué relaciones tan intimas! ¡qué secretas afinidades! quitando nombres y fechas, pudieran citarse muchos ejemplos en que no se sabría decir cuál era el modelo, y cuál la imitacion. Esto sucede con algunos pasages de los predicadores franceses, imitacion de los españoles; y entre los mismos españoles hay una imitacion cometida

nó se sabe si por Granada siendo Avila el modelo, ó si por este, siendo el modelo aquel. Esto demuestra hoy lo que dijo Plinio hace mucho tiempo; que «la imitacion de las cosas excelentes produce otras semejantes (1)» Veamos pues cómo la elocuencia sagrada entre los españoles se remontó á la altura de los modelos, con la energía del idioma, la fecundidad de su génio, la uncion y poesía de su espíritu, á lo que llaman los franceses, *la belleza mística del alma.*

La caida del Imperio romano y la dominacion de los bárbaros, fueron causa de que la lengua de los antiguos dominadores del mundo se mezclara con los diferentes idiomas de los nuevos. La lengua castellana ó el romance, resultó de la liga y estraño maridaje de la lengua latina con los idiomas germánicos. Todo pudo sofocarse en la invasion y dominacion de los Arabes; pero los que libres de la esclavitud, salvaron la Religion y la Patria, salvaron tambien la lengua cuando se estaba formando. Se clamaba contra la corrupcion del idioma, no fuera que se menoscabara su precio y sirviera imperfectamente ó no pudiera servir de modo alguno, al sostenimiento de la doctrina de Jesucristo. ¿Qué pensarémos de semejantes recelos? era el instinto lo que advertía de tan lejos, que conservada la pureza del habla castellana pudiera fundarse con el tiempo una literatura vigorosa, animada, y más que animada, encendida por la llama de la fé? Es lo cierto que al consultar los viejos monumentos de nuestra literatura, nos encontramos con los tristes plañidos

(1) Epist. VII—9.

de Alvaro de Córdova, que se queja de lo bien que aprendieron los españoles la lengua arábiga componiendo en prosa y verso, al paso que se olvidaban *de su lengua y de su fé;* cosas y palabras que el escritor juntaba con manifiesta intencion, especialmente cuando se queja de los que menosprecian los *rios caudalosos de la Iglesia que manan del Paraiso, como sí fueran vilísimos.* Sin duda los primeros escritores hallaron mucho placer en imaginar una gloriosa alianza entre la religion y el romance: *rio caudaloso de la Iglesia, que mana del Paraiso,* llamó Córdova á la lengua, cuando apenas empezaba á formarse; y Aldrete alaba la *clemencia de Dios nuestro Señor,* que sin librar del cautiverio á muchos cristianos, no hubiera permitido que llegára hasta nosotros ni *la memoria de la lengua castellana* (1).

No conviene á nuestro propósito entrar en largas y menudas investigaciones acerca de los primeros monumentos de nuestra lengua, de que tanto se ocuparon los antiguos, y mucho mas y con mejor fruto los modernos (2). Pero sí nos toca señalar, que los primeros pasos que dá la lengua, que los primeros monumentos del romance, son al mismo tiempo consagrados á las glorias de la Religion. Al dejar de la mano el poema del Cid, nos encontramos con la Musa de Berceo; al tiempo que se pre-

---

(1) Orig., lib. I, c. 22.

(2) Schlegel en su *Curso de literatura.* Dozy en sus *Recherches sur l' histoire politique et litteraire de l' Espagne pendant le moyen age.* Puibusque en su *Histoire comparée des litteratures.* Tiknor, en su *Historia de la literatura española. Sarmiento,* memorias sobre los poetas españoles. *Velazquez,* orígenes de la lengua. *Mayans,* etc.

gonan las hazañas del primer héroe, nos encontramos con la *Vida de Santo Domingo de Silos*. En los monumentos religiosos, se nota ya *algun adelantamiento*, cómo observa Tiknor en el capítulo II de su Historia. Harto complace hallar en sus versos el tinte de homilía, la sencillez cristiana, la uncion y la piedad sobre todo. Nótase desde luego que la musa cristiana es aun mas fecunda que la musa caballeresca; pues solo de Berceo son ademas la *Vida de S. Millan de la Cogulla*, el *Martirio de S. Lorenzo*, el *Sacrificio de la Misa*, los *Loores de Nuestra Señora*, el *Duelo de la Virgen el dia de la Pasion de su Fijo*, otras composiciones y varios himnos, entre ellos el mas celebrado de los *Miraclos de Nuestra Señora*. Las apariciones milagrosas, la ternura y la pueril sencillez contrapuestas á las pompas y solemnidades que se agrupan en estrañas y casi siempre monotonas cadencias, tal es el conjunto que ofrece nuestra vieja musa popular, tales son las primicias de una lengua que al nacer, articula el nombre de Dios. En el mismo estilo de Berceo, aunque no tan buenos, escribió dos poemas el *Beneficiado de Ubeda* (no se le conoce por otro nombre) uno de la *vida de S. Isidoro*, y el otro de *Santa María Magdalena*. De este modo nunca faltaron al caracter religioso y al espíritu de nacionalidad las primeras producciones de nuestra lengua. Con las convulsiones de los tiempos, ni menguaba su fuerza, ni mudaban de objeto. El amor á la Religion, la obediencia á la Iglesia, la fidelidad al Rey, el espíritu guerrero, la sencillez primitiva, el heroismo y el gusto por lo maravilloso, esto se encontrará en todas partes: se invoca el nombre de Dios al empezar una estancia caballeresca,

como al empezar la *Vida de Santa María Egipciaca*, ó la *Adoracion de los Santos Reyes* (1). Este espíritu de unidad es lo que nos ha hecho tan fuertes y poderosos; el sentimiento religioso y patriótico nos dió la originalidad; la guerra nos dió los héroes; el aislamiento, la independencia: Dios, el cielo, la tierra, y una gloriosa historia, como ayudando á la exaltacion de todos los sentimientos, dieron á los españoles la imaginacion creadora, á cuyo enérjico impulso se pronunció con muy vivas señales, el carácter nacional. Dígase ahora si un pueblo que invadido rechaza la invasion; que disuelto, se constituye; que constituido, se robustece, se afianza y se arroja á la conquista; que descubre un Nuevo Mundo y lo sujeta á la corona de una gran Monarquía; que cuenta entre sus Provincias el Portugal, la Sicilia y la Cerdeña, el territorio de Flandes; que estiende su dominacion desde las playas de Africa hasta las riberas del Danubio; que despacha soldados, Embajadores, literatos y misioneros de los puertos de Cádiz, Lisboa, Nápoles, Venécia y Amberes, para dar al mundo la paz ó la guerra, y á los pueblos no civilizados la religion del Evangelio y el cultivo de las letras, y se verá cómo no podía menos de influir nuestra literatura, que es y será siempre la expresion del estado social, político y religioso de cualquiera pueblo, sobre las literaturas estrangeras. Cuando un pueblo se levanta en todos sentidos á tan considerable altura, siempre crea: los de-

---

(1) Todas las composiciones citadas en este capítulo están en la *Coleccion de poesias anteriores al siglo XV*, que publicó á fines del siglo pasado, el erudito D. Tomás Sanchez.

mas pueblos imitan. No hubo poetas tan grandes como Herrera, porque no hubo pueblos tan grandes como España. Se pudó decir que con la sangre de los infieles había hecho la espada un lago en el Océano, cuando nuestros soldados dispersaron en Lepanto la flota musulmana: ¿cómo en una nacion católica, que tantas incorporaba á la Iglesia, que ponía bajo la proteccion divina la suerte de sus ejércitos, nó se levantaría este ú otro poeta insigne con soberbias exclamaciones del cántico de Moisés al pasar el mar rojo, prestando una robusta entonacion á nuestra lengua con las patéticas imágenes de la Biblia? Y ¿cómo un pueblo dominador nó impone á los demas pueblos su pensamiento y su lengua?

Así como la Francia no podía librarse de nuestros trajes y costumbres, tampoco podía rechazar nuestro diccionario y nuestra literatura. La nacion á quien las provincias descubiertas y conquistadas acudían á rendir sus tributos en oro y en diamantes, llegó á contar los mas grandes escritores y los mejores artistas del mundo. Aquellos viejos romanceros y prosistas, sobre cuyos trabajos hemos pasado á la ligera, con el ansia de llegar al apogeo y á la influencia de nuestra literatura, son los graves escritores, los puros hablistas, los poetas elegantes, los místicos y fervorosos apóstoles de la nueva era, de nuestro siglo XVI. Algun académico de la Francia distingue tres faces en las relaciones de ambas literaturas; una en la que los franceses concurrieron á la formacion de la nuestra, otra en la que resistieron la influencia española, y la última en que nos dominaron. ¿Habrá mas que ceder toda nuestra gloria? Ya que no se reconozca el poderoso ascendiente de una literatura ori-

ginal, mejor es disimularlo de la manera elevada á que la discusion se brinda. Mejor es decir con algunos:—los Romanos fueron etruscos y helenos; nosotros aprendimos de Roma; la España nos comunicó la vida de la imaginacion: la Inglaterra nos enseñó la vida pública. Debemos algo á todas las civilizaciones. Los pensamientos de los pueblos no se hacen fecundos sino por alianzas. Si se adopta una nacionalidad pedantesca, habrá que condenar á Racine por ser griego, á Bossuét por ser hebreo, á Rousseau por ser aleman, y á Milton por ser italiano.—Y semejantes consideraciones, llenas de claridad, á fuer de benignas y aun triviales, bastarán para templar el mas franco españolismo que no puede soportar, planteado el debate en otro terreno, que se desconozca ó contradiga la influencia que ejerció nuestra literatura sobre la francesa del siglo XVII. Concédase que Luis XIII imitaba la seriedad castellana, que los escritores gustaban de la exageracion de nuestras imágenes ó imitaban nuestro estilo culto; dígase que la España era copiada, y en buen hora que se afirme que Corneille sacaba de esta mina de oro el elemento primitivo de su génio y su extraordinaria grandeza. Dígase que desperdiciamos nuestros tesoros; que otros se aprovecharon de nuestras riquezas; pero esto no contradice, antes bien supone la originalidad del carácter y la influencia de nuestra literatura nacional sobre la literatura francesa.

El ascendiente que haya ejercido la elocuencia sagrada de nuestros célebres predicadores no ha sido mas francamente reconocido. Bien se conoce que en otro género de literatura, y en el principio del siglo XVII, pudo influir mas señaladamente el genio español; pero los es-

critores franceses, aun en los trabajos especiales que consagraron al estudio de la elocuencia sagrada, escatiman cuanto pueden las alabanzas que merece nuestra escuela mística. Despues de anunciar el Cardenal de Maury en su *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito* que juzgaria los sermonarios estranjeros con tanta imparcialidad como á los oradores franceses, solo habla de Santo Tomás de Villanueva, religioso agustino, y predicador de Cárlos V, cuyos discursos le parecen *estimables* por su doctrina, y *alguna vez*, por sus *insinuaciones patéticas*. Hasta se atreve á decir que «Masillon parece haberse aprovechado algo de su doctrina:» y como si hubiera dicho demasiado, neutraliza en una nota el efecto que pudiera haber producido esta involuntaria confesion, diciendo que Massillon se imitó á sí mismo. De tan distinguido escritor, no podía menos de esperarse un juicio exacto y una fórmula clara: y en efecto, el espíritu del párrafo que nos dedica se encierra en el siguiente periodo. «La España, dice, abunda en oradores aun en su nacion, tenidos por medianos, y completamente desconocidos aquende el Pirineo.» De Maury ha dicho con esto una gran verdad: De Maury no conocía los predicadores españoles.

Pero ¿sería tan insignificante la elocuencia de Fray Luis de Granada, nuevo Crisóstomo que con un caudal de conocimientos y una elocuencia verdaderamente untuosa y dulcísima, penetra en los altos misterios, y sin perder su elevacion discurre sobre las miserias humanas, y con la razon persuade, y con el ejemplo estimula la flaqueza, y con instrucciones llenas de fuego traslada á su palabra ya la terrible faz del condenado, ya las imá-

genes de la penitencia, que el pincel de Zurbarán pasaba de la vida al lienzo? Aquí no se trata del plagio, sino de la imitacion; y en este sentido, algun crítico moderno (1), leyendo la *Introduccion al Símbolo de la Fé* de Fray Luis de Granada, ha dicho: «¿nó parece que se lee un exordio de Flechier ó de Massillon?» Del mismo modo juzgando á nuestros místicos, se ha creido que Fray Luis de Leon tiene alguna analogía con Bourdaloue y Bossuet. Esta escuela espiritualista penetraba en Francia, y la estudiaban los predicadores mas ilustres. Se vé á Flechier preocupado con Santa Teresa de Jesus; y nó se estrañe que insistamos sobre este punto, desde que leimos en un *elogio histórico de Mr. Flechier*, que este orador sagrado se divertía leyendo á los predicadores italianos y españoles, á quienes llamaba *sus bufones*. Todo al contrario, Flechier gustaba de la exaltacion del sentimiento, de la dulzura, de la severidad y del idealismo, cualidades que sobresalían juntas ó separadas en los místicos del siglo XVI. «Penetrada de la grandeza de Dios, dice Flechier hablando de Santa Teresa, busca en el culto que le rinde, todo lo que puede contribuir mas á su gloria.... Arrastrada á la contemplacion, se pierde dichosamente en el abismo de las grandezas y perfecciones divinas: y de esta elevacion desciende á los menores oficios de una piedad comun.... Está tranquila en sus ocupaciones, ocupada en su retiro, humilde en las grandes cosas, grande en las pequeñas. La gracia de su estilo se reflejaba en su per-

---

(1) Adolpho Puibusque en su Histoire comparée des litteratures espagnole et francaise, t. I.

sona, y no se la podía oir sin sentirse arrebatado. Para ejercer una influencia tan dulce había recibido del cielo el genio, la belleza, las maneras, y hasta la sonrisa de la mas grande reina de España. Teresa en el Trono, hubiera sido Isabel: Isabel en el claustro, hubiera sido Teresa.» Y hablando de la reforma, dice así: «Los que debian prestarle apoyo, resisten; la España se subleva; sangrientas memorias la desgarran; se la mira como una mujer inquieta; los políticos se imaginan que lleva otros fines á que conviene oponerse, no sea que el proyecto de reforma sea el antifáz que encubra un crímen de Estado: los sábios la compadecen por sus ilusiones, y aun la piedad se arma contra la piedad, y el celo contra la inocencia. ¿Qué hará esta grande alma? adora los juicios de Dios y espera el cumplimiento de sus promesas.»

Quede pues sentado que la literatura española del siglo XVI tuvo originalidad, y que por esto pudo y debió influir sobre la literatura francesa en el principio del siglo XVII: que por esto mismo, aunque en la elocuencia sagrada no se introdujera una mudanza tan notable, como por ejemplo con la traduccion de nuestro teatro y de nuestras costumbres, no fué enteramente despreciable nuestra influencia, pues que algunos de nuestros predicadores fueron imitados, y profundamente estudiada nuestra escuela mística. Flechier no se burlaba de nosotros, sino que se apasionaba de Santa Teresa: al grande Bossuet no se le podía antojar ruin y pequeño Fray Luis de Leon; Massillon hace recordar á Fray Luis de Granada, y los críticos franceses que hoy estudian mejor y con mas imparcialidad nuestros monumentos, no dicen friamente que los sermones de Santo Tomás de Villanue-

va, de Avila y de otros místicos, fueran solamente *estimables* por unas cuantas *insinuaciones patéticas.*

Y aun cuando los célebres oradores franceses tuvieran poco que aprender de los nuestros, la Francia, ¿nó estuvo hasta la época de los grandes predicadores, plagada de otros muchos, locuaces, enfaticos y pesados eruditos, que tenian en el mayor atraso la oratoria sagrada? los sermonarios de Menot y de Maillard, de los cuales no he visto un buen juicio siquiera, duraron hasta el siglo XVII, ya bien entrado, con un crédito inmerecido. Para algunos, la teología estaba junta todavía con las leyendas y romances de la edad media; y nó parece sino que la estudió, sirviéndole de texto los himnos de Ronsard, el que predicando la Pasion de N. S. J. dice, que «Nuestro Señor es Hércules muriendo, Apolo resucitando, y Belerofon subiendo al cielo.» Y ¿qué diremos de Richardat, que encargado de la oracion fúnebre de Cárlos V, creyó que debía compararlo con Sócrates y con las pirámides de Egipto? ¿Qué diremos del Cardenal Duperron, muy alabado por entonces, pero que empieza una oracion fúnebre por una traduccion de Tácito y una imitacion de Salustio, fragmentos de la vida de Agricola y de la conjuracion de Catilina? Hubo predicadores que quisieron probar «la caridad por las fuentes del Nilo, y la abstinencia por los doce signos del Zodiaco (1).» Y finalmente, ¿qué diremos de esta especie de cruzada que algunos quisieron organizar contra el estudio de las lenguas? «Se ha encontrado otra nueva lengua,

(1) Erasmo: *De arte concionandi.*

decía un predicador á su auditorio, que se llama *griego:* es menester guardarse de ella. Esta lengua nos trae todas las heregías.... En cuanto á la lengua hebrea, todos los que la aprenden, al instante se vuelven judios.»

Por lo menos será indudable que á la sola aparicion de nuestra escuela mística, la corrompida elocuencia de los franceses comenzó á declinar en el concepto público: con mas gusto literario se abandonó enteramente; pero despues llegaron para la Francia los dias de su engrandecimiento, y con ellos apareció el génio creador de la elocuencia; Bossuet, Fenelon, Masillon y tantos otros, hicieron olvidar con justicia, á aquellos oradores en quienes la perspicacia, y no se si diga la parcialidad de Montaigne, no pudo encontrar otra cosa sino--braves paroles.

Al ocuparnos de la influencia de nuestra literatura sagrada en la literatura italiana, se nos pudiera decir, que antes la Italia influyó poderosamente sobre la literatura española. Póngamos las cosas en su lugar. En el caracter y civilizacion del pueblo español influyó extraortraordinariamente la Italia. Señalarémos con Tiknor las tres grandes influencias, una religiosa, otra puramente intelectual, y otra comercial, que al obrar sobre la España, sirvieron tambien de cadena para enlazar el destino de estas dos Naciones. Propio era de estos tiempos de guerras religiosas, volver los ojos á la Santa Sede: se necesitaba de sus socorros para resistir la invasion sarracena. Las solas relaciónes diplomáticas bastarian á encender el espíritu cristiano, que parecía esplayarse cuando nó suspirando por el martirio ó por el cielo, por lo menos representándose á Roma en uno de aquellos de-

lirios, tan frecuentes como poéticos y santos, de la edad media.

La influencia intelectual afirmó la religiosa. A fines del siglo XII tenía la Italia cinco Universidades, célebres algunas, y la España no tenía mas que la de Salamanca, en aquellos años bastante decaida. Eran muy azarosos los tiempos en que se crearon las de Huesca y Valladolid, y así es que los españoles estudiosos, algunos iban á Paris; los mas, á Italia. En Bolonia, ciudad donde estaba la mas ilustre de sus Universidades, fué tal la concurrencia de españoles, que en el siglo XIV el Cardenal Carrillo de Albornoz fundó el Colegio de S. Clemente. Todo esto junto con la porcion de sabios españoles que salieron de las escuelas de Italia, (y valga por todos Antonio de Nebrija) demuestra claramente que por las estrechas relaciones de ambos paises, se trasmitió á España la cultura y civilizacion de Bolonia, Padua, Nápoles y Roma.

Las relaciones comerciales se estrecharon mucho, y se facilitaron y fueron muy provechosas por la aproximacion de ambos idiomas. La diversidad de las lenguas no excluia la semejanza; tenian cierto parecido, *qualem decet esse sororem.* Los españoles conocieron á Bocacio y á Petrarca, y tradujeron la *Divina comedia* del Dante. Ya se vé que nó queremos disimular el ascendiente que ejerció la literatura italiana sobre la nuestra; la imparcialidad es preferible á los juicios apasionados, y esto no debilita en manera alguna la incontestable superioridad del púlpito español en el siglo XVI. Despues de S. Felipe de Neri, la Italia estaba contagiada del mal gusto. Mucho antes de esto se había quejado el Dante del em-

pobrecimiento de la Cátedra sagrada (1); y los predicadores españoles hicieron mucha fortuna. Salmeron gustaba mucho por su erudicion y ciencia. El Cardenal Borromeo habla apasionadamente de Alfonso Lobo, en quien «voz y gesto, vestido y ademan, corazon y lengua, todo ayudaba á la fuerza de su predicacion.» Toledo predicó en Roma, y fué muy sentida de la Italia y de la Santidad de Paulo V, la despedida de Fernando de Santiago. S. Cárlos Borromeo se deleitaba con la lectura de nuestros predicadores (2), y casi todos fueron traducidos no solo al italiano, sino á casi todas las lenguas de Europa. Hoy mismo es raro hallar una biblioteca donde no se encuentren traducciones italianas y francesas de la *Perfeccion Cristiana* del mas célebre de nuestros Rodriguez; (3) (hubo muchos ascéticos de este nombre); y, con dolor lo

---

(1) Paradiso. Cant. XXIX. Lo hace en términos tan destemplados, que se deja muy atras la crítica que hizo el Padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, cuando nuestros predicadores se corrompieron con el culteranismo y la miserable gerigonza de retruécanos y sutilezas.

(2) Lo afirma el Abate Andrés. Historia de la literatura, t. V.

(3) En 1622 (seis años despues de su muerte) se hizo una edicion en Colonia: antes, en 1617, se publicó en Roma. Cuatro ediciones se hicieron en Venecia desde 1617, hasta 1666. Antes se publicaron otras traducciones en Francia y en Bélgica; en Alemania y en Inglaterra se publicaron tambien en 1663 y 1664; y al presente, conocemos otras varias traducciones muy modernas, de las tres partes en que Rodriguez dividió sus *Ejercicios de Perfeccion* y *Virtudes cristianas*.

decimos, mas conocidas nos son las ediciones estrangeras que las españolas. Una muchedumbre de pensadores, de predicadores, de moralistas rígidos, de filósofos cristianos, componen esa riquísima escuela que hizo su invasion en todas partes, que propagó la devocion, y que conserva el amor á la mas pura literatura. Si de repente se descartára de nuestros anales, la *Bibliotheca nova* de Nicolás Antonio quedaba reducida á un libro de cortas dimensiones: el número y la importancia de Leon y de Granada, de Avila y Peralta, de Madrid, Gerónimo Gracian, Arias, Valdivia, Nieremberg, S. Pedro Alcántara, y tantos otros, motivaron un excelente paralelo en que este distinguido bibliografo demostró la influencia de nuestra escuela mística sobre la elocuencia sagrada de las naciones estranjeras (1). Que si apesar de todo se creyera que buscabamos de propósito autoridades parciales en la materia, apelarémos al testimonio del Cardenal

---

(1) No podemos resistir al deseo de copiarlo. Dice así: «Ex hispano in vernaculas fere omnes piæ Europæ linguas translatum est quidquid eximius nuper memoratus ascetici operis princeps Ludovicus Granatensis, Alphonsus Madridius, Joannes Avila, Bæticæ dictus Apostolus, atque ejus alumnus Didacus Perez de Valdivia, Franciscus Arias, Ludovicus Pontanus, Alphonsus Roderici, Hierónimus Gratianus, Joannes Eusebius Nierembergius, Joannes Palafoxius, duoque illa ante alios terrestris cœli sidera, ut in empyrium nos operibus & scriptis manuducerent orbi manifestata, Petrus de Alcántara, Theresia que á Jesu, non minus sanctitatis quam divine doctrinæ fulgentissima, litteris mandantes in aurea opera conjecerunt.» Bibliotheca hisp. nov. Præf.

Sforza Pallavicini, buen conocedor de la oratoria sagrada, esmerado cultivador de la lengua, escritor de mucho gusto y de una sensibilidad impresionable. *Maravillosa, encantadora y persuasiva* le pareció la elocuencia de nuestros predicadores; y en las mas dulces inflexiones de su estilo rindió su homenage á la Nacion española, que por su *natural ingenio y bizarría abunda de tales hombres* (1).»

Gozosos de repasar nuestras antiguas glorias, damos la espalda á la época de nuestra decadencia, para inclinarnos, en señal de respeto, ante los inmortales monumentos del siglo de Luis XIV.

---

(1) «Maravigliosa é l' eloquenza de Predicatori spagnoli,.... di voce soave é nervosa.... che.... fanno credere cio che affermano, incantano gli auditori.... or la nacione Spagnola, naturalmente ingegnosa, vivace é gentile, abbonda di tali huomini.» Arte de la perfeccion cristiana, lib. I, c. IV.

CAPÍTULO XIII.

ELOCUENCIA SAGRADA EN EL SIGLO XVII.—CÓMO SE FORMARON LOS PREDICADORES FRANCESES.—QUE NO PUDIERON TOMAR NADA DE LOS ALEMANES.—ESCASO ASCENDIENTE QUE PUDO EJERCER EL EJEMPLO DE LOS INGLESES É ITALIANOS.—QUE NI LA ELOCUENCIA DEL FORO, NI LA DISCUSION TEOLÓGICA AYUDARON Á LA FORMACION DE ESTOS MODELOS DEL ARTE.—BOURDALOUE, MASSILLON Y FENELON.

¿Qué caminos siguieron los oradores de la Francia para dar tanto brillo á la elocuencia cristiana y al reinado de Luis XIV? ¿qué revolucion hubo en el gusto, qué sucesos la prepararon, quiénes la siguieron, de qué pueblos vino este impulso y acertada direccion? ¿vendría de Inglaterra? pero la elocuencia del púlpito hacia los tiempos de Cárlos II era muy grosera. El Obispo Burnet confiesa en sus *memorias* que los predicadores ingleses se formaron despues imitando la escuela francesa. Y aun cuando hubieran tenido escuela propia, era muy difícil que prestáran algo bueno á la Francia de Luis XIV. M. Hume dice que la Inglaterra ha hecho menos adelantos

en la elocuencia que en los otros ramos de la literatura. Esto me parece exagerado; y el que lea algunos monumentos de la elocuencia política de los ingleses, tales como los discursos de Lord Chatan, Fox, Bourcke, Pitt, y aun los del ligero y disipado Scheridan, no se conformará facilmente con la excentricidad de M. Hume, que por tal puede tenerse.

Es verdad que no sucede lo mismo con la elocuencia cristiana. Hoy como entonces hubo moralistas que enseñaban al pueblo: hemos consultado un extracto del gran sermonario de los ingleses que se publicó con el título de *Defensa de la religion natural y revelada*; y ya que nó su elocuencia, se puede admirar el celo y sabiduría de los predicadores, bien empleados contra los incrédulos y hereges. ¿Se debe preferir esta predicacion á la que produce monumentos inmortales? Por lo que á mí hace, yo prefiero la predicacion mas útil; ya venga de un teólogo, de un filósofo de fuerza, de un crítico, de un hombre de imaginacion, ó de un retórico. Pero tratándose de averiguar de dónde vino el inesperado impulso que recibió la elocuencia sagrada en el siglo XVII, estas observaciones nos aseguran de que la Inglaterra nó preparó por sus triunfos en la Cátedra sagrada el glorioso Apostolado de la Francia. De uno de los mejores predicadores ingleses, de Clarke, dice Blair que le faltaba el arte de interesar y tocar el corazon; que enseñaba al hombre sus deberes, pero que nó lo excitaba á cumplirlos; tratándole como á una inteligencia pura, sin imaginacion y sin pasiones. Refutaciones del ateismo y del deismo, apologías de la religion llenas de doctrina, esta es la materia ordinaria de sus sermones, en que con datos crono-

lógicos se prueba el término fijado al judaismo, y con la historia en la mano se demuestra el cumplimiento de las profecías. ¿Quien diría que Bossuet y Fenelon se habian inspirado con el ejemplo de los predicadores ingleses? La oraciones fúnebres del primero no tienen esa tristeza de las *Noches* de *Young*, otro predicador tambien muy alabado: y aunque nó nos sea dado fundamentar nuestra opinion, por falta de datos, en la cuestion crítica acerca de la importancia de Tillotson, muy celebrado por unos y censurado por otros, desde luego creemos que este orador, contemporáneo de los mas célebres del siglo de Luis XIV, no pudo ejercer una influencia favorable en la elocuencia de los predicadores franceses.

¿Qué parte pudo tener la Italia en la regeneracion de la elocuencia? Ya hemos dicho que en el siglo XVI tuvo á S. Felipe Neri; á principios del XVIII, al Cardenal Casini. Pero fué tal la decadencia de su literatura en el siglo XVII, precisamente cuando se obraba en el púlpito de Francia su grande revolucion, que los italianos, segun dice el Cardenal de Maury, para calificar sus escritores de este tiempo, decían no mas que esto: *Ha del seicento:* es decir, que estaban infestados con el mal gusto que reinaba desde el año 1600 en adelante. Los sermones de Segneri son muy recomendados; y en cuanto á predicadores de segundo órden, la Italia tuvo siempre muchos fervorosos, lo que es una gloria para la religion y un gran consuelo para la Iglesia. De la Italia han salido en todos tiempos legiones enteras de misioneros: sus predicadores han sabido mover los pecadores á penitencia, ablandar, convertir y consolar las almas. ¿Nó es esto mejor que la gloria de contribuir á las sublimidades de la elocuencia?

volvemos á responder lo mismo: pero siempre se conoce que la Italia no pudo ayudar gran cosa á la elevacion de la elocuencia sagrada entre los franceses.

Si el testimonio de varias autoridades no nos lo impidiera, habriamos de decir que la discusion teológica, provocada por la heregía del siglo XVI, levantó de la postracion en que se hallaba el apostolado católico. Pues qué, una asamblea como la de Trento, compuesta de tantos hombres eminentes en letras sagradas y profanas, que fomentó el estudio de las ciencias, y adonde concurrieron los sábios de todo el mundo, ¿cómo no había de ofrecer ejemplos de esa elocuencia facilísima y grande que parece ser una de las formas del talento ó de la sabiduría? Sin embargo, la elocuencia sagrada ganó muy poco, recargada como debía estar de doctrina, de erudicion, de teología, y sobre todo, amaestrada con la polémica cotidiana. Los historiadores hablan de algunas oraciones fúnebres y de unos cuantos sermones que fueron predicados en la apertura de las sesiones del Concilio, por Obispos, Doctores y monjes: y uno de los que han conservado alguna reputacion es el del Obispo de Bitonto, de quien se cita el siguiente pasaje para que se juzgue por este sermon del mérito de los demas: «la naturaleza nos ha dado, dice, dos manos, dos ojos y dos pies, para que el hombre sea un Concilio abreviado, sirviéndose de todos sus miembros.» Las mejores oraciones que entonces se pronunciaron, fueron las de Carranza, Fortidueñas, y otros españoles ilustres.

Si la elocuencia del foro hubiera tenido en Francia un ascendiente irresistible, contagioso, se pudiera decir que de los abogados aprendieron los predicadores. Sabi-

do es que cuando se cultiva un género de elocuencia, la importancia que este adquiere influye sobre todos los demas. Unas veces se hacen discursos en una asamblea política ni mas ni menos que si fueran sermones: otras veces los predicadores ensayan sus refutaciones y apologías con formulas que remedan conocidamente el estilo de un proceso. Pero en Francia la elocuencia del foro por estos tiempos no pudo tener tal ascendiente sobre la oratoria sagrada. Lemaistre, Patru, Pellisson y algun otro alcanzaron una reputacion lijera, á falta sin duda de mejores abogados; y tan cierto es que no pudieron prestar sus formas, su estilo al púlpito, cuanto que fueron arrastrados mas bien por aquella empalagosa y pesada erudicion que se traia á propósito de todo, y que no venía bien para nada. Citaban, como nos dice La Harpe (1) á Platon y á Séneca, á S. Basilio y S. Chrysóstomo. En vano Racine, cuando los veia mas apartados del asunto, les gritaba «al hecho, al hecho:» para la historia de cualquiera cosa acudian á los cartagineses y romanos; tuvieron la dicha de no apurar la luz del sol, ni el agua de los arroyos: nunca se acabó la primavera en las montañas donde segaban las flores; aunque lo inagotable fué verdaderamente su mal gusto. Estos abógados eran tan oradores poco mas ó menos como su antecesor Achilles de Harley, que formuló en *estrados* esta risible exhortacion á la virtud: «Procuradores, Homero os enseña vuestro deber, en la Odyssea, libro décimo: y Eustathe en su

---

(1) Cours de litterature ancienne et moderne, t. II.

Comentario, os dirá cómo debeis portaros con vuestros clientes (1).»

¿Cómo, pues, se elevó á tanta altura la elocuencia sagrada entre los oradores franceses? Ni la Inglaterra ni la Italia ayudaron gran cosa. Antes hemos hablado de la influencia de la España, pero sin exajerarla hasta lo inverosimil. De propósito no hicimos mencion de Alemania, á quien no se le concede por aquel tiempo un orador de nombradía. La discusion teológica, la polémica con la heregía, todo esto que fué tan útil para el estudio de las ciencias sagradas, no fué igualmente provechoso para la elocuencia del pulpito; y sin embargo, la Francia de Luis XIV no tuvo gloria mas grande que la de su apostolado católico. Todas las naciones tuvieron sacerdotes que predicaran con fervor ó con sabiduría; estas cosas apenas pueden faltar, porque hacen mucho bien á la Iglesia, y Dios por su misericordia no desampara á los pueblos, imponiendo silencio á los sacerdotes. Que los predicadores sean buenos, esta es una gran dificultad que ofrece el arte; pero que se levante de tal modo la oratoria sagrada, reinando el mal gusto, empobrecidas las escuelas, secas ó inficionadas las fuentes del bien decir; y que sin haber muy buenos ejemplos, antes habiéndolos muy malos, se levanten monumentos, modelos de elocuencia, obras inmortales, esto es ciertamente una gran maravilla que solo puede explicarse por la especialísima proteccion que Dios quiso dispensar á los hombres. Yo me felicito de

---

(1) Tableau de la litterature francaise au XVI siécle, par MM. Saint-Marc Girardin et Ph. Chasles.

que esta consideracion mística se acuerde con el parecer de M. Villemain, que explica la elevacion de la elocuencia sagrada entre los franceses, por el amor que tuvieron á la religion y el estudio que hicieron de la antigüedad. Cuando se rebelaban contra la autoridad de las Santas Escrituras, y se apartaban de la Iglesia por no imponer á su razon independiente el yugo de la autoridad y la esclavitud de la obediencia; entonces, en aquella lucha que se empeñaba, la sabiduría humana de una parte, de otra la Iglesia; en aquella guerra de palabras de donde habian de salir el caos de las revoluciones modernas, el ateismo y las utopias; en aquella contienda en que toma parte la Europa conmovida, prevalece el poder de la elocuencia sagrada; las naciones todas se vuelven hacia la Cátedra del Espíritu Santo como fascinadas por el irresistible atractivo de una palabra elocuente, en la que no creian todos. Turena es convertido por Bossuet: Fenelon confunde el orgullo de los sábios condenando él mismo sus propios escritos, y sometiéndose al fallo de la Iglesia; Bourdaloue, Masillon y otros predicadores ilustres no perdonan á los grandes sus costumbres depravadas, ni su corrupcion á la Córte: ni les deslumbra la gloria mundana de la que se apartaron por sus exhortaciones el Príncipe de Condé y la Princesa Palatina, ni dejaron de llevar hasta los últimos dias de la Vallière los remordimientos á que se debió su conversion, y las esperanzas que la consolaron en el cláustro. Infundióles Dios á estos sepientísimos y virtuosos prelados el amor de la religion y el don de la palabra, eficaz instrumento de su voluntad omnipotente. Huyeron de la vana ciencia que condena el Apóstol S. Pablo, y acudieron á la divina sa-

biduría: tomaron de la antigüedad la grandeza del lenguage, la caridad y la uncion de los tiempos apostólicos, la sencilléz del Evangelio, las gracias de la poesía, la verdad de las tumbas, la magestad, los afectos, el tácto fino y los modales interesantes, de la córte de un gran Rey que dió su nombre á su siglo.

Bourdaloue. «El primero, dice Voltaire, que hizo oir en el púlpito una razon siempre elocuente, fué Bourdaloue.» Su *Adviento*, su *Cuaresma* y sus *Sermones* sobre los misterios, le elevaron al primer rango. Leyéndole, la razon se eleva; meditándole, parece muy grande el Cristianismo. Se ha dicho que sus sermones saben á teología; á mi me parecen un curso completo de religion. ¡Qué conocimiento tan profundo de la divina Sabiduría! ¡qué ahondar en los misterios! Cierto es que falta muchas veces la gala en sus discursos; huye de las citas profanas, y de otros artificios que pudo sugerirle la fantasía. Acaso por esto es el predicador mas querido de los Ingleses, que como antes hemos dicho, se interesan demasiado por las pruebas y demostraciones. La victoria de Bourdaloue es sobre las inteligencias; con el sentimiento y la dulzura de otros predicadores hubiera sido el mas popular y el mas grande (1).

---

(1) Es expuesto el juzgar á Bourdaloue de memoria. Los críticos disienten entre sí. La Harpe lo juzgó no muy bien en su *Curso de literatura*. Despues se conoce que estudió mejor al Predicador, y en el tomo III, en lugar donde no correspondía, él mismo censuró su ligereza, y trazó un buen cuadro de Bourdaloue. Nos felicitamos de este dasagravio, en honor del predicador y del crítico.

Su tendencia á convertir todos los asuntos en temas de moral le lleva á tales estremos, que puede decirse que deja apenas empezados los panegíricos de los santos. Bourdaloue anunció este sistema en su sermon á S. Pablo: «no mireis este discurso, dice, como un elogio del santo..... es un discurso de religion..... un ejemplo que Dios nos propone, y que nosotros debemos imitar.» Júzguese del mérito de este orador, de su facundia, de la inagotable fuerza de su estilo siempre catequista, por sus sermones de Adviento y de Cuaresma. ¿Qué fuerza tendrá en los sermones doctrinales, cuando no se cansa ni se agota haciéndo de los panegíricos exposiciones del Evangelio? Un hombre mediano habría conservado la propiedad del panegírico; habría dado á conocer los santos; se hubiera detenido en el héroe de la religion que alababa, haciendo prudente reserva de su doctrina para las homilias y conferencias de moral. Pero Bourdaloue nunca teme que le falte caudal; parece aventurarlo todo en un exordio, y sin embargo, llega al fin de sus sermones, y se conoce que aun le queda mucho que decir. En el sermon de Sta. Magdalena, llevado de su celo evangélico, se le vé renunciar al triunfo que pudo obtener haciendo un panegírico brillante. «¿Conocia la Magdalena á Jesucristo mejor que nosotros? por el contrario, la fé del Cristianismo nos descubre maravillas ocultas entonces á sus ojos. ¿Porqué, pués, retardamos la conversion?..... Acabemos de una vez lo que tantas hemos querido comenzar, y digamos al Señor:=No será dentro de un año, ni de un mes, sino hoy mismo..... No será cuando yo me encuentre libre de tal ó cual negocio, porque es cosa indigna que los negocios del mundo retarden los de Dios.

No será cuando yo me encuentre viejo, porque todas las edades os pertenecen, y sería un ultrage no reservaros sino los últimos tiempos y como el remate de la vida. Señor, yo soy y quiero desde ahora ser todo vuestro. Recibid esta protesta que yo hago, y confirmad la resolucion que formo delante de vos.»=Los trozos elocuentes no son una novedad en los discursos de Bourdaloue. Bossuet hizo tal aprecio de sus talentos, que proponiéndole Luis XIV un Obispado, se atrevió á suplicar al Rey que recayera esta gracia en Bourdaloue.

Massillon. Cuando Massillon predicó su primer Adviento en la Córte de Versalles, le dijo el Rey: «he oido grandes oradores en mi capilla, y he quedado muy contento de ellos: pero todas las veces que os he oido, he quedado muy disgustado de mí.» No se puede, dice La Harpe, alabar mas á un predicador, ni aprovecharse mas de un sermon. Que un hombre elocuente como pocos, con la santidad de su ministerio, con el realce que le daban sus virtudes, manejando facilmente las sagradas Escrituras y los Santos Padres sea tan considerado y alabado por un Rey Cristianísimo, nunca puede ser una cosa extraordinariamente rara; pero el gran triunfo de Massillon consiste en que los mismos que no creian en su doctrina, ya que no pudieran alabarle como Luis XIV, le llamaron el Racine del púlpito y el Ciceron de la Francia. Tal era el encanto de su palabra, su harmonia, tal vez superior á la de Flechier; la viveza del colorido y los inesperados recursos de su génio. Atraia, encantaba, aterraba con lo patético, y dejaba en su auditorio remordimientos parecidos á la desesperacion, ó una dulzura inefable que participa mucho del consuelo, y no poco de la melanco-

lía. Massillon ha pintado la muerte del pecador con una verdad estremecedora. «Postrado el pecador, dice, en el lecho de muerte, no encuentra en lo pasado sino recuerdos que le confunden; en lo presente imágenes que le afligen, y en lo porvenir horrores que le espantan. No sabiendo á quién acudir, ni á las criaturas que se le escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrán librarle de la muerte, ni á Dios, á quien mira como enemigo, y de quien no podrá aguardar indulgencia, él se atormenta, se agita para huir de la muerte que le acosa, ó al menos para huir de sí mismo. Sale de sus ojos moribundos no se qué de sombrío y feroz, que esplica las iras de su alma. Del fondo de su tristeza saca palabras entrecortadas de sollozos, que apenas se oyen, y no se sabe si las formó la desesperecion ó el arrepentimiento. Arroja sus miradas á Dios Crucificado, y nó se sabe si espresan el temor ó la esperanza, el amor ó el odio. Parece que se disuelve el cuerpo ó que el alma se aproxima á su Eterno Juez: suspira profundamente, y no se sabe si es la memoria de sus crímenes quien le arranca estos suspiros, ó la desesperacion de dejar la vida. Por último, en medio de estos tristes esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones cambian, su rostro se desfigura, su boca lívida se entreabre por sí misma; todo su espíritu tiembla, y por este último esfuerzo su alma infortunada se desprende del cuerpo, cae en las manos de Dios, y se encuentra sola al pié de su tribunal terrible.»

Si de antemano se nos anunciara una descripcion tan prolija nos parecería pesada. Massillon disuelve mucho los conceptos, insiste en la misma idea, va y viene, pero sin debilitar el interés; y su fracmento de la *muerte del*

pecador no puede menos de dejar en el ánimo una sensacion viva.

Distínguese mucho de sus sermones de Adviento y de su cuaresma, la *Cuaresma pequeña* que publicó ya en el reinado de Luis XV. El severo Massillon fué muy aplaudido de los cortesanos y de las gentes de mundo: y la *Petit Carême*, reprendiendo dulcemente los vicios de la Corte pintados con menos horror que sentimiento, inundándolo todo de un encanto inesplicable, alcanzó gran boga entre aquellos mismos á quienes el ya entonces Obispo de Clermont, habia espantado con el adusto porte de un penitente y las pinturas tan fuertes de una imaginacion exaltada. La *Petit Carême* llegó á ser el libro querido de las damas, como un mueble indispensable y de buen tono. Y no se puede creer que esto haya sido meramente una preocupacion de la moda, que no pasó tan pronto, ni se limitó á las mujeres mas distinguidas de la Córte de Francia. La piedad de las españolas se ha interesado tambien por este precioso libro, que hoy se vé entre sus manos adornado elegantemente, como sus libros de devocion. Junto con la *Petit Carême* va tambien otro famoso sermon de Massillon, el que pronunció en la jura de banderas del regimiento de Catinat. Ya en algunos de sus sermones habia dado á conocer su tolerancia, tal vez excesiva, pero sin duda alguna encantadora, con que trata al desgraciado mortal víctima de las pasiones mundanas. En la oracion fúnebre del Delfin, para excusar la disipacion del Príncipe, dice: «¿qué ofrecería nuestra vida al público si se pusiera en espectáculo como la de los príncipes? Menos expuestos que ellos, somos mas fieles por ventura? nuestras caidas se ocultan en la oscuridad de nuestros destinos.»

Aparte del talento y brillantez con que Massillon ha realzado todos sus trabajos; prescindiendo, si es posible, de su mérito extraordinario que es indispensable admirar en sus oraciones y mucho mas en sus escritos, lo que hay que considerar en sus trabajos, es el fin que se propone, la eleccion del asunto, la consagracion de su ministerio apostólico á cada una de las necesidades de la Iglesia. Unos predicadores son los Demóstenes del pueblo; otros son los Teólogos y Doctores que hablan solamente, puede decirse así, para que los entiendan los hombres facultativos; unos son para cierta porcion selecta de la sociedad; otros para los académicos y literatos: pero Massillon es el predicador de todos. Sus *Sermones* son para el pueblo; *su pequeña cuaresma* para los grandes y los reyes; sus *conferencias* para la juventud de su Seminario; sus *discursos sinodales* para el Clero; los hombres de letras han admirado su discurso de recepcion en la Academia; y sus *paráfrasis de los salmos* y hasta las *cartas pastorales* que dió con motivo de acontecimientos pùblicos y solemnidades de la Iglesia, se han recogido con veneracion por la piedad cristiana, y con general aplauso por todos los hombres doctos. Tal era para Massillon la conciencia de sus deberes, de tal modo se creia obligado al trabajo y los creia obligados á todos, especialmente á los sacerdotes, que absorviendo en un punto fijo el interés que habia repartido en sus escritos y sermones, dice así en una de sus *conferencias*: «cada uno en su clase tiene deberes y cargos que ocupan una parte de su vida; el magistrado, el hombre de guerra, el padre de familia, el comerciante, el artesano, la vida de todos estos ciudadanos está mezclada de ocupaciones formales;

tienen horas, dias, tiempo destinado á las penosas tareas de su profesion. El sacerdote mundano es únicamente el mas inútil y desocupado que hay en la tierra. Cuando todos sus momentos deben ser tan preciosos á la Iglesia; cuando sus deberes son tantos, y sus cuidados deben aumentarse á medida que se multiplican los vicios de los hombres, el sacerdote mundano no hace nada; pasa sus dias en un vacío eterno, en un círculo de inútiles frivolidades; y la vida que habria debido ser la mas ocupada de todas, la mas cargada de obligaciones, la mas respetada, viene á ser la vida mas ociosa, la mas despreciable.»

La posteridad ha rendido un tributo de admiracion á este predicador ilustre.

Fenelon. Si queremos buscar á Dios en las maravillas de la naturaleza, la primera parte del *Tratado de la existencia de Dios* de Fenelon vale mas que las homilías de S. Basilio y es á veces mas brillante que las poéticas descripciones de Buffon. «¡Oh Dios mio, dice este ilustre sacerdote, levantando las manos y los ojos al cielo; si tantos hombres no os descubren en este bello espectáculo de la naturaleza entera, no es por que esteis lejos de nosotros. Cada uno os toca con la mano; pero los sentidos y las pasiones que ellos excitan, se llevan toda la atencion del espíritu!» Si queremos buscar el talento y las abstracciones metafísicas, le veremos en la segunda parte tratar de los fundamentos de la duda universal, con la elevacion que pudiera hacerlo Malebranche. El que quiera comprender la dulzura y uncion apostólica que hay en este sapientísimo Prelado, que lea sus *sermones*, sus *entretenimientos*, sus *meditaciones*, sus *avisos cristianos* y

sus *cartas espirituales*. Sin contar ocho cartas de su correspondencia con el P. Lami sobre la predestinacion y la gracia, y otras tantas á una religiosa carmelita, la última coleccion que se ha publicado comprende doscientas cuarenta y cinco cartas. No se puede leer cualquiera de ellas, sin que nos venga el deseo de que las conozcan todos. Cuando aconseja la humildad, se quisiera estar rodeado de superiores impertinentes empeñados en probar nuestra paciencia: cuando combate la soberbia, parece encantadora y amable la simplicidad del espíritu; y en sus cartas que llama de *consolacion* se vé, sin que de ello pueda quedar duda, que el mayor de nuestros deleites en la vida debe ser el sufrir y el padecer en Cristo. Asi consuela Fenelon ocupándose de la muerte de una persona jóven: «el sufrimiento es la vida secreta de las almas, dice..... pero no os dejeis ir á pensamientos que aflijan demasiado. La frajilidad de una edad tan tierna y de una vida disipada no tienen tanto veneno como ciertos vicios del espíritu de que se quiere hacer virtudes en una edad mas avanzada.... aunque el torrente de las pasiones y de los ejemplos arrastren á un jóven, nosotros podemos decir siquiera lo que la Iglesia en las preces de los agonizantes: él al menos, Dios mio, ha creido y esperado en vos. Un fondo de fé y de principios de religion que duermen en el desarreglo de las pasiones escitadas, aparecen de repente en el momento del último peligro: se disipan todas las ilusiones de la vida; los ojos se abren á la eternidad, y entonces se recuerdan todas las verdades oscurecidas. Por poco que Dios haga en este momento, el primer movimiento de un corazon acostumbrado á él otras veces, es el de recurrir á su misericordia. Dios no tiene

necesidad de tiempo ni de discurso para hacerse entender ni sentir. No dice á la Magdalena mas que esta palabra «*María*,» y ella no responde mas que esta otra «*Señor*:» esto es decirlo todo. El Señor llama á la criatura por su nombre, y ella se vuelve á él.... hace un corazon y un espíritu nuevo en el fondo de sus entrañas (1).»

Razon hay para admirarse del raro talento y de la inagotable fecundidad de Fenelon. ¿Quién diría que el mismo hombre que daba tan dulces consuelos al huerfano y á la viuda, que el ilustre prelado que toma la pluma poco antes de morir para consolar con mucho amor á una mujer que le habla de sequedades y tribulaciones, era el mismo que engolfándose en las mas altas especulaciones de la inteligencia habla de Dios en el lenguaje de la metafísica? «La idea que yo tengo de lo infinito, dice, no es ni confusa ni negativa; porque excluyendo todos los límites, es como me la represento. Quien dice límite, dice una negacion... por lo contrario, quien niega esta negacion afirma alguna cosa muy positiva.... La palabra *finito* tiene un sentido negativo: nada hay tan negativo como un término; porque quien dice cosa limitada, dice negacion de toda extension ulterior (2).» ¿Quién diría tampoco que eran de una mano estas abstracciones y el *Telémaco?* El mismo autor de una epopeya, quien ha sabido dar un colorido poético á las maximas morales y animar las fábulas de la mitología ó la aridez de la metafísica con las gracias de la imagina-

---

(1) Oeuvres spirituelles, t. 2. Lettre CLIII.
(2) Traité de l' existence et des attributs de Dieu.

cion, es el de las abstracciones metafísicas: el autor de las *Aventuras de Telémaco* es el mismo de las *cartas espirituales, avisos y meditaciones Cristianas;* y el ilustre prelado, el sábio y virtuosísimo Arzobispo de Cambray, que sube al púlpito de su Iglesia á condenar su propio libro que ya había puesto á los pies del Santísimo para que lo quemáran los rayos de la gloria, este mismo hombre humildísimo era el tribuno que lamentándose de las superfluidades en que se gastaba el presupuesto del Estado, se atrevía á decir al Rey: «¿Nó habeis impuesto sobre los pueblos nuevas cargas para sostener vuestros gastos inútiles, el lujo de vúestra mesa, de vuestros equipages y de vuestros muebles, el embellecimiento de vuestros jardines y palacios, y las gracias excesivas prodigadas á vuestros favoritos?» Nadie ha dicho de Fenelon todo lo que se pudiera decir: muchos lo juzgan, pero siempre el juicio queda incompleto: no es decirlo todo decir con Vauvenargues: «amable génio que puso tantas flores en un estilo tan natural, tan melodioso y tan tierno, que hizo reinar la virtud por la uncion y la dulzura.» Esto no es estraño. En los mismos trabajos de su predicacion no fué siempre igual, eligiendo diversos estilos segun los asuntos. La moral cristiana, la vida devota, el ascetismo, solian ser y fueron generalmente en los últimos años de su vida la clave de casi todos sus sermones; bien que su talento y hasta la sensibilidad esquisita de su carácter no podian menos de embellecerlo todo. Bastaban algunos tóques de su pincel, y los eriales quedaban convertidos en amenos y frondosos jardines: donde sentaba su planta, brotaban flores: prestaba su voz al viento y la fantasía y el colorido á los bosques sombríos y á los campos.

Y yendolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura (1).

Fenelon á los treinta y cuatro años pudo hacer una pieza mística con todo el encogimiento de un ascéta; y á los cincuenta y siete hizo un brillante discurso á las Misiones estranjeras. Parece que no se puede prescindir de la juventud, cuando se trata de impulsar la marcha del Evangelio. Un anciano parece que debe ser el historiador, á quien se le permita descansar en cada siglo; un jóven es ó puede ser el Apóstol, que vuela con los primeros mártires y alienta á los últimos cristianos: va y viene; retrocede y se adelanta; infunde á las cosas muertas un espíritu de vida, y dá á los acontecimientos pasados un color de actualidad.

Sin embargo, no se puede correr en menos tiempo ni puede haber mas fuerza en esta atrevida espedicion del Evangelio, tal como nos la pinta el ya entonces anciano Fenelon cuando dice: «Las regiones salvages é inaccesibles del Norte, que el sol apenas alumbra con sus rayos, han visto la luz del cielo. Las playas abrasadoras del Africa han sido inundadas por la gracia divina que cayó á torrentes.» El asalto de Roma y la conversion de los bárbaros inspiraron á Fenelon estos valientes rasgos de la mas alta elocuencia: «Mirad estos bárbaros, dice, que hicieron caer el Imperio Romano; Dios los ha tenido en reserva, bajo un cielo helado, para castigar á Roma pa-

---

(1) S. Juan de la Cruz: Canciones entre el Alma y Cristo su Esposo.

gana, embriagada con la sangre de los mártires: les soltó la brida, y ellos inundaron el mundo: pero derribando este Imperio, se someten al imperio del Salvador. A un tiempo ministros de venganza y objetos de misericordia, sin saberlo son llevados como por la mano delante del Evangelio. Y de estos es de quienes puede decirse á la letra, que encontraron al Dios que no buscaban.» Sin fatigarse llevando el mismo itinerario de los Apóstoles, llama Fenelon con recios golpes para despertar á los pueblos de las extremidades del Oriente. «Pueblos, les dice, hé aquí vuestra hora. Alejandro, este conquistador de quien Daniel nos dice que apenas tocaba la tierra con sus pies, deseoso de subyugar el mundo entero, se detiene bien lejos de vosotros; pero la caridad vá mas lejos que el orgullo. Ni las abrasadas arenas, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distáncia de los lugares, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie, ni las diversas latitudes en que se descubre un cielo nuevo, ni las flotas enemigas, ni las costas bárbaras, pueden detener á los que Dios envía. ¿Quiénes son estos que vuelan como las nubes? vientos, llevádlos en vuestros alas. Que el Mediodia, que el Oriente y las islas desconocidas les aguardan y miren en silencio venir de lejos..... Naciones sepultadas en las sombras de la muerte, ¡qué luz tan hermosa sobre vuestras cabezas!»

Este era Fenelon, ilustre Arzobispo de Cambray. Se disputará si por el lado metafísico desciende de Malebranche ó de los Escolásticos; si por el lado literario desciende de Virgilio mas bien que de Homero; si el Telémaco tiene mas de la Eneida que de la Iliada. Para aumentar los paralelos y la confusion á que se brinda el ca-

rácter vario de su talento, pudiéramos comparar algunos de sus escritos con la Filotea, y sostener que por el lado místico tenía semejanzas con S. Francisco de Sales; aunque en vez del caracter festivo del Obispo de Ginebra, conozcamos que la amable sonrisa de Fenelon parece impregnada de una encantadora y suave melancolía.

Pero dejemos apuntadas estas observaciones, para dar una ojeada á otro nuevo género de elocuencia en que los oradores franceses del siglo XVII se han distinguido prodigiosamente. Tal fué la *oracion fúnebre*.

CAPITULO XIV.

La oracion fúnebre entre los antiguos y los modernos.—Que su mayor grandeza se funda en el sentimiento de la inmortalidad.—Bossuet, Mascaron y Flechier.

La oracion fúnebre, como el panegírico, fué conocida de los antiguos: fué de las primeras formas que recibió la elocuencia. Por un lado, David describe el duelo del pueblo en la muerte de Saul y de Jonatás; S. Gregorio consagra un elogio fúnebre á la memoria de su hermano, y hemos citado el que pronunció en la muerte de Heron (1). Frecuentes ejemplos de estas oraciones se encuentran en los escritos de los Padres de la Iglesia, que con las alteraciones y novedades que introduce el gusto, han llegado hasta nosotros. La forma puramente pagana, y la forma puramente literaria, no dejan por otra parte de conservarse en los elogios fúnebres que la antigüedad consagró á los Reyes, á los legisladores y soldados, y que

(1) Pág. 63.

las modernas edades emplean, muchas veces con sentimiento y brillantez, en honor de algunos académicos de alto renombre, de oradores pujantes, y de literatos ù otros personages de nombradía.

Que fuera conveniente privar de la sepultura á los malos Reyes y dar alabanzas á los buenos, segun cuentan algunos historiadores que se hacía en Egipto (1); que despues, nó tanto á los Reyes como á los ciudadanos muertos en el ostracismo rindiera tristes pero gloriosos homenages la Grecia republicana, es punto controvertido aun en estos dias; sin que pueda dudarse, conocido el genio de la Grecia, sus costumbres, su entusiasmo, y la multitud de sus oradores, que el sentimiento patriótico nó dejaría de acompañar á su última morada, con algunas ardientes improvisaciones, los venerados restos de sus héroes. Retirándonos de los mas antiguos tiempos, vemos que los guerreros muertos en Marathon y Salamina fueron honrados con tristes alabanzas. La madre Patria lloró muchas veces en los funerales de sus hijos. La historia ha rocogido algunos de estos fúnebres elogios, y descrito esas majestuosas procesiones en que sobresalen los carros mortuorios adornados con coronas de ciprés, el atahud vacío en memoria de los que perecieron en los mares, el orador buscado entre los mas elocuentes, el clamoreo de los ciudadanos y el llanto de los padres de tantos héroes desconocidos. Los nombres de tantas víctimas se grabaron en medias columnas que fueron levantadas en las llanuras de Marathon. Se tribu-

(1) Se duda en esta parte de la veracidad del historiador Diodoro de Sicilia. Hemos consultado á Herodoto y nada dice.

taron elogios á los que murieron en Platea con las armas en la mano: cada nacion levantó un sepulcro á sus guerreros, y periódicamente se renovaban con juegos solemnes estas que se llamaron *Fiestas de la libertad* (1).

Pero á los mas brillantes panegíricos de los paganos faltaba el apoyo mas seguro: su sublimidad espiraba en el vacío; todo el premio de la virtud y del valor consistía en un rasgo elocuente ó felíz; era menester suplir la eternidad con la memoria de la patria, y el elogio tenía que ser vago, poéticamente vago, para ser sublime. «Muriendo por la Patria, dice Pericles en alabanza de unos guerreros, ganaron un nombre que no envejecerá, y una sepultura gloriosa. Yo hablo menos del lugar en que están enterrados, que de esta vasta tumba de la gloria, cuyo recuerdo vivirá siempre.» (2) «Es doloroso, decía Demóstenes, para un padre y una madre, ver morir á sus hijos; pero es bello verlos honrados por la patria con inmortales homenajes, con fiestas y sacrificios como á los Dioses.» ¡Qué débil es todo esto al lado de las arengas de los sacerdotes cristianos! Haciendo S. Ambrosio el panegírico de su hermano dice: «Cristianos, hemos traido al templo la víctima agradable á Dios, Satyro, mi guia y mi hermano.... Si en medio de los peligros que nos cercan he prevenido los dolores públicos por mi dolor particular.... haga el cielo que todo sea cumplido, y

(1) Thucydides en el libro II de su Historia. Los viajeros modernos, como Barthelemi, repiten estas relaciones que han tomado de la historia. *Viaje del jóven Anacharsis*, tomo I.

(2) Plutarco: Vidas de Varones ilustres.

que mi llanto remedie en este dia el llanto de la Patria.... De nada me ha servido recojer tu postrer aliento, acercar mi boca á tus moribundos lábios! Yo pensaba hacer pasar tu muerte á mi corazon, ó comunicarte mi vida! Dulces y crueles memorias! tristes abrazos enmedio de los que he sentido helarse tu cuerpo y exhalar el último suspiro!.... Pero nuestras lágrimas cesarán; es menester que haya diferencia entre los infieles y los cristianos. Que lloren los que no tienen la esperanza de una nueva vida; nosotros debemos enjugar nuestras lágrimas. Los gentiles se consuelan creyendo que la muerte es el reposo de todos los dolores; pero á nosotros nos alienta una esperanza mejor; nosotros debemos tener mas paciencia y sufrimiento. Nuestros amigos no nos dejan, nos preceden: no los mata la muerte: entran en la eternidad de la vida (1).» El patriotismo fiero de los gentiles no es comparable con el dulce amor de la patria de los héroes cristianos; ante los tiernos consuelos de la religion, los juegos y fiestas públicas parecen horribles: contrapuesta á la eternidad, la gloria humana por sí sola, es un débil refugio; el reposo de una tumba coronada de flores dista infinitamente de la eterna dicha que espera á los buenos en el seno del Dios de las misericordias. Y por esto la oracion fúnebre, aunque conocida de oradores como Pericles y Demóstenes, no podia llegar al apogeo de su elevacion sino con los sacerdotes cristianos.

---

(1) Sanct. Ambr. Opera, t. III. Tiene tres:—De obitu Valentiniani; de Obitu Satyri; de Obitu Theodosii.—Edicion de Colonia, año 1616.

Las cartas de consuelo que escribió S. Gerónimo, y otros entre los modernos, como la que ya hemos citado de Fenelon (1); el discurso del mismo S. Ambrosio consolando por la muerte de Valentiniano; sus hermosos arranques, las profundas consideraciones de este Santo Padre en la oracion *De fide resurrectionis* (2), las oraciones fúnebres de S. Gregorio de Niza en la muerte de S. Basilio y de Pulqueria, y tantos otros discursos de una celebridad extraordinaria, hacen palidecer á nuestros ojos las mas sentidas y mas bellas imágenes de los oradores paganos. ¿Les negarémos toda grandeza? no podemos hacerlo despues de haberlas admirado Bossuet; pero lo que á los paganos les faltaba en el terreno de la revelacion para llegar á la verdad, les faltaba en la religion para llegar al ideal del sentimiento y de la belleza. Su ciencia como sus esperanzas terminaban en lo finito: la materia era el límite de sus especulaciones, como el sepulcro el término de su vida: un paso mas allá de estos hemisferios, no se descubría sino tinieblas y sombras de muerte. El Cristianismo con lumbre de fé pudo despejar el caos y agrandar el horizonte. La oracion fúnebre es desde entonces un tierno llanto sobre las miserias de esta vida, que se hace dulce á fuerza de una fé viva y de esperanzas inmortales. Los muertos no se ván; se ausentan: los vivos no se quedan; les siguen: ¡dulce consuelo para los ancianos que perdieron con sus hijos un apoyo! ¡dulce vivir de los amantes esposos para quie-

---

(1) Pag. 223.
(2) Se halla en el mismo libro.

nes nunca se acabarán sus castos y dulcísimos amores! (1).

Las academias y corporaciones científicas han conservado el panegírico: pero ¿quién tendrá valor para ocuparse de estos elogios, que por grandes que sean, no pueden compararse nunca con los fúnebres acentos que la religion consagra en memoria de los ilustres finados? Sin embargo, supuesta la diferencia de un templo á una academia de ciencias, de un sacerdote á un literato, de un Rey Cristianisimo por ejemplo, á un poeta, á uno de esos hijos de la pasion que vivieron corta vida, sostenidos del rocío de fuego que les estuvo dia y noche cayendo de lo alto de las nubes; y suponiendo ademas que en semejantes elogios no se contradigan las divinas esperanzas separando de la religion el génio y de la eternidad los destinos de la criatura, puede haber grandeza, y la hubo en muchos elogios. De todos aquellos en que se siente el vacío, nada he visto mas terrible que el elogio de Marco Aurelio. Es por demas edificante, de soberbias formas, y la accion que desenvuelve es una imitacion viva y sobre todo fiel, de los sentimientos de un pueblo

---

(1) En estas esclamaciones que pueden parecer poéticas se encierra una verdad sublime. De estas palabras de Isaias (62 v. 5) *habitabit juvenis cum virgine*, sacó Santo Tomás un gran partido tratando de la resurreccion de la carne. La inmortalidad, pues, no es una quimera, ó una cosa de tan poco valor como la fama póstuma. V. *Opuscula inédita S. Thomæ Aquinatis*. De la primera edicion hecha en Roma (año 1840) con notas de F. Jacinto de Ferrari.

gentil. «Oh hijo de Marco Aurelio, decía un anciano; yo te hablo en nombre de los Dioses. Si tú debes ser justo, ojalá viviera bastante para poder contemplar tus virtudes! pero si tú debes un dia..... Commodo de repente agita su terrible lanza. Todos los romanos palidecieron; no pudiendo acabar, el venerable anciano se cubrió el rostro, la pompa fúnebre que estaba detenida, continuó su marcha: el pueblo seguía consternado y en un profundo silencio: oh, ya se había penetrado de que Marco Aurelio quedaba *todo entero* encerrado en una tumba (1).» La inmortalidad del alma, la Providencia, la religion hubieran encontrado alguna esperanza que oponer á las calamidades que amenazaban al pueblo: el dolor es extremo; de una magnífica y sombría belleza; pero la desesperacion es horrible. El pueblo que veia brillar el acero sobre sus cabezas, no esperaba salvarse: Marco Aurelio estaba *todo entero* en el sepulcro, y no podía consolarle la idea fatalista de su destino.

Sin hablar mas de los antiguos elogios fúnebres, ni siquiera de los tan célebres de Ciceron en la muerte de Pompeyo y del de Plinio en la muerte de Trajano, la Academia francesa hizo soberbias alabanzas de los Santos y Predicadores de mas nombre, y ofreció tambien otras oraciones fúnebres en que falta la grandeza porque falta el respeto á la religion ó se descartan su elevacion y sus dulces consuelos. Algunas veces es bella la mezcla de lo profano, mas bien, de lo gentil y de lo sagrado, aunque esta mezcla parezca inconciliable con la natura-

---

(1) Essai sur les éloges, de Thomas.

lidad del discurso. Alabando los escritos de Bossuet se le aplicó lo que dijo Quintiliano del Júpiter de Fidias: «que había fomentado la religion de los pueblos.» D' Alembert hizo un excelente elogio de Massillon: pero no se puede soportar su orgullo cuando en el elogio de Voltaire decía: «La Academia de Berlin y yo nos proponemos pagar al grande hombre que acaba de morir el justo tributo que se debe á sus cenizas.» Bien puede observarse que al prescindir de la religion, al momento se orijinan de aquí muchas imperfecciones: puede haber buenos rasgos; el pensamiento produce por su energía; pero si en tales casos falta el sentimiento religioso, toda belleza se deslustra. En el mismo elogio puso el panegirista estas palabras en boca de Voltaire: «Yo no encuentro consuelo para soportar esta carga de la vida, sino con las Musas.» A tanto escepticismo correspondía perfectamente la llaneza un poco vana y demasiado familiar de D' Alembert cúando decía: «la Academia de Berlin y yo.... etc. etc.»

En el horror que nos inspiran esas arengas de sabor pagano con que la irreverencia y el atrevimiento se atreven á profanar el religioso pavor que debe inspirar la muerte, tornamos la atencion á los grandes monumentos que nos legaron algunos escritores eminentes del siglo de Luis XIV. Ni podemos querer tampoco, literariamente hablando, esas frenéticas improvisaciones al aire libre en que puede descubirse la huella de los sentimientos religiosos, no obstante las imágenes poéticas, los sollozos y las mas vivas exclamaciones de un dolor poco elocuente. ¿Nó es sumamente difícil hacer algo bueno en este género? ¿cuántos siglos habría que recorrer para encontrar

un gran modelo de semejantes elogios? Son muy pocos los entendimientos privilegiados que pudiendo interpretar bien los sentimientos poéticos, comuniquen el dolor en vez de mover á risa, estremezcan el auditorio en vez de causarle fastidio. El sentimiento poético, cuando es una emocion ligera y nó el arranque impetuoso del génio, cuando nó es la flor que exhala naturalmente el aroma si no se descompone y exprime entre las manos, lejos de ser fuente y principio de tristes y sombrias pero magníficas inspiraciones, es origen de creaciones impertinentes, débiles, el motivo de un dolor que no interesa ni mueve, el pretesto para sutilezas y vaguedades discurridas con trabajo, ó un vuelo insensato, en que imaginándose crear alguna cosa, hay que venir á parar á la repeticion de imágenes gastadas y al abuso de lugares comunes. Todas las grandezas de la oracion fúnebre podemos admirarlas en la elocuencia de un Sacerdote. Se llama Bossuet: sin dar su nombre, lo que acabamos de afirmar no parece verosimil.

Bossuet. Veinte años, desde los cuarenta á los sesenta, son la vida entera del primer orador de la Francia, del célebre Bossuet. Abrazó todos los estudios, la Biblia y los autores profanos, los padres de la Iglesia, los escolásticos, los poetas y los escritores místicos: no excluyó mas que las matemáticas. Gustaba mucho de Homero, Virgilio y Ciceron; pero á pocos escritores conservó tanto amor como á S. Agustin; lo citaba con frecuencia y era el compañero de sus viages. Cuando Bossuet, ya conocido por sus primeras disputas con los protestantes, lo fué tambien por sus primeros sermones, fué á predicar á la córte. Bossuet tuvo en los sermones un rival poderoso;

pero en las oraciones fúnebres no tuvo ninguno. Nadie como él sacó tanto partido del espectáculo de la muerte. La nada de las humanas grandezas, el silencio de los sepulcros, esa noche eterna de los finados, junto con el recitado de hechos heróicos que ennoblecen la historia de la Francia, y la exaltacion de las virtudes que hacen amar la religion, este fué casi siempre el tema de sus oraciones fúnebres. Los Príncipes y Reyes fueron amedrentados mas de una vez con las exclamaciones espantosas que hizo vibrar en sus oidos este elocuente sacerdote; porque ellos eran sin duda «los dioses de la tierra degradados por mano de la muerte, abismados en la eternidad, sin nombre y sin gloria como los rios que se pierden en el Océano, y van á parar á riberas desconocidas.»

Aunque la oracion fúnebre es una de las más antiguas formas que ha recibido la elocuencia, nunca hasta Bossuet llegó á tomar esa elevacion magestuosa de los modelos, por cima de los cuales no se puede pasar. Bossuet tenía que aventajar á los griegos, por ejemplo, en proporcion con la distancia que separaba al Catolicismo de la sociedad gentil. No faltó génio ciertamente al orador que sin creer en la inmortalidad del alma, pudo hacer un elógio fúnebre no enteramente falto de grandeza. «La tierra entera, dice Pericles alabando á unos soldados muertos, es el mausoleo de los hombres ilustres..... su memoria inmaterial, viviendo en el fondo de las almas, se conserva por el pensamiento mas que por las inscripciones y las columnas....»

No hay ruido que no repitan los oradores gentiles; el ruido de la fama, de los aplausos, de las grandezas, de

las armas, de la gloria; pero en la sencillez de la moral cristiana, en la severidad de la oracion fúnebre, el sacerdote aniquila las grandezas de la tierra: ¡qué frias deben parecernos las declamaciones de Pericles! ¿quién no experimentará un involuntario desasimiento de las cosas terrenales al oir á Bossuet: «los adoradores de las grandezas humanas, ¿estarán satisfechos de su fortuna cuando vean cómo su gloria pasa á su nombre, sus títulos á sus tumbas, sus bienes á los ingratos, y sus dignidades á los envidiosos? (1).» Por mucho que se haga durar á esa segunda vida de la opinion, pobre recurso de los oradores gentiles, y refugio miserable de los malos cristianos que rechazan con tedio la imágen de la eternidad, Bossuet le pone un término pronto: «tal vez se contará por algo, dice, esta vida de reputacion, creyendo que se establecerá sólidamente el pensamiento de revivir en la familia. ¿Quién no vé hermanos mios, cuán vanas, cortas y frágiles son estas segundas vidas que nos hace inventar nuestra flaqueza, para evitarnos de algun modo el horror de la muerte? (2).»

Entre nosotros han venido á ser vulgares las mas grandes imágenes de la muerte: el olvido de los nombres mas ilustres, la igualdad, ante el sepulcro, del cetro régio y del cayado humilde; la vida segada en flores, (que es la misma imágen aunque de mas grandes proporciones, empleada por un orador, que exclama despues de una sangrienta batalla «el año ha perdido su primavera;»)

---

(1) Oracion funébre de Henriette d' Anglaterre.
(2) Oracion funébre de Michel le Tellier.

el dolor que nos inspira el genio y todos los dones del espíritu aprisionado en mortal envoltura; la parca envidiosa de tanta belleza; el sol, de la luz de sus ojos; todo este conjunto de imágenes vivas, esta dichosa intervencion de los ángeles y los cielos, esta conspiracion horrible de la parca, los espectros y las sombras que dan vueltas en torno de la víctima con la perseverancia de fieros vestiglos, todos estos lugares comunes nó se vuelven imágenes descoloridas en las oraciones de Bossuet. Alabando la modestia de María Teresa de Austria, dice: «la muerte no la ha cambiado; sino que le dió una belleza inmortal, por la mortal y perecedera que antes tenía.» Esto no es una novedad, pero sí una belleza. En el elogio fúnebre de la Duquesa de Orleans, Bossuet hizo llorar á la Córte con esta declamacion sencilla: «Madame se meurt, Madame est morte!» sofocada la voz con sus sollozos, oprimido su corazon, con los ojos preñados de lágrimas, repetía aquellas palabras que los cortesanos creyeron oir muchas veces en las bóvedas de S. Dionisio: «O nuit désastreuse! ó nuit effroyable, où retentit tout à coup, comme un éclat de tonnerre, cette étonnante nouvelle: Madame se meurt, Madame est morte! (1).»

Llegado el fin de su carrera apostólica, Bossuet pronuncia su última oracion fúnebre, la del príncipe de Condé, que es una obra admirable. Despues de haber abatido sin piedad la gloria del mundo, habiéndola negado tantas veces, la concede por fin para darle un golpe terrible, y reducirla á la nada. Considera tantos paganos

---

(1) Oracion fúnebre de Henriette d' Anglaterre.

ilustres, conquistadores y sabios, como Sócrates, Marco Aurelio, Scipion, César, Alejandro, que no conocieron á Dios. ¿Con qué fin fueron criados estos hombres? San Agustin dice que para ornamento del siglo, como el sol por ejemplo. Entonces exclama Bossuet: «qué desgraciada la suerte de estos hombres destinados para ser el ornamento de su siglo! ¿Qué han querido estos hombres sino alabanzas y gloria? ¿se la negaría Dios para confundirlos? nó, que los confunde mas bien dándole mas gloria que la que desean. Este Alejandro que no quería sino hacer ruido en el mundo, ha hecho mas del que podía querer. Preciso es que él se encuentre en todos nuestros panegíricos: ningun príncipe puede recibir alabanzas sin que Alejandro participe de ellas: el conquistador parece arrastrado por una fatalidad gloriosa. Para recompensar estas grandes acciones de los romanos, Dios ha sabido premiar sus méritos y sus deseos: les dá por recompensa el imperio del mundo, como un presente que nada vale. ¡Oh Reyes, confundíos en vuestra grandeza: conquistadores, nó canteis vuestras victorias (1).»

Lleno de gloria y dignidades, seguido de la veneracion del pueblo, Bossuet dá fin á sus oraciones fúnebres. «Dichoso yo, dice al acabar, si advertido por estos blancos cabellos de la cuenta que debo dar de mi administracion, reservo al rebaño que debo alimentar con la palabra de la vida, los restos de una voz que muere y de un ardor que se extingue!»

En la controversia con los protestantes, escribió la *His-*

---

(1) Oracion funèbre de Louis de Bourbon.

toria de las variaciones: desempeñando el cargo de preceptor del Delfin, escribió para su enseñanza los *Discursos sobre la historia universal*: hizo tambien sus oraciones fúnebres, de las cuales, cuatro principalmente, dudo mucho que ni aun puedan imitarse con tal cual éxito. Sus *Meditaciones sobre el Evangelio* son por último un libro precioso, que debieran tener á la mano todos los que aspiran á la carrera de la predicacion.

Massillon juzga al ilustre Obispo de Meaux, al célebre Bossuet, en este elocuente pasage del panegírico del Delfin: «Bossuet, dice, fué de un genio vasto, de un candor que caracteríza siempre las grandes almas y los espíritus de primer órden; el ornamento del Episcopado, con el que se honrará el clero de Francia de todos los siglos; un Obispo en medio de la córte, el hombre de todos los talentos y de todas las ciencias, el doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas, el padre del siglo XVII, y á quien no faltó mas que nacer en los primeros tiempos, para haber sido la luz de los Concilios, el alma de los Padres de la Iglesia, para haber dictado los Cánones y presidido las asambleas de Nicéa y Efeso.»

Siglo y medio despues de la muerte de este grande hombre no se rechaza la calificacion que hizo la Bruyère en su discurso de recepcion en la Academia, cuando hablando de Bossuet dijo arrebatado de entusiasmo: «Hablemos anticipadamente el lenguaje de la posteridad; *un Padre de la Iglesia.*»

Mascaron y Fléchier. Estos dos predicadores se han distinguido mucho en las oraciones fúnebres; solo que el tiempo y la crítica, van quitando poco á poco al primero el gran concepto

que adquirió en un principio, y ya no se alaba apenas sino su oracion fúnebre en la muerte de Turenna. Inspiróle su conversion este sublime y elocuente rasgo: «Angeles de primer órden, espíritus destinados por la providencia para la guarda de esta gran alma, decidnos cuál fué la alegría de la Iglesia en su conversion, y con qué regocijo fueron acogidos los primeros perfumes de las oraciones de este nuevo católico, cuando desde el pié de los altares del cordero sacrificado lo llevasteis al pié del altar del cordero que reina en la gloria. Los ancianos coronados y los coros de los ángeles, ¿nó redoblaron su alegría y la dulzura de sus cantos celestiales? (1)»

Mascaron predicó mucho en la Córte de Versalles. Algunos escándalos le hicieron apropiarse la mision de Nathan que anuncia á David el castigo de su adulterio, y dice al Rey estas palabras de S. Bernardo: «Señor, si el respeto que os tengo no me permite decir la verdad sino encubierta, es preciso que con vuestra penetracion suplais lo que á mí me falta de atrevimiento.»

El terreno resbaladizo para los que predican ante los Reyes es la parte del discurso que generalmente se les dedica. Es un deber de conciencia acusar, reprender, aconsejar; por otra parte, se ha hecho costumbre cuando se habla á los Soberanos, el quemar algunos granos de incienso en su alabanza. Una y otra cosa requieren mucho tacto. La libertad evangélica no excluye la prudencia que puede fundarse en consideraciones muy altas, y las alabanzas pueden degenerar en empalagosas lisonjas que

---

(1) Oracion funébre de M. de Turenne.

causan rubor á todo el mundo. Sucede á veces, que por evitar este escollo, el predicador, que se ha propuesto desde luego alabar sin tasa ni medida, busca rodeos y arbitrios ingeniosos, tapando con protestas de sinceridad, de severidad y aun con fingidas amenazas, el exagerado panegírico de las virtudes de un príncipe. A nó mediar especiales circunstancias que no pueden señalarse, un santo Obispo nos aconseja dilatar las alabanzas para aquel tiempo en que «nec laudantem adulatio moveat, nec laudatum tentet elatio (1).» La noble franqueza de Bossuet y la dignidad de Fenelon no son cualidades comunes. La córte de Versalles siempre acogió bien á Mascaron: algunos cortesanos se sublevaron contra él; pero esto no impidió que Luis XIV le alcanzára el Obispado de Tulla.

Flechier, poeta bastante bueno, eligió la carrera del púlpito, esperando de sus talentos lo que le habia negado la fortuna. Se tuvo por una desgracia para su reputacion de orador sagrado, el tener que predicar una oracion fúnebre de Turenna. Mascaron había hecho de este asunto su mejor oracion fúnebre, y nadie se imaginó que Flechier seria admirado despues de su competidor. Mad. de Sevigné contribuyó mucho á la reputacion que alcanzó el Obispo de Tulla. En sus cartas habla con entusiasmo de la oracion fúnebre de Turenna: «M. de Tulla, dice, ha hecho mas de lo que se esperaba: es una accion para la inmortalidad.» Desespera de que Fléchier exceda á Mascaron, pero al leer este nuevo panegírico, dice: «pido

---

(1) S. Máximus, hom. 59.

mil perdones á M. de Tulla: pero su oracion ha quedado por bajo de la de Fléchier.»

Aunque nó hiciera otra cosa mejor que la oracion de Turenna, llamada por Voltaire la *obra maestra de Fléchier*, sostuvo justamente el concepto que mereció desde luego, en los elogios de Mad. de Montausier, de Mad. d' Aiguillon y otras. El padre Houdry escribió un *tratado sobre la manera de imitar los buenos predicadores*; y con una intencion equívoca, pone de manifiesto las imitaciones y reminiscencias de otros predicadores que hay en los discursos de Fléchier. Asperezas de críticos que nó saben lo que cuesta una idea original. Nosotros debemos decir algo en vindicacion de Fléchier, que escribió una historia del Cardenal Gimenez de Cisneros: los estrangeros rara vez se toman la pena de ensalzar la gloria de nuestros personages.

Aparte de todo esto, Fléchier tuvo el mérito de hermosear la lengua, que siempre cultivó con esmero. La=Harpe le llama el *Isocrates francés*, confirmando el juicio que de él habia formado el padre la Rue cuando dijo: «Desde sus primeros estudios tuvo Fléchier mucho amor á la finura y exactitud del estilo. Nada salia de su pluma, de su boca, ni aun de la conversacion, que no fuera trabajado: sus cartas, aun las mas insignificantes, tenian arte y número. Se habia hecho una costumbre y casi una necesidad de componer todas sus palabras, y darles harmonia.»

Los talentos de Fléchier le llamaron á la Academia. Entró en el mismo dia que Racine, y habló primero que él. Cuantos refieren los pormenores de esta sesion, escriben asombrados del efecto de su discurso: parece impo-

sible que Racine quedára tan desconcertado; lo cierto es que no hizo mas que balbucear y acabar de cualquiera modo un discurso deslucido.

Lus XIV recompensó los talentos y ejemplares virtudes de este ilustre sacerdote. Fué nombrado Obispo de Lavaur, y luego se le trasladó á Nimes. Con celo y caridad santa desempeñó las funciones de su ministerio. Murió en la vejez, querido del pueblo, llorado por los católicos, combatido por los calvinistas, y alabado por Fenelon.

CAPITULO XV.

ESFUERZOS DE LA RAZON HUMANA PARA PRODUCIR EL DOGMA RELIGIOSO.—APOTEOSIS DE LA RAZON HUMANA.—EL RACIONALISMO ES LA SUBLEVACION DEL HOMBRE CONTRA DIOS.

Se levantaron altares á la Diosa de la *Razon*, cuando «el límite de la perfeccion ideológica era negar las ideas; el de los estudios metafísicos, negar los espíritus; el de los morales, negar la moral; el de los sociales, negar el poder; el de los políticos, establecer la licencia; el de los religiosos, negar á Dios (1).» La libertad de exámen, á que tan grandes cosas se deben, vino á parar á este lamentable estremo. Felizmente, todo ha cambiado; pasaron muchas revoluciones, y ya se cree en el espíritu, en Dios, en la moral; por todas partes, lo absoluto, lo infinito, aparecen contrapuestos al organismo, á las sensaciones y á la materia. Esto es un adelanto; con el tiempo, será fecundo; mas en tanto que no supone la fé en el dogma

(1) Balmes, Filosofía fundamental, t. IV.

católico, en tanto que lo hostiliza, su Dios no es el nuestro; su religion no es la nuestra; su civilizacion no es la nuestra. No podemos doblar la rodilla ante las creaciones de esa razon que hemos visto siempre impotente y flaca al levantarse á lo sobrenatural; no puede encantarnos esa elocuencia científica, reflejo de la elocuencia pagana, ó panteista, poética, ampulosa, que no puede resistir á la elocuencia de los Apóstoles: hemos visto á la humanidad tantas veces, puesta de hinojos adorando á su Dios y Redentor, salvada por su preciosa sangre, protegida por la Iglesia, que la divinizacion de la humanidad, sobre ser un insulto á la Majestad divina, nos parece tambien un oprobio para la razon humana.

Ocasionando un cisma en los espíritus, la razon se puso en desacuerdo con el dogma. Mas, ¿porqué sería combatida la religion? aquí prescindimos del interés que tuvieran las pasiones humanas en una completa ruptura; pero de parte de los entendimientos, no puede señalarse una razon legítima. «Como la razon es un don de Dios, dice Leibnitz, lo mismo que la fé, su combate sería el combate de Dios contra Dios: y si las objeciones de la razon contra cualquier artículo de fé fueran insolubles, seria menester decir que este pretendido artículo de fé era falso y no revelado (1).

Pero los entendimientos no se han contenido en la pendiente de estos absurdos. Porque no comprenden las misteriosas relaciones entre la revelacion divina y la razon humana, la falsa filosofía se separa de la religion: y se

---

(1) Discours de la conformité de la raison avec la foi.

espera con una indiferencia asombrosa que si el combate es desfavorable á la filosofía, que reconozca sus faltas y se reconstruya; y si la religion es vencida, que se renueve y se modifique. Ah, ¿quién no vé que esto es imposible? Suponer tales cambios en la religion, es suponerla imperfecta, movible y progresiva: suponer una contienda en que la razon triunfe, es dar por concedida una oposicion necesaria entre la razon y la revelacion divina: querer fundirlas de tal modo que la razon humana sea el porqué del principio divino, la demostracion y la causa de institucion religiosa, es un delirio. Ah! guárdense todos de sospechar que la religion no sea otra cosa que un hecho del espíritu humano, que en él tenga su causa, su razon y sus leyes; porque entonces se seguirá que pueda fraguarse cada uno una religion para sí, dado caso que quisiera tener alguna, ó que al menos se atribuya al género humano una extraordinaria importancia, mirado como el primer agente de esta composicion maravillosa, de esta doctrina, como el inventor de este resorte. Felizmente, la filosofía, que ha causado con sus desvaríos tantas turbaciones, no puede otra cosa que observar y dar á conocer muchos fenómenos del espíritu, desarrollar y exponer principios: no puede crear ni destruir; á lo mas, contrahace y corrompe. En materias religiosas, el testimonio de la historia siempre está contra ella; si busca un refugio en la conciencia, contra ella habla: quiere formar tradiciones, pero su misma movilidad las hace imposibles; y la religion, que es inmudable, las tiene permanentes y fijas: todo lo que sea renovar errores disueltos, doctrinas vencidas, es tiempo perdido: murieron porque no eran la verdad: no tuvieron tradi-

ciones invariables porque no les aguardaba el triunfo. Los errores empiezan y acaban; pero la verdad es eterna; ni un solo dia vivió la humanidad sin Dios: se manifestó á los hombres, les habló, y la tradicion religiosa viene á nosotros desde los primeros tiempos. La razon es seguramente un don divino; mas ¿porqué ha de suponerse que la religion puede ser suplantada por la filosofía? por ventura al lado de lo conocido, de aquellas especulaciones que pueden caer bajo el dominio de la ciencia, ¿nó está lo desconocido, el misterio, hacia el que involuntariamente se siente arrastrado el hombre por una necesidad de su existencia, por el irresistible atractivo de la fé? La fé del género humano, y si se quiere mas todavía, hasta el sentido comun se rebela contra las pretensiones de la ciencia. Cuando aquel personage de Shakspeare decía: «hay cosas, Horacio, en el cielo y aun sobre la tierra que no ha descubierto vuestra filosofía (1),» no solo se denunciaba la imposibilidad que tenía la razon para traspasar los límites en que la evidencia concluye y la fé principia, en que lo finito acaba y lo infiuito comienza, sino que se hacía resaltar al mismo tiempo la necesidad de la revelacion divina: luz superior á la luz de la evidencia, institucion eterna como son transitorias las obras del hombre; arraigada profundamente en nuestro espíritu á despecho de las doctrinas incompletas, de las aspiraciones del orgullo; de los vanos errores y del choque de las pasiones humanas, empeñadas en el divorcio de la religion y de la filosofía, en la reforma del Evan-

(1) Hamlet.

gelio, en la promulgacion de una religion nueva.

Pero ¿con qué derecho se nos habla de novedades en este punto? La religion no puede proceder sino de Dios: no se hace á fuerza de génio como un poema ó un discurso: ó baja del cielo, ó nó es una religion. Ademas de iluminar con celestial resplandor el espìritu de los mortales, es menester que alivie, que consuele; el mundo sufre, y es necesario que pueda endulzar todos sus dolores: si la religion nó tiene para nosotros la virtud de consolarnos, si cuando lloramos no llòra, si nó tiene para sus hijos entrañas de madre, entonces, nó es una religion,

Suponed que se desarrolla como un acontecimiento humano; que es no mas que un accidente de eso que dicen *la historia natural de la humanidad*; que es lo ordinario, nó lo maravilloso, que gana ó pierde por virtud de una ley semejante á la que preside al incremento ó decadencia de una raza, y ya no es una Religion. Que la redencion del mundo sea un hecho histórico producido por una ley como la de la atraccion ó de la pesantéz; que la santa oblacion de la hostia inmaculada en el Calvario nó suponga de parte de Dios mas que el pensamiento, única cosa con la que ayuda á la salvacion del linage humano; que en la santificacion del hombre se escluya el uso de su libertad moral; que el mismo principio fatalista, base de la constitucion del mundo, base de la historia, razon de milagro, del misterio, de la caida y redencion de la humanidad, que este mismo principio, decia, sujete á la ley de la necesidad las acciones humanas y el destino de la criatura, y desde este punto no se puede creer ni en la Religion, ni en la Providencia, ni en la gracia divina, ni en la libertad humana, ni en la dignidad del hombre, ni en

ninguna de las verdades fundamentales, ya del orden natural, ya del orden sobrenatural. Y este es el punto adonde camina la filosofía moderna. Prescindamos del materialismo, ya gastado, y ocupémonos de esos sistemas que se revelan contra lo sobrenatural, y lo infinito, para hacer del Panteismo, del Idealismo, del Racionalismo y del Humanismo, la religion verdadera, supuesto que sea la mas conforme á la humanidad. De aqui ha nacido una lucha de sistemas, y una guerra de palabras: otra vez se ha levantado la razon contra la revelacion divina; y contra la palabra católica, la elocuencia de las Academias; muchas veces, la elocuencia política, el folleto revolucionario, y la tribuna demagogica. Hasta la metafísica habla contra Dios, y aun puede ser que esto no sea lo peor de todo.

No niega Kant á Dios, al alma humana y al mundo, pero no halla medios de que la razon llegue á su conocimiento. Todo pueden ser ilusiones: cae en las vanas apariencias de Berkeley, pero renunciando á estas consecuencias, se detiene en la afirmacion de los fenómenos de la conciencia. Muchos filósofos notables se sublevaron contra esta doctrina, acusándola por su idealismo destructor de la realidad objetiva de nuestros conocimientos, de las creencias sobre Dios y la inmortalidad, y de todo órden religioso. De este sistema se viene á parar al de Fichte, idealista puro, en donde no hay mas que una verdad radical, una sola afirmacion: $A=A$, ó lo que es lo mismo, *yo es yo*. Fuera de esto, todo es una ilusion. Cuando el idealismo lo destruye todo, inventa Fichte el modo de construir el mundo físico, intelectual y moral, por medio de la concieneia. Las nociones de la virtud, de

la libertad, del derecho, son puramente ideales. Dios no es nada, sino el órden moral: no tiene existencia; no dá la felicidad; un Dios imaginado para darla, es un ídolo para servir nuestras pasiones; solo puede ser un Rey del mundo. Como Espinosa confundió en la unidad todas las sustancias, así Schelling junta todos los seres en la identidad absoluta de la idea: con esto viene á ser tan panteista como Espinosa. Hegel lo descompone todo, lo analiza, lo niega; se reserva como todos, su base fundamental, su *unidad absoluta*, de donde ha de producirse la naturaleza, la religion, el espíritu, el derecho, y hasta la historia. El *yo* se concentra, y se afirma; el *yo* se despliega, y afirma el mundo sensible: no hay filosofía, ni religion, ni historia, ni Dios, que nó se deba concebir de esta manera; y como Hegel es el autor de este sistema, resulta que todo lo que hasta aquí se ha afirmado y creido, es un puro dislate.

A esta nebulosa construccion de los conceptos no podía menos de corresponder una diccion impenetrable. Los filósofos panteistas é idealistas quisieron establecer que para llegar al conocimiento objetivo y científico de Dios y de las cosas divinas, era necesario que entre el espíritu humano y el Ser Supremo mediara una identidad primitiva. ¿Cómo explicar por estos sistemas todos esos principios, leyes y fenómenos que se ofrecen al espíritu humano, al sentido comun, bajo el respecto de una distincion palpable? Que la creacion supone un principio; que el principio creador es diverso de su obra; que Dios pudo manifestarse para revelar su ley reguladora de las acciones humanas; que el hombre no ha creado la justicia á que ha de someterse; que puede someterse y que debe

someterse á ella porque es inteligente, libre, y responsable de sus obras puesto que él tampoco ha definido el bien ni el mal ni creado la virtud; que nó es ni parte de Dios ni trae su origen de otros seres inferiores con los que viniera ascendiendo y depurándose, como la vil materia que de oscura que sale de la tierra se pulimenta y brilla con el arte: que es la Providencia divina y nó el destino ciego quien gobierna las cosas del mundo; que los cámbios exteriores, que las revoluciones de aquí abajo, las que son pasageras como las que se llaman radicales y profundas no pueden modificar uno solo de los atributos del Ser Supremo, y por último, que las nociones de lo finito é infinito, aunque metafísicas, han de percibirse con entera separacion, sin caer en la identidad que confunde las nociones de la una y de la otra, todo esto se percibe claramente; y nó se recurriría á semejantes sistemas, sino fuera porque se ha creido que el modo mejor de combatir la Religion en sus fundamentos, sería el de sublevar la razon exaltando su poder, trastornar la metafísica derribando nociones que no se pueden derribar, y sustituyendolas con otras que no se pueden establecer.

Pero si el concepto es absurdo, si el plan de esta nueva filosofía *á priori* pretende partir de sí misma y de sus conceptos para establecer solo aquello que demuestre, y destruir á título de *nociones de imposibilidad* cuanto está fuera de sus alcances, la elocuencia científica, tan nebulosa como los sistemas, no podía menos de representar el caos en que se pierden las inteligencias al apartarse de la fé. *La identidad de la identidad y de la no identidad; el lazo de la unidad y de la pluralidad; lo absoluto en lo absoluto; lo divino en lo divino; la indivi-*

sion de lo finito y de lo infinito; la *coexistencia de lo real en lo ideal,* esto es lo mas fuerte de la tecnológia. Que la creacion sea *la naturaleza en Dios;* que Dios no sea solamente *un ser, sino que tenga una vida;* que como *vida* esté sometido á *ciertas condiciones de una receptividad puramente pasiva y de un desarrollo puramente activo;* que por esto esté sometido á la necesidad de la revelacion; y que la revelacion no sea otra cosa que *la emanacion de algunas ideas caidas de lo absoluto;* que lo absoluto no sea como dice Schelling, *ni lo finito ni lo infinito, ni el ser ni el conocer, ni el sujeto ni el objeto, sino la esencia colectiva de las dos cosas, la absoluta indiferencia de lo diferente,* lo *uno, que es al mismo tiempo el universo y la totalidad,* tal es el sublime lenguaje que corresponde dignamente á la ciencia y filosofía trascendental; este es el análisis con que se intenta derribar la síntesis católica: esta es la escuela que porfía por disipar las preocupaciones de la sana filosofía, y que pretende llevar la claridad á nuestros entendimientos, confundiendo en una unidad indescifrable todas las nociones, todos los principios, todos los seres, todos los respectos.

El racionalismo lleva á la moral el mismo lenguage, porque lleva las mismas ideas. ¿Qué es llenar nuestros deberes? Fichte dice que obrar con arreglo á la conciencia. ¿Qué es la conciencia? *La conformidad del agente libre con su naturaleza.* (Afuera lo sobrenatural.) ¿Qué es el derecho? *una ficcion necesaria de la ciencia.* (Negacion de todos los principios). El derecho no es sino una regla social: el Estado es la realizacion del derecho: el reino de Dios es su manifestacion en la humanidad: y el soberano bien, realizado por la virtud, no es tampoco la felicidad,

que no existe ni puede existir. Esto se nos quiere dar como una religion de luz, de paz y de consuelo: ello no es claro, ni persuasivo, ni legítimamente filosófico; apesar de esto, Fichte ha tenido la pretension de darlo como un remedio á la humanidad desventurada y ciega, iluminándola con su *Instruccion para llegar á la bienaventuranza.*

Reconocemos nuestra pequeñez para hacer palpables estos que nos parecen desatinos; pero á los que, admirando la elevacion del espíritu filosófico racionalista, tuvieran gusto en leer estos tratados de moral ideológica, y lleváran su preocupacion hasta el extremo de creerse como edificados y corregidos con tan impías como insensatas aspiraciones, bueno fuera ponerles delante la *Guia de pecadores* de nuestro Fray Luis de Granada, el Kempis, ó algun Epistolario espiritual, para que escojieran entre una y otra filosofía, entre la árida elocuencia de filósofos que todo lo destruyen, y la uncion apostólica de nuestros filósofos cristianos que todo lo afirman. En la necesidad de condenar estos delirios, Tennemann dice (y nos parece que con cierto dolor), que son como una poesía del espíritu humano, *seductora por su aparente facilidad para explicarlo todo; y por su manera de construir la naturaleza.* Pero ¿porqué ha de creer Tennemann que estos sistemas antifilosóficos y antireligiosos son tan seductores? ¿es que la palabra idealista que intenta derribar por su base la filosofía y la religion le parezca de una elocuencia irresistible? ¿puede pensar Tennemann que nuestro Apostolado enmudezca, y que conquisten imperios para esa filosofía racionalista sus fórmulas pretenciosas, sus libros de Teodicéa y sus instrucciones morales?

Nó ciertamente. «En cuanto á la manera con que estas doctrinas están expuestas, dice Tennemann, ademas del abuso ya conocido de una terminológia oscura é indecisa, debemos condenar particularmente la mezcla de formas místicas, en las cuales Schelling parece haber imitado á Platon, y que contribuye á hacer mas difícil la inteligencia de su sistema (1).» Eso faltaba á la filosofía idealista y á la moral de la razon, para que no la entendiera nadie. Hegel decía de sí mismo con cierta famosa gravedad: «no hay mas que un hombre que me haya comprendido:» y luego rectificando, añadió: «y ni aun este me ha comprendido tampoco.»

Se ha podido pensar que los fundadores de una doctrina arrojan el embrion, forman la escuela; y que luego, en la discusion á que provoca, se desarrolla, se amplifica y se aclara con la cooperacion de los intérpretes, discípulos y expositores. Apesar de que esto encierra una falsedad insigne si se aplicára á la doctrina de Jesucristo, que tuvo mejores discípulos y expositores conforme nos remontamos á su orígen, y fundó la Iglesia que guarda intacto el depósito de la doctrina, inapelable juez en todos los puntos pertenecientes á la fé y costumbres, infalible juez que niega, concede, conde- y define contando con las luces y asistencia del Espíritu Santo; aunque, como decíamos, esto sea de todo punto falso tratándose de la doctrina revelada, suele ser frecuentemente verdadero, tratándose de las doctrinas humanas, de los sistemas filosóficos. Se cuenta de Aris-

(1) Histoire de la Philosophie.

tóteles, que dejó de propósito bien oscuros algunos pasages, para que esta oscuridad motivara las disputas, sostuviera el interés del exámen, y diera por fruto el esclarecimiento de sus doctrinas y la apoteosis de su nombre. Pero los filósofos racionalistas al consagrar á sus adeptos haciendolos sus *enviados,* sus Apóstoles, al decirles: «id y predicad el Panteismo, sed los sacerdotes y mártires de la razon, los precursores de una nueva religion en el porvenir; anunciad el *Humanismo*, la religion de la libertad ó el culto del hombre,» no pudieron decirles como Jesucristo á sus Apóstoles: «mis palabras son espíritu y vida (1).» La filosofía de las negaciones no puede encontrar un oráculo elocuente: el escepticismo no puede persuadir, aun cuando puede desarreglar; al espíritu analítico que examina y no cree, que derriba y no establece, corresponde el lenguaje de las clasificaciones y divisiones, incompletas y falsas: la fé es el alma de la elocuencia, y por esto el racionalista, el escéptico, es él sordo-mudo de la incredulidad. ¿Quién dirá si citamos á Lamennais, que no escojemos entre los ministros mas elocuentes de ese nuevo Apostolado del error, al mas elocuente de todos? pues bien, Lamennais dice, desarrollando la idea racionalista constante adversaria del órden sobrenatural, estas palabras: «ningun error ha producido una perturbacion mas general y mas profunda en las ideas humanas, y en la sociedad entera, que la existencia de un órden sobrenatural, cuyas leyes no son las leyes internas de Dios, ni las leyes propias del universo, sino

(1) Joan. c. VI. V. 64.

voliciones del Ser absoluto, que no teniendo razon sino en sí mismas, no pueden ser concebidas sino como arbitrarias (1).» El empeño de confundir el *acto con el término del acto, la naturaleza con su principio,* lleva á todos, maestros y discípulos, por unos mismos caminos, à la misma profunda oscuridad: la negacion de lo sobrenatural y de lo infinito no importa claridad, sino tinieblas; no guia bien á la razon sino que la extravía en el escepticismo; oscurece y enfría las regiones del espíritu; nó alumbra ni inflama. Por esto la palabra de los Apóstoles del error no es una emanacion del espíritu, ni una gota de sangre; no es nada que supone la vida; es una cifra. Precisamente esto mismo, *cifras*, le parecían á madama Stael las palabras de Kant; y con semejantes fórmulas es imposible propagar la luz, encender, reunir los espíritus en una creencia comun, dado caso que la filosofía de las negaciones tuviera luz que dar y creencias que difundir. ¿Se quiere ver sin embargo, lo que el Apostolado católico hace de las ideas fundamentales, la fuerza con que impulsa los espíritus, el acierto con que nos aparta de todos los escollos, la maravillosa exactitud con que se acomoda á todo lo que hay de inmutable en la conciencia, de instintivo y espontáneo en los sentimientos del hombre, de sólido y verdadero en la ciencia y en la revelacion? Pues oigamos á un apostol de la verdad que así despeja el cáos racionalista.

«Yo tengo la idea de lo infinito, dice Fenelon, y la de una perfeccion infinita. Yo, aunque finito, llevo en mí

---

(1) De la Societé première et de ses lois, liv. II.

una idea que me representa una cosa infinita..... Pero ¿dónde hé adquirido esta idea, superior á mí, que me asombra, que me hace desaparecer á mis propios ojos, que me hace lo infinito presente? ¿de dónde viene? ¿donde la hé tomado? en la nada?..... Esta idea de lo infinito está en mí..... yo no puedo desecharla, ni oscurecerla, ni contradecirla, ni desmentirla; me he encontrado con ella, aun antes que la buscára..... La encuentro siempre que la busco; y muchas veces, sin que yo la busque, ella se presenta. No depende de mí: yo dependo de ella. Me advierte, me ilumina, me corrige, me juzga, y yo no puedo ni corregirla ni juzgarla..... ved aquí un gran prodigio dentro de mí. Pero yo soy otro prodigio: nó siendo nada..... yo tengo parte de lo infinito y de lo inmutable que concibo: por eso yo no puedo comprenderme á mí mismo; lo soy todo, y no soy nada: soy una nada que conoce lo infinito: las palabras me faltan para admirarme y despreciarme todo á un tiempo. ¡Oh Dios!..... ante quien soy como si nó fuera..... yo os veo..... y este rayo que parte de vos mismo sostiene mi corazon, mientras aguardo el momento en que luzca la verdad en pleno dia (1)». Queremos esta elevacion que no esta reñida con la claridad: esto es metafísico, pero inteligible: es abstracto, pero no confunde con misteriosas vaguedades las ideas principales, los conceptos que percibimos con precision y distintamente. Y si queda mucho escondido apesar de tan altas investigaciones, ¡oh mil veces dichosa

(1) Traité de l' existence et des attributs de Dieu; seconde partie, Chap. II.

ignorancia que tan altos misterios nos revela! huid, estériles formas con que malamente disimula el racionalismo la limitacion de sus investigaciones; las confesiones humildes que de nuestra ignorancia hacen los mas encumbrados espíritus del Cristianismo, el candor, el respeto, y la amable simplicidad de un sacerdote pueden derramar mas luces y consuelos con una elocuencia fervorosa, que el bárbaro atrevimiento con que el racionalismo niega, sin saber tampoco que decir, dejando incompletas todas las doctrinas, y muchas lagunas á un lado y otro de sus investigaciones. Abismándose en lo infinito exclama Fenelon: «¡oh verdad preciosa! ¡oh verdad fecunda! ¡oh verdad única! en vos lo encuentro todo, y se agota mi curiosidad: de vos salen todos los seres como de su fuente. En vos encuentro la causa inmediata de todo: vuestro poder, que es sin límites, me absorve todo entero en su contemplacion. Yo tengo la clave de todos los misterios de la naturaleza, desde que descubro á su autor. ¡Oh maravilla que me explica todas las demas! sois incomprensible, pero lo haceis comprender todo: sois incomprensible, y me alegro vivamente. Vuestro infinito me asombra y me confunde: este es mi consuelo. Siento alegría porque seais tan grande, que yo no pueda veros todo entero: á este infinito es á quien yo reconozco por el ser que me ha sacado de la nada. Mi espíritu sucumbe bajo el peso de tanta majestad: mi dicha consiste en bajar los ojos, ya que no pueden resistir el brillo de vuestra gloria (1).»

---

(1) Ibid.

Este es el partido que la elocuencia apostólica saca de la metafísica: elíjase entre esto y la elocuencia del racionalismo, entre Fenelon y Lamennais, entre el escepticismo y la fé, entre la religion y los filósofos racionalistas. Y cada vez, en la proporcion que bajan los conceptos, (porque es de ley que los conceptos se rebajen como las negaciones avanzan), las fórmulas tambien bajan, se achican: la elocuencia se hace acaso mas clara, pero mas despreciable, completamente vilísima, hasta indecorosa. Traducido el pensamiento racionalista, traido de la region de las especulaciones al terreno del ensayo, es en extremo repugnante. La negacion de lo infinito llevó tras sí la *supuesta* elevacion de la humanidad: negado el *uniteismo*, como algunos le llaman, han querido sustituirle con la religion del *Humanismo*: ¿parecerá tan bárbara como ridícula la sustitucion de Dios por la humanidad? pues á Proudhon le parece una cosa equivalente; él le llama á Dios su *alter ego*: ¡qué modo de profanar todas las cosas!

Nada puede haber tan insuficiente ni tan pobre, como esa vana teoría de la perfectibilidad, á que se ha pretendido subordinar hasta la religion. Ha salido de la humanidad, se dijo, es destinada á la humanidad, y por tanto quedó sometida á la ley de progreso. Ante el tiempo, que nada respeta, que no conoce lo inmortal, las tradiciones mas antiguas cambian; cae el prestigio de cuanto fué venerado; y por esto, la religion no puede tener un prestigio que siempre se le conceda, y necesita diversas manifestaciones. Pero ¿quién es el agente que la modifica? la razon. Esto como se vé es monstruoso por demás. El *Humanismo* es la gran idea y mas que nada, el úni-

co término y objeto: la religion ha salido de la humanidad, y es para la humanidad; la religion es mudable y progresiva, y la razon es la que obra semejantes transformaciones. Ahora bien, si un asunto de esta naturaleza se diera por tema al mejor orador del siglo de Períces, ó al mismo Fray Luis de Granada, ¿qué habia de hacer? ¿A quién le parecerá buen punto de partida la negacion de Dios? en buen hora que se diga que la religion sea superior á la humanidad: pero saliendo de la humanidad, esto ya no se comprende: será superior á la razon; pero si la razon ha de modificarla, se cae en otra contradiccion inexplicable; siquiera la religion será del *cielo*: ¿á qué compromete esta palabra? pero si es mudable, progresiva, se supone ya que es obra del hombre. Ah! con semejante doctrina, qué arengas, qué conquístas, qué Apostolado, qué monumentos puede legarnos el racionalismo? se subleva contra Dios, y en castigo, como otro Nicómaco se desgarra la lengua. Si nó habla, no es porque le falte gusto, estilo, cultura, génio: es porque con un sistema absurdo, con la filosofía de las negaciones, no se puede hablar. Descartando un filósofo escocés la importancia dada por otros á la laringe para explicar porqué hablan los hombres y nó los brutos, dice que la palabra no se ha dado mas que á la inteligencia; y nada mas contundente que esta pregunta: *si hablára el mono, ¿qué diría?* de la misma manera puede preguntarse; si el racionalismo pudiera ser en rigor una doctrina verdaderamente propagandista, ¿qué diría? ¿qué hubieran dicho sus apóstoles en las persecuciones del Gentilismo, ó qué dirían sus misioneros al poner el pié en el Japon y al penetrar en la China? Pero el supuesto es falso, «Ja-

más he oido hablar, dice Lacordaire, de un racionalista que haya sido apaleado en la Cochinchina.»

Conforme han ido avanzando las negaciones fueron creciendo los absurdos; al último error ha sucedido un apostolado bárbaro. La vida futura le parecía á Herder muy bella por esa íntima familiaridad en que se vivirá con los sábios: á la entrada del Elíseo se hallará á Sócrates, Epicteto, y á otros muchos, participando un racionalista, como por pura estravagancia, de las esperanzas de Platon. Pero esta gloria de Herder á lo pagano, como las abstracciones metafísicas de Schelling, tenían que ser aun arrolladas por el ataque mas directo y mas grosero de los filósofos de la negacion. «Es menester, ha dicho Pierre Leroux, que el hombre renuncie en fin á un error inveterado que le hace buscar fuera del mundo y de la vida, un paraiso imaginario.... (1).» Pero ¿cuál es la causa de este error, como Pierre Leroux le llama? «el haber puesto lo infinito fuera de la vida presente.» ¡Oh, y qué consecuencia tan legítima de la filosofía trascendental! Por esto la vida futura no será sino el perfeccionamiento de la humanidad, sin salir de los límites de la naturaleza y de la vida. Y siendo esto así ¿cuál puede ser la suerte de esas ideas y de esas realidades y verdades objetivas, puestas como un estorbo á la mejor exposicion de estos sistemas? Oigamos á Proudhon: «el primer deber del hombre inteligente y libre, dice, consiste en arrojar la idea de Dios de su espíritu y de su conciencia (2).» Que despues de estas ne-

(1) De l'Humanité, liv. V, chap. II.
(2) Philosophie de la misèrie, chap. VIII.

gaciones no se nos hable ya de razon, ni de justicia, ni de nada: ya no parece insensato sacar la espada y gritar como Bruto amenazando á los cielos:—«Virtud, tú á quien yo creia alguna cosa, vana quimera, tú no eres mas que un nombre.»

El error ha recorrido una escala inmensa; empezó predicando la libertad de exámen en materias de fé, y acabó por el *Humanismo*, que es el culto del hombre. En nombre de la razon, de la libertad, de la ciencia, de lo útil, de la moral, del interés, del amor al bienestar, de lo material y de lo *positivo*, quiso rechazar el principio divino, la moral del deber, el espíritu religioso, la ciencia de lo infinito. Buscando la certidumbre racional se halló con la duda en todas partes; resistió los misterios de la fé, y se encuentra cercado por los tormentos de la incredulidad. En sus demostraciones no pudo descubrir una mina rica; cuando el error investiga, solo encuentra veneros agotados, ó como dice la Escritura, *cisternas disipadas* (1). El *individualismo*, palabra salvage con que se representa la extrema disolucion de las doctrinas, lo ha dicho todo: se contradice, niega y afirma, examina y no cree, y por esto no produce, no crea, no tiene símbolo; y como no tiene símbolo, no puede fundar una escuela ni instituir un Apostolado. Con los sistemas de crítica se ha querido levantar un trono en los aires; Dios confunde las lenguas y la nueva Babel no se levanta. Cada uno piensa, habla, juzga y escribe como quiere; no

(1) *Et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas.* Jerem. c. II, v. 13.

hay sistema que no cuente otros sistemas contradictorios: reina una verdadera anarquía en los espíritus. En tan encontradas corrientes, un mismo espíritu se encuentra acosado por dos teorías á lo menos, que se debaten entre sí; no le dejan momento de reposo; se lo disputan, lo oprimen, enferman la voluntad. En esta indecision, habla el error por sus cien bocas; y el hombre ya no sabe qué creer; quiere creer en algo, pero ha perdido la fé: habla él entonces por creerse á sí mismo; ¿qué se necesita para hablar ó para escribir? se puede escribir sin reglas, y hablar sin modelos; analizarlo todo; fundir todos los principios, aventurar en todos los idiomas las cosas mas estupendas; cometer todos los solecismos, y soñar una teoría la mas estraña de todas, iluminarla con colores abigarrados, darla fórmulas algebráicas ó matices poéticos, ó todo esto junto con singular y nunca vista mescolanza. Pero despues que el hombre ha elaborado un libro de esta especie, ó desarrollado su pensamiento en unos cuantos discursos académicos, él á sí mismo no se cree: y si entonces no tiene la fortuna de volverse á Dios, ha perdido para siempre la esperanza de encontrar un oráculo que le libre del peso de su escepticismo, de la desesperacion de su incredulidad.

Ah Dios mio! en este cáos de doctrinas incompletas y de vanas palabras, huimos espantados de esa luz que no alumbra, de esa doctrina que no enseña, de esa palabra que se contradice, de esa *certidumbre* que niega. Cuando Jesucristo se apareció á dos de sus discípulos, que conversaban entre sí aplicando las reglas de la crítica á los hechos sobrenaturales de la Redencion, y les dijo: «¿qué pláticas son esas que tratais entre vosotros cami-

nando... oh necios y tardos en creer! (1)» Entonces condenó Jesucristo las vanas especulaciones de la crítica: porque lo sobrenatural existe apesar de las negaciones. En vano es que se confundan las dos doctrinas, como el racionalismo confunde las dos palabras. Quisiera realzar su *Verbo*, y que la revelacion bajara hasta nivelarse con él. «Me dais una doctrina, dice á nuestros apóstoles tratándolos de igual á igual, y yo os doy otra: me revelais vuestra palabra, yo os revelo la mia.» Pero ¿quién dice que nosotros queremos hacer que prevalezca nuestra palabra? Con nuestro *Verbo*, con nuestra enseñanza, no podría hacerse que se sometieran á la unidad de la fé los que se abandonaron *á todo viento de doctrina;* nosotros no hablamos en nuestro nombre; somos los apóstoles, los evangelizadores ó los maestros á quienes ha confiado Jesucristo el *ministerio de su palabra*. Es menester distinguir estos actos del espíritu, que analiza y cree; estas dos enseñanzas, la de la revelacion y la de la ciencia; esta doble iluminacion, de la fé y de la sabiduría; estos dos órdenes, el racional y el sobrenatural; estas dos palabras, la divina y la humana. «Demos gracias á Dios, decía S. Pablo, porque no corrompemos la palabra de Dios, en cuyo nombre la predicamos con entera sinceriad..... somo los *enviados* de Cristo; Dios mismo os exhorta por nuestra boca (2).» Que si el hombre se obstina en no creer, si quiere comparar palabras y doctrinas, juzgar de la revelacion, *gloriarse y dar testimonio de sí*, lo que

(1) Lucæ, c. 24, v. 17.
(2) Ad Corint. c. II, v. 17: c. V, v. 20 y sig.

tambien condena el Apóstol S. Pablo, con esto nó hiere al hombre, sino que ofende á Dios; no puede decir *eripui cœlo fulmen;* he arrancado el rayo, conquisté la fuerza, arranqué la luz; porque nó es de aquellos que como dice S. Pablo, «contemplan la gloria del Señor transformados en la misma imágen, de los que avanzaron de claridad en claridad, iluminados por el Espíritu del Señor (1);» sino de aquellos «que no oyeron mi voz, ni inclinaron su oido, y siguieron la depravacion de su corazon.... y se fueron tras los Dioses agenos (2).»

A la hora esta, agotada como está la discusion, el Racionalismo continúa, aunque contradiciéndose, en el uso de la palabra. La Iglesia le dice por boca del Apóstol S. Pablo: --«Yo hablo para enseñar, por medio de la revelacion, por la ciencia, por la profecía, por la doctrina (3).» Y el racionalismo por boca de Hegel dice cosas que no se entienden, anuncia doctrinas, fragmentos de doctrinas, ruido confuso de formulas ininteligibles y de vanas palabras. Pero ese ruido no sirve: «las cosas inanimadas, las flautas, las harpas, tambien hacen ruido; pero si la trompeta no dá mas que un sonido confuso, si la lengua que hablais no es inteligible, ¿cómo se sabrá lo que estais diciendo? (4).»

Del Racionalismo nada hay claro sino la negacion. El mundo que vive de la fé, dá mejor respuesta á todos los problemas: sabe que viene de lo infinito y que vuelve á

---

(1) Ad Corint. c. III, v. 18.
(2) Jerem. c. XI, v. 8 y 10.
(3) Ad Corint. c. XIV, v. 6.
(4) Ibid. v. 7 y sig.

él: pero estos otros filósofos del libre exámen han querido privar á la humanidad del consuelo de su fé, de la palabra de Dios, de sus esperanzas inmortales, de sus destinos eternos: y ¿qué le darán en cambio?

A dar todos sus resultados las fórmulas que no se entienden, las doctrinas que se devoran, las palabras que se contradicen, y los sistemas que, como las nubes de Aristófanes, unos á otros se suceden, en cambio de lo eterno y de lo infinito, la humanidad tomará descanso en el *Nuevo mundo industrial* de Fourier; debiendo llegar á su total y absoluto perfeccionamiento por cualquiera *teoría*, por la mas mezquina y miserable de todas las utópias.

CAPITULO XVI.

El Sacerdote y su ministerio apostólico.—Tarea del nuevo Apostolado.—Consideraciones sobre lo que debe ser la predicacion en estos tiempos.—Necesidad de la polémica contra los errores del dia.

Jesucristo no ha confiado el ministerio de la palabra á los Ángeles ni á los Santos; sino á los pecadores. Son hombres nacidos en pecado, expuestos al pecado, y que no llegan á la santidad sin luchar con las tentaciones, sin sufrir el combate de muchos y muy fieros enemigos. El tedio, la ira, la vanagloria, la tibieza, todos los males les hacen cruda guerra: son combatidos por todos los enemigos del alma, y tienen un espíritu vano, y una voluntad enferma, y un corazon caprichoso y ligero; siendo de esta manera cosa muy fácil que lo retiren de Dios y lo pongan en las criaturas. «Somos hombres como vosotros» decía el Apóstol S. Pablo cuando los Licaonios querian adorarle; llevan los sacerdotes en *vasos de corrupcion* los ricos tesoros de salud y de vida; y la consagracion de su ministerio, los dones de la gracia son los

que constituyen la única diferencia que puede haber entre el sacerdocio y el pueblo, entre los Ministros de Dios y los fieles, entre los Pastores y el rebaño que apacientan. Así, mientras que todo es santo en esta religion de pureza, el sacerdote no lo es. En el templo que Dios habita, en el tabernáculo que guardan los ángeles, entra el sacerdote, el hijo de la culpa. Aunque benditas sus manos y limpio su corazon, vestido con la estola de inmortalidad, es siempre el descendiente de aquella raza de prevaricadores, aunque rescatada y libertada de su total ruina por el sacrificio de un Dios misericordioso.

Cuando nosotros consideramos la especial mision que está confiada á los sacerdotes de anunciar el Evangelio á toda criatura, entonces nos parece comprender con claridad porqué los sacerdotes no han de ser ángeles ó santos. Es gran consuelo para los pecadores, tener tan cerca de sí, revestidos, apesar de su vileza, con tan sagrado carácter á los Ministros de Dios, con quienes pueden hablar de sus males, llorar y pedir asistencia de luces, auxilio de dones celestiales: los sacerdotes son para ellos padres espirituales, amigos prudentes como no se hallarán en el mundo, y como los mismos sacerdotes no lo serían sino por virtud del ministerio que ejercen; son tambien, apesar de todas sus miserias, intercesores y medianeros de valía, y al ponerlos Dios tan cerca de los hombres, tan ruines como ellos por la carne y por la sangre, pero mas grandes por los dones de la gracia, puede decirse que ha escogido los instrumentos mas apropósito para la reconciliacion de los hombres entre sí, y para interceder y rogar por los pecadores. Los ángeles están ademas fuera de nuestra escala; y esto lleva con-

sigo una desproporcion inmensa: parece conveniente que los que hayan de sanarnos conozcan lo que es enfermar por propia esperiencia: ¿quién curará las llagas del alma como un *varon de dolores?* Puede ser indulgente con nuestras debilidades el que sabe por sí mismo cuán fácilmente se cae de la gracia, y qué difícilmente se levanta el pecador de sus caidas. Merced á tantos combates, á tantas pruebas, á tanto sufrir, al doloroso martirio á que está constantemente expuesto el sacerdote, ha conseguido tener un golpe de vista muy certero: sea que predique, que amoneste, que consuele ó catequice, nadie tiene mas tino: persuade amonestando; con la predicacion enseña; sus palabras son un bálsamo para los afligidos; nadie tiene como él consejos mas prácticos, advertencias mas provechosas. Y ademas de esto, se acomodan muy bien al sacerdote los oficios de caridad, necesarios para el desempeño de su mision apostólica: convenía, pues, que los sacerdotes fueran hombres, para que como dice S. Pablo, «conociéndose débiles y flacos, pudieran sentir una justa compasion hacia los que pecan por error ó por ignorancia.» Es verdad que la predicacion del Evangelio encuentra obstáculos, al parecer, insuperables al hombre; una nacion idólatra, un imperio rodeado de espesas murallas, un pueblo de soldados, una civilizacion enemiga, la fuerza de viejas doctrinas, la resistencia de las pasiones. Pero ¿cuándo estos obstáculos fueron realmente insuperables? S. Pedro entró en Roma sin llamar la atencion de nadie; las creencias estaban á la sazon debilitadas, pero el culto pagano era imponente: entre las procesiones de los ídolos, miserable vagabundo como parecía, pasaba por delante de los palacios de don-

de había de arrojar á sus opulentos señores; se mezclaba entre los soldados dominadores del mundo, á quienes había de desarmar y convertir; se cruzaba en su camino con el César, á quien había de despojar de su púrpura vistiéndose con ella él y sus sucesores; diéronle sombra los templos que había de derribar; despreciáronle los oradores á quienes queria persuadir ó reducir al silencio. S. Pedro era ademas anciano; y no obstante, disipó todas las resistencias; derribó todo lo que parecía firme, levantó y afirmó todo lo que parecía débil. Anciano tambien, tímido, sin experiencia, retirado á la soledad y amigo de las letras, era S. Gregorio Naciancenо; y un dia se apareció en Constantinopla para derribar el Arrianismo. ¿Nó son los evangelizadores los que convierten y civilizan á los bárbaros? En siglos de ignorancia, de corrupcion y de muchísimos trabajos, ¿nó vienen á los pies de los Apóstoles, los Bohemios, los Húngaros, todas las razas del Norte? Sacerdotes de todas las partes del mundo, sin ambiciones, sin motivos de curiosidad, por puro celo, atraviesan los mares; porque van á convertir al Evangelio nuevos hombres, en el mismo dia en que un nuevo continente se descubre. El Celeste Imperio que tenía sus puertas cerradas hasta entonces, y que despues á nadie las ha abierto, recibe á los pobres misioneros rendidos de fatiga, crucificados en el Japon, perseguidos hasta la ferocidad por los hombres á quienes tanto amaban. Y tan ricos descubrimientos, tan prodigiosas transformaciones, no se deben á la audacia natural del hombre: es que Dios, que puede servirse de instrumentos débiles para confundir á los fuertes, dá á las pasiones humanas el grado de fuerza, el empuje necesa-

rio, para que se cumplan sus eternos designios.

Por esta razon los predicadores del Evangelio, siempre enfermos, pobres, débiles, despreciados ó perseguidos, marchan hoy como siempre á la conquista del mundo: siempre encuentran resistencias, sea entre los civilizados griegos, sea entre el beduino errante; pero como siempre tienen pueblos que convertir, almas á quienes llevar la vida eterna, sean los obstáculos que fueren, se arrojan á la conquista esperando que Dios les dará su gracia para que hablen y los entiendan; para que les prediquen y toquen su corazon: de Dios esperan su salvacion en los naufragios, y no temen ni el fuego del sol, ni las noches heladas; porque Dios que los envía, les hará vivir en todas las latitudes. Y de la misma manera que esta religion santa ha pasado siempre vencedora por todas las revoluciones que ha sufrido la sociedad, así atravesará todos los cambios y mudanzas que ocurran en el porvenir; porque el brazo de Dios *no se ha acortado*, ni se agotó la fuente de sus celestiales bendiciones. No hay que temer la oposicion de ningun génio maléfico y poderoso; ninguna doctrina, ningun pueblo, ninguna raza, ninguna corrupcion, ninguna tiniebla, ninguna luz. En diez y nueve siglos ha habido tiempo de conocer toda clase de génios, pueblos, revoluciones y doctrinas; y el Evangelio ha triunfado de las mas antiguas y brillantes Academias, de los Imperios fuertes, de los génios de la guerra y de las letras, hoy, entonces y en todos tiempos admirados. Hízole oposicion el Oriente por la filosofía y las persecuciones, y venció al Oriente: en el Occidente se concentraron las fuerzas de aquí y de allí, y las venció á todas juntas: la barbarie y la civilizacion le hicieron eru-

da guerra; civiliza á los unos, corrige y enseña á los otros: todos los poderes se coligaron contra esta religion divina, que triunfaba de los Imperios, de las Monarquías, del Feudalismo, y de las Repúblicas. Libres, esclavos, pobres, ricos, soldados, comerciantes, salvages, idólatras, filósofos, adivinos, hereges, incrédulos, políticos, ¿qué sistemas, qué doctrinas, qué palabras, qué Dioses, qué errores, qué fuerzas, qué género de combates, en fin, ensayareis contra el Evangelio, y en qué parte del mundo, bajo qué punto del cielo, en qué época de la historia, que no se haya ensayado á estas horas, y tan inutilmente para la causa del error, y con tanta gloria para la religion de Jesucristo?

Mas aunque está escrito que «la palabra que sale de la boca no volverá sin resultado,» es menester que el hombre ponga mucho de su parte, con especialidad en esta nueva era, para que resplandezca la gracia de Dios y triunfe su doctrina. Si fué tan útil á los Padres de la Iglesia y á los Apologistas el conocer la filosofía griega, ciencia de todos los errores antiguos, no será menos conveniente á los que hayan de continuar la predicacion del Evangelio y la Apología de la religion, conocer la moderna filosofía, madre de los últimos errores. Sin tener la época presente el génio de otras mas antiguas edades, tiene sin embargo su refinamiento; y los errores se propagan de un modo mas natural y mas facil, porque generalizados los conocimientos con el auxilio de una discusion universal, abundando prodigiosamente los medios de propagacion, estendido el conocimiento de los idiomas é interesados de mil maneras en la lectura todos los que saben leer, el escribir, el pintar con todos sus atractivos,

con toda su gracia y hasta con una exageracion de movimiento y colorido, es cosa fácil: se ha contraido generalmente el hábito de formular bien, se rinde un culto excesivo á las formas, y en los paises hasta el estremo civilizados, este es un poderoso recurso para alcanzar la persuasion, ó un arma terrible segun las opiniones que se trate de infiltrar en el espíritu público. El refinamiento supone la crítica; y si en tales épocas no produce la elocuencia mas monumentos que en otros tiempos de mucha fé, de entusiasmo y de grandes sucesos, por lo menos es súmamente difícil que pasen por grandes muchos oradores, aun siendo distinguidos. Dado que alguno tenga mucha fortuna, que se le aplauda, que se le cite, que mueva y aun persuada, no espere ser llamado con el sobrenombre de Crysóstomo, que dió la antigüedad á uno de sus grandes oráculos. El llamar *boca de oro* es muy humilde para los que oyen; le dieron este nombre al Patriarca de Constantinopla, los que eran sojuzgados, arrastrados por su elocuencia; pero en la edad de la crítica, nó suelen humillarse tanto los que juzgan y nó son arrastrados; los que permitiendo que toque en cierto modo sus pasiones una palabra elocuente, hacen esfuerzos por mantener su juicio, su criterio, en su mayor elevacion y en toda su frialdad. Esto nos lleva á algunas consideraciones importantes sobre la elocuencia sagrada. Lo que en ella es eterno como lo que es transitorio no puede menos de interesar nuestra atencion bajo todos conceptos.

No puede haber elocuencia sagrada si faltan convicciones profundas, una sólida instruccion y una fé viva. La conviccion no puede suplirse con palabras huecas, ni las citas y aparente familiaridad con que se tratan los

asuntos serios bastan para persuadirnos de que el orador conoce la materia á fondo, ni las protestas y bien rebuscadas frases de los escritores místicos, cada una de cuyas palabras es un pedazo de su corazon ó el fruto de una vida penitente, pueden hacernos creer que los que imitan, siquiera débilmente en el estilo y en la forma estos sublimes modelos, llegaron á tener una fé tan viva, igualándose con ellos en la elevacion del espíritu, origen de toda belleza en el decir; y sin la que no habría conceptos atrevidos, ni vehemencia para estremecer, ni dulzura para embelesar, ni gusto para aficionar, ni vuelos celestiales para levantar el pensamiento del hombre de sobre la haz de la tierra. Pero ¿y si faltan las virtudes que hacen al hombre respetable? esto es mucho peor que la falta de instruccion; y valiera mas que el predicador, no pudiendo alcanzar un puesto esclarecido entre los oradores sagrados, se ahorrára inútiles estudios y tareas con las que ni podría alcanzar reputacion de docto ni menos contribuir á la ilustracion y progreso de las ciencias, dos cosas á las cuales puede sentirse inclinado, á la una por vanidad, y á la otra por un sentido recto, que nó empeñarse en jugar sin provecho suyo ni ageno en las cuestiones con teólogos, hereges, incrédulos, filósofos y políticos, al paso que descuidára la correccion y enmienda de sus faltas; que con su ignorancia basta y sobra para retraer á los fieles del respeto y veneracion que aun los mas prudentes le niegan en silencio. El ministerio de la predicacion es tan santo, que todo hombre ha de tenerse por indigno de su desempeño: con todo, apesar de que le falte mucho para representar dignamente el caracter apostólico de que está investido, hay situaciones

magníficas y terribles en que el predicador, sintiendo los efectos de una reforma en sus hábitos y costumbres; ó experimentando los efectos de la gracia; conmovido por un espectáculo triste; tocado vivamente en su corazon por un desengaño, llega á decir cosas tales, con tal uncion, de tanto interes para el auditorio, que todos se le someten y quedan como prendidos de sus palabras. La fé busca á Dios, y cree reconocerlo en la persona del sacerdote.

La predicacion y la caridad han hecho en el mundo todo lo grande; pero mas consuelos debe la Cristiandad á la palabra ardiente de unos cuantos fáciles improvisadores, que á las frases castigadas y delicado saber de los hombres de ciencia, sino tuvieron otra cosa. Nó es esto desdeñar la sabiduría, que hoy por lo menos hace tanta falta como la uncion apostólica; no menos que de un S. Juan de Dios ó de un S. Vicente de Paul, se necesita hoy de un S. Agustin ó de otro Bossuet: pero se adelanta muchas veces, mas que con los doctores, con los sacerdotes fervorosos siquiera su lenguaje sea desaliñado, con tal que abunden en doctrina y generosos afectos: que es imposible escuchar con indiferencia á quien habla en nombre de Dios, y hace mas sagrado su carácter con la santidad de sus costumbres. Lo mas de nuestro corazon nos tienen ganado esos respetables varones hácia quienes nos arrastra el olor suavísimo de sus virtudes. Los creemos capaces de llorar con nosotros, de consolarnos; son pobres que socorren á los pobres; son padres de los huérfanos; se levantan antes que la aurora para dar su absolucion al pecador, y en el bullicio del mundo se les vé con su semblante siempre apacible, y el ánimo siempre esforza-

do. Oh! cuando estos hombres invocan á Jesucristo, cuando inclinan la cabeza al pronunciar su santo nombre, cuando predican la paz, ó exhortan á los hijos para que obedezcan á sus padres, á los fieles para que se sometan á su pastor, llaman al mundo extraviado, buscan la oveja perdida, y acaban rogando á Dios misericordioso que suspenda el golpe terrible de su justicia que amenaza á los pecadores, ¿quién por descreido y corrompido que sea, nó pensará que aquel hombre puede ser un enviado de Dios, y que la religion que predica es santa, y que no puede mentir el sacerdote que habla con tanta sinceridad y dá sus bendiciones al pueblo con tanto amor?

Há de tenerse en cuenta, que los oradores, mas que los escritores, persuaden, mueven, arrastran: y es que el escritor puede esconderse, pero el orador nó. Por esto, si en vez de predicar declama, á nadie mueve. «Gritan por debilidad, decia Ciceron de los declamadores, como los cojos montan á caballo por no poder ir á pié.» (1) Si trata con ligereza lo que es grave, si cuando debe elevarse se arrastra, si no le hiere lo que por sí debe ser afectuoso y tierno, sobre renunciar á todas las ventajas que su posicion le ofrece, á nadie convence ni persuade. El orador que declama sin fé, pronto se queda solo: y ya que por cortesía ó por respeto á las cosas santas no le abandonen, se le vé sin pena llegar al fin de su discurso. Mas vale que no predique contra los vicios, si á fuerza de indulgencia los cohonesta con la flaqueza humana

---

(1) Plutarco, *Vidas de hombres ilustres.*

á quien aconseja ir conllevando. Que nó predique contra la ignorancia en materias religiosas, si ha de traslucirse por sus sermones que le falta mucho para ser, como debiera, un celoso catequista: y aunque renuncie á la gloria de refutar las nuevas doctrinas, la falsa filosofía, mejor es que nó toque puntos delicados que requieren un estudio formal y detenido, hábito de examinar y juzgar, instinto para la crítica, que nó que lo haga con cuatro palabras de desprecio, que por mas que estén en su lugar, pierden casi toda su fuerza cuando no las pronuncia un juez hasta cierto punto irrecusable. Si tales predicadores buscan con esto una gloria vana, se equivocan y se pierden: y aun consiguiendo muchos aplausos, como fueran humildes, habian de sufrir muchas amarguras. Confiesa S. Juan Crisóstomo que los aplausos le envanecían; pero que al retirarse á su aposento, cuando aquella multitud de apasionados le dejaban solo, se disipaba su envanecimiento y prorrumpía en amargo llanto: La gloria tras la que corrieron presurosos los mas esclarecidos oradores sagrados fué la salvacion de las almas. Predicaban para convertir: hablaban mas que escribian; trabajaban, pero sin cuidarse de levantar monumentos á su memoria. Fueron célebres sin buscar la celébridad; grandes en la tierra sin buscar la gloria del mundo. Para nuestros celosos misioneros, y para los de otras naciones, la predicacion era una tarea, un trabajo penoso; no predicaban solamente en *solemnidades preparadas*, sino siempre que se ofrecía; en toda circunstancia; y se predicaba cuanto podian resistir las facultades del orador; y podian resistir mas de lo que se podía pensar: el celo aumentaba las fuerzas. Los mejores

discursos eran los mas largos, como decía Ciceron hablando de los de Demóstenes (1). Pero hoy, ¿se mantiene la predicacion á esta altura? tiene el pueblo tanta fé, un sentimiento tan vivamente religioso, que perdone los defectos, las incorrecciones, en gracia del celo exuberante, de la inspiracion y de la mucha caridad de los predicadores?

La sociedad de entonces estaba bien dispuesta para recibir esta saludable instruccion. La paz de las familias, las prácticas religiosas, el respeto al sacerdocio, la tranquilidad pública, nó alterada por frecuentes revoluciones, todo hacía que la predicacion espontánea, incorrecta ó como fuese, produjera algun fruto. Poco se temía ni se esperaba de la filosofía, que desembarazada de las formas aristotélicas, había de sublevarse mas tarde contra los dogmas de la Religion: y en lo que era gala y aditamento del hombre, apenas se censuraba otra cosa que las nimiedades retóricas, y el estudiado y por esto muchas veces empalagoso aliño de los oradores. De esto á los problemas que hoy tienen agitada la sociedad, ¡cuánta distancia! que se pretendiera sustituir el Evangelio con la economía política ó con el socialismo, ¡quién lo creyera! que la avaricia y el lujo llegaran á concentrar de tal modo la riqueza, que no hubiera para el pobre entrañas de misericordia; y que faltando la caridad y la limosna se atizáran las pasiones para producir un conflicto espantoso por el egoismo, el hambre, la irreligion

---

(1) Y Plinio ha dicho de los de Ciceron: *M. Tullium, cujus oratio optima fertur esse, quæ maxima.* Epist.

y las utopias, esto no lo pensaron los hombres de entonces, aunque juzgáran que todas las aberraciones eran posibles. Predicaban contra el mal hijo, contra el avaro, contra el libertinage, contra los vicios dominantes, contra las heregías tambien: pero estos vicios radicales, que malean y corrompen tantas generaciones; la dislocacion, por la controversia, de tantos principios, y en tan alta escala, tal vez se ocultaron á su prevision y á sus temores. La necesidad de predicar contra los errores que se multiplican, que se difunden prontamente, es de estos tiempos. Hoy no descansa la sociedad sobre aquella ancha base espiritual y mística: preciso es que se vuelva á dar tono al espíritu. El desengaño, por supuesto, será terrible: Dios nos prepara un escarmiento que aprovecharán los que vengan en pos de nosotros, sino se empeñan en parecer mas insensatos que sus padres.

Es preciso que la oratoria sagrada se mantenga á una altura respetable: pero no se puede prescribir á mi parecer, una regla fija, una pauta. Todos los hombres han pecado; á todos es menester llevarles el remedio: por esto, cuando el predicador habla, ha de saber que no se las ha con un oido, con un alma, con una conciencia; sino que muchos le oyen; que la diversa disposicion de los oyentes puede presentar todas las variedades de una conciencia universal: hay pobres y ricos, humildes y soberbios, dichosos y desgraciados, ignorantes é ilustrados, hombres, mugeres, niños y ancianos, gentes de todas edades, rangos y caracteres, con una variedad casi infinita. Ademas no hay un solo pecado: el pecado no es un mal parcial; no es una porcion del aire que se ha enrarecido y que se mantiene sin que los vientos la disipen,

sobre una zona que atraviesa en ráfagas una sola parte de las generaciones; sino un enrarecimiento de toda la atmósfera que cobija sin escepcion de individuos, familias ni estirpes, á todo el linaje humano: por tanto, la predicacion debe ser un remedio universal, como el pecado es un mal universal: unos necesitan de la fé para sanar, otros del amor, otros de la ciencia; y en cuanto sea posible, es preciso corregir, inflamar, ilustrar, moderar y poner á todo remedio.

Esto en el fondo: en cuanto á las formas, se ha de tener presente que unas requiere la predicacion en las aldeas, y otras en las ciudades. No se ha de predicar á los salvages, lo mismo que á los hombres civilizados. Es inútil levantarse mucho en un público iliterato, pero es necesario respetar las escepciones, considerar las ocasiones solemnes, y nunca faltar al respeto debido. ¿Cómo á título de llaneza apostólica se atreve el predicador á perder el tiempo en trivialidades hablando á Prelados ilustres por su dignidad y sabiduría, á corporaciones distinguidas, ó en aquellos centros de civilizacion donde tras una cortina se oculta un hombre de Estado, un crítico desabrido, hombres respetables que van tal vez á juzgar del Clero por aquel sacerdote, y de la altura á que se encuentra el Catolicismo por aquel sermon? Y se puede dar en otro escollo de nó menos importaneia, por querer elevarse á la sublime sencillez de los varones apostólicos. Es verdad que algunos fueron eminentes aunque hablaran tan mal como hablaba san Pablo la lengua griega; mas aunque cometieran tantos yerros gramaticales como S. Juan de la Cruz, apesar de esto no dijeron jamás una tontería: al paso que el hombre vulgar tomará del predicador emi-

nente el desaliño é incorreccion de las formas, y nó le imitará en la doctrina, profundidad de conceptos, y sabiduría, de lo que resultará una cosa muy mala por todas partes, menos por la intencion que puede ser santa y con propósito de procurar la edificacion de los hombres. Sin embargo, Dios le premiará esa obra, que artísticamente considerada nos parece detestable: y para que se cumpla lo que está escrito «la palabra que sale de la boca no volverá sin resultado», un ignorante, de esos que no tienen ni ojos ni oidos, pero sí remordimientos, aterrado por el acento del predicador, retírase pensando; restituye, ó perdona, váse despues en busca de un sacerdote, y todo es hecho.

Al presente hay muchas necesidades que satisfacer por el ministerio de la palabra. Ya se está muriendo la generacion de nuestros padres, que alcanzó un dia ese constante martilleo de la predicacion, señal infalible del vigor y costumbre de las prácticas religiosas. Hoy son raras las homilías y pláticas doctrinales: ya no se oyen sino en pocos templos Cuaresmas completas: las misiones, que tanto fruto producian, son rarísimas. En medio de todo, las tradiciones que se conservan en los pueblos, los ejemplos que se citan de maravillosas conversiones obradas en las plazas públicas, la sombra de veneracion que todavía circunda á los balcones que sirvieron de tribuna para tantas exhortaciones fervorosas, esa popularidad de nuestros misioneros que concluyó por una veneracion devotísima á las reliquias de Fray Diego de Cádiz y de otros misioneros de su tiempo, todo esto prueba que hay en el fondo de la sociedad una necesidad de doctrina, sed de la palabra de Dios, que

no parece sentirse mucho, es verdad, porque se ha falseado la opinion pública, y porque el silencio del púlpito contribuye á amortiguar la llama de la fé. La horfandad de las Iglesias, el abatimiento del culto, la disminucion del sacerdocio, todo ha hecho mal. La mayor agitacion de la vida civil, el espíritu de granjería, los goces materiales, y tantas doctrinas predicadas hoy, discutidas universalmente, sistemas incompletos que disipan la inteligencia, todo fatiga y resfría para la vida espiritual. Por lo mismo no se debe perder de vista la necesidad de refutar estos sistemas, de acabar con los absurdos y delirios que por todas partes pululan. A todos han llegado los nombres de estos sistemas, que las pasiones explican á su modo: y este estudio, francamente lo decimos, es menester que sea considerable. No se dá un golpe certero á las teorías racionalistas y socialistas con repetir algunas frases en favor de la Religion, de la propiedad y de la familia. Cansa y repugna este estudio para el que se siente con sano juicio: este fárrago de sofismas, impiedades, guarismos, reglamentos y proclamas sediciosas salpicadas de textos de Escritura y Santos Padres, fatiga y harta sobremanera; pero hay que considerar que como se ha pervertido tanto el corazon de los pueblos, este fárrago impulsa las revoluciones. La imaginacion desarreglada y herida de los filósofos revolucionarios no puede menos de inspirar un sentimiento de horror y de tristeza; así como hay teorías completamente necias y descoloridas, bufonadas de escritores sentimentales que merecen un altísimo desprecio. *Un desarrollo ulterior del Cristianismo* pedía en ocho conferencias que anunció en París hace poco tiempo, uno de esos pretendidos pensa-

dores, cuyo nombre queremos pasar en silencio, porque ni aun como apóstol del error lo juzgamos digno de los honores de la publicidad. Dios nos perdone la impaciencia que nos ha hecho pasar este mal cristiano que niega la virtud al agua bendita y cree buenamente en la eficacia de su sistema: y leyéndolo, nadie se espantaría de saber que hemos sufrido mucho menos pasando al estudio de esos monstruosos errores que empiezan por una cuestion de subsistencias, y van á parar á la negacion religiosa; porque al cabo, como el malestar social es efectivo, y la ciencia puede contribuir en algun tanto á la solucion de estos problemas, hasta pudieran interesar mucho mas estos estudios, si haciéndose abstraccion de la cuestion religiosa, se limitáran meramente á lo que para ilustrar á los Gobiernos debieran limitarse; es á saber, al estudio de la economía política. Pero subvertir el órden, gastar á fuerza de discusion todos los sentimientos, romper todos los vínculos sagrados, hacer ineficaz la religion, pasarse sin Dios, y decir despues que por aquí se camina á la regeneracion de la humanidad, á la perfeccion, oh, esto es lo mas insensato y lo mas bárbaro que se puede decir.

Por esto es preciso conocer hasta los delirios y las utopias; unir la razon á la revelacion; parar los golpes de la filosofía; con una filosofía mas alta; mezclar la discusion con la doctrina, el catecismo con la polémica, y nó quedarse aquí, sino hacer un llamamiento á los espíritus, siquiera poniendo á la vista las ejemplares catástrofes que está sufriendo la humanidad. Creo firmemente que por este medio se ha de preparar un cambio que nos lleve otra vez á la ferviente oratoria sagrada de nuestra escuela místi-

ca, si Dios quiere que salgamos airosos vencedores en la polémica, y que el mundo abra los ojos á tanto desengaño. Todo contribuye á robustecer en nosotros esta conviccion íntima: no estamos en el caso de dar preceptos; conforme vamos señalando reglas, nos asalta la tentacion de irlas borrando una despues de otra: harto hariamos con aprovecharnos de las sábias observaciones de muchos excelentes preceptistas, y apropósito de esto nos aplicamos aquellas palabras de la Escritura: *si justificare me volvero, os meum condemnabit me.* Pero aún nos atrevemos á decir á los que estén poco versados en estudios filosóficos, que se limiten á la esposicion del Evangelio, que és y será siempre lo que hará provechosa y saludable la predicacion; y aun los que estuvieren familiarizados con esos estudios deben ser en estremo sobrios y precavidos, considerando que si llegaren á causar algun mal con sus discursos, ha de ser infinitamente mas grave que el bien que pudieran producir con una oracion religiosamente profana. Y no teman que por nó ensayar novedades se encuentren sin saber qué decir. Los atributos de Dios y sus infinitas perfecciones son asunto tan grande, que como dice un Doctor de la Iglesia, «si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas de él fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hinchiría el mundo de libros, y se cansarian los escritores, y se agotaría el mar, que se acabase de explicar una sola de estas perfecciones como ella es.»

Decimos otra vez que conviene predicar mucho, segun las circunstancias de los tiempos y lugares. Como se vé, somos partidarios de la elocuencia mística, por mas que seamos indignos de imitarla. Que hagan todos un esfuer-

zo: que sostengan esos respetables ancianos de blancos cabellos la ternura apostólica que hace derramar lágrimas á los pecadores endurecidos: sus exortaciones fervorosas, su dulzura, son la miel para los labios de los niños, y el consuelo para la generacion de nuestros padres, ya próxima á la tumba, que quiere morirse sin oir ni saber nada de sistemas ni de una filosofía que reputa estéril, porque sin ella ha visto afianzada la religion de Jesucristo, y tranquila la sociedad bajo la egida protectora del principio católico. Pero á otros toca sostener la discusion, lidiar en la polémica. En todos tiempos se ha combatido contra las heregías dominantes, contra las falsas doctrinas. Se predicó en un principio contra el politeismo gentílico; contra las escuelas filosóficas del Pórtico. Tertuliano es un gran pensador que combate contra la opresion y la injusticia. Se predica la moral cristiana contra el sensualismo de Epicuro: Arnobio y Lactancio dan trabajos filosóficos: S. Agustin predica contra los maniquéos: Santo Tomás hace una enciclopedia, capaz ella sola de vivificar todas las doctrinas; se predica contra la heregía protestante y contra la filosofía del siglo XVIII; ¿porqué no se ha de seguir combatiendo? Como Lactancio, para herir al Gentilismo hizo un paralelo de la religion pagana con la religion del Evangelio, así Balmes para dar un golpe á las Iglesias protestantes, ha puesto en paralelo *El Protestantismo con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*. Sin que sea nuestro ánimo cerrar los ojos á muchas diferencias por el prurito de hacer una comparacion estravagante, sin embargo, atendida la semejanza de intencion, decimos, Balmes es el Lactancio de estos tiempos. Lacordaire

predica contra el Racionalismo: Plantier y otros, de cerca ó de lejos, con mas ó menos talento, siguen esta escuela: Ravaignan, sin dejar muchas veces de hablar á lo filósofo, está mas al cabo de la tendencia mística; tiene toda su uncion y su ternura, y como señal de sus muchas tareas, está gastado en su salud. De las palpitantes entrañas del Protestantismo que se devora, sale Newman convertido á la religion y predicando en Inglaterra á protestantes y católicos; el sabio Wiseman escribe, predica y obra con incansable actividad, conociendo los tiempos, las circunstancias, las escuelas, las doctrinas y el estado del mundo. Sabe muy bien, como dice un ilustrado publicista, que la Iglesia oficial de Inglaterra atraviesa la crisis mas horrible que ha sufrido desde su origen; y en la refutacoin de todas las doctrinas, calumnias y resistencias que el escepticismo, la impiedad, el racionalismo y la heterodoxia le oponen, Wiseman emplea todo su talento y todo su poder.

Queremos, pues, que se examine, que se discuta, que se combata; porque es preciso examinar, discutir y combatir; pero queremos que se procure elevar el espíritu hacia la contemplacion; él necesita del idealismo, de la vida mística. Este debe ser el punto adonde ha de encaminarse la oratoria sagrada, porque la polémica, siempre es de transicion. Al presente, ¡qué revoluciones! qué doctrinas! qué cáos! pero al mismo tiempo, ¡cuánta impotencia en las doctrinas para satisfacer esta sed del corazon humano, esta fiebre intensa del espíritu!

Concluimos por el temor de hacer este capítulo interminable. Esperamos triunfar en nombre del Catolicismo contra todos los errores. Que unos se apoderen

del corazon del pueblo creyente y religioso por la uncion santa y la práctica de las virtudes: que otros gobiernen los entendimientos extraviados y fortifiquen la vacilante fé de una generacion que se jacta de ser ilustrada y descreida. No les falte á los unos este consuelo, á los otros este correctivo. ¿Permitirá Dios que alcancemos aquellos tiempos dichosos, en que como dice la Escritura, cada uno en Israel vivía en paz bajo su viña y bajo su higuera?

CAPITULO XII.

SED DE LA PALABRA DIVINA.—ÚLTIMO FIN DE LA PREDICACION.—LAS ALABANZAS DE LA TIERRA, DÉBIL REFLEJO DE LAS ALABANZAS CELESTIALES.

La Magdalena encontró á los ángeles en el sepulcro del Señor: viéronla venir angustiada, triste, y le hablaron suavemente. Enamorada y afligida, ella no encontró consuelo en tan dulces palabras, ni se alegró con la luz y esplendor de sus vestidos, ni con la graciosa y amable belleza de sus semblantes:—me han robado á mi Señor, dice entre suspiros y lágrimas, y no sé dónde lo han puesto.—La Magdalena no gusta de vanas palabras, ni se contenta tampoco en la compañía de los ángeles: como la Esposa en busca de su amado dice á las aguas,

Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados! (1).

---

(1) S. Juan de la Cruz: Canciones entre el Alma y Cristo su Esposo.

asi la Magdalena llora de amor sobre los lirios del campo, y teniendo en su corazon la cruz, los clavos, las espinas, busca á Jesus Crucificado.

Sin el amor de esta mujer grande, la humanidad es esta criatura disipada que siente la necesidad de volverse á Dios. Estragada con las disputas, disecadas sus entrañas, triste en su soledad, muerta de cansancio, huye de las vanas palabras, del egoismo, del escepticismo universal y de las contiendas estériles, y quiere buscar á Dios por todos los caminos que recorrió para perderle. Negó lo infinito; ahora lo confiesa: supuso que la religion era una fábula, ahora le señala un origen divino: la Iglesia era un poder opresor? ahora es el áncora de salvacion para los pueblos: se creyó que la unidad era la tiranía erigida en sistema? ahora la centralizacion es una teoría de aplicacion universal y necesaria: que la libertad de exámen era una preciosa conquista? ahora se palpan sus amargos frutos: que lo útil podía ser la base de la moral? ahora lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo honesto y lo torpe, descansan en principios eternos: antes era el fatalismo la explicacion de la historia; ahora es la Providencia. Mil errores se han rectificado; ha cambiado, casi enteramente, el punto de vista: se obra una reaccion lenta; por el disgusto, por el malestar, por la disipacion, pasamos á otra cosa: cansados de tantas palabras de muerte, el oido quisiera regalarse con palabras de eterna vida. Posible es que Dios no conceda á esta generacion corrompida la gracia de la fé; pero no deja de haber almas ardientes y generosas, que á ejemplo de la Magdalena se levanten de mañana para ir al Sepulcro del Salvador, y pregunten á todo lo que vieren, por el Dios en quien no creyeron.

Pero la movilidad de las ideas y sentimientos será la causa de este principio de regeneracion? así lo explican algunos, pero nada mas falso. Se deja un error por otro, por pura versatilidad de la inteligencia: se deja una palabra dura por una palabra dulce; pero no se pasa del error á la verdad, de la palabra del hombre á la palabra divina, sin una iluminacion superior: en las grandes revoluciones que se verifican así en la conciencia del individuo como en la conciencia de la humanidad, el encontrarse con Dios nunca sucede por acaso. Y hay para esto una razon muy poderosa. ¿Qué fin puede tener la palabra humana? el hombre: ¿qué fin debe tener la palabra divina? Dios. El carácter de oposicion bajo el cual las venimos examinando en este *Estudio*, nos sirve para decir: la palabra humana se emplea en la construccion y apología de los sistemas, doctrinas, leyes, libros, hombres, cosas, que forman estos diversos grupos separados de lo divino. Y esto lo hace el hombre por si solo: es lo que naturalmente dá de sí: pero si él no necesita de nadie para perderse, sí necesita de Dios para salvarse. La palabra humana tiene ademas una ineficacia portentosa: no edifica al que la dá ni al que la recibe; y esta es otra razon que añadimos á las anteriores, para explicar porqué no produce un Apostolado como el Apostolado divino. Cuando S. Agustin decía: ¿qué ganan las almas con alabar á Aristóteles, á César ni al Grande Alejandro? denunciaba la esterilidad de la palabra humana. Pero cuando el hombre arrebatado por un movimiento saludable, por una inspiracion santa, con los dulces sonidos del arpa de Sion y la voz remontada en alas del pensamiento á las celes-

tes alturas glorifica á Dios, alabandole y bendiciéndole, él á sí mismo se exalta; las divinas excelencias que humildemente celebra, le corresponden con efusiones dulcísimas: lo infinito agranda el pensamiento; el espíritu se eleva en las altas contemplaciones; tiene la palabra que bendice un dejo tan dulce y tan suave, y el amor de Dios un perfume tan esquisito, que el que á Dios alaba, crece con lo infinito, se edifica por la alabanza, exhala el aroma de las virtudes y gusta la miel de las bendiciones celestes. Lo infinito sofoca, como lo infinito ensancha; se puede decir todo de un personage; pero siendo Dios el término de nuestras alabanzas, nunca se les ve el fin: hágase el estudio, la apología ó la refutacion de un sistema, de una doctrina humana; y por mucho que haya que decir, sobrarán palabras y faltará sistema: pero que se entre el hombre en el abismo de las perfecciones divinas; «nosotros dirémos muchas cosas, dice la Escritura, y quedarémos cortos en palabras.... exaltad al Señor cuanto se pueda; él sobrepuja toda alabanza.» Mas aunque como dice S. Juan, «él es mas grande que nuestro corazon,» que todo espíritu le alabe, porque su nombre es sobre todo nombre.

Al poner en paralélo la palabra que tiene por término al hombre y las cosas criadas, con la palabra que tiene á Dios por último fin, hemos dicho que aquella apura, y que esta deja poco menos que intacto el abismo de los atributos y perfecciones divinas. Y como el amor de Dios crece con el conocimiento de Dios, esa palabra que en vano quiere alabarle, esas alabanzas que no pueden dignamente ensalzar los atributos divinos, ese corazon que no apura la fuente perenne de los eternos

amores, ¿nó están diciendo que la distancia que nos separa de lo infinito debe impedirnos el pensar, y el hablar, y el amar, y el bendecir, aquello que no puede alcanzarse por el pensamiento, ni alabarse con palabras, ni bendecir nuestra boca, ni amarse con el corazon?

Para dar la palabra que tiene á Dios por último fin, se necesita la caridad del Apostolado: para recibirla, se necesita el amor de la doctrina. Faltando este amor en el que dá y en el que recibe, en el que alaba y en el que oye, falta el apostolado, la enseñanza, la iluminacion celestial y el amor divino. Por el contrario, cuando por la caridad resuenan esas palabras aunque ineficaces, esas alabanzas que distan infinitamente de Dios, y cuando se baten entre sí, como por emanaciones divinas, esos corazones que no pueden amar dignamente ni abarcar el objeto de sus amores, ¡ah! entonces, palabras, pensamiento, doctrina, alma y corazon se enardecen, se elevan, se iluminan, suspendiendo al espíritu en los aires, por la valentía del pensamiento, por la sublimidad de la doctrina, por el éxtasis de los celestes amores. Una y otra cosa, la palabra y el amor, se corresponden: como que las alabanzas traen afectos, la voluntad los vuelve á la lengua; y si estaba ligada, la suelta; si es tarda, la hace elocuente. No de otra manera el ruiseñor se abrasa de amores con su canto, y desatentado, se arroja muchas veces en el capricho de una melodía inverosímil, en un tema sin salida, para enardecerse mas. La dulce Filomena se rinde y muere con un canto de muerte: triste melodía de sus últimos suspiros! melancólico cantar de sus amores! Así, cuando las delicias embargan los sentidos y potencias, David no canta; llora. Con lágrimas dice Juan Taulero

lo que no puede pronunciar la lengua. Los que aman mucho á Dios sufren y gozan hondamente al contar sus glorias *inenarrables*: sienten, como dice S. Francisco de Sales, *un dolor en extremo delicioso y una dulzura grandemente dolorosa*, porque sus alabanzas son demasiado rastreras y distan mucho de la grandeza de Dios. Los himnos de S. Francisco de Asis acababan por un torrente de lágrimas, y se quedaba el Santo sin respirar y sin fuerzas. El alma, «siente ser herida sabrosísimamente, mas nó atina cómo ni quién la hirió (1):» y Santa Teresa, que tantos secretos conocia, que recibió tantas finezas de su amado, se rinde como la mas alta ó la mas vil de las criaturas. Los dolores la consuelan, las delicias la matan: medita en silencio, y meditándo, habla: crecen sus amores á la par que sus tormentos; y como ni entiende quién la hirió ni «jamás querria ser sana de aquella herida (2),» canta, llora, rie, se queja y bendice, hasta morir con las ánsias de la dulce Filomena, que quisiera levantar hasta los cielos su acento melodioso, y que la escuche su amado desde lo mas alto y secreto de sus *Moradas*.

Despues de mil esfuerzos, se siente que ni el corazon ama ni la lengua bendice á Dios cual corresponde á la infinita bondad de la divina esencia: y entonces es el acudir á todas las criaturas, buscar todos los ruidos, la voz del viento y de las aguas, recoger todas las armonías para alabar á Dios. Por esta fuerza de espansion que

---

(1) Santa Teresa: *Moradas sextas*, c. II.
(2) Ibid.

no tiene la palabra del hombre, es por la que el Rey Profeta pasa del cielo á la tierra, de la tierra á los abismos, invita á los ángeles, hombres, sol, luna, estrellas del firmamento, montes, aguas, fuego, dragones y serpientes, á que alaben al Señor: y junta á todas las armonías de la naturaleza, los acordes del Salterio y de la citara, del tímpano, del metal sonoro, del órgano y de la templada cuerda. «Que todo espíritu, dice, alabe al Señor;» y esta palabra vibra en todos los espíritus, hace batir todos los corazones, agita los labios, y sostiene por espacio de tantos siglos esa sublime inspiracion de los Santos, que repiten sin cesar las santas alabanzas. ¡Qué olores en el desierto! ¡qué brumas en los mares! ¡qué delicias en la Tabaida! ¡qué religiosos cantares en las celdillas del anacoreta! qué grandeza de alabanzas en las mas suntuosas basílicas! ¡qué austeridad, qué severos acordes respira el monasterio excavado en una peña, convidando á la oracion, aumentándo la magestad de la noche y del silencio! Templos, florestas sagradas, libros de piedad, inspiraciones de la celeste musa, fundaciones religiosas, yo os reconozco como otras tantas vibraciones de la palabra divina, altísimos, armoniosos y variados ecos de las eternas alabanzas!

Despues de todo, la palabra divina, inspirando un amor irresistible, gasta los resortes de la vida; pone fuego en el corazon y abrasa las entrañas: los ojos del anacoreta, hombre de espíritu, arrojan un fulgor extraño: amando las alabanzas del cielo, envejece y muere entre las llamas del celo que le consume: el espíritu se escapa evaporándose como el humo del incienso que se quema en los altares. «Dios mio, decia San Francisco de

Asis postrado en su lecho de muerte, sacad á mi alma pronto de esta prision para que yo bendiga vuestro nombre.» Su cántico del *Sol* ya no le basta; como el Rey Profeta, habia invocado las alabanzas de todas las criaturas; pero disgustado de todas las bendiciones de la tierra, suspira por el cielo, imaginándose las alabanzas de los justos, creyendo oir el *Laus perpetua* de los coros angélicos, el eterno *alleluia* de la gloria. Porque hay en los cielos voces comparadas al trueno, á las trompetas, al estruendo de los torrentes que se precipitan, y al ruido de las olas de un mar agitado y revuelto; voces dignas de Dios. Y con ser tantas, no hay desacuerdo; y con ser las bendiciones infinitas, guardan los cantares una purísima armonía; y con hacer ruido de truenos y borrascas, tienen la dulzura de las harpas, y son tan suaves y gratos al oido como los mas delicados instrumentos. Y para que la lengua de los Serafines no se canse, y aunque son inmortales no desfallezcan de amor, *una voz sale del trono* divino que no cesa de decir: «Dad á Dios alabanzas, grandes y pequeños, vosotros que sois sus servidores y que le temeis:» (1) y aquella innumerable multitud que vió S. Juan ante el trono de Dios, responde *Alleluia; alabad al Señor*; y la celestial Jerusalen se alegra con las voces de los ángeles, de los santos y de los escogidos juntamente.

Oyendo S. Francisco de Sales unos cantares religiosos, fuese en espíritu remontando á los dulces cantares de la Gloria: y ¿qué le embelesaba mucho mas que los

---

(1) Apocalipsis: c. XIX V. 5.

coros de los hombres y de los ángeles? el timbre de una voz sola, la voz de la Santísima Virgen que sobresale rindiendo á Dios mayores alabanzas y mas dignas que todas las criaturas. «Muéstrame tu rostro, querida mia, le dice el Rey de los cielos; que tu voz suene en mis oidos, porque tu voz es toda dulce, y tu rostro, todo bello (1).» Y apesar de tan admirables y excelentes bendiciones, Dios merece mas dignas alabanzas que las que puede tributarle la primera de las criaturas. El Eterno Padre recibe las alabanzas de su Hijo (2); y como lo infinito merece ser alabado por su misma infinitud, y la soberana bondad por una soberana alabanza, Dios á sí mismo se alaba y se bendice en la contemplacion y amor de sus infinitas perfecciones; cuyas eternas alabanzas, aunque sin comprenderlas, sin oirlas, sin poderlas repetir tan dignamente como los ángeles, se sostienen en esta Iglesia que vive de amores eternos y celestiales esperanzas, por las voces de los hombres que dicen sin cesar: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Alabémosle y ensalcémosle por los siglos de los siglos.* Y en inmenso coro el mundo entero responde: *Amen.*

FIN.

---

(1) Canticum Cant. c. II, v. 14.
(2) Vox dilecti mei.... Ibid. c. II. v. 8.

INDICE.

CAPITULO I. — La palabra considerada como poder.—De dónde se deriva el poder de la elocuencia sagrada.—Que la palabra del hombre es impotente contra la palabra de Dios.... pág. 7

CAPITULO II.— Primeros tiempos de la predicacion cristiana.—Jesucristo y los Apóstoles.—Independencia del Apostolado.—Sus combates y sus triunfos. 15

CAPITULO III.—Apologistas cristianos.—Oposicion al Cristianismo en nombre de la filosofía griega.—Heregías y persecuciones.—S. Justino mártir, S. Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano. 21

CAPITULO IV.—El Paganismo y los Emperadores. —La reaccion filosófica, medio inútil para atajar los progresos del Cristianismo.—Proyecto de restauracion con Juliano el Apóstata.— Ultimo acento de los Oradores paganos. 33

CAPITULO V.—Elocuencia de los Padres de la Iglesia del siglo IV.—Sus combates contra la idolatría, contra el Gentilismo y el Imperio.—Sus esfuerzos para constituir la unidad.—Escuelas de Atenas y de Alejandría. 47

CAPITULO VI.—Continuacion del mismo asunto.— S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisósto-

mo, S. Gerónimo, S. Ambrosio y S. Agustin.–Irrupcion de los pueblos del Norte.--Caida del Imperio Romano.--Triunfos del Apostolado Católico. 59

CAPITULO VII.-Edad media.--Espíritu religioso y guerrero de los pueblos occidentales.--Poder de la Iglesia.-Las Cruzadas.--Pedro el Hermitaño, San Bernardo, Guillermo, Arzobispo de Tiro, y Foulques. 89

CAPITULO VIII.-Ordenes religiosas --S. Francisco de Asis, Santo Domingo de Guzman, y S. Ignacio de Loyola.-Misiones estrangeras.--El Protestantismo y el Apostolado católico. . . 103

CAPITULO IX.--La Religion y la Filosofía.--Necesidad de que se aclaren fundamentalmente las relaciones entre la una y la otra.--Aristóteles, Platon y los Escolásticos.--La filosofía cristiana, principio del renacimiento.--Desarrollo simultáneo de dos fuerzas contrarias. 123

CAPITULO X.--El Misticismo católico.--Cómo se dió á la filosofía una tendencia espiritualista.--La imitacion de Cristo de Kempis.--Formacion de las Actas de los Santos, de donde resultó el panegírico.--Carácter vigoroso de la predicacion al formarse las lenguas modernas. 147

CAPITULO XI.--Escuela mística española.--Venegas, Avila, Granada, Santa Teresa de Jesus, S. Juan de la Cruz, Fray Luis de Leon, Malon de Chaide, y otros Predicadores y escritores místicos.--Riqueza de nues-

tra lengua vulgar, y engrandecimiento de la elocuencia sagrada.. 163
CAPITULO XII.-Influencia de la literatura española del siglo XVI sobre las literaturas estranjeras.--Poderoso ascendiente de nuestra escuela mística. Nuevas glorias de nuestra elocuencia sagrada. 189
CAPITULO XIII.-Elocuencia sagrada en el siglo XVII.--Cómo se formaron los predicadores franceses.--Que no pudieron tomar nada de los Alemanes.--Escaso ascendiente que pudo ejercer el ejemplo de los ingleses é italianos.--Que ni la elocuencia del foro ni la discusion teológica ayudaron á la formacion de estos modelos del arte.--Bourdaloue, Massillon y Fenelon. . . . 209
CAPITULO XIV.-La oracion fúnebre entre los antiguos y los modernos.-Que su mayor grandeza se funda en el sentimiento de la inmortalidad.--Bossuet, Mascaron y Fléchier. 229
CAPITULO XV.-Esfuerzos de la razon humana para producir el dogma religioso.--Apoteosis de la razon humana.--El racionalismo es la sublevacion del hombre contra Dios. 247
CAPITULO XVI. El Sacerdote y su ministerio apostólico.-- Tarea del nuevo Apostolado.--Consideraciones sobre lo que debe ser la Predicacion en estos tiempos.--Necesidad de la polémica contra los errores del dia. 271
CAPITULO XVII. Sed de la palabra divina.--Ultimo fin de la predicacion.-Las alabanzas de la tierra, débil reflejo de las alabanzas celestiales. 293

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
69	26	prolixan & pulchran	prolixam & pulchram
96	28	Historia de la decadencia del Imperio romano	Historia de Cárlos V.
129	25	raron	razon
147	5	Prediccionos	Predicacion.